

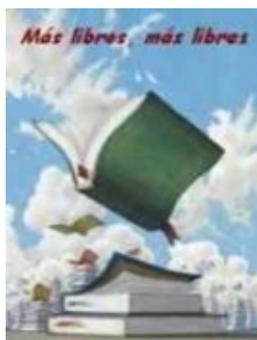
Mary Karr
**EL CLUB
DE LOS MENTIROSOS**

Periférica & Errata naturae



EL CLUB DE LOS MENTIROsos

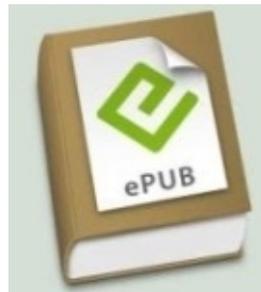
MARY KARR



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



Escaneo y corrección del doc original:



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>

Acerca de la Autora



Mary Karr es una poeta, ensayista y autora de memorias estadounidense. Estudió dos años en el Macalester College en St. Paul, Minnesota donde conoció al poeta Etheridge Knight que fue uno de sus primeros mentores. Karr fue la inspiración para la novela *La Broma Infinita* de David Foster Wallace con quien mantuvo un romance.

Se hizo famosa en el año 1995 tras publicar *El club de los mentirosos*, basada en su propia infancia y que se convirtió en un bestseller de forma inmediata además de ganar el PEN/Martha Albrand Award.

El club de los mentirosos ha tenido dos continuaciones, *Cherry* y *Lit: A Memoir* que todavía no han sido publicados en España.

Como poeta ha escrito varias obras que no han sido traducidas al español.

[Página oficial](#)

[Wikipedia \(inglés\)](#)

*Para Charlie Marie Moore Karr
y J. P. Karr,
que me enseñaron a amar
los libros y las historias, respectivamente*

«Tenemos todos nuestros secretos y nuestras necesidades por confesar. Podemos recordar cómo, durante nuestra niñez, los adultos al principio eran capaces de ver claro en nosotros, traspasarnos con la mirada, y qué gran hazaña fue para nosotros cuando, llenos de miedo y temblando, pudimos decir nuestra primera mentira y hacer, para nosotros mismos, el descubrimiento de que estamos irremediabilmente solos respecto a algunas cosas, y saber que dentro de nuestro propio terreno sólo pueden verse las huellas que dejan nuestros pies».

R. D. Laing, *El yo dividido*

Resumen

La tragicómica niñez de Mary en una localidad petrolera del este de Texas nos presenta a unos personajes tan singulares como divertidos: un padre bebedor, una hermana que con doce años le planta cara a un sheriff, una madre con un sinfín de matrimonios a sus espaldas —y cuyos secretos amenazan con destruirlos a todos—. Precisamente, será la madre, ese personaje maravilloso, quien se convertirá a lo largo del libro en la clave de esta gran historia, de esta novela autobiográfica e inolvidable.

Cuando se publicó por primera vez en Estados Unidos, *El club de los mentirosos* fue un éxito arrollador y elevó el arte de la narrativa memorialística a un nivel completamente nuevo. Fue recibido con entusiasmo por los lectores y la crítica, fascinados por este relato de una infancia de los años sesenta fuera de lo común, tremendamente conmovedor pero desprovisto de sentimentalismos.

CRÍTICAS

«Karr relata con cariño las mejores mentiras y éticas extravagancias de sus padres con un oído privilegiado para la jerga de bar y un ojo de lince para las imágenes». *The New Yorker*

«El libro da a elegir entre la tristeza más honda y la risa más sincera, y por esto último se inclina el lector». *Time*

«No cabe duda de que es el amor lo que mueve este libro tan desinhibido y sincero». *Chicago Tribune*

«Extraordinario». Michiko Kakutani, *The New York Times*

PRÓLOGO

Poco antes de que muriera mi madre, el tipo que le estaba reformando la cocina sacó de la pared un azulejo con un agujerito redondo bastante sospechoso. Se sentó de rodillas y levantó el azulejo de manera que el sol filtrado por las cortinas amarillas y añosas pareció perforar el agujero igual que un láser. Nos guiñó un ojo a Lecia y a mí y a continuación se volvió hacia mi canosa madre, concentrada en su volumen de Marco Aurelio y en un cuenco de chiles picantísimos.

—Señora Karr, uesto parece un agujero de bala!

Lecia, que no dejaba pasar una, intervino:

—¿Eso no es de cuando le disparaste a papá?

Y mamá entornó los ojos, bajó un poco las gafas por su nariz patricia y dijo con displicencia:

—No, eso es de cuando Larry. —Se giró y señaló otra pared—. A tu padre le disparé allí.

Sirva esta anécdota para explicar por qué me decidí a escribir *El club de los mentirosos* como unas memorias y no como novela: cuando el destino te pone en bandeja unos personajes así, ¿para qué inventar nada? También ilustra en cierto modo la vena forajida de mi madre y hasta qué punto —ella dejó la bebida mucho antes de morir— había asumido la lotería de su pasado sin apenas tapujos.

Me encargué de prevenir a mi madre y a mi hermana Lecia de los sucesos que me proponía contar, y desde el principio la respuesta de mi madre fue: «Tú sácatelo todo de dentro, di que sí... Si a mí me hubiera importado alguna vez lo que piensa

nadie me habría pasado la vida haciendo galletas y yendo a reuniones de la Asociación de Madres y Padres de Alumnos». Lecia, de natural más reservada, me animó también porque como madre soltera que yo era en Siracusa, Nueva York, donde el servicio de autobús escasea y la nieve se mide por metros, necesitaba desesperadamente dinero para comprarme un coche. Necesitar dinero es una causa nobilísima entre los míos, pero aun así Lecia habría respaldado cualquier proyecto que me hubiese propuesto. («¿Perpetrar una matanza? Bien. Con la de capullos que están pidiendo a voces que los maten...»).

La sorpresa llegó poco después de que viera la luz *El club de los mentirosos* (y, posteriormente, su hermano, *Cherry*): conforme iban desapareciendo tabúes antiguos en mi familia aumentó vertiginosamente el nivel de sinceridad. Ya no había ninguna necesidad de correr un tupido velo sobre la propensión de mi madre a beber y usar armas en el pasado, ni sobre el número de veces que se había casado (siete, dos de ellas con el trabajador de la industria petrolera que fue mi padre).

Nos resignamos extrañamente a ciertos episodios que antaño nos torturaron y estuvieron a punto de destruir nuestra familia, en cuanto fueron proclamados a los cuatro vientos. Llamadlo terapia de aversión, pero los acontecimientos calaban un pelín más hondo. Comprobamos que las heridas cicatrizaban mejor si las dejábamos al aire —si bien nunca fue ése mi propósito—. Nuestras catástrofes, tan lejanas, se volvieron asumibles. Es lo que los griegos llaman catarsis.

Verbigracia: cierto día, una sonriente presentadora de un magacín matinal de Houston, ciudad donde mi republicana hermana regentaba una importantísima empresa de seguros, se dirigió a mí delante de las cámaras y me preguntó (en ese tonillo alegre que se usaría para pedir la receta de un bizcocho con pasas): «¿Qué se siente cuando tu madre intenta matarte con un cuchillo de carnicero?». La sonrisa deslumbrante de sus labios pintados no perdió ni un ápice de su brillo mientras esperaba que yo le diera una réplica a la altura, cuando de pronto mi hermana intervino a voces desde detrás de la

cámara: «¡Pues un bajón que te cagas!». A mí me dio la risa, los cámaras se tiraban por el suelo, y tuvimos que empezar de nuevo la grabación.

En las páginas de este libro seréis testigos de la terrible carga que asumió mi hermana ya desde que iba a la escuela primaria, la de velar por que nuestra inflamable madre no empezase a arder. Con once años no sólo sabía conducir coches de cambio manual, sino que era capaz de disuadir a cualquier guardia de tráfico de que le pusiera una multa arguyendo que se había dejado el carnet en casa: «Señor agente, me pilla usted llevando a mi hermana pequeña a casa de nuestra madre porque tiene la fiebre disparada, la pobre criatura». Mi tarea consistía en poner cara de enferma. (Ya he comentado en alguna ocasión que cuando mi hermana se decida a escribir sus memorias yo siempre apareceré vomitando, haciéndome pis encima o llorando).

Por muy mías que sean estas historias, en cierto modo han dejado de serlo, pues diez años después yo ya no soy la misma persona que escribió *El club de los mentirosos*. Como bien dice Ian McEwan, alargar tanto la promoción de un libro te convierte en subalterna de tu antiguo yo. Aparte de leer algún que otro párrafo cuando me lo han pedido, no he abierto *El club de los mentirosos* desde que grabé el audiolibro, y no tengo ningún interés en hacerlo.

Sin embargo, gracias a él sigo recibiendo la mejor de las recompensas: la comprensión de la gente. Cada vez que dedico ejemplares después de una presentación hay algún lector que se queda hasta el final para hablar conmigo, y entonces me convierto en confidente de la improbable saga de un desconocido mientras el auditorio se vacía a nuestro alrededor. Soy la elegida para esa clase de confianzas porque la gente da por sentado que empatizaré, y no exagero si digo que no se equivocan.

Pero la primera vez que salí «a la carretera» iba con un miedo cerval, temerosa de que las personas que más quiero en el mundo fuesen percibidas como criaturas grotescas y a mí me

compadecieran igual que a una huerfanita dickensiana. Ocurrió todo lo contrario. Lectores de toda clase y condición en ciudades de todo el país me confiaban unas infancias que si bien discrepaban de la mía en términos de pirotecnia superficial (hogueras y herencias despilfarradas), coincidían al cien por cien en lo tocante a los sentimientos. Me movía de ciudad en ciudad con la sensación de que se creaba una comunidad a mi alrededor.

Hasta el clan aparentemente más perfecto ha capeado sus temporales. «Yo tuve una de esas familias perfectas que una siempre querría que la adoptase», me dijo una señora muy elegante en Chicago. Pero a su padre, médico, le encajaron una denuncia por mala praxis. Cada noche salían de la coctelera de plata unos cuantos martinis más de la cuenta. Contaban las malas lenguas que estaba liado con su enfermera.

¿Qué pasó? Yo estaba en ascuas.

«Tiramos para delante», me explicó. «Y la mala racha pasó». Pero no sin que él le destrozara la bici con el Cadillac en una noche de borrachera y su madre amenazara con el divorcio. También ella había pasado noches enteras en vela con la sensación de que los cimientos de su familia se tambaleaban mientras sus padres, transformados en criaturas monstruosas, discutían a grito pelado.

No todos relataban momentos tan caóticos como el pan de cada día. Un tipo cuyos padres eran traficantes cruzó infinidad de veces la frontera con bolsas de heroína bajo el esquinjama. Otra mujer había visto con tan sólo cinco años a su madre alcohólica ahorcarse mientras ella trataba de taparle los ojos a su hermano pequeño.

Historias así desbarataban el mito de que dramas familiares tan turbios te condenan al pabellón psiquiátrico de por vida. La mayoría de esas personas —al menos, en apariencia— había superado sin secuelas una niñez problemática.

En una librería de Portland, una psicóloga me habló muy específicamente del poder que la narrativa había ejercido sobre

su vida. Había sido criada por una esquizofrénica sin tratar que escogía la ropa que su hija se pondría para ir a la escuela según lo que Dios en persona le dictaba por la radio. La niña se aficionó (igual que yo) a meterse en casas ajenas. Durante la universidad combatió la depresión a base de terapias. Con cincuenta años llevaba una gabardina de Burberry, estaba felizmente casada y había criado a varios hijos. Además, mantenía el contacto con su madre, cuyos cambios de humor habían mejorado gracias a la medicación y a la disminución del estrés que lleva aparejada la vejez.

La señora de Chicago me contó que las historias le habían salvado la vida. Narrar la epopeya familiar es uno de los fundamentos de la terapia tradicional. Según la sabiduría popular, quien canta, su mal espanta. A partir de una serie de relatos sobre la niñez, aquella mujer se fabricó una identidad que ni rompía con el pasado ni se quedaba estancada en él.

En nuestro anhelo solitario por reafirmarnos en que hemos obrado bien en el seno de familias considerablemente aisladas, la experiencia personal ofrece la posibilidad de transformar tanto a los narradores como a los oyentes. Así como la novela se apropió de las experiencias de una sociedad urbana e industrializada que no cabían en sermones, epístolas ni poemas épicos, las memorias —con voz única y profundamente personal— se enfrentan a los problemas familiares de una manera que magnetiza a los lectores. Los buenos ejemplos confirman mi experiencia en una familia disfuncional. Nos nutren igual que la hostia de la comunión, conforman un alimento que parece crear carne nueva.

Según la particular estadística que he llevado a cabo entre otros escritores, *El club de los mentirosos* y *Cherry* son singulares desde el punto de vista documental no tanto por la cantidad de correo que han generado (la bendición y al mismo tiempo la maldición del superventas), sino por la extensión e intensidad de esas cartas. En el punto culminante del ciclo de ventas del primer libro, cuando llegó a ocupar durante meses el segundo puesto en la lista de los más vendidos de *The New*

York Times (no, nunca llegó a ser número uno), recibía del orden de las cuatrocientas o quinientas cartas semanales, una cifra que actualmente ha pasado a ser de entre veinte y sesenta al año, debido a sabe Dios qué.

¿Cuántas de ellas arrancaban con un: «Nunca le he contado esto a nadie, pero...»? No lo sé. He perdido la cuenta. Una barbaridad.

De acuerdo, reconozco que recibí muchas pedidas de mano desde la cárcel, criminales que me proponían ser su negra y escribir la fascinante historia de su injusto enclaustramiento mientras ellos se ilusionaban con la posibilidad de un vis a vis. Pero la mayoría de las cartas eran de gente normal y corriente, misivas extensas en las que se devanaban toda clase de historias familiares. Recibí fotos escolares, recortes de prensa, esquelas y hasta una fotocopia de una orden de alejamiento (esto último, sólo una vez). Muchos psiquiatras me escribieron para contarme que habían recomendado mi libro a sus pacientes por considerarlo útil en las terapias para abusos sexuales en niños, alcoholismo y traumas infantiles.

Para mucha gente, leer *El club de los mentirosos* era como forzar una cerradura. «Tu libro ha desenterrado muchísimos recuerdos...». O bien: «Me he reconciliado con mi hermano después de leer *El club de los mentirosos...*», o: «He puesto por escrito algunos de los momentos que vivimos cuando mi padre volvió de Vietnam...»; o incluso: «Ignoraba hasta qué punto el cáncer que mató a mi madre me estaba pudriendo a mí también...».

Es la respuesta soñada por cualquier escritor, lo que yo misma deseaba ya desde que de pequeña dibujaba cartulinas para el Día de la Madre: conectar al lector a un enchufe y poner en marcha esa máquina psicológica y personal que le proporciona una vida con más sentimiento.

La semana pasada viví lo que en mi familia se conoce como «un momento *club de los mentirosos*» en un *deli* en pleno centro de Manhattan. Estaba tomando algo con unos

compañeros de la clase de yoga cuando, de pronto, salió a colación el tema de las memorias. Una mujer soltó el cuchillo sin haber acabado de untarse la mostaza y se volvió hacia mí toda emocionada. «¡Tienes que leer *El club de los mentirosos*, de Mary Karr!». La cara de la mujer, una actriz de Broadway conocidísima, transmitía el celo de una curtida presentadora de teletienda.

«¡Pero si Mary Karr soy yo!», le contesté.

Y en ésas se echó a llorar, pidiéndome perdón y enjugándose los ojos con la servilleta. «Tu libro me cambió la vida», me dijo.

Puede sonar a jactancia y pura palabrería, pero es un fenómeno lo bastante extendido como para comentarlo. Se me han echado a llorar tantos lectores al conocerme que acabé por llevar una caja de pañuelos a todas las sesiones de firmas. Incluso ideé una broma para romper la tensión a propósito de lo decepcionante que yo podía llegar a ser en persona. Y cada vez que alguien me decía (como esta mujer que acabo de mencionar) que su psiquiatra le había recomendado el libro, mi respuesta era animar a que lo denunciara por mala praxis, pues el libro no retrata a ningún as de la salud mental. En el momento en que salíamos del restaurante, la actriz me dio su tarjeta. «Tengo muchas historias que contarte».

Esas historias tuyas sin duda confirmarán una vez más la única dosis de sabiduría irrefutable sobre la familia que me ha proporcionado la odisea de *El club de los mentirosos*, y que ahora se repite hasta la saciedad: cualquier familia compuesta por más de un miembro es una familia disfuncional. En otras palabras: en el barco donde tan sola puedo sentirme, en realidad, vamos todos.

Si bien *El club de los mentirosos* se concibió como una carta de amor a mi imperfectísimo clan, ésta ha engendrado (a su manera) otras cartas de amor procedentes del mundo entero. Su publicación supuso para mí —ya en la edad adulta, inesperadamente— lo que yo tanto había ansiado siendo una

niña soñadora que sólo hallaba consuelo en la lectura: ese lugar mítico habitado por almas afines que florecen juntas al compartir viejas historias, esas que te enardecen el ánimo y te liberan, las auténticas. Así que pasad y poneos cómodos.

Mary Karr

Diciembre de 2004

I. TEXAS, 1961

«nada importa sino la calidad
del cariño —al fin— que ha grabado la
huella en la mente
dove sta memoria»

Ezra Pound, en «Cantar LXXVI»

Capítulo 1

Mi recuerdo más nítido es el de un instante aislado envuelto en oscuridad. Yo tenía siete años y estaba sentada en un colchón en el suelo, con el médico de la familia de rodillas ante mí. Llevaba un polo amarillo desabrochado y la mata de vello le formaba una uve en el pecho. Nunca lo había visto vestido con algo que no fuera una camisa blanca almidonada y una corbata gris. Aquel cambio me desconcertó. Tiró del dobladillo de mi camisón preferido, un campo de algodón blanco y crespo estampado con ramilletes de lupinos de Texas atados con cintas. Había recogido las rodillas para formar una tienda de campaña. Él podría habérmelo sacado por la cabeza con un sencillo movimiento, pero algo lo animaba a tratarme con delicadeza. «Enséñame las marcas», dijo. «Venga, va. No voy a hacerte daño». Tenía los ojos azules y acuosos detrás de las enormes gafas, y un bigote que parecía una oruga. «¿Vale? Levántate esto y dime dónde te duele». Agarraba una parte del dobladillo entre el pulgar y el índice. Yo no lloraba, y no recuerdo dolor alguno, pero me hablaba con esa voz suplicante que entonaba cada vez que escondía una aguja larga detrás de la espalda. No me fiaba un pelo de él, aunque me caía bien. El cuarto que compartía con mi hermana estaba a oscuras, pero no me apetecía subirme el camisón sabiendo que había un montón de extraños pululando por el salón.

Tardé tres décadas en descongelar este instante. Los vecinos y la familia me ayudaron a transformar en panorámica esa diapositiva suelta y diáfana. Detrás del médico, el cabecero

de la cama inclinado contra la pared tenía una apariencia terrorífica y arácnida en la oscuridad. En una esquina, la cajonera estaba volcada hacia atrás como una tortuga varada, con los cajones salidos y tirados. Había pilas de ropa desparramada, puzles, tebeos y los libros de la colección Golden Books que mi madre me compraba en la cola del supermercado si no me movía del carrito. El vano de la puerta enmarcaba la inmensa silueta retroiluminada del sheriff Watson, que sostenía a mi hermana, de nueve años, con un solo brazo fornido. Ella llevaba su pijama rosa y le rodeaba la cintura con las piernas. Manoseaba la insignia con una concentración demasiado intensa para el interés real que un objeto así podía suscitar en ella. Ya a esa edad reaccionaba con cinismo ante cualquier forma de autoridad. Se burlaba públicamente de las monjas y faltaba al respeto a los profesores. Sin embargo, distinguí cierta expresión de deferencia en su semblante. El sombrero de vaquero proyectaba una espesa sombra sobre las facciones del sheriff, pero me pareció ver una especie de media sonrisa tierna que nunca antes le había visto.

Yo le tenía un miedo instintivo al sheriff, basado en la propensión de mi padre a meterse en peleas. De vez en cuando abría la mosquitera de la puerta trasera con los nudillos magullados y ensangrentados y se acucillaba para darnos instrucciones a mí y a Leda (pronúnciese «Lisa», me habría obligado ella a especificar). «Si se pasa el sheriff por aquí le decís que lleváis días sin verme». En realidad el sheriff nunca venía a nuestra casa, de modo que nunca se puso a prueba mi habilidad para mentir descaradamente a un representante de la ley. Pero su mera presencia aquella noche me embargó de una sensación extraña: «He hecho algo malo y ha venido el sheriff». Si hubiera sido capaz de articular palabra, o si alguno de los presentes hubiese estado por la labor de escucharme, habría dicho eso mismo. Pero cuando eres una niña y ocurre algo gordo el personal te hace el mismo caso que si fueras un mueble.

Sólo con el paso del tiempo cobró vida la panorámica, como

una bola de cristal de película cuyas imágenes se precisan a partir de un borrón brumoso. La acción de los personajes se fue haciendo perceptible hasta que la escena adquirió de pronto un movimiento plácido. La mandíbula del sheriff Watson se bañaba en luz y regresaba a las sombras con regularidad mientras le decía algo a mi rubia hermana, de insólita actitud angelical, que yo no podía oír. Linos bomberos con impermeables amarillo canario empezaron a entrar y salir del cuarto de al lado, y los dedos rechonchos del doctor Boudreaux volvieron a frotar el borde de mi camisón estampado igual que las ancianas cuando evaluaban las telas del baratillo. Debía de haber una ambulancia en la calle, porque unos triángulos grandes de luz roja atravesaban la habitación con regularidad. Casi podía sentirlos desplazarse por mi cara, y a través de la trama de madreselva de la ventana vi en el jardín trasero unas llamas como las de la fogata de celebración de un partido de fútbol americano.

El volumen de la noche empezó a subir. Personas con botas muy recias daban zapatazos por toda la casa. Alguien apagó la sirena de la ambulancia. La mosquitera de la puerta trasera se abría y se cerraba. Nipper, el perro de mi padre, gruñía por lo bajo y hacía tintinear la cadena en el jardín. Era un perro taciturno entrenado para beber cerveza y morder a los desconocidos. Se había hecho famoso por saltar de la camioneta en marcha para perseguir y pelearse con cualquier otro perro que viera. Al chihuahua de una señora lo había matado y sacudido como un guiñapo mientras papá intentaba sacarlo del garaje de la mujer, que lloraba desconsolada. Una voz desconocida exclamó que sacaran de allí a ese hijo de puta y yo supe que se referían a Nipper, que aquella noche se perdió en los *bayous* [Nota 1\)](#) del este de Texas; o, más bien, según dedujo mi hermana más adelante, en la cámara de gas de la perrera local. Sea como sea, lo cierto es que no volvimos a verlo, y a mí me dio más o menos igual. Nipper me había mordido más de una vez.

Más portazos, más zapatazos y la estática de la radio del

coche patrulla de la calzada. «Venga, cariño», me decía el doctor Boudreaux, «enséñame las marcas. No te voy a hacer daño». Yo seguía esperando que mi mirada y la de mi hermana se encontraran para tener alguna pista de cómo actuar, pero Lecia no le quitaba ojo a la insignia.

No recuerdo haber hablado. Debí de contarle en algún momento al doctor Boudreaux que no tenía ninguna marca. Y era verdad. Tardé mucho en cerciorarme, y más aún en abrir mi memoria desde ese punto exacto y orientarla hacia el resto de mi vida.

Lo siguiente que recuerdo es ir de la mano del sheriff Watson. Seguía cargando con mi hermana, que había decidido hacerse la dormida. Mis ojos quedaban a la altura de su cinturón, del que colgaban el arma reglamentaria y una porra pequeña de piel que ya entonces debía de ser ilegal en el estado de Texas. Tenía la forma de una inmensa lágrima negra. Reprimí la necesidad de tocarla. Lecia apoyaba la cara contra su cuello en todo momento, pero yo sabía que estaba despierta. Mi hermana tenía el sueño ligero como los gatos, y tanto jaleo le habría impedido pegar ojo. El sheriff me cogía la mano izquierda. Levanté la que me quedaba libre y pellizqué el tobillo sucio de Lecia. Muy fuerte. Ella soltó una coz, subió el pie para ponerlo fuera de mi alcance y volvió a acurrucarse en su falso sueño contra el pecho del sheriff.

Los patrulleros y bomberos seguían por allí, con la pesadez inexpresiva de los visitantes indeseables que planean eternizarse. Alguien había preparado una cafetera cuyo olor a frutos secos se imponía sobre el leve hedor químico del fuego de gasolina del jardín trasero. Los hombres del salón prefirieron evitar nuestra comitiva y se trasladaron a la cocina.

Yo sabía que ni mi padre ni mi madre iban a venir a por nosotras. Papá tenía turno de noche, y el sheriff decía que había mandado a su ayudante a la fábrica para intentar localizarlo. A mi madre se la habían «llevado» —según nos contó luego— porque estaba «mal de los nervios».

Procede explicar que, en la jerga del este de Texas, el diagnóstico «mal de los nervios» se aplicaba tanto a morderse las uñas de manera crónica como a una psicosis de manual. El señor Thibideaux, que vivía al final de la calle, se había colocado el cañón de la escopeta bajo la mandíbula y había apretado el gatillo con el dedo gordo del pie después de reventarles los sesos a su mujer y a sus tres hijos y prenderle fuego a la casa. Yo solía pasar las noches de sábado en aquella casa con su hija, una *majorette* de secundaria que gozaba de cierta popularidad, y lo único que recuerdo del señor Thibideaux era que iba rapado y tenía un carácter muy severo. Trabajaba en la refinería, como papá, y era diácono de la iglesia baptista.

Yo tenía veintitantos años cuando el señor Thibideaux liquidó a su familia. Jugaba a ser poeta y tenía por costumbre leer a los clásicos (traducidos, como es natural; era una alumna más bien perezosa). Pasaba treinta y seis horas metida en el autobús que iba del Medio Oeste hasta Leechfield y me tiraba días enteros vestida de negro bajo el calor abrasador del porche delantero de casa de mi madre leyendo a Homero (o a Ovidio o a Virgilio) esperando que alguien me preguntara por mis lecturas. Nadie se interesó nunca por eso. Preguntaban qué estaba bebiendo, cuánto pesaba, dónde vivía, si me había casado ya, pero nadie me daba pie a soltar mi discursito sobre la Alta Literatura. En una de esas visitas descubrí la casa calcinada de los Thibideaux y me topé con el término griego *ate*. En las epopeyas antiguas, cuando un héroe echa un polvo, se carga a alguien o, simplemente, se le va la pinza, siempre puede achacarlo a Ate, una suerte de pasión arrebatadora pseudodiabólica que anula la razón. Por ejemplo, después de haberle levantado la novia a Aquiles, dice Agamenón: «Ate me cegó y Zeus me privó de todo entendimiento». El vino puede invocar a la diosa Ate, pero sólo si está embrujado. Dado que Ate es una entidad sobrenatural, exime de toda culpa por sus actos a quien se ve poseído por ella. Cuando los vecinos intentaban explicar el asesinato-suicidio del clan de los Thibideaux después de treinta años segando el césped, sacando la basura y acudiendo con asiduidad a los oficios religiosos, lo

hacían sirviéndose de una única paráfrasis cuyos orígenes relacioné con la noción homérica de Ate: el señor Thibideaux estaba «mal de los nervios». Por mucho que hurgué no obtuve una explicación más elaborada.

La noche en que el sheriff vino a nuestra casa, declararon que mi madre estaba «mal de los nervios», con carácter más o menos permanente, yo aún no comprendía del todo el alcance de esas palabras. Sentía apenas ese pánico impreciso que te cierra la boca del estómago cuando no ves a tus padres por ninguna parte y ni siquiera sabes quién va a encargarse de ti ni dónde acabarás pasando la noche.

Percibía el murmullo de las vecinas que hablaban conforme nos acercábamos a la puerta de la calle. Se habían juntado en la parte más alejada de la acequia que pasaba por delante de nuestra casa, y allí seguían plantadas en ropa de casa, como una unidad de élite fuera de servicio a la espera de órdenes. El sheriff me soltó la mano en cuanto salimos. Oculto bajo la alargada sombra de su sombrero, con mi hermana todavía abrazada a él y sumida en su sueño de pega, me pidió que esperase en los escalones mientras él hablaba con las señoras. Y a continuación se les acercó, desencadenando toda una serie de estiramientos de batas y abotonamientos de rebecas.

Sentí el frío del hormigón en el trasero a través del fino camisón. Arranqué dos escarabajos de la mosquitera e intenté alinearlos para que echaran una carrera encima de un ladrillo, pero uno salió volando y el otro se puso boca arriba y empezó a agitar las patas en el aire.

En un momento dado caí en la cuenta de que mi destino de aquella noche estaba en manos del sheriff Watson y las vecinas. Por aquel entonces yo tenía por costumbre regatear con Dios, así que me imagino que empecé a rezar/negociar por la familia que nos alojaría. «Que no sean los Smothergill», debí de suplicar. Los Smothergill tenían ya seis hijos y un reglamento inflexible acerca de quién podía comer qué, y cuándo. La única vez que pasamos allí la noche, Lecia y yo acabamos alimentándonos de pasta de dientes en el baño, de madrugada.

Nos zampamos un tubo entero, lo que nos valió varios varazos por parte del ceniciento señor Smothergill. En aquella época estaba sometiéndose a un tratamiento semanal de quimioterapia por un cáncer de boca, y todos los niños del barrio teníamos nuestras conjeturas sobre la fecha de su muerte. Cáncer y muerte eran sinónimos. Su voz de papel de lija y su temperamento lúgubre nos daban más miedo que los varazos. Sus hijos lo llamaban Payaso Siniestro a sus espaldas. A la mayor de las hijas de los Smothergill le dieron permiso para venir a mi casa una sola vez. (Nuestra casa se consideraba peligrosa como consecuencia de los «nervios» de mamá). Estaba tan emocionada por que pudiéramos abrir la nevera cuando nos diera la gana que fundió en una sartén un bloque entero de mantequilla y se la bebió en una taza de desayuno. «Señor, antes me como un escarabajo que dormir en el camastro duro de los Smothergill. Además, por la mañana los chicos se levantan y se ponen en calzoncillos delante de la tele a tirarse pedos con los sobacos. Que nos toquen los Dillard, y a partir de hoy llevaré una vida de santa para siempre. No escupiré, ni arañaré, ni daré pellizcos, ni intentaré que Babby Carter coma caca». La señora Dillard estaba entre el grupo, con la bata celeste de cremallera y los brazos cruzados en el pecho. Por las mañanas preparaba caracolas de canela precocinadas y me dejaba meter el dedo en el glaseado. Además, obligaba a sus hijos varones a ponerse el pantalón del pijama cuando estábamos allí. Pero los Dillard sólo tenían sitio para una de nosotras, y encima en el rasposo sofá del salón. «A lo mejor Lecia podría irse a casa de los Smothergill», le propuse al dios que adoraba, fuera cual fuera, «y yo donde los Dillard». No le deseaba ningún mal a mi hermana, pero si quedaba sólo un plátano en el frutero no vacilaba en cogerlo y que a ella le dieran morcilla. Resolví que si el escarabajo recorría la longitud del ladrillo antes de que yo contara hasta cinco se me concedería la gracia. Pero el bicho no paraba de darse la vuelta y bambolearse sin avanzar ni un centímetro, y la señora Dillard se largó con tal de no verme siquiera, o eso me pareció.

No recuerdo en qué casa acabamos, ni durante cuánto

tiempo. Más tarde me contaron que estuvimos con una pareja sin hijos que criaba pájaros. Conservo algún recuerdo de un pasaje techado con mosquiteras y persianas verdes de listones por todas partes. La luz era de color limón, como polvorienta, y estaba todo plagado de periquitos verdes y azules de mirada enloquecida que me traían a la cabeza esa peli de Hitchcock en la que los pájaros se vuelven majaras y les sacan los ojos a todo quisque. Pero las caras de los anfitriones, por mucho que intente concentrarme, se niegan a ser conjuradas.

Dado que tardé tanto en encajar las piezas de lo que pasó, dejaré abierta esta parte de la historia de momento. Durante mucho tiempo careció de forma para mí, y quiero que eso se refleje aquí. No es por hacerme de rogar. Cuando la verdad resulta insoportable, es muy común que la mente la elimine. Pero sucede que la sombra de un suceso permanece en la memoria. En esos casos, igual que una palabrota borrada a toda prisa de una pizarra, la propia imprecisión de dicha sombra puede poner el foco sobre ella. Estudias una y otra vez sus tenues contornos como si la forma original fuera a emerger por arte de magia. Y si ese episodio en blanco de mi pasado cobraba tanto protagonismo era precisamente por el hecho de estar en blanco. Era un vacío en mi vida que temía y al mismo tiempo me atraía por mi incapacidad para colmarlo.

Lo que sí supe a partir de esa noche fue que las cosas en mi casa no iban bien, a pesar de que los acontecimientos que he descrito hasta ahora tuvieron pocas consecuencias de puertas para afuera. Nadie volvió a sacar a colación aquella noche. No recuerdo visitas posteriores de ningún trabajador social o vecino preocupado. En ocasiones me parecía que el doctor Boudreaux velaba por mi salud con una ternura inusitada. Y los vecinos nos obligaron a mi hermana y a mí a ir a catequesis, a las convivencias de la iglesia y a varias acampadas, sin aludir jamás al hecho de que nuestra familia nunca les correspondía. Yo solía meterme en casas ajenas a la hora de la cena, a gorronear, según mi padre. Decía que le recordaba a la época en que se colaba en los trenes durante la Depresión. Pero nadie

nunca me negaba un plato, a pesar de que todo el mundo sabía que en mi casa había comida de sobra, al contrario que en muchos de los hogares donde metía las narices.

Para mí, las peores repercusiones de aquella noche fueron de orden íntimo. El hecho de que en mi casa las cosas no fueran bien se metastatizó en la sensación de que, en cierto modo, yo tampoco estaba del todo bien, o que mi supervivencia en el mundo dependía de una vigilancia constante contra las múltiples formas que adoptaba el «no bien». Cada vez que me disponía a cruzar el único semáforo de Leechfield esperaba que un tráiler saliera de la nada y me arrollara a toda velocidad (cosa harto improbable, dada la falta de tráfico). Me volví una cagueta y una perdonavidas al mismo tiempo. Tan pronto me echaba a llorar en medio de un partido de béisbol de barrio como le soltaba un sopapo a quien fuera sin que mediara provocación. Cuentan las leyendas del vecindario que una vez noqueé a un compañero de juegos de cinco años con una pala del ejército y luego seguí cavando como si nada. A veces estas explosiones eran producto de mi mal carácter, como es lógico. Pero otras derivan de la noche que mi mente decidió borrar por completo hasta el momento en que el doctor Boudreaux me pedía que le enseñara unas marcas que ahora sé que ni siquiera existían.

La parte que falta de la historia comienza en realidad mucho antes de que yo naciera, cuando mi madre y mi padre se conocieron y poco después, por motivos que todavía se me escapan, se casaron.

Mamá acababa de recalar en Leechfield. Había llegado de Nueva York en compañía de un capitán de barco italiano llamado Paolo. Tenía cincuenta años, frente a los treinta de ella, y era su cuarto marido. Mi madre no se echaba novios, directamente se casaba. O al menos a esa conclusión llegamos cuando finalmente me enteré de todas las veces que se había casado antes de juntarse con papá. En total celebró siete bodas, dos de ellas con mi padre. Mi madre solía atribuir los primeros matrimonios a los estrictos valores metodistas de su

propia madre, que no permitía que su hija mantuviera relaciones prematrimoniales, algo a lo que ésta era muy aficionada. Tan pronto como Paolo y ella terminaron la luna de miel y se establecieron en Leechfield, donde él se preparaba para embarcarse, empezaron las peleas.

Así pues, una lluviosa noche de invierno de 1950 metió sus vestidos, sus libros y sus sombrereras en el asiento de atrás de un Ford viejo y salió pitando de Leechfield con la intención de no volver jamás. Se dirigía a la plantación de algodón de su madre, a unos ochocientos kilómetros al oeste. Pero nada más salir del pueblo, en el punto donde el escarpado perfil de refinerías del horizonte de la autopista 73 da paso a los *bayons* y los arrozales, pinchó una rueda. Se encontraba a apenas veinte metros de la estación de servicio para camiones donde papá trabajaba de pura casualidad. Él era aprendiz sindicado en Gulf Oil, pero esa noche le hacía el turno a su colega Cooter, que lo había llamado a la desesperada desde una timba de dados en Baton Rouge porque supuestamente estaba en racha.

Cuando a los veintitantos destapé los matrimonios de mi madre, todos ellos fueron descritos como fruto del azar. Puede que su encuentro con papá fuera el más improbable de todos. De no haber estado Cooter de suerte con los dados en un garito de Baton Rouge, de no haber sacado de sus casillas Paolo a mi madre durante el proceso de desembalaje, y de no haberse desgastado la rueda del Ford debido a un reciente periplo por todo el país (la madre de Paolo vivía en Seattle y ellos habían pasado por allí desde Nueva York antes de bajar a Texas, donde las leyes de divorcio permitieron que mi madre se quitara de encima en un santiamén al marido número tres para comprometerse con el número cuatro)... Todas las circunstancias confluyeron para que aquella noche mi madre cayera a los pies de mi padre —casi literalmente— en la autopista 73.

Contaba él que la primera vez que la vio había en el cielo una luna digna de la General Electric, tan brillante que parecía que la alumbrase un foco. Ella rechazó que la ayudara a

levantar el coche con el gato y empezó a maldecir como un marinero cuando vio que no conseguía aflojar las tuercas. Mamá asegura que las palabrotas se las había pegado Paolo. Papá, por su parte, decía que se quedó estupefacto ante la retahíla de expertas invectivas, bastante inverosímiles a tenor de su elegancia (llevaba un traje sastre de seda beis) y la matrícula neoyorquina. Jamás había oído a una mujer soltar tales barbaridades.

Mamá cambió la rueda sin ayuda, pero debió de reparar en la buena planta, algo bruta, de mi padre. Tenía sangre india — nunca supimos de qué tribu—, el pelo negro y las facciones muy marcadas. La sonrisa amplia y las orejas de soplillo le recordaron a Clark Gable. Y ella, que se veía como una especie de Escarlata O'Hara bohemia, experimentó una atracción intensa y fulminante. Debo añadir que mi madre era proclive a las experiencias de conversión de diversa índole y por aquella época estaba en plena fase de fervoroso marxismo. Durante años llevó un ejemplar de *El capital* en el bolso. Papá era muy activo en el sindicato de trabajadores de las industrias petrolera, química y nuclear. Cuando tocaba renegociar el convenio —cada dos años—, se podía contar con él como camorrista montapiquetes. Era, en pocas palabras, un obrero texano, con una pizca de sangre indígena y unos rasgos de personalidad que ella empezaba a considerar heroicos.

Allá en Lubbock, la abuela preparaba una tarta de fruta para la cena de bienvenida cuando recibió la llamada en la que mamá la informaba de que se había entretenido en Leechfield. La abuela había pedido en sus oraciones que su hija hiciera las paces con Paolo. Había empezado a subastarla entre varios pretendientes cuando ella sólo tenía quince años. Como la vaca de una rifa, le gustaba decir a mamá, cebada para el mejor postor. Con un Ford ya pagado y un barco esperándolo en el Golfo de México, Paolo poseía lo que la abuela consideraba «aptitudes de cabeza de familia». Por lo demás, había sacado a mi madre de Nueva York, donde sabía Dios en qué andaba metida, y la había reubicado en Texas. Para la abuela, por

tanto, mi padre no era más que un paleta con labia que a base de engaños había metido a su única hija en una casucha de dos dormitorios fabricada en serie y no en un rancho majestuoso, que es lo que ella merecía. A decir verdad, Paolo fue el único marido de mi madre de cuya existencia tuvo noticia la abuela — además de papá, naturalmente, a quien no podría haber ignorado por mucho que se empeñara—. Estaba convencida de que la historia de Paolo me transmitiría una valiosa lección, cuya moraleja venía a ser algo así como que divorciarse de un hombre con un buen trabajo para juntarse con un currito era algo así como una grosería. Pero por lo menos la abuela me contó un par de cosas sobre Paolo. Insistirme a mi madre para que hablara de su pasado siempre desencadenaba ojos en blanco, ingesta de aspirinas y siestas interminables.

Para ser justos, debo decir que Paolo no renunció a mi madre tan fácilmente como los demás. La persiguió como un pato a un escarabajo, o eso se cuenta. Le mandaba rosas amarillas a la habitación de hotel todas las semanas, y al final papá se acostumbró a las cajas de cerezas bañadas en chocolate que llegaban sin cesar y que él dejaba en la sala común de la pensión en la que vivía, donde los demás inquilinos se las comían a puñados. Hasta que Paolo reunió por fin el valor o la desesperación necesarios para el enfrentamiento decisivo. Por algún extraño motivo me imagino a papá tumbado en una cama estrecha en camiseta de tirantes y gayumbos, achicando los ojos en el momento en que Paolo, a quien me represento con el traje de sirsaca que llevaba en la foto de la boda, entró encorvándose en el cuarto de techo abuhardillado. Mamá fue testigo del encontronazo. En un momento dado la conversación se calentó y Paolo llamó ramera a mi madre, a lo que se dice que mi padre respondió propinándole un puntapié en el culo. Era la primera vez que mi madre veía pelear a papá. (A decir verdad no hubo muchas peleas propiamente dichas, al menos que yo presenciara. Papá pegaba, el contrincante caía. Fin de la pelea). Después de aquello, me imagino a Paolo prácticamente arrastrándose escaleras abajo. Se embarcó rumbo a Arabia Saudí y nada más se supo de él hasta que su foto apareció en

una caja décadas más tarde y yo le pregunté a mi madre quién demonios era.

En la boda de mis padres en el ayuntamiento de Leechfield papá puso el broche a la ceremonia dedicándole un brindis a mamá con la petaca de plata que ella le había regalado. «Gracias por casarte con este pobre desgraciado», le dijo. Él estaba acostumbrado a camareras y vaqueras, y decía que mi madre simbolizaba para él un mundo completamente nuevo y mejor.

Lo cierto es que mi madre se casó con papá, al menos en parte, por miedo. Por mucho que le gustara jactarse de haber estudiado Bellas Artes en el Village durante la guerra —y, creedme, mamá destacaba bastante en Leechfield—, había acumulado una cantidad aterradora de maridos, tan aterradora que hizo todo lo posible por mantenerlos en secreto. Y su declive económico había sido implacable: en el transcurso de quince años había pasado de una casa de campo en Connecticut a un camping para caravanas en Leechfield. Su bravura no encajaba en la anestesiada década de los cincuenta. Había perdido algunas cosas por el camino, y a mamá la aterraba perder cosas. Papá era razonablemente guapo y encarnaba en igual medida al proscrito y al honrado ciudadano. Y no se dejaba arredrar por los amaneramientos que mi madre había escogido para impresionar a sus rancios maridos yanquis. El único Marx que él conocía era Groucho, y el único baile, el pasodoble criollo. La primera noche que durmió con ella cogió una toallita y un frasco de alcohol metílico para desmaquillarla; decía que quería ver dónde se estaba metiendo.

Parece ser que los primeros meses fueron felices. Gracias a las indemnizaciones para veteranos compraron una casita en una hilera de viviendas idénticas. Ya era más de lo que papá había soñado siquiera con poseer. Tan orgulloso estaba de que mi madre tuviera en la cabeza algo más que un peinado bonito que fabricó estanterías para sus libros de arte, colgó cuadros por toda la casa y prometió construirle un estudio para que no tuviera que colocar el caballete en el comedor.

Mi padre se había criado con tres hermanos muy revoltosos y una hermana en una explotación forestal de Big Thicket, la zona de pinares del este de Texas. Su familia se mantenía prácticamente sin dinero en metálico, compraban el café y el azúcar con cupones en el colmado de la compañía, la Kirby Lumber. Al margen de esto y de lujos tales como cortes de calicó para hacerse ropa, cultivaban, cazaban y recolectaban lo que necesitaban.

Aquel mundo había quedado atrás mucho antes de que yo naciera, y sin embargo lo recuerdo. A decir verdad, mi padre me contó tantas anécdotas de su niñez que en muchos aspectos las suyas me parecen más vividas que las mías propias. Las repetía una y otra vez ante un público compuesto por los borrachos con los que jugaba al dominó los días de libranza. Se reunían en el bar de la Legión americana o en la trastienda del local de artículos de pesca cuando sus mujeres los hacían pagando facturas o en la sede del sindicato. La cabreada esposa de alguno de ellos acabó por bautizar al grupo como «el club de los mentirosos», y con ese nombre se quedó. Y es cierto que, técnicamente hablando, no se contaban muchas verdades en esas reuniones.

A excepción de la mañana de Nochebuena, en la que siempre se juntaban en el aparcamiento de la Legión al alba para intercambiar botellas de Jack Daniel's a través de las ventanillas de las camionetas, no había ni hora ni lugar oficial para las reuniones. Nunca vi pruebas que delataran convocatoria alguna. Jamás se llamaban por teléfono. Ni mujeres ni hijos daban recados sobre tal o cual lugar de encuentro. Parecían confluír sin más, aparentemente por instinto, en un sitio y a una hora determinados que por arte de magia se les había plantado en el coco colectivo. Nunca participaban mujeres. Yo era la única niña que admitían, hecho que a menudo se esgrimía como prueba de que era una cría irremediabilmente mimada. Cada vez que le pedía a papá dinero para una Coca-Cola o para jugar al tejo o para desbloquear la mesa de billar, tarde o temprano alguien le

soltaba con un bocinazo que me estaba consintiendo y que si seguía así yo no valdría una mierda. Siempre me tomé muy en serio esa clase de comentarios. A veces incluso fingía devolver la moneda o me apartaba tímidamente de la mesa de billar. Pero papá meneaba la cabeza sin dejar de mirar a quienquiera que hubiera hablado. «Déjala tranquila. Mi niña ya tiene edad de hacer lo que quiera, ¿verdad que sí, Pokey?». Y yo se lo confirmaba.

De todos los miembros del club de los mentirosos, mi padre era el que contaba las mejores historias. No fallaba: cada vez que abría la boca, los demás se callaban y miraban fijamente sus regazos, las cartas o el borde interior de las jarras de cerveza, como en oración. Diera los rodeos que diera, o por mucho que se alejara de la narración inicial antes de retomar el hilo, mi padre tenía el don de la credibilidad. Dominaba ese arte igual que los faroles en el póquer, y desde mucho antes de que yo llegara al mundo. Su rostro severo y mestizo se movía entre la inexpresividad más solemne y la repentina caricatura. Disponía de un arsenal de ademanes para su catálogo de personajes. Si sacaba y tensaba la mandíbula y entornaba los ojos, yo sabía que estaba a punto de oír el leve acento irlandés de su tío Husky. Los ojos abiertos como platos correspondían al negro Ugh, que le enseñó a jugar a los naipes y a los dados. Su hermana fruncía los labios para manifestar su constante desaprobación. Su madre usaba una papalina enorme que parecía una aureola azul, de modo que él siempre la presentaba abriendo las manos en abanico por detrás de la cabeza y exclamando: «¡Ya está aquí mamá!».

Mi padre cobra forma en mi memoria cierta tarde en el club de los mentirosos. Lo veo sentado ante una mesa de juegos coja lastrada por una botella. La escena me parece tan real aún hoy que no puedo evitar relatarla en presente.

Me cuelgan las piernas de la barra del local de la Legión y de una bolsa de arpillera saco y pelo cacahuetes sin tostar mientras papá mueve las fichas de dominó. Chasquean. Yo todavía no voy a la escuela, de modo que el día no parece tener

ni principio ni fin, sino que permanece estancado en la oscuridad con olor a cerveza del local de la Legión.

Cooter acaba de preguntarle a papá si cuando se escapó de casa lo tenía todo planeado.

—No planeé absolutamente nada —responde papá, que se enciende un cigarro para generar una pausa y se quita unas hebras de tabaco de la lengua como si ese gesto requiriese todo el tiempo del mundo—. Mi padre me dio un dólar de plata y me mandó al pueblo a por café. Para ir al pueblo había que cruzar las vías del tren. Y la locomotora aminoraba para coger la curva. Y yo cogí y me subí de un salto con el dólar en el bolsillo.

»En Kansas me salió trabajo trillando trigo. Por las noches dormía con otros chavales en el granero de un fulano. Un tío que se llamaba Hamlet. El peor hijo de puta que haya parido madre. No te daba de beber entre el amanecer y la hora de la comida. Y encima estaba casado con la mujer más guapa del mundo. Tenía el culo como dos bulldogs metidos en un saco. — Esto último suscita carcajadas por parte de todos.

Le pregunto cómo llegó a su casa y él recupera el hilo de la historia. Mientras espero su respuesta abro un cacahuete con la uña. La cáscara sin tostar es tan suave como una capa de piel, y la carne sin sal del fruto seco es chiclosa y casi insípida. Papá apura su cerveza y coloca una ficha.

—Casi no llego. Salté al Double-E, que iba de Kansas City a Nueva Orleans. ¿Frío? —Nos mira uno por uno, como si pusiéramos en duda el frío que pasó—. El viento aquel entraba por las grietas de los vagones como una cuchilla. Te cortaba las pelotas, os lo juro. Al final cargaron ganado en algún punto de Arkansas y me acurruqué contra una vaquilla. Si no llega a ser por eso la habría palmado de frío. Anda, que no me acuerdo de la vaquilla aquella. Probé a ordeñarla pero la leche salía sólida, helada. ¡Un polo, mismamente!

—Esto ya empieza a salirse de madre —comenta Shug.

Shug es el único negro que se prodiga por el local de la Legión, y sólo cuando están los demás. Lleva un sombrero de

copa baja con el comodín de una baraja de cartas prendido de la cinta. Famosa es su intolerancia a las trolas de papá, y por tanto su presencia tiende a requerir verosimilitud.

—No exagero —dice papá a la vez que echa una pizca de sal por el agujero triangular de la lata de cerveza—. Súbete a un puto tren de esos en enero y ya verás. Vas a mear cubitos de hielo. Te lo garantizo por mis cojones. —Los otros hacen un gesto de contrariedad y veo que papá cavila su próximo movimiento mientras finge estudiar sus fichas. Están alineadas como ladrillos en una pared; escoge una, la coloca ceremoniosamente en lo alto de la mesa y anota el resultado—. A uno lo sacaron del vagón de al lado más tieso que una tabla. Era mayor. Tan viejo no trae cuenta meterse en esos *fregaos*. Y cuando lo inclinamos para acarrearlo (lo levantamos entre cuatro o cinco) se le salieron de la pernera una docena de bolas peludas. Como un pulgar de grandes, y blancas. —Considera la longitud de su pulgar.

—Las joyas de la corona, claro —interviene Shug.

La mirada de mi padre se pierde en el vacío, como si el tipo en cuestión estuviera allí presente, esperando a que contaran su historia como se merecía y siendo testigo de la ignorancia que papá tenía que aguantar.

—Nada de eso. Si te callas, so membrillo, podré contaros lo que eran.

—Deja que lo cuente —tercia Cooter, y hunde la cabeza en una nube de humo de puro.

A Cooter no le gusta ni un pelo que Shug sea negro y aprovecha la mínima ocasión para criticarlo, cosa que los demás tienden a ignorar. Shug me regala pastelitos de higo que saca de la guantera de su coche, y a mí me envenena ver que lo injurian sin motivo y sin que él rechiste. Pero conozco las reglas y me mantengo en segundo plano.

—Hicimos una fogatilla en un extremo del apartadero con una sartén negra enorme que llevaba un tipo en el petate. Había una especie de asentamiento de vagabundos, y varios

tíos vivían allí. Pero nadie vino a molestarnos. Y el otro, mientras, tumbado detrás de nosotros, más tieso que este banco en el que estoy sentado.

—¿El muerto? —pregunto, y los hombres se dan media vuelta sin moverse de la silla, señal para que me calle, y yo obedezco.

—Exacto. Y en la vida vais a adivinar lo que pasó cuando se descongelaron las bolitas. —Aquí llega el punto de inflexión. Papá ladea la cabeza para saborearlo. Los hombres ni siquiera fingen indiferencia. Las fichas de dominó detienen su chasquido interminable. Hasta el humo de los puros parece dejar de formar volutas por un momento. Nadie da ni un sorbo—. Estallaron como si fueran petardos y soltaron la peste más asquerosa que he oído en mi vida.

—¿Pedos? ¡No me digas que eran pedos! —grita por fin Cooter, en un tono demasiado agudo para ser viril, y los otros se echan a reír. La nuez de papá sube y baja, Ben da una palmada en la mesa y Shug tiene que enjugarse las lágrimas.

Cuando todo vuelve a la normalidad papá pasa la botella otra vez y retoma la historia de su vuelta a casa como si tal cosa.

—No hay nada más que contar. Aparecí en el jardín cochambroso de mi padre atravesando la hierba alta, y allí estaba mi viejo, sentado en el porche. Igualito que lo había dejado un año antes. Me mira más serio que la polio y me dice: «¿Has traído el café?».

Para mi madre esas historias evidenciaban la estabilidad que papá le ofrecía. Siempre volvía a la explotación forestal al final de sus andanzas, fueran las que fueran, y ella había empezado a sentir la imperiosa necesidad de estar con un hombre que siempre volviera a casa. Él era más duro que una roca. Sus colegas de trabajo decían que podían poner sus relojes en hora basándose en el momento en que entraba en el aparcamiento o el instante en que abría la fiambarrera. Cuando mamá nos hablaba de la infancia de papá a veces fingía

espantarse ante tanta rusticidad, sobre todo cuando echaban a los cerdos vivos en agua hirviendo y cosas así. Pero en realidad admiraba aquel universo tanto como la rechinante miseria del blues de sus discos de Bessie Smith.

Mi madre también estaba desesperada por quedarse embarazada cuando conoció a mi padre. Tenía treinta años, y en esa época se consideraba que se le estaba pasando el arroz. Y a papá le volvían loco los niños. Durante la Segunda Guerra Mundial escribió cartas con detalles hilarantes a los hijos de su hermana, Bob Earl y Patty Ann, a los que él apodaba Pelotilla y Sombrita, respectivamente. Aunque llegaban pocas cartas, en ellas retrataba la academia de entrenamiento —y posteriormente la guerra— como si fueran una acampada a gran escala. «Pelotilla, tenías que haber oído la metralleta del 50 con la que disparé hoy a un avión. *Lójicamente* era *teledirijido*, pero qué maravilla darle a un avión sin nadie dentro. Dile a mi Sombrita que coma muchas judías pintas, que tiene que crecer para meterse en la fuerza aérea y alejarse lo más posible del puto Ejército de Tierra. Ja, ja». Más o menos por la misma época le confesaba a su hermana su deseo de tener hijos. «Igual soy muy viejo ya para formar una familia pero por lo menos he disfrutado lo mío. Me dieron un pase de cuarenta y ocho horas para Londres y no te quiero contar lo que me *an* gustado las inglesitas». Una postal posterior con matasellos de París resulta más críptica: «Peso ochenta quilos y *soi* más malo que la quina».

Las cartas de la guerra me las entregó mi tía Iris, hermana de mi padre, en una de mis escasas incursiones en el sur cuando estaba haciendo el posgrado. Las guardé en una caja de puros que había pintado con spray dorado con motivo de un Día del Padre y que él había llenado de nóminas de la Gulf Oil y guardado en el cofrecito del ejército que no abrimos hasta después de su funeral.

Todavía percibo el aroma que salió del baúl cuando lo abrimos forzando el candado con una palanca. El olor que había impregnado las cartas todavía permanece: una mezcla de papel

húmedo, aceite para armas y la tiza de los bordes de una misteriosa caja de cedro que servía de reclamo para pavos, según acabamos por descubrir. (La tapa, sujeta con una estaquita de madera, gluglutea cuando se desliza adelante y atrás por los bordes de tiza de la caja). El Cok lo guardaba envuelto en un paño de gamuza color carne. Aunque cuando me enseñó a disparar me sermoneó a propósito de los peligros de las armas cargadas, encontré una bala en la recámara, que no creo que dejara ahí por descuido. Él era muy prudente para esas cosas. Metió la bala deliberadamente, por un motivo que aún hoy daría lo que no tengo por conocer. ¿Qué imagen flotaba en tu mente, papá, la tuya o la de otra persona, cuando encajaste la recámara y pusiste el seguro, tal vez tras un momento de reflexión? Aunque hubiera reunido valor para preguntárselo antes de su muerte, seguramente me habría respondido encogiéndose de hombros, absorto en una nube de humo de Camel. Tal vez habría empezado a contarme la historia de su primera arma para matar ardillas, o me habría soltado una charla sobre la distancia que se requiere para darle a un ánade real. Al igual que la mayoría de la gente, mi padre mentía mejor por omisión, y de nada valía interrogarlo sobre aquello que no quería que supieras.

Los sobres están manchados de aceite para armas, y el papel del ejército se ha puesto gris translúcido en ciertas partes. Tras el desembarco de Normandía, los sobres tienen todas las mismas dimensiones y están fechados semanalmente, con pocas excepciones. Según se cuenta, la madre de papá le escribió al comandante quejándose de que no había sabido nada de mi padre desde que se embarcara. Y el capitán Pearse, un licenciado de West Point de ojos azules que consiguió que a mi padre le ofrecieran un ascenso, le ordenó que escribiera todos los domingos. En el sello se aprecia la marca del joven, «Capt. P.», su pragmática letra de molde, todo lo contrario de los garabatos temblorosos de papá. A papá siempre le temblaron las manos, así que puede que él también padeciera «de los nervios», sólo que lo disimulaba mejor que muchos.

No había sellos en los sobres, sólo el matasellos negro del servicio postal del ejército, y en una esquinita de los datados después de 1944 constaba un aprobado por los censores de la base. Los censores eliminaron algunas palabras, dejando espacios rectangulares en las páginas en las que papá había intentado dejar caer alguna pista de su paradero. El tono de las cartas evoluciona de las fanfarronadas del granjerillo a la gravedad del soldado: «Os vais a desmayar cuando os cuente que vi un [hueco] hace unos días, y hoy me he topado con varias prendas de su uniforme y me *an* contado que se [hueco]. *Imaginar* la gracia que me ha hecho enterarme. *Por favor decirle* a su padre que he *tayado* su nombre en un olmo justo donde pasó todo, cerca del río [hueco]. *Decirle* que es un sitio muy bonito. Ya hablaré yo con él cuando vuelva».

El baúl guardaba también, envueltas en muselina, unas fotos en sepia de su infancia a principios de siglo. En mi preferida sale la tía Iris rodeada de los cuatro varones: el tío A. D., papá (que tampoco recibió un nombre de verdad, sólo las iniciales J. P.), el tío Pug y el tío Tim. Los chicos miden desde poco menos de metro ochenta (Pug) al metro noventa y cinco (A. D.). No llevan camisa bajo los petos; todos tienen el pelo oscuro y lustroso, como focas, y lo llevan casi al rape. Papá decía que uno podía sacudirse el agua del río con tres palmadas. Entre todos sostienen un remo con extraña solemnidad, como si fuera un tótem. Y de la pacana gigante que se alza a sus espaldas cuelga media docena de caimanes muertos, que cazaban por las pieles. Recuerdo a papá describiendo cómo el gas de las ciénagas cercaba su bote. Tim, el benjamín, se sentaba en la proa con una linterna que teñía de un espeluznante rojo reflectante los ojos de los caimanes. En otra fotografía, su madre —con el rostro parcialmente oscurecido por la enorme papalina— sujeta el ronزال de una mula que al parecer mi abuelo mató de una paliza por su tozudez en los campos. La fotografía de mi abuelo reproduce una versión más joven y robusta del hombre que yo había visto calcificarse antes de morir con ochenta y seis años: un hombre adusto y pardo con un Stetson, plantado en una mecedora con

asiento de mimbre en un porche y acompañado de tres perdigueros con el mismo aspecto taciturno.

Encontramos un recorte de la revista *Life* sobre Normandía. Papá había escrito con la pluma los nombres de muchos de los hombres que desembarcaban de los botes entre el oleaje, levantando los fusiles para que no les salpicara la espuma. Otros posaban dentro de los tanques. Bajo algunas caras había garabateado nombres: Rogers, Kinney, Brown, Gustitus; otras, en cambio, las había tachado con una simple equis.

El baúl también contenía prácticamente todos los recibos de todas las facturas que había pagado en su vida. Desconfiaba de los bancos y consideraba que las cuentas corrientes y las tarjetas de crédito eran trampas de las grandes empresas para que la gente gastara un dinero que no tenía sin saberlo siquiera. Si algún representante de la Southwestern Gas hubiera tenido valor de llamar a nuestra puerta para reclamar una deuda de tres dólares por una factura de 1947, él le habría puesto en las narices el manojito de recibos atado con goma de ese año, seguido de un pedacito de papel cebolla rectangular desvaído con el sello pagado. Una gesta que papá nunca llegó a llevar a cabo, pero las noches en que desplegaba los recibos, siguiendo un orden cronológico, nos repetía a mi hermana y a mí que cada día algún hijo de puta republicano [sic] trajeado le escatimaba tres dólares a un trabajador aprovechándose de la ausencia de recibo. A él no iban a pillarlo con la guardia baja.

Los famosos republicanos fueron el coco de mi niñez. Cuando le pedí que me los definiera (durante el debate entre Kennedy y Nixon, si no me falla la memoria), papá me dijo que republicano era aquel que sólo era capaz de disfrutar comiendo cuando sabía que otro pasaba hambre, una respuesta que interpreté como palabra de Dios por más tiempo del que me gustaría. Puede que lo único peor que un republicano fuera un esquirol.

Los esquirols eran la piedra angular de uno de los sermones preferidos de papá. Por algún motivo, lo recuerdo pronunciándolo cierta mañana cuando yo apenas empezaba a

conducir y lo había recogido del turno de noche en su camioneta. Me eché a un lado para que condujera él. Introdujo en la cabina el olor a café pasado y los disolventes con los que se quitaba el petróleo de las manos.

—Escúchame lo que te digo —me dijo—. Siempre se me han dado bien los números. Las matemáticas y todo lo que me echen. Podría haberme quedado con el puesto de ese capataz de turno que ves allí. —Ladeó el casco hacia los tanques blancos y las torres en llamas que había junto a la cuneta—. Doce mil al año, sueldo fijo. El señor Briggs me llamó a su despacho. La secretaria me trajo café y todo, como a mí me gusta. El escritorio era de ancho como esta carretera, iy de caoba maciza! «Pete», me dice, «si dejaras de preocuparte por montar un piquete le harías mucho más bien a tu familia». Yo le di las gracias igualmente. Le estreché la mano. Y a los pocos días me enteré de que le había dado el puesto al Booger. —Yo no tenía ni idea de quién era el tal Booger, pero su sermón seguía su ritmo y habría sido inútil interrumpir—. Al poco, el Booger empezó con los achaques. Le daban dolores de cabeza y de espalda. Al poco se le infló la barriga, ise le salía por encima de la cinturilla del pantalón...! Y una mala leche... —Tal vez, llegados a este punto, papá tiró la colilla por la ventanilla triangular para procurarse un momento de reflexión—. Lo que te quiero decir, Pokey, es que era mucho trabajo para tan poco hombre. Y si no te lo crees, que sepas que su mujer hoy en día es viuda.

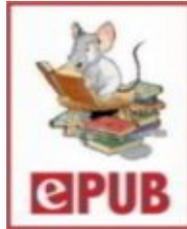
»Más dinero, mis cojones molineros. Valiente hijo de puta ignorante y esquirol.

Cuando pronunció la palabra «esquirol» se le blanquearon los nudillos de tanto apretar el volante.

—Pokey, el que se salta un piquete, y no me refiero sólo a aquí... Digo cualquier piquete. Me da igual que sea en la botica, en la carpintería, donde sea...

Y seguía un macabro retrato de individuos que les quitaban el pan de la boca a los niños.

En el fondo del baúl, debajo del montón de camisas de vestir que le comprábamos todas las Navidades en Sears o en Penney's y que jamás le vimos sacar de su plástico, encontramos un calcetín con un fajo de billetes enrollados que sumaban en torno a tres mil dólares: dinero de las apuestas, supongo; su particular concepto de seguridad.



Nota 1

Un *bayou* (en choctaw, *bayuk*, que significa arroyo o río pequeño) es un término geográfico que en Luisiana, Estados Unidos, sirve para designar una masa de agua formada por antiguos brazos y meandros del río Misisipi. Por extensión, el término *bayou* se utiliza también para designar arroyos o pequeños ríos de discurrir muy lento, además de brazos o meandros abandonados. (Todas las notas de esta edición son de la traductora).

[Volver](#)

Capítulo 2

Si el pasado de papá era para mí más complejo que mi propio presente, el de mamá estaba tan desolado como el desierto de Texas occidental que la vio nacer. Mi madre vino al mundo en el mismísimo núcleo del territorio afectado por las sequías de los años treinta, una llanura extensa salpicada de molinos de viento y alguna que otra plantación de algodón. En lugar de un gatito, tenía como mascota un lagarto cornudo. Decía que en sus primeros diez años de vida no conoció el fenómeno de la lluvia. El cielo era blanco como la tiza y no tenía fin.

Prácticamente lo único que adoraba de Leechfield eran las tormentas, frecuentes e intensas. El pueblo se hallaba en una latitud semitropical, a tiro de piedra del Golfo de México. Estaba enclavado en una ciénaga, a un metro por encima del nivel del mar en su punto más alto, y lo atravesaban dos ríos. Cualquier hoyo que cavaras, por poco profundo que fuera, se llenaba de agua salada por arte de magia. Ni siquiera las anchas acequias que había delante de las casas, donde más tarde descubrí que debía haber aceras, bastaban para mantener a raya el gorgoteo del cenagal. A nadie se le pasaba por la cabeza hacerse un sótano en esa zona del país. De modo que, cada vez que la radio emitía un aviso de tornado, todo el mundo excepto mi madre iba en manada a apostarse bajo un dintel o en un cuarto de baño, por temor a que el tornado tomara tierra. Ella, en cambio, era más de abrir puertas y ventanas de par en par. Todavía oigo el aguacero salpicando contra las hojas anchas del platanero y la gardenia en el porche trasero; nos gustaba

compararlo con el ruido que hace una meada de vaca.

Un día vimos que un embudo negro caía del cielo bajo y abultado sobre el campo de fútbol americano del otro lado de la calle. Arrancó la portería amarilla y la retorció como si fuera un clip. Nosotras, a casi cuarenta metros de distancia, lo observamos todo a través de la mosquitera. Apoyé la cabeza en la cadera enfundada en denim de mamá y me tapé los oídos con los dedos, pero seguí oyendo las columnas de hormigón descuajarse del suelo como botones que salieran disparados. Mi madre veneraba aquellas tormentas salvajes más que nada en este mundo.

Sólo conservo una foto de su infancia. Se la ve sola en lo que parece un porche espacioso y encalado, con un abrigo de lana muy tieso y la mirada perdida bajo el flequillo corto, rubio y recto que le atraviesa la frente. Sus padres la llamaron Charlie; no Charlotte, ni Charlene, sino Charlie, como a un niño, nombre que ha requerido infinitas explicaciones a lo largo de muchas décadas e incluso le valió una carta de reclutamiento durante la Segunda Guerra Mundial. En el momento en que le hicieron la foto tenía dos años y una neumonía provocada por un frío viento del norte. El médico invirtió varias horas en intentar que le bajara la fiebre a base de compresas frías y cucharadas de ponche de whisky, hasta que finalmente se desenrolló las mangas y les anunció a mis abuelos que no había solución. Si la niña llegaba a última hora de la tarde, raro sería que a medianoche siguiera con vida. La abuela Moore se retorció las manos. En el parto de mi madre se lastimó las partes íntimas y ya no pudo tener más hijos.

Sin embargo, a la hora de la cena una idea consoló a mi abuela. Como le ocurrió después a mi madre, a la abuela le procuraba cierto alivio tener algo que hacer. Recobró el suficiente entusiasmo por el futuro como para lavarle y secarle el pelo a mi madre, e hizo venir al fotógrafo del pueblo. Si Charlie Marie iba a morirse, decía, tenían que darse prisa y hacerle una fotografía de recuerdo. Mi abuelo amenazó con abandonar a mi abuela si se le ocurría sacar de la cama a una

niña enferma sólo para hacerle una fotografía con buena luz, pero ella no se bajó del burro.

Total, que a mi febril madre de dos años de edad le enfundaron un abrigo rojo escarlata y la sacaron al porche principal, abierto a los vientos, una gélida tarde de enero. Contaba mi madre que veía el cielo como a través de un velo gris. Recordaba el viento abofeteándole el rostro a toda velocidad, como una gran mano blanca de aire. No había colinas ni accidentes que interrumpieran el largo descenso del viento desde el norte de las Rocosas, que venía a golpearla tras mil quinientos kilómetros de puñetera nada. En primer término se ve un gato moteado que frota los cuartos traseros contra las espinillas de mi madre. Esto confiere al conjunto un aire apresurado. Mi madre no sonríe. Ella decía que no se sentía a las puertas de la muerte sino más bien presa de una indisposición que le daba ganas de guardar cama, sólo que no dejaban de levantarla.

Lo que hizo que esta historia perdurase en la memoria familiar es que acaba en milagro. Cuando llegó el pastor a la mañana siguiente, ataviado con la sotana negra recién cepillada, y dispuesto a dar el pésame, se encontró con mi madre sentada en la cama, fabricándose muñecas de trapo con retales viejos y todavía mojando en whisky la piruleta que su padre había ido a buscarle al pueblo nada más clarear el día. A la abuela le gustaba decir que la había curado el aire puro.

La única visita que hicimos a mi abuela en su casa de Lubbock la asocio al primer amago serio de divorcio por parte de mi madre. No recuerdo por qué se habían peleado mis padres aquella mañana, sólo me acuerdo de que en un momento dado mamá tiró un cuenco de gachas de avena contra las baldosas amarillas de la cocina, cogió el bolso de paja y nos metió en el coche sin molestarse siquiera en quitarnos los pijamas. Sí que recuerdo que para que Lecia accediera a ir a desayunar al Stuckey's primero tuvo que comprarnos unos vestidos. (Ya entonces mi hermana hacía gala de un sentido de la propiedad del que yo carecía: si en aquella época me mojaba

las bragas jugando, me las quitaba sin más y seguía correteando como si nada).

Aquella misma tarde, en algún punto pasado Dallas, paramos otra vez a comprar una bolsa de hamburguesas de quince centavos. Lecia y yo habíamos estado jugando a las joyerías en el asiento de atrás, juego que consistía en que yo le entregara dinero de verdad a cambio de joyas falsas. Tenía una caja roja de lata atestada de botones de todas las formas y materiales imaginables, incluidos diamantes de imitación y corazoncitos de latón. Al principio del viaje yo tenía una pila de monedas de diez en un tubito de cristal para puros de papá y un bolso de plástico de Barbie con cierre de boquilla lleno de centavos. A la altura de Fort Worth, sin embargo, Lecia se había embolsado casi todas las monedas de diez sirviéndose del argumento de que valían menos por ser más pequeñas. Esa clase de transacciones marcaba todos nuestros juegos. (Ya en la edad adulta, Lecia ha amasado una fortuna vendiendo seguros de vida en Houston).

En fin, que a mí ya sólo me quedaban monedas de un centavo mientras ella seguía intentando endilgarme botones blancos de plástico como si fueran perlas cuando el cielo vespertino empezó a oscurecerse.

En la zona occidental de Texas el cielo es más extenso que en otros sitios. Ni colinas, ni árboles en el horizonte. Los únicos accidentes son las gasolineras que se ven de vez en cuando, raras veces. No me entra en la cabeza cómo es posible que los colonos que se dirigían al oeste decidieran seguir avanzando frente a tanto vacío. El paisaje es inexistente, y el cielo lo ocupa todo. Aún hoy puede una circular durante horas sin ver nada aparte del hipnótico ascenso y caída de los cables de teléfono que te recuerda que estás en movimiento. Así pues, el oscurecimiento del cielo tuvo una importancia capital: era como si hubieran desplegado un toldo gigante sobre esa amplitud de luminosidad imposible. Todavía se veía el espejismo de agua en mitad del asfalto, aunque el cielo que reflejaba hubiera adquirido un color marrón sucio. Levantamos la vista. Lecia

señaló una nube oscura que avanzaba hacia nosotras. Era muy rara. Conocíamos los tornados, pero aquello era distinto. En lugar de ser negra azulada, la nube tenía el color de un centavo viejo, y era más ancha, más lenta, y sin forma cónica. Todavía parecía muy lejana cuando una lluvia de langostas empezó a estrellarse contra el parabrisas como una tormenta de granizo. Se oía el murmullo de las alas conforme se acercaba la nube. Y en ese momento el mundo exterior se ennegreció tan rápido que parecía que se hubiera apagado el sol. No hubo un arranque lento y progresivo, como sucede con las tormentas normales. Para cuando mi madre consiguió parar en el arcén, yo estaba llorando y la nube nos había rodeado casi por completo, formando una costra gruesa en el coche, una capa de langostas. Emitían un inquietante chasquido, como de cucaracha, que dentro de mi cabeza se multiplicaba por un millón. Mi madre fue a bloquear los conductos de ventilación, pero algunas se habían colado ya en el interior, lo que desencadenó una serie de «Ay por Dios ay por Dios» por su parte y una serie de chillidos por la mía, al tiempo que me acurrucaba en el pozo negro del asiento trasero en la postura que nos habían enseñado para la bomba atómica. Lecia fue la que mejor reaccionó. Empezó a soltar alpargatazos con la chancla, dedicando un insulto a cada bicho: «Chúpate esa, hijo de puta», decía. Lo raro es que después de aquello les cogió un terror inaudito a las cucarachas. Era ver una —y por aquellos lares había que sacudir los zapatos por las mañanas para sacarlas— y encaramarse a la librería dando gritos. Era capaz de destripar un mapache o desollar una serpiente sin pestañear, pero las cucarachas voladoras la sacaban de sus casillas, cosa extraña, porque aquel día en que se puso a matar langostas me pareció muy intrépida.

Poco después cesó el revoloteo. De hecho, todo pareció detenerse. El tiempo se detuvo. Lecia me dio un codazo en la cabeza para que dejara de llorar, y funcionó. Y durante un rato sólo se oyó el murmullo del zumbido.

Se fueron como habían venido. Lecia volvió a darme un

toque para que mirase y yo saqué la cabeza de entre los brazos cruzados justo a tiempo para verlas despegarse de la luna trasera. La nube cobraba forma y densidad ante nuestros propios ojos. Todo el interior de la luna trasera tenía salpicaduras de pringue de langosta, patas y antenas desperdigadas, y unas pocas patas peludas que se agitaban todavía. Aparte de eso, casi podías olvidar que se trataba de insectos independientes y ver únicamente la nube. Ésta se elevó, dio la impresión de comprimirse, un cielo azul apareció a su alrededor, y el murmullo remitió. A ambos lados de la carretera había campo abierto, y nosotras seguimos la franja de carretera desnuda hasta las afueras de Lubbock, hasta la casa de la abuela Moore.

La abuela jamás edulcoró la opinión que le merecía papá. De hecho, se decía que sus escasas dotes para la amabilidad y la diplomacia desaparecieron en el momento en que murió mi abuelo, décadas atrás. Aquel día se limitó a comentar que por fin mi madre había entrado en razón e inmediatamente nos puso a todas manos a la obra, obligándonos a distribuir en tarros una repugnante salsa dulce que ella llamaba *chowchow*. La granja se inundó del vapor de los recipientes abiertos puestos a enfilar en todas las alacenas. Yo era una niña bastante vaga, poco acostumbrada a las tareas domésticas, pero mi abuela siempre tenía guisantes por desvainar, espinosos pepinos por recolectar o algún mueble de grandes dimensiones por abrillantar. Mi tendencia a remolonear, por tanto, me hacía quedar en muy mal lugar, en tanto que Lecia ganaba puntos acatando instrucciones.

Mi recuerdo de aquel día vuelve a cobrar una forma definida con las cuatro en el cuarto de baño de la abuela, que me parecía tan espacioso como un granero. La mujer acababa de darse un baño y se aplicaba polvos de talco por todo el cuerpo con un gran pompón amarillo. Una vez, siendo yo pequeña, me puso un enema, y desde entonces jamás pude mirarla sin que su fuerza enjuta me infundiera miedo. Pero, en cueros, su cuerpo parecía tan vulnerable como el de una tortuga sin

caparazón. Mamá se desnudó con más naturalidad. En aquellos tiempos, la ropa interior femenina era como una armadura: copas de sujetadores cónicas, y medias que conservaban la forma de las piernas cuando te las quitabas. Mi madre se contoneó para liberarse de la anchísima faja, que cayó de golpe a sus pies con un leve chasquido. Ignoro por qué la usaba, porque nada odiaba más que una faja en verano, y para colmo no le hacía ninguna falta. La zona reforzada con forma de diamante le dejó una marca muy fea en la tripa, a cuyo lado se veía la cicatriz de cuando yo nací. (Fui un parto difícil, nací de pies; «como Julio César», le gustaba decir a mi madre). Se metió en el agua humeante con una gracia que debió de adquirir posando para los estudios del natural de Bellas Artes, en la década de los cuarenta, todo líneas fluidas y curvas de violín.

Yo esperaba mi turno para el baño sentada en el retrete y trasteaba con una de las pinzas para el pelo de la abuela, que había sacado las caderas y las apoyaba contra el lavabo mientras se rizaba el pelo color plomizo. Usaba unas pinzas de acero con dientecillos que me dejaban marcas profundas en el dedo índice. La abuela le había pedido a Lecia que enjuagara las medias de mamá en el lavabo, pero mi hermana se entretenía metiendo el brazo dentro de una de ellas y sacándosela como si fuera una piel de serpiente, hasta que la abuela le lanzó una mirada como diciendo: «Haz lo que te digo». Cada tanto, desde mi posición en el retrete, me inclinaba e intentaba arrebatársela la otra media a Lecia, pero ella reaccionaba demasiado rápido para mí.

—Charlie Marie, no puedes seguir criando a estas niñas como a unas salvajes. ¡La chica ni siquiera sabe atarse los cordones!

No recuerdo haber justificado mi incapacidad. Simplemente me levanté del retrete y me subí las bragas blancas con estampado de manzanas rojas. Lecia sabía atarse los zapatos con tres años. Con cinco, la abuela incluso le había enseñado a hacer encaje de bolillos. (Hacer encaje de bolillos es una

actividad de locos que requiere una lanzadera diminuta, hilo de seda muy fino y una paciencia de santo. Por lo visto, las monjas belgas son las maestras absolutas). Lecia generó de inmediato media docena de pañitos que la abuela colocó sobre las partes más ajadas del sofá. A mí, en cambio, hasta la escalera de Jacob que cualquier crío hacía en las convivencias religiosas me salía como un churro. Por muchas veces que me enseñaran, mi cerebro se negaba a registrar la técnica para hacer un lazo con un cordón. A este respecto se me consideraba más cabeza dura que cabeza hueca.

Mamá estaba a remojo en la bañera con la cara cubierta por una toallita verde claro. La boca formaba un hueco oscuro en el tejido de rizo cada vez que respiraba. Siempre asocio la casa de mi abuela al silencio de mi madre y el cotorreo inagotable y tiránico de la anciana.

—Mira, esto que me estoy echando es margarina —le decía mientras se untaba la cara—. Que no te endilgue nadie otra cosa. Le ponen dos gotitas de perfume, y mi Charlie Marie, alma de cántaro, sería capaz de pagar un dólar por una cucharadita. ¡Está loca por derrochar dinero! ¿Todavía tenéis las huchas de barro que os compré en Laredo?

En un momento dado, mi madre comentó que el agua estaba helada y me pidió que le pasara el albornoz.

A la mañana siguiente fuimos a visitar a Dotty, una prima de mamá, cuyo marido, Fermin, tenía una desmotadora de algodón en Roundup, Texas. Vivían en un rancho blanco destartado con tantos dormitorios que cada una durmió en uno. Ni Lecia ni yo habíamos estado nunca en una casa tan fabulosa. En la parte de atrás había piscina y un refugio para huracanes que una asistente mantenía limpio y surtido de conservas de verdura por las que Dotty sólo se preocupaba en el momento de degustarlas. Su hija, Tess, tenía un teléfono rosa de princesa junto a la cama y llevaba las uñas de los pies pintadas de blanco nacarado. El hijo, Robert, se ponía corbata para ir a catequesis.

Cuando tienes parientes con tierras, lo primero que haces durante una visita es pasar revista a los cultivos, el ganado o lo que sea. Otra gente saca álbumes de fotos, enseña muebles de jardín o los trofeos de sus niños. A los parientes con tierras, sin embargo, les parecería casi de mal gusto que les preguntaras por alguno de esos asuntos. Ya se tratarían después de comer.

Tomamos la carretera de la granja entre hectáreas de algodón. El algodonal estaba en plena floración. La sucesión de hileras de plantas desfilando ante mí casi me dio vértigo. Me parecía que cada hilera marcaba el tiempo, y a la vez todas ellas formaban una única línea en el horizonte. Dotty comentó que era un milagro que las langostas no les hubieran dado ninguna guerra ese año. Igual que los tornados van trazando su propia ruta —de modo que junto a una casa reducida a astillas podía quedar intacta una letrina—, las langostas devoraban algodones al azar. Y el suyo no lo habían atacado.

La abuela contó que su padre la obligaba a recoger a mano un algodón igualito a aquél cuando todavía era pequeña. Su hermana Earle también iba a los campos, pero las otras tres niñas se quedaban en casa recibiendo clases de canto. Como eran muy guapas, esperaban que hicieran «buenos casamientos», lo cual no era sinónimo de felicidad, sino de que no tendrían que trabajar en la granja. El retrato en sepia de las cinco hermanas en el salón de mi abuela muestra a cinco rubias muy frágiles. A tenor de su aparente delicadeza costaba creer que alquilaran a las dos más pequeñas a unos aparceros. Llevaban cuellos de encaje calado y rosas victorianas prendidas de los moños sueltos estilo Gibson. Eran pálidas, translúcidas, y la fotografía estaba levemente teñida, de modo que un delicado tono melocotón coloreaba las mejillas y las rosas.

Detuvimos el Cadillac de Dotty en medio del campo de algodón y abandonamos el microclima de aire acondicionado. De cerca, las plantas eran casi negras y tenían un aspecto arácnido. En cada una estallaban decenas de cápsulas de algodón que formaban nubes en miniatura; cada cápsula estaba cargada de semillas pardas y alargadas. La abuela arrancó una

y con mucha maña apartó las semillas hasta quedarse con una bolita de peluche puro. Nos enseñó a Lecia y a mí a extraer un hilillo tan fino como el de una tela de araña, enrollando la hebra entre el pulgar y el índice con un gesto preciso.

Recuerdo que comentó que el algodón era muy esclavo, como casi todos los cultivos comerciales. Agotaba el suelo y aún más a quienes lo trabajaban. Ya de mayor leí la biografía de Lyndon Johnson, escrita por Robert Caro, en cuyo primer volumen se hablaba de lo dura que fue la vida en esa zona del país para las mujeres durante las sequías de los años treinta. El agua era un bien tan escaso que prácticamente todas las treintañeras tenían chepa de tanto acarrear baldes varias veces al día. El cutis se les apergaminaba por la exposición al sol y las manos se les curtían como piel de botas. Por lo demás, en cada familia morían al menos un par de críos, de modo que también se curtían por dentro. Pensaba en el retrato de la abuela en su marco ovalado encima de la cama de mamá y trataba de imaginar, siempre en vano, cómo alguien hubiera podido escoger aquellas manos níveas e infantiles para llevar a cabo faenas de campo.

Nos quedamos plantadas en el sembrado, vestidas de domingo, mientras la abuela se enjugaba las sienes con un pañuelo. A tiro de piedra había un granero y un silo alto abarrotado de jornaleros mexicanos. En un momento dado la abuela comentó que Dotty sí que había hecho un buen casamiento, un dictamen que a mi madre no debió de pasarle inadvertido. Enmudeció y acto seguido sacó del asiento de atrás el cuaderno de bocetos y un carboncillo y echó a andar hacia el granero. Cuando vio que yo hacía amago de seguirla se acuclilló y me ordenó que me quedara con la abuela. Lecia aprovechó para mascullar que yo era una niña pequeña y yo le tiré una piedra a la rodilla. La abuela me agarró de un hombro con su mano huesuda y me mandó sola al coche ardiente.

De camino a casa paramos en el granero para recoger a mi madre. La puerta del Cadillac de Dotty me causaba una honda impresión: debía de pesar por lo menos cincuenta kilos, y

cuando tiré de ella para abrirla se iluminó igual que un teatro de Broadway. Mamá hablaba español en voz baja con dos chicos que examinaban su cuaderno. Uno de ellos se guardó rápidamente en el bolsillo de atrás una botella de medio litro que contenía un líquido transparente. No olía a alcohol cuando subió al coche, pero hablaba con ese deje yanqui y entrecortado que le salía cada vez que se achispaba. Haría unos diez mil bocetos similares en mi infancia, pero por algún motivo he conservado el recuerdo de aquel dibujo concreto: un boceto apresurado del hombre de más edad, tocado con un sombrero mexicano, a base de garabatos gruesos con poco sombreado y el semblante marchito. Sacó del bolso un bote de laca Aqua Net, aplicó una capa para que el boceto se fijara y cerró de golpe el cuaderno. Me molestó que nadie más se interesara por echarle un vistazo.

Nos quedamos en Roundup unos días. Durante la visita, el único indicio de que hubiera problemas en el seno de la familia de Dotty fue que Robert había dejado preñada a su novia del instituto, quien, como era católica, exigió pasar por el altar. La joven esposa zascandileaba por la casa vestida con la camiseta de fútbol americano de él, con una panza tan grande que parecía el globo de un desfile. Tenían quince años y dormían en el cuarto de Robert, en camas literas. Aquella clase de problemas se daba entonces con frecuencia. Robert acabaría el instituto y con el tiempo se haría cargo del negocio del algodón.

Debía de considerarme como una especie de calentamiento para la paternidad, porque mientras Tess enseñaba a Lecia a pintarse el rabillo del ojo y peinarse, él jugaba conmigo al tres en raya en mi pizarra mágica. Recuerdo que también me dibujó con ceras un accidente de tren que había presenciado, con piernas y cabezas humanas desperdigadas entre los algodones. Dibujó las plantas con una minuciosidad asombrosa, comparado con el resto. Cuando me metí en la cama me contó una versión del cuento *Rumpelstiltskin* tan apasionada (y grotescamente libre) que todavía me acuerdo de las pesadillas que me provocó. Me habló de un trasgo carbuncoso que echaba

langostas por la boca y amenazaba con llevarse al bebé de mamá. Acabé por convencer a Lecia de que me dejara meterme en su cama. Eso sí, me obligó a dormir con la cabeza en sus pies, asfixiada bajo las mantas bien remetidas. Por la mañana, Dotty increpó a Robert por haberme metido el miedo en el cuerpo y él perdió todo interés en jugar a ser padre.

Me llegaron noticias tuyas en un par de ocasiones. Dos años después me mandó una tarjeta de cumpleaños desde China Beach, Vietnam. Mi madre comentó que debía de haberle causado muy buena impresión, algo novedoso para mí, de modo que le envié una de mis fotos de la escuela. Él respondió con una foto tuya en uniforme de camuflaje apuntando hacia una palmera con lo que parecía un lanzagranadas. Al parecer, tres años más tarde regresó de la guerra justo a tiempo para celebrar en casa su vigésimo cumpleaños, y en plena celebración se levantó de la mesa, dijo no saber por qué él estaba vivo y sus amigos muertos, y se fue llorando a su dormitorio. Su mujer y su hijo estaban cortando la tarta blanca rectangular cuando sonó el disparo.

Esta historia es prácticamente la única en la que un miembro de mi familia materna manifiesta estar intrínsecamente «mal de los nervios». Bueno, se daban excentricidades de las que todo el mundo hablaba. El padre de mi madre, graduado en Ingeniería, montó un taller de reparación de coches, hecho que volvió loco al padre de éste, banquero. Había también un tío abuelo, Earl, que se vestía de torero cada vez que se cogía una cazorza, y el abuelo materno de mamá, estraperlista, le ofrecía monedas de cinco centavos a cambio de que dijera palabrotas. Pero nunca he tenido noticia de nada más extravagante. No me sonaba casi ningún nombre de los que mi abuela escribía en su inmenso registro de familia, que descansaba sobre la mesilla de café protegido por un forro bien grueso.

La mañana en que mi madre decidió volver con mi padre, la abuela y ella se enzarzaron en una discusión a cuenta del pintalabios, *demasiado oscuro para* su gusto. La abuela sacó el

tema durante el desayuno y siguió dale que te pego hasta que mamá metió de cualquier manera nuestra ropa nueva en el petate de su difunto padre y nos metió en el coche, otra vez en pijama. La anciana había vuelto a rizarse el pelo. Justo antes de que arrancásemos introdujo la cabeza salpicada de pinzas por mi ventanilla. Se le habían soltado algunos bucles y era el vivo retrato de la cabeza de Medusa que mamá nos había enseñado en su libro de mitología. Calificó a Leechfield de cenagal, de agujero infecto, de culo del mundo, antes de que mamá encendiera el motor. El aroma dulzón del perfume de jacintos de la abuela se quedó flotando en el coche hasta que mamá se encendió un mentolado Salem.

Viajamos toda la noche, Lecia hecha un ovillo en el asiento de atrás y yo tumbada cuan larga era en la bandeja que había debajo del parabrisas trasero. La diáfana pestilencia de mi pueblo natal me despertó antes de que amaneciera. Las refinerías de petróleo y las plantas químicas emanaban un olor a huevo podrido. En días buenos el viento traía la brisa del Golfo, pero no era lo habitual. Para más inri, la localidad se encontraba en medio de un cenagal, de modo que la ponzoña industrial arrojada al cielo se estancaba y condensaba por efecto del calor. Más adelante me enteré de que por aquel entonces en Leechfield se fabricaba el Agente Naranja [Nota 2](#)), algo que no me sorprendió lo más mínimo. Aquella madrugada, cuando me desperté echada bajo el parabrisas inclinado, el olor del mundo no difería mucho del de un pedo descompuesto en un espacio cerrado. Abrí los ojos. En los campos de césped se apreciaba el contorno fantasmal de las torres de perforación corcoveando a cámara lenta. Siempre me hacían pensar en jinetes de rodeo o en unas inmensas criaturas serviles que se alzaban e inclinaban ante el vacío. Cada refinería estaba dominada por unas torres gigantes en llamas que daban al cielo nocturno una curiosa tonalidad verde ácida. La primera vez que vi uno de esos rosarios que brillan en la oscuridad me acordé de aquellas antorchas de cinco pisos que cercaban el pueblo por las noches. Estaban también los tanques blancos de petróleo, por miles, como huevos abandonados de algún espantoso

insecto prehistórico.

En el caso de que os parezca que estoy exagerando la fealdad sin medida de Leechfield, sabed que *Business Week* lo incluyó en la lista de los diez pueblos más feos del planeta. Mi madre trabajaba como freelance para el periódico local cuando salió el artículo y el alcalde, cuya única tarea consistía en encender el semáforo todas las mañanas, convocó una rueda de prensa a la que asistimos Lecia y yo como acompañantes de mamá y otro reportero, del *The Port Arthur News*. Me acuerdo de que mascaba tabaco Red Man y luego lo escupía en una lata de café Folger's que llevaba para tal fin. En la parte de atrás del parque de bomberos habían desplegado una de esas banderolas hechas con fieltro azul real que sólo se ven en las convivencias de los scouts, con la divisa del pueblo en letras doradas: ¡LEECHFIELD LUBRICARÁ EL MUNDO ENTERO! Mi madre sacó una polaroid del alcalde de pie frente a ella, blandiendo un ejemplar de *Business Week* como si le hubiera tocado en una tómbola. El reportero de mandíbula prominente de Port Arthur nos dijo a Lecia y a mí que se sentía como si le hubiesen encargado escribir sobre el vencedor de un concurso de comer mierda. Después de que mamá le hiciera la foto nos quedamos junto al camión de los bomberos comiendo galletas con forma de media luna recubiertas de azúcar glas que la mujer del alcalde había traído en una tartera. Eran esa clase de detalles los que te partían el alma en Leechfield, a lo que papá se refería cada vez que decía que era un pueblo demasiado feo como para no tenerle cariño.

Las últimas estrellas titilaban en el momento en que aparcamos en nuestro jardín. El día que pusimos rumbo a casa de la abuela los neumáticos del viejo Impala habían dejado unos surcos profundos y barrocos en el terreno. Pues bien, sobre esos mismos surcos dejamos el coche.

Papá acababa de llegar del turno de noche y se estaba afeitando delante del fregadero, el casco en el escurreplatos. Siempre se afeitaba sin espejo, usando jabón y agua fría, una técnica aprendida en la guerra. Lo de no mirarse demasiado al

espejo era una suerte de gesto de recato suyo. Estaba de pie a torso descubierto frente al fregadero, con la barbilla toda llena de gotitas de sangre, cuando Lecia y yo entramos como balas y nos abalanzamos contra sus piernas flacuchas, pero él actuó como si nada. Poco le faltó para preguntarnos si habíamos traído el café, igual que su propio padre.

Mamá amenazó repetidas veces con divorciarse, a lo que papá solía responder con un gesto de paciente contrariedad. Él nunca planteó el divorcio como posibilidad real. Si yo le preguntaba con preocupación por alguna pelea especialmente desagradable, se limitaba a decirme que yo no debía hablar mal de mi madre, como si la mera alusión a que pudieran separarse fuera ya una falta de respeto hacia ella. En su mundo, sólo los locos de remate se divorciaban. Los ciudadanos de pro mal casados se ataban los machos y aguantaban el tirón.

Su tío Lee Gleason, por ejemplo, estuvo cuarenta años sin dirigirle la palabra a su mujer, hasta el día de su muerte, pero ni se le pasó por la cabeza divorciarse. Contaba mi padre que en el verano de 1931 domó caballos para su tío, y que éste y la tía Annie dejaron de hablarse ese mismo año tras una riña por el dinero que ella gastaba en azúcar. Annie Gleason ensilló una mula vieja que tenían para desahogar a los jamelgos y fue hasta Anhuac, Texas, arrastrando las botas contra el polvo. Compró un saco de veinte kilos de azúcar, dio media vuelta con la mula y cabalgó hasta el granero donde papá y el tío Lee estaban clavando la última herradura a un caballo. Sin apearse, Annie se sacó una navaja del bolsillo del mandil y, mirando fijamente al tío, la hundió en la saca de arpillera amarrada a la grupa del animal. Según mi padre, el azúcar se derramó igual que un líquido.

Lo recuerdo contando esa anécdota mientras pescamos lubinas con Cooter, Shug y Ben Bederman. Estamos en la espaciosa lancha motora de fibra de vidrio de Ben, mucho más vistosa que los botecillos de fondo plano que acostumbábamos a alquilar nosotros. Cada uno está sentado sobre sendos cojines hinchables rojos de Coca-Cola. No sé qué edad tendré, pero

todavía no soy lo bastante mayor para que no me apetezca pescar con papá, algo que debió de ocurrir en torno a mis once años. Ignoro aún esa posibilidad. Lo único que sé es que el humo del puro de Cooter huele que apesta. Lanzo el cebo amarillo limón a la superficie del agua y sus hélices diminutas zumban y se detienen, zumban y se detienen. ¿Qué demonios iba a pensar una lubina bajo el agua cuando viera eso? Prefiero mil veces un gusano de plástico sumergido en el cieno, pero Ben me ha obligado a usar ese artilugio.

—¿Y el tío Lee qué hizo? —se interesa Cooter. A veces creo que el club de los mentirosos sólo admite a Cooter porque es quien hace las preguntas. Nunca ha pescado nada que los otros no le hayan hecho devolver al agua.

—¿Que qué hizo? —Papá ladea la cabeza—. ¿Y qué iba a hacer? La miró diciendo que no con la cabeza y le soltó: «Hija de puta, imbécil». Esas palabras fueron lo último que se dijeron.

—Cuenta cómo dividieron la casa, papi.

—La cosa duraba ya más de diez años —prosigue papá, hurgando en la nevera en busca de una cerveza—. Primero se dejaban notas por toda la casa. Listas de la compra y cosas así. Pero al poco ya ni siquiera eso. Entonces pasó una cosa muy rara. Era como si Lee supiera lo que Annie quería antes siquiera de que lo pidiera. Y viceversa. Pongamos que ella necesitaba tocino o algo por el estilo. Pues allá que entraba Lee con tocino recién comprado. O que él se despertaba con antojo de galletas; pues ella ya estaba cortando la masa con la tapa de un tarro.

Shug emite un «mmm-mmm-mmm» que evidencia que la vida nunca dejará de darle sorpresas.

—Ni pío se decían —continúa papá—. Dormían en la misma cama, comían de la misma olla. Cuando volví de Alemania, conforme llego a casa de mi tío me lo veo bajándose del jeep. «¡Pete! Llegas como agua de mayo». Y me cuenta el plan que se le ha ocurrido.

»A la mañana siguiente nos levantamos y compruebo que siguen sin hablarse. La vieja Annie se me enganchó al cuello, que vaya fuerza tenía... Y se puso a hablar conmigo como si el otro ni estuviera. Al cabo de un rato nos preparó huevos con beicon y unas gachas de sémola. Nos sentamos a la mesa y nos pusimos a comer. Y cuando se fue para la iglesia, Lee y yo *sacamos* el serrucho y partimos la casa en dos, tal cual, como si fuera una ostra. De arriba abajo, del techo al suelo. Vamos, que esa noche cuando volvió en el jeep (había una reunión o algo así que duró todo el día), acabábamos de enganchar el tractor para mover su mitad.

—¿Y ella no dijo nada? —pregunta Shug, que me está ayudando a desenganchar del sedal verde de nailon uno de mis anzuelos de tres puntas.

—No habría dicho ni mu aunque se le hubieran salido las maldiciones de la boca. ¿Ves esos juncos de ahí, Pokey? —Hace un gesto con la lata de Schlitz—. Yo probaría suerte con ellos.

Es frecuente que interrumpa sus relatos para darme instrucciones, pero hoy me siento muy mayor para recibirlas, sobre todo después de que el señor Bederman ya me haya obligado a prescindir de mi gusano de plástico por esa birra de cebo.

—¿Y por qué no se divorciaron y todos contentos? —preguntó Shug.

Papá le lanza una mirada como si estuviera chiflado y se encoge de hombros. El cebo chasquea al caer entre los juncos y yo entorno los ojos para representarme la casa partida. Las dos mitades se encontraban en la misma hectárea de terreno, separadas por un descuidado soto de pinos. Papá y el tío Lee habían claveteado maderos por toda la superficie aserrada. Pero la idea de una casa abierta en canal, mostrando cuanto había en su interior, me provocaba escalofríos.

Quizá es lo que mamá y papá tendrían que haber hecho. Eso no quita para que me jurase a mí misma en aquella embarcación que me escaparía y viviría en el baño de la

gasolinera. Eso si algún día se separaban definitivamente. Un día compraría una mazorca de maíz de treinta y cinco centavos y al siguiente unos tamales del tenderete de enfrente. El dinero pensaba ganarlo lustrando botas en la barbería.

Mi madre guardaba un mapa que le había dejado un día en que me escapé de casa, con una línea entre nuestra casa y la gasolinera Gulf. Una equis señala el aseo de señoras, y por encima aparece la palabra «yo».

Lo que no supe hasta que por fin me fui de casa a los quince años fue que, de haberme largado, nadie habría organizado una batida para localizarme. Para ellos, cualquier sitio era mejor que Leechfield. La mía era la séptima generación de texanos vía Tennessee de origen irlandés, de modo que descendía de esa gran tradición que el escritor Harry Crews resumió así: «Si tienes trabajo, escribe». Durante generaciones, mis antepasados se dedicaron a colgar las sartenes de los bueyes y poner rumbo al oeste. Resulta que para mí era imposible «fugarme» como hacían otros adolescentes. En mi familia cualquier movimiento se interpretaba como un progreso.

A veces, cuando mis padres se tiraban los trastos a la cabeza, Lecia y yo planeábamos irnos a vivir a una choza en la playa. Nos sentábamos debajo de la colcha azul de algodón con las piernas cruzadas y una linterna, y parodiábamos sus peleas. «Rollo seis, toma cincuenta y uno. ¡Acción!», decía Lecia. Juntaba los brazos al estilo de las mandíbulas de un caimán, como si la bronca no fuera más que otra toma de un larguísimo rodaje. Se alumbraba desde abajo y metía los carrillos para dentro, de modo que se le hundían los ojos y los pómulos se le afilaban tanto como a mamá. También se le daba de maravilla imitar el acento yanqui que le salía cuando estaba tensa o bajo los efectos de alguna sustancia química. Imaginaos a una joven Katharine Hepburn contaminada por la sintaxis e inflexiones de un predicador evangélico: «Lástima que no quisiera Dios que un rayo me partiera antes de cruzar el puente y meterme en este puñetero boquete texano». A veces sólo lloraba, llanto que en la imitación de Lecia se volvía más cruel: «No hay esperanza,

no hay esperanza», decía con todo el dramatismo de una Gloria Swanson, llevándose la muñeca a la frente como si se la hubieran grapado.

Yo siempre representaba el papel de papá, poco exigente a nivel intelectual, pues o no hablaba o lo hacía tan bajito que no lo oíamos. Lo único que gritaba claramente era: «¡Vete a tomar por culo!». A veces transformaba la invectiva en sabio consejo destinado a quienquiera que fuera objeto de la furia de mi madre. «Mándalos a tomar por culo», decía. Lo mismo para el fisco que para los meapilas que llamaban a nuestra puerta con intención de convertirnos. «Mándalos a tomar por culo» era su sugerencia infalible. (A día de hoy tengo una especie de tendencia natural a mandar a tomar por culo. Me fascina la cantidad de situaciones en que viene al pelo).

Cuando oíamos un estrépito o el sonido de un cuerpo desplomándose en el linóleo bajábamos en pijama a ver quién había tirado qué o quién se había desmayado. Si estaban todavía medio conscientes, nos mandaban de vuelta a la cama con malas maneras. «A vuestro cuarto. Nadie os ha dado vela en este entierro», decía papá, o bien mamá nos señalaba y exclamaba: «¡A mí no me hables así delante de las niñas!». Una vez oí a papá despertar con un rugido: al parecer, mamá le había tirado por encima un vaso de vodka y había echado a correr hacia la puerta trasera. Llegamos a la cocina justo a tiempo para ver cómo él la arrastraba hasta el fregadero, donde llenó tres vasos de agua que le fue vaciando sobre la cabeza uno por uno. Fue una de las pocas noches en que acabaron muertos de risa. De hecho, se pusieron tan contentos que nos llevaron al autocine a que viéramos *La noche de la iguana* mientras ellos se hacían carantoñas en el asiento delantero.

Cuando abría la puerta y me echaba a la calle después de una noche de bronca me resultaba de una inocencia descabellada la actitud de los vecinos que asomaban detrás de los cubos de basura o los cortacéspedes. ¿Cómo podía la gente ocupar sus días en tareas semejantes? A ratos me daba la impresión de que nuestra casa estaba partida en dos, como la

de Lee y Annie. O sentía que los vecinos habían abierto con la mirada tantos agujeros imaginarios en nuestras paredes que la casa estaba podrida como un madero carcomido. Jamás me sacudí del todo la sensación de que la gente nos miraba raro al día siguiente de las peleas; no sé si será más adivinación que paranoia por mi parte. Si en la tienda una de las señoras se daba de bruces con nuestro carrito, invitaba a mamá a tomar café casi instintivamente, sin pararse a pensar en el berenjenal en que se metía. Pero el rostro de la vecina manifestaba un alivio evidente cuando mamá declinaba la invitación. Y me llamaba la atención que cada vez que alguna madre iba a casa de algún vecino para pasar el rato, nunca llamara a nuestra puerta. Las familias más piadosas llegaron a prohibir a sus hijos que se acercaran siquiera a nuestro jardín.

Bien sabe Dios que de esto no tenía la culpa mi madre. Mi padre acojonaba a todo el mundo. Algunos días se levantaba loco por provocar una bronca. Por ejemplo, un día en la cola para pagar el gas le soltó un puñetazo a un camionero de Coca-Cola por decir que no tendríamos que habernos metido en Vietnam.

Por otra parte, tanto Lecia como yo nos comportábamos como salvajes en cuanto se presentaba la ocasión. Con tan sólo once años mi hermana era capaz de darle una somanta a cualquier chico del barrio de menos de quince. Yo no me quedaba corta, y recuerdo decirle de todo a Carol Sharp desde la acequia de drenaje que había en nuestro jardín por hacerme sangrar por la nariz. Tenía salpicaduras en la pechera del bañador amarillo nuevo, de los que se ataban a la altura de los hombros y tenían elásticos en las perneras. Yo no contaba más de seis años, pero la trataba de zorra ignorante. Su madre salió a los escalones del porche amenazándome con la mopa y acusándome de soltar sapos y culebras, a lo que respondí que me importaba una mierda. Ante cualquier conflicto seguía el consejo de papá y a cualquier vecina le gritaba que se fuera a tomar por culo y me metía corriendo en la casa antes de que me cogieran para darme una azotaina.

A finales del verano de 1962 empezaron a salir al anochecer mosquitos de los *bayous* y las acequias de drenaje. Muchos niños contrajeron encefalitis, que nosotros llamábamos «la enfermedad del sueño». Marvalene Seesacque salió de un coma de seis meses, pero se quedó tocada del ala, como solíamos decir. Otros no tuvieron la suerte de despertar, y mi madre hizo un montón de fotos de funerales con ataúdes chiquititos para la portada del periódico. El departamento de obras públicas de Leechfield puso en circulación un camión antimosquitos para acabar con los dañinos insectos. Todas las tardes recorría las calles dejando tras de sí una nube alargada de DDT que expulsaba una manguera del diámetro de un plato llano. Aquel verano, el último juego del día consistía en montar en las bicis y echar una carrera lenta detrás del camión antimosquitos.

La carrera lenta es la competición de Leechfield por excelencia. La gana quien llega último. Puede parecer muy fácil, pero cuando montas una bici sin ruedines te caes si avanzas demasiado despacio. El truco era pedalear lo bastante para mantener el equilibrio, pero no lo suficiente como para adelantar a nadie. Si a esto sumamos la nube blanca y húmeda de veneno del camión, que te envolvía el cuerpo sudado y provocaba un dulce escozor en los pulmones, ya tenemos nuestro juego preferido: uno en el que los ganadores vomitaban y se desmayaban. Recuerdo que es lo que hizo Tommy Sharp, vomitar en la acequia frente a la piscina. Shirley Carter bajó la pata de cabra de su Schwinn roja justo antes de caer redonda en la cuneta, fría como un témpano. Tuvimos que llamar a la madre de Lyle Petit, que era enfermera, para que le diera aire en la cara y la reanimase. Yo, que no había ganado, me encontraba entre la pandilla de chiquillos observando cómo el semblante amoratado recuperaba su color rosado cuando mi madre empezó a llamarme.

Todos los niños levantaron la mirada. Mamá nunca nos llamaba. Mamá salía muy poco al jardín desde que el señor Sharp le dijo que iba a castigarla Dios por beber cerveza mientras me daba la teta en el porche. «Usted, viejo chocho,

vería el mal hasta en la horcadura de un árbol», se dice que replicó ella. Desde entonces era papá quien sacaba la basura y salía a llamarnos para la cena. Al oír su voz todos los niños experimentaron un leve sobresalto, como cuando en los documentales sobre África una manada entera de antílopes deja de beber agua en cuanto percibe el olor de un león.

Eché a correr, saltando las acequias embarradas que bordeaban las casas idénticas. Acababa de salvar una de las montañitas de fango que dejaban los cangrejos cuando vi el Ford rojo de mi abuela aparcado delante de nuestra casa. El más breve trayecto sembraba nuestro coche de envoltorios de caramelos y botellines de refrescos, y hasta alguna que otra lata de café llena de pis. Sin embargo, cuando eché un vistazo por la ventanilla al interior del Ford, me dio la impresión de que la anciana había atravesado Texas de un tirón sólo con una caja de pañuelos rosas. Mi madre sostenía la puerta mosquitera y se hacía visera con la mano cuando subí los escalones del porche de hormigón. Le sobresalían mucho los pómulos y las pupilas tenían el verde imperfecto de una canica resquebrajada. Me anunció que la abuela tenía cáncer y que iba a vivir con nosotros un tiempo, pero que yo tenía que actuar como si no lo supiera.

Puede que sea un error atribuir el grueso de los males de mi familia a su llegada, pero la abuela Moore era tan hija de la gran puta que no puedo hacer otra cosa. Se sentaba como una emperatriz venida a menos en la inmensa butaca *art déco* de mi madre (de vinilo verde claro con reposabrazos cuadrados y negros) y le daba la vuelta para instalarse justo delante del ventanal del salón, como si estuviera permanentemente a punto de declarar algo trascendental.

Se pasaba el día haciendo críticas que hacían salir por pies a mi madre, con el semblante tan tenso que la boca se le reducía a un trazo. Las cortinas eran espantosas; había que hacer unas nuevas. ¿Cuándo fue la última vez que limpiamos los cristales? (Nunca). ¿Había engordado mi madre? La veía entrada en carnes. Yo parecía una espalda mojada, de lo negra

que era, y lo rechoncha. (Lecia había salido rubia, como la familia de la abuela, pero ella nunca asumió que yo heredara el vago aire indio de mi padre). Y «daba pena verme», una expresión que ella misma reservaba a los animales desnutridos y los niños criollos minados de lombrices que en verano veíamos intentando pescar cangrejos en la orilla del *bayou* Taylor. (Un día Marvalene Seesacque enunció su motivación para pasarse el día cogiendo cangrejos: «Si no pescas, no comes»).

En una casa donde lo habitual era que yo desayunara tamales de lata fríos (recuerdo lamer la salsa de tomate con comino de los envoltorios individuales), la abuela pegó en la nevera un recorte del *Reader's Digest* sobre los cuatro grupos alimenticios básicos. De la noche a la mañana empezamos a comer platos que hasta entonces sólo habíamos visto por la tele, como el rulo de carne picada; cosas para las que había que encender el horno, algo que mamá no hacía ni en Acción de Gracias.

La tradición familiar de comer en el centro de la cama de mis padres también desapareció de un plumazo. Mamá había fabricado una cama extra grande cosiendo dos colchones y uniendo los somieres con perchas. Decía necesitar espacio por culpa de la «humedad», una palabra que durante mucho tiempo Lecia y yo confundimos con «suciedad». (De ahí nuestra tendencia a decir: «No es el calor, es la suciedad»). La cama, la más grande que yo había visto en mi vida, ocupaba todo el dormitorio, de una pared a otra. Mi madre tuvo que hacer sábanas especiales y hasta se vio obligada a sacar la cómoda al recibidor. Los únicos muebles que conservaron junto a la cama fueron un cenicero de latón de pie con forma de barco vikingo en el lado de papá y una lámpara de lectura negra junto a una inestable torre de libros de tapa dura en el de mamá.

Como decía, los cuatro teníamos por costumbre comer sentados con las piernas cruzadas en el filo de esa cama, mirando cada uno a una pared, espalda con espalda, como si fuéramos un tótem cuadricéfalo, con los platos en equilibrio

sobre la colcha, entre las piernas. Mamá lo llamaba comer estilo picnic, pero desde que soy adulta lo recuerdo como una rareza sin más. Muchas veces he deseado poner un anuncio en el periódico de una gran ciudad preguntando si alguien más comía con su familia espalda con espalda en el lecho de los progenitores, y el posible significado de semejante ritual.

Con la abuela no sólo comíamos a la mesa, sino que también sacábamos la mantelería. Mamá contrataba a una negra llamada Mae Brown para que lavara y planchara el mantel y las servilletas cada vez que se manchaban. Y nos prohibieron quitarnos la ropa cuando entrábamos a mediodía para refugiarnos del calor. Teníamos por costumbre ir en bragas o en pijama por la casa fuera la hora que fuera. Cuando apretaba el calor pasábamos horas tumbadas medio en cueros en el suelo de madera delante del ventilador de aspas negras, chupando hielo picado envuelto en un paño de cocina. Ahora la abuela pretendía incluso que nos dejáramos puestos los zapatos y los calcetines. Y teníamos que darnos un baño todas las noches. Uno de los primeros acabó con la anciana envolviéndome en una toalla muy basta y sentándome en su regazo para frotarme el cuello con quitaesmalte. (Supuestamente, se me había formado una costra).

Se propuso supervisar nuestra instrucción religiosa, que hasta entonces había consistido en visitas esporádicas a la catequesis dominical de la Iglesia de la Ciencia Cristiana y en ejercicios sacados de un libro sobre yoga de mi madre. (La postura del loto me salía a la perfección con cinco años). La abuela nos compró a Licia y a mí sendas Biblias encuadernadas en piel blanca con cierre de cremallera. «Si leéis tres capítulos al día y cinco los domingos, en un año habréis leído la Santa Biblia», nos dijo. No recuerdo haber abierto la cremallera de la mía ni una sola vez después de quitarle el plástico, pues mi abuela era propensa a abandonar los proyectos demasiado ambiciosos, como debió de parecerle el de *convertirnos en buenas cristianas*.

Mucho más tarde, cuando conseguimos que hablara de su

niñez, mamá nos contó anécdotas que daban fe de los peculiares hábitos de su madre. Por aquel entonces, el fanatismo de la abuela Moore no era específicamente religioso, sino más general. Por ejemplo, un día solicitó a través de una revista un kit de aprendiz de detective. La idea era espiar a los vecinos con ayuda de mi madre (en una época en que la población de Lubbock no llegaba a las cuatro cifras). Según mamá, la vigilancia se prolongó varias semanas. La abuela la obligaba a apostarse frente a las ventanas encortinadas de la casa del pastor, y no porque sospechara de adulterio o de algún otro pecado flagrante, sino para averiguar si su mujer hacía las tartas sin servirse de preparados. Anotaba las respuestas a esa clase de incógnitas en un registro alfabetizado de las familias más destacadas. También era capaz de concentrar toda su atención en algún vecino que le generase inquietud, al que seguía en sus idas y venidas durante semanas, incansable. Conocía el procedimiento para tomar huellas dactilares y conservaba las de mi madre en una ficha de cocina, por si algún día la secuestraban. La abuela llegó al extremo de coleccionar en sobrecitos forenses los pelos y el polvo que encontraba en los muebles de la gente que visitaba. Contaba mamá que durante casi un año no hubo vez en que fueran a tomar el té a casa de cualquier señora sin que su madre se escondiera de repente en el bolsillo del pichi un sobre con algo parecido a una pelusa de polvo. De lo que hiciera después con esas *pruebas*, mi madre no tenía idea. Y, al final, la moda de ser aprendiz de detective pasó tan repentinamente como había llegado.

Cuando vino a vivir con nosotros, la abuela se trajo consigo esa misma suerte de escrutinio con un punto enfermizo. Antes vivíamos ajenos a los demás. El ruido de las broncas nocturnas de mis padres se filtraba por las mosquiteras y yo era capaz de adivinar el desprecio de los vecinos, pero nadie preguntaba nunca por nuestra familia ni por los nervios de mamá. No íbamos a la iglesia. Nunca recibíamos visitas. Seguramente proyectábamos entre el vecindario una imagen tan borrosa como la de un televisor estropeado. De pronto, sin embargo, la abuela nos escudriñaba con el láser azul de sus ojos, a través

de sus gafas con montura de concha, y decía: «¿Me permites una sugerencia?», o iniciaba cada frase con un: «¿Por qué no...?».

Por lo demás, ella también era muy reservada. Andaba de acá para allá como si tuviera muchas cosas que hacer, sabe Dios por qué. Por ejemplo, iba a todos lados con un enorme cabás de piel de cocodrilo negra en el que guardaba, aparte de los típicos artículos femeninos —cosméticos y pañuelitos con peonías bordadas—, una segueta de verdad. Igualita a las que se ven en las pelis de serie B cuando los malhechores se proponen serrar los barrotes de la cárcel. Caso de que creáis que me lo estoy inventando, Lecia también la vio. Hasta teníamos la broma de que la abuela sabía que íbamos a hacerla prisionera y tenía planeada su evasión.

Yo siempre había considerado que en mi familia faltaba una mujer hacendosa, experta en brownies, que me rizara el pelo, una Donna Reed para mí sola. Sin embargo, mi comportamiento empeoró con el nuevo régimen de la abuela. Empecé a mordirme las uñas. Mis berrinches se agravaron hasta tal punto que ni siquiera papá los encontraba graciosos. Rasgué las cortinas nuevas que acababan de colgar en las ventanas del comedor y arañé tan fuerte a Lecia en las dos mejillas que la dejé señalada. Las zurras no surtían el más mínimo efecto. Pese a que mi carácter llorica era por todos conocido, me negaba a derramar una lágrima cuando me cascaban. Todavía me acuerdo de mi padre blandiendo una fusta pequeña, y yo con las pantorrillas al aire, marcadas y diciendo: «Sigue, sigue, te sentirás muy hombre pegándole a una niña pequeña». Fin de la azotaina.

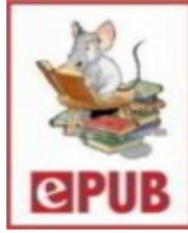
Lecia tenía, amén de mejor talante que yo, más disposición para lamer culos, de modo que salía mejor parada. Sin embargo, ella también debió de sentirse presionada. Fue durante la estancia de mi abuela en casa cuando mi hermana me metió por la fuerza en el cesto de la ropa sucia que salía de la pared del baño y me dejó allí gritando entre toallas mohosas hasta que Mae Brown volvió de la compra. También le dio por

apelmazarse el flequillo con laca; tanta, que ni la lluvia ni el viento conseguían movérselo. (Yo la llamaba «Cabezacasco»), Y se alargó todas las faldas para no enseñar las rodillas. En las fotos de aquella época parece una cría que quisiera hacerse pasar por adulta y diera como resultado una extraña gárgola, ni adulta ni niña. Un día me subió a hombros y me obligó a enfundarme un mandilón de pintor de pana marrón que nos cubría desde mis hombros hasta sus rodillas. Fuimos trastabillando de puerta en puerta fingiendo ser una señora que recaudaba fondos para la Asociación Estadounidense contra el Cáncer. Recuerdo tenderle una lata de café a varios desconocidos al tiempo que zozobraba sobre los hombros de mi hermana. No sacamos ni un céntimo.

Para ser justos con mi abuela, la mujer se estaba muriendo de cáncer con cincuenta años, algo que no te dulcifica el carácter, precisamente. Aun así, no recuerdo ni un solo gesto tierno hacia ella; ni tampoco por su parte.

Tenía las mejillas marchitas, como una manzana echada a perder, y olía a jacintos. Tenían que obligarme para que accediera a darle un beso, y eso que yo era muy dada a arrojarme a los brazos de cualquier adulto mínimamente cariñoso: el vendedor de aspiradoras, el mecánico, la cajera de la tienda.

Lo peor no fue el desbarajuste que trajo consigo, sino el silencio que cayó sobre nosotros. Nadie comentaba nada acerca de nuestra forma de vida anterior. Era como si los propios cambios nos hubiesen engullido igual que una gran ola, arrasando con todo cuanto habíamos sido. Sin ser del todo consciente de ello, yo sabía que proponer una comida en la cama o desnudarme cuando volvía de la calle habría supuesto tal velo de oprobio sobre la vida doméstica que ni me lo planteaba. Era evidente que, hasta ese momento, habíamos estado haciéndolo todo mal.



Nota 2

Fue uno de los herbicidas y defoliantes utilizados por el ejército estadounidense como parte de su programa de guerra química en la Guerra de Vietnam. Se lanzaron cuarenta millones de litros.

[Volver](#)

Capítulo 3

Yo explicaba la evolución del cáncer de mi abuela de una manera muy sucinta a las vecinas que me preguntaban: «Primero le quitaron una uña del pie, luego el dedo del pie, luego el pie entero. Luego le aplicaron gas mostaza en la pierna hasta que se le quemó y se le puso negra, y ella estuvo dando alaridos seis semanas seguidas. Luego le amputaron la pierna, que parecía un tocón negro puesto encima de un cojín. Cuando fuimos a verla llamó a Lecia por otro nombre. Luego nos la trajimos otra vez a la casa y le atacó al cerebro, se volvió loca, y unas hormigas se le pasearon por el brazo. Y luego se murió».

Al término de este informe, tanto mi hermana como yo nos poníamos a examinar la cocina de quien fuera en busca de galletas o bebidas de fruta. El instinto nos decía que hablar de tu difunta abuela te daba derecho a una recompensa. Pasado un tiempo, Lecia incluso aprendió a derramar un par de lagrimitas que conseguían subir la apuesta hasta un polo. (Si llegados a este punto le diera la palabra, mi hermana mayor rectificaría mis recuerdos. A día de hoy sigue sosteniendo que lloraba sinceramente a la anciana, una mujer buena, y que yo era demasiado pequeña y traviesa como para recordar bien lo ocurrido. Yo, en cambio, defiendo que sus recuerdos felices están menos moldeados por la realidad que por la conveniencia: también rememora hacer encajes como un placer, y a Ronald Reagan, al que votó dos veces, como un tío majo). Yo no habría llorado por mi abuela ni aunque me torturasen. No obstante, me sabía el discurso al dedillo y respaldaba los respingos

mocosos de Lecia con firmes asentimientos. Como en la mayor parte de mis transacciones públicas con adultos, contaba ciegamente con la piedad de mis interlocutores para conseguir lo que quería.

La lenta agonía cancerosa de mi abuela quedó durante mucho tiempo reducida a ese informe trillado, un caso claro del mecanismo de sustitución de la realidad mediante el lenguaje. Puede que las vecinas que me oían repetir la cantinela se sintieran horrorizadas ante mi falta de dolor en lugar de asombradas por mi entereza, que era lo que yo pretendía. Entono el *mea culpa* ante ellas por aquella mentira. Pero, creedme, corriendo un tupido velo sobre aquel año y medio de circo de los horrores no engañaba a nadie más que a mí misma.

Lecia rendía pleitesía a la anciana porque así teníamos la fiesta en paz y ganaba puntos a ojos de mamá. Yo, en cambio, hacía lo imposible por evitarla, por motivos que se me escapan. Durante décadas he sido incapaz de decidir si ella disfrutaba aseándome o desenredándome el pelo con un peine de púas finas. La sensación imperante que perdura de aquella época es un miedo que nace en la parte baja de la columna vertebral y va subiendo hasta rozar el pánico. Todavía hoy algo de mí se crispa cada vez que alguien nombra a mi abuela. Preferiría que su fantasma no viniera a ocupar la silla de ruedas vacía que permanece anclada en mi memoria.

Puede que esta aversión tenga en parte su origen en el rechazo natural que los niños experimentan hacia los enfermos. Una persona moribunda absorbe gran parte de la atención de los adultos de la familia, pero, creedme, para una niña es como ver secarse un cuadro. Con el corazón en la mano os digo que no era capaz de reunir ni una pizca de entusiasmo al respecto. Puede que otros niños sí sean capaces; niños cristianos con una marcada vena de santidad que al atardecer leen las Escrituras a sus abuelitos putrefactos. Yo, no. Mi abuela duró demasiado e hizo llorar demasiado a mi madre.

Además, apenas tuvimos trato con ella antes de que enfermara. Yo había heredado su nombre, Mary. Salvo por

aquel único viaje a Lubbock, mi abuela era poco más que un nombre primorosamente caligrafiado con lápiz en una serie de tarjetas de felicitación hechas a mano. Una de ellas, roja, con forma de corazón y pegada a una blanda de papel, se conservaba en la caja de puros dorada de mi padre, a saber por qué. El sobre indica como dirección el hospital M. D. Anderson (que en la actualidad es el Centro médico de Houston). Al abrir el corazón se revela un mensaje de lo más extraño: «Querida abuela: espero que te pongas buena. Un hombre que medía un metro ha muerto en un accidente de coche. Éste es». A continuación aparece un monigote en horizontal con dos equis a guisa de ojos junto a un coche con forma de huevo y algo que parece una tirita. Supongo que aquello era mi gran aproximación a la muerte.

Pese a todo, por mucho que te propongas recordar con mirada afable una fea enfermedad, protegerte de su tedio atroz, si dedicas un mínimo de tiempo a contárselo a un psiquiatra acabarás por toparte con un silencio insondable. Y a partir de ese silencio del interior de tu cabeza se revelará —casi como una reacción química, como la película puesta a remojo en la solución mágica— una instantánea de gélido horror. De modo que justo cuando empezaba a creer que esa tersa cronología del cáncer de la abuela que había cotorreado durante toda mi vida era la verdad y nada más que la verdad, se alzó una persiana que me mostró lo que significa de veras el sufrimiento. Sufrimiento no es el anciano artrítico que descubres intentando abrir uno de esos monederillos negros con cierre de boquilla para sacar una Coca-Cola de la máquina. Ni el niño pequeño que cierto día viste en un jardín, detrás de una verja cerrada con cadena y candado, atado a un cordel de tender la ropa bajo el calor abrasador del mediodía, como un perro. Eso son sólo sombras de sufrimiento. El sufrimiento verdadero tiene rostro y olor propios. Perdura en su forma más intensa, lo tapes con lo que lo tapes. Y te conoce muy bien.

Los médicos inyectaron gas mostaza en la pierna de mi abuela para intentar detener la propagación del melanoma; el

resultado fue un sufrimiento del calibre que acabo de mencionar. Hoy en día cuesta imaginar un tratamiento más medieval. Cuando crecí y leí sobre la Primera Guerra Mundial, acerca de las nubes de gas mostaza que flotaban sobre las trincheras y abrasaban los pulmones de los soldados, me resultó imposible entender el razonamiento que llevó a los médicos a prescribírselo a aquella señora mayor cuya pierna de piel clara, carbonizada a consecuencia del tratamiento, adquirió un aspecto pétreo. Pero, claro, la pierna estaba compuesta de carne y hueso, y el tuétano se evaporó. Según mamá, mi abuela chilló de dolor durante semanas enteras, no días, y eso a pesar de la morfina. Apareció la gangrena y al final tuvieron que amputarla.

En un primer momento, la idea de que mi abuela perdiera la pierna no me quitó el sueño porque era un hecho adscrito al ámbito de lo fantástico. A Lecia y a mí nos parecía fabuloso que fuera en silla de ruedas: podríamos usarla para jugar. Estábamos en plena fiebre de Peter Pan, y yo tendía a imaginarme a mi abuela como una pirata, con una pata de palo. Aquel primer día, de camino al hospital, incluso hice un dibujo de ella con una pierna de madera y un sombrero con pluma, calavera y tibias, al más puro estilo Capitán Garfio. Lecia tuvo la infinita sensatez de doblarlo y guardárselo en el bolsillo de atrás antes de que mamá lo viera.

Pero mi madre estaba sometida a tantas revoluciones psíquicas que seguramente ni le habría prestado atención. Por muy debilitados que tuviera los nervios, en momentos de crisis siempre sacaba fuerzas de flaqueza. Era, realmente, un fenómeno de la naturaleza. La he visto desmontar y volver a ensamblar una lavadora, armar un vestido a partir de un patrón de treinta piezas de la revista *Vogue*, clavar una asignatura de cálculo en la universidad, en la que volvió a matricularse con cuarenta años, y levantar un muro de ladrillos. Nosotras decíamos que si se hubiera enganchado una teta en un escurridor su reacción habría sido ponerse a trastear para sacarla. La enfermedad de la abuela, una de estas

circunstancias críticas, hizo desaparecer de un plumazo cualquier síntoma de «nervios» en mi madre. Iba con la cabeza bien alta para transmitir sangre fría y determinación. Adelgazó, y sólo se movía cuando era absolutamente necesario, aunque no parecía descansar jamás. No es de extrañar que se viniera abajo después del entierro, pues había vivido en un continuo estado de efervescencia desde el principio de la enfermedad.

El reglamento debía de vetar el acceso a niños en las plantas de oncología. Pero mamá estaba convencida de que nuestra presencia le levantaría el ánimo a la abuela. Por lo demás, papá hacía el turno de día y ya no podía dejarnos con nadie. Yo nunca había pisado un hospital. Y, como es natural, lo que se suele recordar es el olor a desinfectante, junto con un ajetreo impresionante, gente a la que trasladaban de acá para allá en camilla o silla de ruedas con tubos y sueros agitándose sobre sus cabezas.

El hospital cobra forma en el instante en que Lecia me tiró del brazo para evitar que viera a un tipo vomitando lo que parecía agua clara en una palanganita plateada con forma de riñón. Le di la espalda al enfermo y me adentré en la nube invisible de olores que envolvía a mamá por aquel entonces: Shalimar, tabaco y caramelos de menta.

Por algún extraño motivo recuerdo esa nubecilla cerniéndose sobre mi cabeza, que quedaba a la altura de su cadera, de modo que si estiraba el cuello y respiraba hondo, conservaba una parte de ella dentro de los pulmones. Llevaba un vestido largo de seda verde militar y un cinturón marrón de serpiente de Chanel. Caminaba dando grandes zancadas y contoneaba los muslos igual que una modelo. Pisaba de tal forma que los tacones apenas si hacían ruido al posarse. Su cabeza me parecía muy remota. El pelo corto y abundante peinado hacia atrás me parecía la melena de un león.

Mamá empujó varias puertas dobles. Oímos que alguien sollozaba «por favor, por favor, por favor» en un susurro. Pasamos por delante de la habitación de una mujer sorprendentemente joven con el pelo trenzado formando una

torre sobre su cabeza. Estaba echada en un sillón reclinable, apretaba contra la barbilla una pera de goma roja para enemas, y al pasar oímos el organillo de un partido de béisbol por la radio. Entonces franqueamos una puerta grande que no hizo ruido y entramos en la habitación de la abuela.

Lo más chocante de una amputación es su crudeza. Realmente, uno piensa que ya podrían haber rematado bien la faena; puede que ahora sea así. Quien haya despiezado un ciervo con un cuchillo de caza, o simplemente frito un pollo o un conejo, sabe lo cruel que resulta cortar huesos y cartílagos. Imagino que en aquella época se usaba en quirófano una pequeña sierra circular, pero en resumidas cuentas todo se reduce a lo mismo. Yo esperaba que la pierna cercenada de mi abuela se pareciera más a la de una muñeca, sin sangre, limpia. Quizá también que estuviera vendada.

Se la habían cortado por encima de la rodilla, y el muslo restante, apoyado en un almohadón del hospital, parecía un objeto quebrado. Unas venillas negras le salían del extremo del muñón formando lo que parecían ríos menguantes. Ignoro si se debían a las quemaduras del gas o al posterior envenenamiento de la sangre. Se notaba que habían tratado de conservar carne suficiente para replegar sobre el hueso cortado. Habían procurado coserla cuidadosamente para que se viera lo más natural posible. No obstante, la sutura evidenciaba unos pliegues unidos a la buena ventura, con el descuido con que se cierra un asado de cerdo después de rellenarlo. Los puntos negros se hundían en la piel blanquísima de mi abuela. Además, le habían aplicado algún tipo de ungüento por todo el muslo, que tenía un aspecto dolorosamente brillante y húmedo. Ni los cinco ramos de flores que le habían mandado sus hermanas tapaban el tufo de algo similar al linimento negro para caballos que un día olí en un rancho. Sería el tratamiento para las quemaduras.

Quise salir corriendo nada más divisar aquella pierna. Pero la puerta se había cerrado con un siseo a nuestra espalda y el rostro de la abuela se giraba ya hacia nosotras. (En este

instante el tiempo se comprime y enlentece, por algún motivo. Casi me veo obligada a mantener la cabeza muy quieta para que la imagen no se borre). Estaba tan flaca y macilenta que la piel era prácticamente transparente.

Tenía los labios amoratados y el pelo se le había encanecido aún más, lo que hacía que sus ojos parecieran más pálidos cuando parpadeó y los abrió, como si una visión la hubiera escaldado por dentro. Lecia se acercó al filo de la cama como si nada. La abuela abrió y cerró varias veces la boca, como un pescado, sin decir nada. Le habían quitado la dentadura postiza, que estaba sobre una servilleta encima de la mesita de noche. También tenía unos hilillos de baba blanca entre los labios, y unas costras amarillentas en las comisuras. Mamá observó que deberían haberla aseado y haberle colocado los dientes, aunque no parecía realmente irritada. Esto me desalentó, porque por lo general podía contar con que mi madre fuera tan cobardica como yo, y yo estaba por la labor de salir por pies. La mano de la abuela acarició el colchón y Lecia se la cogió sin vacilar ni un segundo, lo que provocó que la mujer contuviera el aliento de golpe, y mi hermana la soltó y dio un paso atrás. En ese momento mamá se adelantó, le atusó el pelo blanco con un gesto cuidadoso y le preguntó cómo se encontraba. La abuela se puso a acariciar otra vez la cama en la dirección de mi hermana, y posó su mirada perdida sobre ella como si acabara de caer del cielo junto a su cabecera. Dio otro repullo y exclamó: «¡Belinda! ¿Dónde te habías metido? ¡Gracias a Dios, Belinda!». Acto seguido recuperó un tono de voz normal y comentó lo mucho que la había buscado y añorado. Lecia le seguía la corriente y se hacía pasar por aquella persona de la que nunca habíamos oído hablar.

Pero, por algún motivo, aquel «Belinda» me heló la sangre. Era todavía peor que la visión del muñón estilo Frankenstein con puntos de sutura negros y las venillas oscuras que le jalonaban el muslo blanquecino.

Antes de irnos mamá dedicó a grito pelado un chorro de insultos a los dos médicos que la habían sometido al

tratamiento con gas mostaza. Nunca era plato de gusto que mi madre se pusiera hecha un basilisco en público, pero en este caso casi lo disfruté. Llevaba todo el día reconcentrada, grogui, y me pareció como si recobrase su propio cuerpo. (Quizá los griegos habrían dicho que Ate la poseyó de repente). Los médicos se quedaron allí plantados con las tazas de café en la mano, sin plantearse siquiera quitarse de en medio. Desde detrás de un cristal apareció una administradora del hospital, una mujer inmensa con un vestido floreado que la hacía parecer un sofá, para interceder por ellos. Mamá les gritaba a los médicos que eran unos buitres, que se alimentaban del dolor ajeno, y en aquel momento la mujer le puso una mano en el brazo y se ofreció a rezar un rosario por la abuela, a lo que mi madre replicó: «¡Ni se le ocurra pronunciar ningún “Dios te salve, María” en nombre de mi madre!».

Al momento siguiente nos alejábamos de los médicos y la mujer-sofá, y el largo corredor que nos habría conducido de nuevo a la abuela se alargaba y empequeñecía detrás de nosotras. Las puertas del hospital se abrieron con un siseo y sentimos el azote del calor húmedo. Mamá tuvo que usar un trapo para asir el volante.

Aquel día no lloró, pese a nuestros esfuerzos por estar tranquilas y ofrecer un clima favorable al llanto en el coche. Bueno, al principio refunfuñé un poco por no tener una toalla sobre la que sentarme y por la sed, pero Lecia sabía meterme en cintura con una mirada que me cerraba el pico al instante. De su cara infantil afloraba una expresión grave y madura. Todavía recuerdo aquel semblante como digno de un senador. Las comisuras de sus ojos marrones se inclinaban hacia abajo, y el flequillo enlacado se convertía en una franja de pinchos rubios y brillantes. Me dejaba clavada en el sitio siempre que me dedicaba aquella mirada, era capaz de callarme en mitad de una frase.

No sé por qué, pero fuimos al zoo de Houston, una excursión con la que mamá debió de sobornarnos de antemano. Nadie en su sano juicio se habría prestado a pasar la tarde al

aire libre con semejante calor. Había un trenecito gratuito que recorría el recinto, y nos montamos. Pero el tren iba atestado de esos niños paletos que derraman cosas, mascan chicle y se tiran pedos; mamá se puso de los nervios y nos bajamos a la altura de la tienda de regalos.

Nos compró gorros de Peter Pan con nuestros nombres bordados a un lado con letra sinuosa. Luego jugué con la ruletita de la joyería. Podías apretar un botón para que dejara de girar cuando te gustara algo, y yo la paraba todo el rato a la altura de una pulsera de oro con dijes de animalitos. Mamá compró una para cada una sin que yo se lo pidiera siquiera. Recuerdo que cuando el joyero le abrochó la suya le acarició la cara interna de la muñeca y yo sentí otra vez el miedo concentrado en mi plexo solar. Ni por ésas dijo nada mi madre, pese a que no soportaba que ningún hombre le tocara un pelo: un día le dio un bolsazo en la cabeza a mi tío A. D. por pellizcarle el culo.

Más tarde comimos hamburguesas en las mesas redondas de hormigón de la zona de picnic, curiosamente ubicada junto al foso de los monos y su pestilencia. Lecia comentó que los médicos eran unos cabezas huecas para congraciarse con mamá y su batalla contra el hospital. Pero ella se limitó a ladear la cabeza como si no tuviera la menor idea de a qué se refería mi hermana. Bebía café solo y tenía la mirada perdida. Ya había pasado con creces el punto en que normalmente habría empezado a despotricar contra el gremio sanitario o a protestar porque el clima de nuestro miserable cenagal sólo era apto para culebras y cucarachas. Hacia el final de la comida yo ya no soportaba más su silencio. Pesaba demasiado. Me levanté de la mesa para ir a ver a los monos, que estaban lanzándose proyectiles de lo que parecía su propia mierda. Un monillo araña se desgajó del grupo y se plantó en el borde del foso con el pene rojo encendido en la mano, chillando y machacándose con furia. Ni siquiera en eso se fijó mi madre.

Las jaulas de los grandes felinos también hedían por el calor. Esto ocurrió antes de que los zoos construyeran hábitats

naturales con peñascos y cascadas, y los animales se morían de asco en jaulas dolorosamente diminutas. El tigre de Bengala tenía los párpados infestados de moscas, pero él no pestañeaba siquiera. Lecia amenazó a un niño que le estaba lanzando cacahuets y el chiquillo paró.

Cuando, ya mayor, descubrí al poeta alemán Rilke, me acordé de estos desgraciados felinos del zoo. Siendo Rilke aún joven, Rodin lo mandó a estudiar los animales del zoológico, y el poeta plasmó en unos pocos versos ese mismo poderío frustrado que yo percibí aquel día frente a la pantera de pelaje deslucido:

Le parece que hubiera

mil barrotes, y tras los mil barrotes ya no hubiera mundo.

*El blando andar de sus pasos fuertes y elásticos,
que van trazando un círculo minúsculo,*

es como una danza de fuerza en torno a un centro

en el que una gran voluntad se alza embotada.

Con la perspectiva del tiempo, percibo también a mi madre atrapada en cierto modo, presa en su propio silencio. Qué pequeña me parece, con su vestido de seda, bebiendo café recalentado. Veo todavía a la pantera moverse de acá para allá tras los barrotes, reflejada en la superficie de sus gafas de sol, como si el animal estuviera dentro de ella, vigilante. A veces, al recordarla así, siento el impulso de ofrecerle un vaso de agua o sugerirle que se eche a la sombra del sauce que hay detrás de ella. Otras veces quiero sólo quitarle las gafas, posar mis manos anchas y expertas sobre sus hombros cuadrados y zarandearla para que llore, grite o haga lo que haga falta para sacarla de

ese islote de silencio.

Para resguardarnos del calor nos metimos en un edificio con apariencia de cueva, muy fresco y húmedo. Por aquel entonces yo vivía fascinada con la sedosa maldad de Drácula y me fui derechita a los murciélagos vampiro, que me decepcionaron por su pequeñez tras el grueso cristal.

Eran poco más grandes que los ratones de campo y colgaban boca abajo de una rama. Tenían dientes diminutos, nada que ver con los que Bela Lugosi lucía por la tele. Por fin uno se soltó y se acercó tambaleándose a una placa de Petri con sangre, en el centro del espacio. Me resultaba tan torpe en su intento por recolocarse esas alas tan delicadas que no paraba de pensar en un paraguas roto. Licia iba de vitrina en vitrina y examinaba con interés a los búhos, las zarigüeyas y demás animales nocturnos; en aquella época quería ser veterinaria o enfermera. Mamá se sentó en un banco de piedra bajo el letrero rojo de salida, fumando. Me quedé hipnotizada esperando que el patoso murciélago se bebiera la sangre. Di unos golpecitos al cristal para señalársela, pero él no llegó a hacerlo.

El anochecer nos sorprendió en el nudo de la autopista buscando la carretera 73 para volver a casa, y yo miraba los rascacielos nuevos de cristal que desfilaban por delante de mi ventanilla y el pequeño espejo retrovisor, donde los ojos de mi madre se reflejaban todavía con un vacío siniestro. No había nada en aquellos ojos aparte de las líneas discontinuas blancas de la carretera, que parecían despegar del asfalto para insertarse en la parte más oscura de sus pupilas, donde se clavaban como cuchillos.

Después de la amputación y de la excursión a Houston dejamos de ver a mamá. O bien aparecía un rato por las mañanas para cambiarse y volver al hospital, o bien regresaba a casa cuando nosotras ya estábamos acostadas. El peso de su cuerpo inclinaba el colchón y yo me despertaba respirando el olor a Shalimar que me envolvía cada vez que se agachaba para darme un beso y taparme bien con la colcha de chenilla, que al

tacto tenía unos bultitos parecidos al braille. Varias veces pasó la noche entera sentada en mi lado de la cama, fumando hasta que la luz amarillenta se filtraba por las ventanas. Apartaba el humo con la mano para que no me llegara, creando una agradable brisilla. Yo no abría los ojos, consciente de que si me veía despierta se iría; lo que yo más deseaba era sumirme en la neblina de ese perfume que ahora uso yo misma e imaginar las volutas del humo de su mentolado. Como había enterrado en la fosa inmensa y profunda que empezaba a cavar dentro de mi cabeza el miedo a la pierna cercenada de la abuela y la parálisis psíquica de mamá en el zoo, no tenía ningún interés en hablar de tales cosas ni en que ella me tranquilizara a ese respecto. (A veces los niños se comportan como los perros y los gatos y basta un poco de contacto físico para reconfortarlos). El leve calor de su cuerpo, que percibía a pocos centímetros de distancia a través de la colcha, era lo único que necesitaba.

Salvo por las escasas apariciones de mamá, pasamos el resto del verano bajo los constantes aunque relajados cuidados de mi padre. En un momento dado llegaron los miembros del club de los mentirosos con sus camionetas y sus cajas de herramientas para acondicionar en el garaje un dormitorio suplementario para mis padres, que habían estado durmiendo en un sofá cama del salón durante la estancia de la abuela. Me figuro que querrían proporcionarle un lugar más agradable donde morir. En ese momento, sin embargo, no se me pasó por la cabeza.

Yo había bloqueado palmariamente de mis pensamientos todo destello de la existencia de mi abuela, viva o muerta, sana o enferma. Cada mañana, más o menos coincidiendo con el momento en que Lecia y yo apurábamos nuestros Cheerios reblandecidos, unas botas de faena resonaban en los escalones del porche, la puerta mosquitera se abría de par en par y mi padre empezaba a sacar tazas limpias.

Los hombres llegaban temprano y trabajaban sin descanso durante las horas de más calor. Todos se habían cogido vacaciones en el trabajo para echar una mano a cambio de

nada más que café y cerveza. A media mañana ya se habían desnudado de cintura para arriba. Tenían las espaldas anchas y los brazos fibrosos. Aquel verano sufrieron las insolaciones más brutales que he visto en mi vida. Ben Bederman, al que le sobresalía por encima del mandil de carpintero una tripa cervecera sin un solo pelo, se quemó la espalda, se le peló y se le quemó otra vez hasta que acabó del color de la miel de caña. Por las tardes los hombres sacaban cervezas Lone Star de las neveras rojas Coleman con hielo que cada mañana papá llenaba hasta los topes.

Varias veces al día aparecía la mujer de alguno cargada de comida. De las miserias de los trabajos forzados se dirá lo que sea —un verano trabajé pintando dormitorios en un colegio mayor y pensé que me moría—, pero abren el apetito hasta tal punto que el acto de comer se reviste de un halo casi sagrado. Ya fueran bolsas de cangrejos asados del puerto de Sabine o tamales envueltos en hojas de maíz de un tenderete a pie de carretera, los hombres soltaban las herramientas y esbozaban una sonrisa de oreja a oreja de puro placer. Invariablemente, dedicaban un instante a admirar los alimentos antes de ponerse a comer; un gesto de humildad, supongo, o de aprecio, como para asegurarse de que los platos no se desvanecían como en un espejismo. Papá sumergía el pañuelo rojo en el agüilla de la nevera y estudiaba el contenido humeante de la bolsa abierta al tiempo que se enjugaba el sudor. «Por Dios bendito, ¿tú has visto eso?», decía, y le guiñaba un ojo a quien lo hubiera traído.

La mujer de Ben, Ruby, se presentó un día con una tina de ostras arenosas cerradas. Hicieron falta dos hombres para sacarla de la caja de la camioneta. Ruby dedicó buena parte de la mañana a abrirlas con ayuda de un cuchillito. Cuando hubo acabado, dos tarros de conserva gigantescos de ostras limpias descansaban en el agua fría de la tina. Nos las comimos con salsa picante, pimienta negra y limón. (Lecia dice que yo me las comía de dos en dos, para que ninguna se sintiera sola dentro del estómago). Las ostras se encogían cuando les echabas el limón por encima. Al metértelas en la boca las sentías frías,

pero enseguida se calentaban y se deslizaban buche abajo, dejándote el regusto mohoso del mar. Para quitar ese sabor había que dar un sorbo de cerveza fría con una pizca de sal. (Ya con siete años hacía mis primeros pinitos con el alcohol). Y, a continuación, una galleta salada.

Antes de ese verano había tenido que aguantar en los picnics de la iglesia a infatigables predicadores baptistas que dedicaban diez minutos a rezar y dar las gracias por las ensaladas de patata y el pollo frito que aguardaba encima de las mesitas plegables; sin embargo, casi todo lo que sé de los placeres sencillos lo aprendí de aquellos hombres colorados y sudorosos que engullían ostras sentados en corro sobre palés de madera apilados. Estaban felices de comer a cambio de su trabajo, felices de tener la fuerza necesaria para clavar clavos y llenarse los pulmones de aire. Como es natural, protestaban a grito pelado de sus achaques y se burlaban de las quejas de los demás. Pero, salvo en el caso de que yo haya idealizado por completo su camaradería, entre aquellos hombres circulaba un elemento redentor. Que prevaleció incluso cuando emprendieron el techado, que requería una cuba de brea hirviendo y días enteros encaramados a lo alto del nuevo garaje, lejos de la sombra fresca de nuestro árbol del paraíso. A última hora de la tarde se descalzaban, se quitaban las dos capas de calcetines de algodón y los ponían a secar encima de los ladrillos calientes. Papá tenía la costumbre de volcar las neveras en el punto exacto del césped donde ellos estuvieran, para que el agua fría les refrescara los pies sudados. A esa hora la noche caía rápido y los hombres se permitían un descanso para pasarse una botella de whisky Tennessee o encender sus cigarros, y yo percibía en ellos una belleza que, por algún motivo, me parecía condenada a desaparecer. A veces, cuando montaban en sus camionetas, experimentaba el impulso incontrolable de echar a correr tras ellos y pedirles que volvieran.

Con mamá siempre me sentía a las puertas de algo novedoso, algo nunca antes visto o leído o comprado, algo que

nos transformaría. Cuando subías al coche con ella nunca sabías dónde acabarías. Si un vendedor de enciclopedias llamaba a nuestra puerta, era capaz de gastar el sueldo de un mes entero en libros que luego leíamos con fruición durante días enteros. Con papá y sus amigos, en cambio, yo siempre sabía lo que pasaría, y eso me provocaba una suerte de imprecisa seguridad.

En agosto acabaron la obra y mis padres tuvieron un dormitorio artesonado con baño alicatado independiente. En la parte de atrás de la casa se alzaba un garaje con capacidad para dos coches que también albergaba un estudio independiente para mi madre, el único gesto de concesión por parte de mi padre a su deseo de pintar. El estudio tenía techos altos y claraboyas, algo insólito en aquella época, y una estufa negra donde ella pudiera encender un fuego en noches de lluvia. En menos que canta un gallo mamá colocó su caballete y se puso a pintar al óleo. Lo primero que hizo fue un retrato de la abuela con un vestido azul liso a partir de una polaroid que le había hecho justo antes de la amputación.

Mamá debía de pintar por las noches, al volver del hospital. Bien sabe Dios que no tenía otro momento. Incluso había sacrificado su trabajo en el periódico para cuidar de la abuela. Pero el primer boceto ambarino que apareció sobre el lienzo blanco se transformó en menos de una semana en una copia exacta de mi abuela. Cada dos o tres días yo robaba a escondidas la llave del estudio del clavo de la cocina para comprobar sus progresos. Cada vez que quitaba el candado y abría la puerta del estudio me sentía como una auténtica ladrona colándose en una iglesia. Accedía a unos dominios que hasta entonces sólo habían existido en los cuentos que me contaba mamá antes de dormir, protagonizados por sus artistas predilectos: Van Gogh y su oreja cortada; Gauguin y las indígenas; el jorobado Toulouse Lautrec, loco de amor por sus bailarinas; o la vez que Pollock pagó una fortuna por un dibujo de Picasso que luego borró para desentrañar su ejecución. La combinación de efluvios de aguarrás, el humo de madera

húmeda y el picor difuso del vodka no se parecía a ninguna mezcla de olores previa o posterior. Me maravillaba, me dejaba boquiabierta la mera idea de crear a una persona a partir de óleos de colores y lo que quiera que bullera dentro de la cabeza de mamá.

El retrato de la abuela quedó más rígido, más formal que el resto de las obras de mamá, de un expresionismo desaforado. Los brazos forman ángulos rectos. Los hombros son cuadrados como los de un militar y el rostro está totalmente desprovisto de sentimiento. Fue quizá esa inexpresividad lo que yo traté de enmendar cuando apliqué un pegote de pintura naranja en un pincel de pelo de marta y le di una pincelada en la boca. El resultado fue un borrón anaranjado en medio del rostro. Quizá lo que quería era anularla, condenarla al silencio. Si me hubieran preguntado en ese momento, habría dicho que lo que pretendía era realzarle el pintalabios.

Mamá lloró al verlo, lloró y maldijo a los vándalos ignorantes que habían allanado su estudio. Ni siquiera se molestó en preguntarnos si habíamos sido nosotras. Se emborrachó, ataviada con un sarape mexicano, encendió la estufa y maldijo la «ciénaga de los cojones» y a sus habitantes. «Ni siquiera se merecen», sentenció lacónica, «que los consideren miembros de los *chordata phylum*». Supe gracias a Licia que eso significaba que carecían de espina dorsal y que por tanto estaban al mismo nivel de los gusanos, las babosas y las sanguijuelas. A la mañana siguiente, mamá compró en la ferretería un señor candado imposible de forzar con una cizalla. La llave nueva siguió colgada del clavo de la cocina, aunque después de aquello me dio miedo cargarme algo más y no volví a acercarme al estudio.

La abuela volvió a casa consumida, convertida en un ser elemental y francamente terrorífico. Estaba mucho más delgada que en el hospital, aunque tal vez menos macilenta. Todas las mañanas se calzaba una pierna ortopédica con un zapatón negro inamovible. Por las noches se la quitaba y la dejaba junto a la cama. Un día pasé por delante de su puerta de camino al

lavabo y vislumbré la prótesis de pie, desgajada de la persona, arrojando sobre el pasillo una sombra alargada que alcanzaba casi mis pies descalzos; di media vuelta y me cobijé bajo la colcha con Lecia, el corazón desbocado, ignorando el miedo a hacerme pis en la cama (como acabó ocurriendo). En noches así, la madre selva que crecía encaramada a las mosquiteras de las ventanas proyectaba unas sombras chinescas puntiagudas. A veces oía a la abuela atravesando el pasillo a la pata coja para ir al baño y golpeando la moldura de la puerta con el bastón. Lecia sostiene que he inventado una imagen específica de nuestra abuela enmarcada en el umbral de nuestro cuarto con el muñón asomándole abiertamente bajo el camisón, los brazos extendidos para apoyarse en las jambas y el pelo aureolándole el rostro igual que unas llamas immaculadas. La veo con la misma claridad que mi desayuno de ayer; sin embargo, mi hermana asegura que nada de eso pasó de verdad.

La abuela usaba un pijama de nailon rosa muy claro, con batín a juego, y el silencio de su silla de ruedas resultaba más espeluznante que el de cualquier criatura andante. La engrasaba adrede con el 3-en-uno de mi padre para no hacer ruido y la misma paciencia maníaca que había aplicado a los bolillos. Colocaba la silla junto a su cama y aplicaba aceite en todas las cavidades minúsculas hasta que todo estaba perfectamente lubricado. Sólo así podía materializarse sin que nadie la oyera detrás de cualquier rincón. Tenía la costumbre de espiarnos a Lecia y a mí, exclamando: «¡Ajá!» como si nos hubiera sorprendido inyectándonos heroína con una jeringa de rellenar pavos o destripando un animalillo. Un día nos encontró jugando al gin rummy, soltó su «¡ajá!» y llamó a voces a mamá. No nos quitó ojo de encima mientras gritaba, no fuera a ser que escondiéramos los naipes antes de que llegara su hija. «¡Charlie Marie! ¡Ven para acá y dales una buena tunda a estas niñas! Te juro por Dios...». Mi madre, que nunca se destacó por zurrarnos, llegó y nos hizo un par de preguntas, desconcertada. La abuela le soltó un sermón con resabio evangelizador sobre la inmoralidad del juego (y del alcohol, por extraño que parezca),

pese a que ella había hecho trampas por sistema en el bingo de la iglesia (y, desde la operación, consumía casi un *pack* de veinticuatro cervezas al día). Al cabo de un rato mamá cedió a las soflamas de la abuela y se impuso el deber de atizarnos en las piernas con un matamoscas hasta que nos encerramos en nuestro cuarto dando un portazo. Corrí a refugiarme en los brazos de mi hermana, protestando porque no había hecho nada malo. Lecia concluyó que, de todos modos, ese día ya nos habíamos ido de rositas por al menos cincuenta trastadas merecedoras de un castigo, de modo que podíamos considerar que estábamos en paz.

También durante aquel mes de agosto me volví sonámbula. Aparte de caminar inconsciente, me acuclillaba entre las cortinas del salón y hacía mis necesidades, formando una montañita que a veces nadie descubría hasta la mañana siguiente. En cierta ocasión me eché a la calle y mi padre tuvo que salir a buscarme.

Aquel otoño no me fue mucho mejor en la escuela. Me expulsaron dos veces de la clase de segundo: primero, por darle un bocado a una niña llamada Phyllis, que, a mi juicio, no sacaba las tijeras lo bastante rápido para satisfacer a la maestra; y luego por partirle mi regla en la cabeza a Sammy Joe Tyler, al que adoraba. Un chichón azul claro surgió a través del césped pajizo de su pelo al rape. Las dos veces me mandaron al despacho del director, un apuesto ex entrenador de fútbol americano llamado Frank Doleman que nos daba permiso a Lecia y a mí para que lo llamásemos «tío Frank». (Mi hermana y yo nos habíamos metido en el bolsillo al tío Frank por haber aprendido a leer prácticamente solas antes de los tres años. Mi madre nos había llevado a su despacho, donde, primero ella y más adelante yo, le leímos con diligencia la portada del periódico del día, para que no se pensara que habíamos aprendido un texto de memoria).

El director me dejó pasar la tarde en su despacho jugando al ajedrez con todo el que pasaba por allí. Le encantaba medirme contra chavales especialmente tarugos de quinto y

sexto a los que llamaba para someter a correctivos que no llegaba a aplicar. Su propósito era que mis palizas al ajedrez pusieran en evidencia su estulticia. «Esta minina de segundo acaba de ganarte seis partidas seguidas. ¿No te parece que harías mejor en atender a la señorita Vilimez en vez de hacer el ganso?». En el momento en que la señorita Hess me escoltaba solemnemente por el pasillo en dirección al despacho de Frank Doleman yo fingía llorar, pero en realidad me acordaba de cuando a Tío Conejo lo echaban a los zarzales donde se había criado y él se ponía a gritar «¡Por favor, no me tiréis a los zarzales!». Al final de ambos días el tío Frank me llevó a mi casa en su descapotable blanco. El mar de niños se abría a nuestro paso mientras yo les decía adiós con la mano, creyéndome Jackie Kennedy.

También por aquella época un chico mayor que yo me apartó de la pandilla del barrio. Antes del suceso, el grupo de chiquillos del que formaba parte tenía un carácter sagrado. Por muy rara que se considerase nuestra familia, cuando jugábamos juntos nos confundíamos entre la tribu. No sé muy bien por qué, pero siempre nos recuerdo corriendo descalzos por el campo de fútbol americano, moviéndonos en bloque, como esos planos aéreos de cebras que se ven en los documentales de la tele pública.

Pero es evidente que en mí traslucía una especie de temor o herida, perceptible para un niño cruel. Él sabía que a mí podía aislarme, meterme más miedo o hacerme sufrir un poquito más que a los demás. Cuando vino a por mí, yo lo seguí voluntariamente, y más adelante sentí que aquella reacción había sido concebida muy de antemano por una fuerza poderosa e invisible; Dios, supongo.

Pero, antes de que ese chico me echara el ojo, correr a toda velocidad por un campo recién regado en compañía de otros niños era una actividad segura. Éramos decenas. Nuestras edades abarcaban de los trece o catorce de los chicos mayores a los dos años de Babby Carter, que seguía a la manada a todas partes. Yo tenía siete años y por tanto desde el punto de vista

de la edad me encontraba más o menos en el centro del grupo. Estaba más que capacitada para compensar mi delgadez y baja estatura con pura y llana maldad. Lecia dice que habría sido capaz de saltar por encima de una motosierra en marcha. Papá me había instruido acerca de lo que él llamaba «ecualizadores», que no se trataba simplemente de recurrir a palos, maderos y piedras, sino a retener en la memoria los insultos y humillaciones. Así, no vacilaba en acercarme sin ser vista y dar un bocado a un niño mayor que me hubiera traicionado la semana anterior. Que yo sepa, nunca hice por evitar un enfrentamiento, ni siquiera los que me hacían llorar y doblarme en dos. Podía tardar una semana, pero yo siempre volvía a la carga. (A día de hoy sigo sin saber si calificar esta actitud de valentía o cobardía, pero en cualquier caso caló hondo. Ya de mayor, al único hombre que se atrevió a ponerme una mano encima lo saqué de un sueño profundo dos noches más tarde con un gancho en la mandíbula, tras lo cual tuve a bien informarle de que más le valía no pegarme nunca jamás si quería volver a dormir tranquilo. Mi hermana, por su parte, ha desarrollado con la edad un arrojo físico que roza lo descabellado: un día, en el aparcamiento de la aseguradora donde trabajaba, apartó de un manotazo la pistola del 22 con la que un tipo intentaba intimidarla para que le entregara sus joyas. «Anda y que te den», le dijo, y fue a abrir su Mercedes mientras el otro salía por patas. Cuando el policía le preguntó qué había hecho su marido y ella declaró no estar casada, el otro replicó: «Me hago cargo»).

En cierto sentido, los niños de mi barrio éramos todos idénticos. Nuestros padres estaban afiliados al mismo sindicato. («Trabajadores de las industrias petrolera, química y nuclear, local 1242»; así respondían al teléfono en la unidad de papá). Trabajaban las mismas horas a cambio de prácticamente el mismo sueldo. (A nosotros nos consideraban ricos por el trabajo de media jornada de mi madre en el periódico). El padre de uno estaba en la plantilla de Gulf, el de otro en la de Texaco, y el de otro más en la de Atlantic Richfields, pero al final todo se reducía a lo mismo. Uno era calderero y otro controlaba el flujo

de catalizador en una unidad destartalada. Pero, en resumidas cuentas, todos transformaban el crudo en los variados productos que teníamos que recitar de carrerilla en la clase de ciencias de séptimo: queroseno, gasolina, etcétera. Todos los obreros se regían por turnos rotatorios porque el salario era un poco mejor, de modo que todos los niños sabíamos lo que era moverse de puntillas cuando el viejo hacía el turno de noche. Las madres colgaban de sus puertas unos letreros que había distribuido el sindicato: ichis! trabajador de noche descansando. Nadie salvo mi madre tenía estudios universitarios. (Ella había pasado por la Texas Tech y la escuela de Bellas Artes).

Los fines de semana cortaban el césped del campo de fútbol y nosotros recogíamos el heno de detrás del tractor y lo disponíamos formando líneas que imitaban los planos heliográficos que nuestros padres habían desplegado cuando les concedieron los préstamos especiales para antiguos combatientes: dos dormitorios, un baño, garaje integrado. El trébol marrón y el pasto de san Agustín recién cortados olían más húmedos y más verdes que cualquier otra hierba que haya conocido de adulta.

Precisamente ese olor me transporta a cierto día, un día fresco, en el que me tumbé dentro de los cuidados límites de mi casa de hierba. Estaba convencida de sentir la curvatura de la tierra bajo la columna vertebral. Miraba las nubes desfilan detrás del depósito de agua. Me puse boca abajo. Había pimenteros silvestres con unas semillitas picantes que estallaban entre los dientes. El trébol chascaba cuando lo arrancabas del suelo y tenía una raíz blanca y carnosa, dulzona.

Una vez me picó una abeja, y el chico mayor al que acabo de hacer alusión aplacó mis aspavientos con una cataplasma de barro y saliva. De ahí que pensara que le caía bien, y yo me moría por caer bien.

Como los días especialmente calurosos teníamos prohibido correr —los golpes de calor eran habituales entre los más pequeños—, jugábamos a un juego que alguno se había inventado y que se llamaba «tortura». Suena peor de lo que en

realidad era. Uno de los mayores nos reunía bajo un calor asfixiante en el rincón más mísero que encontrábamos: el hueco plagado de arañas que había debajo del porche trasero de los Carter, por ejemplo, o el palomar abandonado de Tommy Sharp, o el cajón de algún frigorífico que el camión de la basura todavía no hubiera recogido. Entonces nos agachábamos adoptando las posturas encorvadas y exhaustas que creíamos que nos hacían parecer prisioneros de un campo de concentración. El chico cruel nos había enseñado una foto de supervivientes de Buchenwald sacada de su libro de historia. Todos la estudiamos, la memorizamos. Pero no por compadecernos del dolor de las víctimas ni por ponderar su injusticia, sino para poder interpretarlos en el juego de la tortura. Nos alineábamos, hombro con hombro, muslo con muslo, bajo la mirada glacial y embotada del chico cruel reconvertido en nazi. El no nos retorció los brazos ni nos apretaba la cabeza ni nos hacía daño. Era demasiado listo para caer en eso. Se limitaba a someternos hasta que nuestros padres nos llamaban para comer. Nosotros nos quedábamos en cuclillas sin movernos. Supongo que todos aquellos cuerpos hacinados en un espacio reducido generábamos temperaturas de más de cincuenta grados. Estaba terminantemente prohibido pestañear o protestar. Nos fundíamos en una masa dócil. Era casi una variante de la meditación. El mundo se ralentizaba y la conciencia del propio cuerpo se hacía casi insoportable. El sudor me caía a chorros por el pecho. Sentía cada partícula de suciedad en los pliegues del cuello. El chico nazi nos tenía amenazados pero no con una crueldad manifiesta, sino con la mirada inexpresiva de un profesional. No había necesidad de recurrir al látigo; no nos atrevíamos a mover un músculo. Y en eso consistía el juego. Nos quedábamos allí muy quietos, todos juntos, irradiando sufrimiento. Naturalmente, el brazo de un adulto acababa por colarse allá donde estuviéramos escondidos, marcando la llegada de alguna madre que nos sacaba de allí y nos mandaba a nuestra casa para comer o cenar.

Y una de esas veces —a última hora de la tarde, por extraño que parezca— el brazo tanteó y no me encontré

acurrucada en una esquina de la que todos los demás niños habían salido escopetados, disolviéndose y dirigiéndose a sus casas para cenar, y el chico mayor y yo nos quedamos solos.

Caía la noche cuando me dio caza con sabe Dios qué pretexto. Me metió en un garaje. Me desabotonó la camisa blanca y comentó que me estaban saliendo pechos. Sus palabras fueron: «Están empezando a salirte unas tetitas muy bonitas, ¿sabes?». No recuerdo que nos dijéramos nada más. Sus abuelos habían sacado dinero de donde no había para pagarle una ortodoncia que le enmendara los dientes encabalgados. Los aparatos centelleaban en la semipenumbra igual que la parrilla de un robot. Me quitó las bermudas y las bragas, hizo una bola con ellas y la lanzó a un rincón donde yo sabía que podía haber arañas. Se bajó los pantalones y me puso la mano en su pito, que en nada se parecía a las bromas que hacían los chicos sobre perritos calientes y mangueras. Estaba más duro que una piedra y era tan grande como mi brazo. Me hizo rodearlo con las dos manos y me enseñó a deslizarse arriba y abajo. Era como un hueso mojado cubierto con una funda. En un momento dado se cansó de aquello, cogió un saco de cemento vacío, lo desplegó en el suelo, me tumbó encima y empezó a embestirme entre las piernas hasta que llegó donde quería llegar. Yo tenía los brazos cruzados sobre el pecho porque lo que había dicho sobre mis tetas me parecía una mentira descarada. Me daba vergüenza. Tenía siete años y todavía faltaba una década para que yo poseyera algo remotamente parecido a unos pechos. Según mi expediente escolar, pesaba unos veintidós kilos. Pensad en un par de jamones cocidos hermosos para haceros una idea de mis dimensiones. Y ahora imaginad a un adolescente empalmado casi por primera vez embistiéndome. La escena no debió de alargarse mucho.

(Ahora lo imagino leyendo esto y me dan ganas de salirme de la página y agarrarlo por las solapas para que lo rememoremos juntos. Qué pasa, chaval. Seguramente ni leas, pero alguien habrá que lo haga por ti: tu guapa mujer o algún

viejo amigo del vecindario con el que todavía vas de pesca. ¿Dónde estarás cuando te hagas eco de este pasaje? No sé por qué, pero te imagino cambiándole una rueda al coche de tu señora. Ella comentará que en un libro que he escrito acuso a un vecino de propasarse conmigo cuando yo tenía siete años. Puede que ates cabos mentalmente. Puede que contemples tu imagen deformada en el tapacubos plateado como si la hubiesen aplanado con un martillo. Es probable que creas que a mí se me había olvidado lo que me hiciste, o que tú no le dieras mayor importancia. Si cuento esto ahora, con la perspectiva de décadas y miles de kilómetros, es para recordarte que sigo teniendo muy buena memoria, como me decía siempre mi padre).

Cuando terminó conmigo era ya noche cerrada. Desenmarañé mi ropa y traté de sacudirle los insectos. Él me ayudó a vestirme y me ató las bambas. Me lavó en un grifo que salía de la casa de algún vecino. El agua de la cañería estaba caliente por el calor reconcentrado, y las piernas se me quedaron pegajosas.

La luz de nuestro porche era color ámbar. Las demás casas estaban a oscuras. Se veían los focos del campo de béisbol y se oían los altavoces anunciando que fulanito se disponía a batear. Me pregunté si el chico había planeado de antemano el asalto, si había escogido el momento sabiendo que todo el mundo estaría en el partido. ¿Qué era peor: que hubiera aprovechado la ocasión, o que hubiera estado al acecho y lo tuviera todo estudiado? No era capaz de decidirme. No quería ser presa fácil, aunque naturalmente lo había sido. Ya con siete años lo sabía. Por otra parte, la idea de una decisión consciente por su parte, de que me hubiera perseguido como a un conejo, me daba ganas de vomitar. Me acompañó a mi casa sin pronunciar palabra, como si fuera mi canguro.

De pie en el porche, sola, oí el chasquido de sus deportivas alejándose calle abajo. Observé el cuadrado de su camiseta blanca menguar y perderse detrás de una esquina.

Aquella noche el dulzor de la madreselva me resultó

empalagoso. Me quedé fuera un rato largo, esforzándome por que mi semblante no transmitiera nada especial. En una esquina del porche había un nido de avispas. Dentro de cada una de las camarillas, como las de un panal, dormía un gusanito, una cría. Pensé que estaría bien dormir así. Poco después papá abrió la puerta, luego la mosquitera, y me preguntó si había ido al partido. «Entra, Pokey, te voy a preparar algo de cenar», me dijo. Todavía encajaba bajo su axila. Del campo de béisbol llegó el rugido de cuando alguien hace dos *outs* o marca. Pensé en el chico subiendo las gradas en dirección a sus admiradores. Pensé en todos los chistes que había oído sobre mamadas y sobre los chichis y su olor a palomitas de maíz.

Miré a papá, que de haberlo sabido habría subido de cuatro en cuatro los escalones de las gradas para sacarle las vísceras como a un pescado, y a mamá, a la que, no sé por qué, imaginé rompiendo a llorar y encerrándose en el baño. La abuela, en su silla de ruedas, no se habría sorprendido lo más mínimo. Lecia estaba en el partido, seguramente estaría en las gradas más altas, pasándose un peine por el flequillo y riéndose cuando el chico se le acercara escaleras arriba.

Ni siquiera tuvo que amenazarme para que no dijera nada. Yo ya sabía lo que me llamarían si lo contaba.

Capítulo 4

A mediados del otoño el cáncer de mi abuela se le extendió al cerebro. Esto habría obligado a cualquiera a guardar cama, según un amigo mío oncólogo. Sin embargo, la abuela nos hostigó todavía más. Si acaso, el dolor que experimentara o las ideas que tuviera acerca de la muerte parecían reafirmarla en su empeño.

No tomaba morfina ni ningún analgésico. Lo que sí hacía era beber sin medida, aunque jamás tuve la impresión de que estuviera borracha. Dejó de usar la pierna ortopédica con la excusa de que le dolía, y cada vez que se acercaba en la silla de ruedas el muñón sobresalía del pijama a la altura de los ojos de una niña, como un dedo acusador. Más o menos en esta época se le decoloraron los ojos tras la montura de concha. Tal vez tuviera cataratas, o tal vez fuera todo producto de mi imaginación, pero la parte azul clareaba un poco más cada día, y de la negra pupila salían como puñales unos afilados pinchos blancos que invadían el iris. Por aquel entonces uno podía pedir gafas de rayos X con los tebeos de Superman, y Walter Cronkite hablaba del láser en las noticias. En una extraña conjunción de esos dos fenómenos, empecé a pensar que la abuela me observaba a través de la pared mientras dormía. A veces despertaba sobresaltada de un sueño profundo convencida de que en la habitación contigua mi abuela me apuntaba con dos haces ardientes de luz blanca que le salían de los ojos, tratando de atravesar la pared. Por las noches evitaba mirar hacia la puerta cuando la oía ir al baño. Tenía miedo de ver en el pasillo

a oscuras algo así como unos faritos que le alumbrasen el camino. En realidad, no me asustaba tanto verlo como que ella me viera verlo y orientara sus rayos hacia mí para fundirme como si yo fuese de cera.

Lo fundamental era no hacerme notar por las noches. Con aproximadamente cinco años había desarrollado una técnica para no vomitar cuando montaba en la atracción del remolino en la feria del condado. Si tensaba los músculos del estómago, cerraba los ojos y me aferraba a la barra de cromo con todas mis fuerzas lograba mantener el mareo a raya. El pelo me volaba en todas direcciones, claro, y sentía las luces recorriéndome la cara entera, pero era como si descendiera a mis propias profundidades, lejos de la agitación del motor diésel, y así evitaba largar la mazorca de maíz sobre los mocasines de Lecia. En el barrio tenía fama de ser la niña más pequeña que se atrevía a meterse en las atracciones de miedo. A fin de cuentas, era lo mismo que hacía en la cama cuando oía a la abuela dando cojetadas: encogerme y tensarme hasta que todo el miedo se concentraba en una piedrecita que escondía detrás de los músculos del estómago.

A su manera, mamá también se había convertido en una roca. Parecía distraída constantemente y se movía desconcertada entre la marea creciente de tareas que se le iban ocurriendo a mi abuela. Sólo se le aceleraba el pulso cuando la abuela la convencía para que me diera una zurra, más o menos una vez a la semana, y únicamente si yo me oponía.

No me malinterpretéis. Los palos de mi madre no me causaban daños físicos ni miedo suficiente como para calificarlos de maltrato infantil. Sus tundas eran más patéticas que otra cosa. Tanto la atemorizaba infligir dolor que no era capaz de pegar con convicción. También debía de tener algo de miedo a su propio carácter, o de que aflorase alguna emoción, porque, como ya he dicho, no reaccionaba hiciéramos lo que hiciéramos, salvo en los casos en que la abuela le ordenaba a voces que actuara. Una vez rociamos todo el suelo de la cocina con el contenido de un tambor de detergente y lo regamos con

la manguera del jardín hasta que la casa entera, moqueta incluida, estuvo cubierta de una capa de espuma de unos treinta centímetros. (Queríamos imitar un anuncio de cera para suelos). Resultó que el episodio pilló a la abuela durmiendo, y mi madre simplemente nos mandó a la calle a jugar y limpió el estropicio sin soltar ni una palabrota.

Sin embargo, una suerte de furia grave debía de agitarse dentro de ella. A veces, en vez de zurrarnos, se quedaba de pie en la cocina con los nudillos blancos de tanto apretar los puños y mirando al plafón gritaba que no nos pegaba porque sabía que una vez que nos cogiera se quedaría con nosotras en las manos. Esto surtía más efecto que las palizas. Que tu madre formule una amenaza de homicidio —por muy inverosímil que resulte— te baja los humos de inmediato.

En cualquier caso, cuando se decidía a repartirlos, los palos eran casi un alivio, dada la alternativa de su siniestro silencio. Y tampoco es que durasen mucho si los recibías sin moverte, como Lecia tenía el buen juicio de hacer. Yo, en cambio, intentaba zafarme todo el rato, lo cual alargaba el trámite. (Mis palizas eran una especie de acontecimiento deportivo familiar articulado en tiempos y lo que mi hermana todavía hoy califica como un sistema de puntos más sutil y complejo que las señales de apareamiento de ciertas arañas). Salvo en el caso de que mamá se las apañara para arrinconarme, se veía obligada a sujetarme por las muñecas para que no me saliera del radio de acción del matamoscas que agitaba en mi dirección. Todo lo más, establecía contacto una de cada diez veces. Yo hincaba los talones en la moqueta gris y me servía del peso de mi cuerpo para sortear los latigazos. Me convertía en el pivote de las zurras, en un eje central y trepidante en torno al cual ella se veía obligada a girar.

Así íbamos pasando de cuarto en cuarto con la abuela pisándonos los talones en su silla de ruedas, despotricando, protestando y pidiéndole a Dios que descargara toda su ira sobre aquellas niñas tan malcriadas e ingratas, sin dejar de mover las ruedas inmensas de la silla para mantener su

posición.

Conservo una imagen nítida del rostro de Lecia, la hermana distante que hacía las veces de árbitro. La veo de pie bajo el umbral, con una sonrisa de oreja a oreja y haciendo un gesto de contrariedad por lo mucho que yo complico las cosas. (Es mucho peor de sobrellevar el escarnio durante una azotaina que la azotaina en sí. Creedme. La presencia de otro niño aumenta exponencialmente el cociente de humillación). Al subir y bajar con el matamoscas, el brazo de mi madre proyecta una sombra sobre la pared, y con cada movimiento que ejecuto Lecia disimula una sonrisa, como diciendo: «No tienes remedio, niña —entonces yo culebreo otra vez por la habitación hasta que vuelvo a toparme con esa mueca hastiada—; no sabes ni dónde tienes la cara».

En aquellos momentos casi sentía que ejercía un misterioso poder sobre mi madre. Y la forma que tenía ella de agarrarme transmitía que no me soltaría por mucho que yo forcejeara.

Era temporada de huracanes. Y el hombre del tiempo explicaba que los frentes de aire frío y caliente chocaban sobre aguas abiertas formando una tormenta de mil pares de narices que se extendía por kilómetros de superficie girando en torno a un centro inmóvil de cielo azul; de la misma manera, yo me sentía casi en calma durante las zurras, como si todo el sufrimiento de nuestra casa se arremolinara a mi alrededor. Recibir candela, al menos, hacía aflorar algo de movimiento y energía a la superficie del hogar. Dábamos vueltas por la habitación como locas en lugar de pasar el día entero calladas, angustiadas por lo infelices que éramos todos y preguntándonos de dónde surgiría el fantasma de tanta desdicha y bajo qué forma.

Cuando en el colegio descubrí el famoso poema de Yeats sobre el desmoronamiento de las cosas, lo que me evocó fue el pánico de aquellas azotainas, sobre todo la parte en que el halcón se libera de la soga y del tipo que la sostiene:

*Dando vueltas y vueltas en la espiral creciente
no puede ya el halcón oír al halconero;
todo se desmorona; el centro cede;
la anarquía se abate sobre el mundo,
se desata la marea ensangrentada y, por doquier,
se anega el ritual de la inocencia;
los mejores están sin convicción, y los peores
llenos de apasionada intensidad.*

Siempre me ha encantado ese final, la parte donde se hace referencia a los mejores, faltos de convicción, una sentencia que me hacía pensar en mamá. Y «los peores llenos de apasionada intensidad» siempre me recordaba a la abuela, que era la intensidad personificada.

Como es natural, por aquel entonces mi madre todavía se aferraba a los jirones de su idea del bien, un sostén que perdería por completo tras la muerte de la abuela.

Una mañana, mientras mamá me hacía una trenza, la anciana se puso como loca a santo de un proyecto del que había leído en una revista. Casi sin haber tocado el enorme cuenco de gachas con mantequilla puso rumbo a la tienda de manualidades de Kitty. Ni se calzó la pierna, ni se molestó en engrasar la silla de ruedas. Mamá la acomodó en el asiento del conductor, la mujer puso rumbo al pueblo, y no se movió de detrás del volante hasta que Kitty salió al aparcamiento y preguntó si podía ayudarla. Después supimos que también había hecho una parada en la ferretería para comprar un metro de tubo industrial de goma. La abuela volvió con los materiales metidos en varias bolsas de papel y pasó buena parte del día encerrada con llave en su cuarto. Al anochecer apareció por fin en el salón blandiendo por encima de la cabeza una fusta con

borlas, como una Annie Oakley [Nota 3](#)). Alrededor del tubo de goma había trenzado unas tiras largas de piel pardas, beis y tostadas, y pretendía que mamá usara el artilugio para azotarnos.

Por una vez mamá la desafió abiertamente, y mi abuela perdió los papeles: «¡Estas niñas están condenadas! ¿Tú crees que ahora tienes problemas? Pues espera y verás». Mi madre se echó a llorar, pero siguió negándose con la cabeza a usar la fusta. No intercambió mirada alguna con la abuela: se quedó plantada de brazos cruzados y diciendo que no con la cabeza, sin dejar de mirarse los pies ni un momento.

Entonces la anciana amenazó con la fusta a Lecia, a la que llamó Belinda, como ya había hecho en el hospital: «¡Espero que Belinda te haga lo mismo que me has hecho tú a mí!», exclamó, dedicándole una dura mirada a mamá y sin dejar de agitar la fusta delante de mi hermana. De nuevo experimenté aquella confusa puñalada de miedo por que la señora que movía los hilos de mi madre ni siquiera supiera cómo nos llamábamos.

Lecia intentó poner paz diciendo que a ella no le importaba que le pegasen con una fusta, que no era peor que el cinturón de papá o las flexibles varas que Mae Brown cortaba del árbol del paraíso del jardín. Yo, en cambio, dije que no era ninguna mula vieja de granja para que me azotasen como tal. La abuela señaló a mamá que yo me consideraba con derecho a decidir mis castigos, lo que, según ella, era prueba indiscutible de que me merecía que me pusieran el culo morado. Yo la provoqué todavía más declarando que todos los baños y azotes que me había llevado desde que la abuela vivía con nosotros me estaban «pervirtiendo el carácter». Cito literalmente, según mi madre, que agachó la cabeza y estalló en carcajadas. Acto seguido me pidió que le llevara la aspirina infantil porque sentía como si tuviera un hacha clavada en la frente. (En aquella época adquirió una adicción atroz a la aspirina infantil, las engullía como si fueran cacahuetes de un frasco tamaño familiar con una etiqueta deprimente en la que dos niños de aire sueco con las mejillas muy coloradas se dirigían cogidos de la mano a

una escuela pintada de rojo). Colgó la fusta del pomo de su nuevo dormitorio y siguió dirigiendo nuestras azotainas con el matamoscas o con un *New Yorker* enrollado.

Papá desapareció del mapa desde que llegó la abuela. Todos habían llegado a una especie de acuerdo tácito. Como ella lo tenía por una persona de poca categoría y se estaba muriendo, digamos que tenía todas las armas para echarlo de su propia casa. Trabajaba de día y doblaba turno con frecuencia. Los días de descanso se iba a pescar, hasta que empezó la temporada de las ardillas y se dedicó a cazar.

Un sábado volvió cargado con decenas de colas de ardilla para que yo jugara. Tenían sangre en la zona donde habían sido cortadas, y recuerdo que las uní con pinzas de la ropa y me las puse alrededor del cuello. A Lecia le dio náuseas. Creo que, con mi estola de colas de ardilla, me sentía una mezcla de Greta Garbo y Daniel Boone.

Lecia se volcó en la elaboración de un gumbo de ardilla. Una vecina criolla le había dado la receta de un roux negro compuesto de harina y manteca con mucho ajo. Bastaba con oler el guiso para que una glándula de la garganta se estimulara e irritara. Los gumbos yanquis rebosan tomate, oca y especias flojitas, nada que ver con el que preparaba mi hermana a base de ardilla, pato o salchichas de ciervo. Todos los ingredientes eran de lo más básico: tocino, harina y cebolla. El resultado era una sopa clara, negra y rudimentaria con tres variedades de pimienta que te despejaba las fosas nasales y te dejaba durante días un regusto a ajo y raíz de sasafrás. La abuela decía que ya sólo el olor del roux le daba arcadas. Se llevó a mamá a comer gambas con salsa remoulade a la marisquería de Al. (Conviene explicar, llegados a este punto, que las gambas remoulade eran el antídoto moral de mi abuela para todos aquellos cadáveres de ardilla troceados y fritos en grasa). Las gambas escaldadas y rosaditas se decapitan y pelan y se disponen en el borde de una copa de helado, como piernas garbosas colgando del bordillo de una piscina. En el interior de la copa puede haber lechuga picada para hacer bonito. La salsa remoulade es una especie de

mayonesa muy cítrica con el lustre tenue de las perlas auténticas.

Cuando el coche dio marcha atrás para llevarlas al restaurante, los faros festonearon el muro de la cocina detrás de papá, que estaba sentado en camiseta interior de tirantes a la mesa de contrachapado y barniz que él mismo había construido. Agarraba la cuchara como más adelante supe que hacían los presos. Con el otro brazo cubría el plato, como protegiéndolo de quienquiera que pretendiese robárselo. Así colocado, se metía las cucharadas de gumbo en la boca con un movimiento constante que no se interrumpió hasta que el cuenco estuvo vacío. Yo aún llevaba las colas de ardilla al cuello y le pregunté si no le ofendía que mamá y la abuela no comieran lo que él había traído a casa. La ocurrencia le provocó una carcajada. «¿Y qué tiene de malo, Pokey?», me dijo con una sonrisa de medio lado. «¡A más tocamos tú y yo!».

Un domingo en que papá tenía turno de día me levanté tarde y en la cocina me encontré con la anciana sola en su silla de ruedas. Los cacharros del desayuno estaban desperdigados y ella sostenía una cerveza entre los muslos. Nunca hasta entonces había estado a solas con ella, y no tenía ningún interés en que sucediera. Levantó la cabeza como si hubiera estado adormecida y se sobresaltó un poco al verme. «¡No vayas a gritar!», recuerdo que dijo. Me miró atravesada. Yo respondí que no había dicho ni pío. Me contó que Lecia le había pedido a mi madre que la llevara a la iglesia, una idea que me dio ganas de resoplar. El ardor religioso de mi hermana era, como mínimo, tan vago como el mío. Sin embargo, que fuera a la iglesia produjo el efecto deseado: la abuela adoptó un aire arrebatado al comunicármelo, como si aquella banal excursión a la casa del Señor le asegurase a Lecia un lugar en el cielo. A continuación, la abuela me pidió que la acompañara a su cuarto, porque quería enseñarme una cosa.

Al menos podía dar gracias por que esa mañana se hubiera calzado la pierna. Incluso la había enfundado en una de esas medias tupidas de apoyo, antifatiga, las llamaban. Eran

anaranjadas y más gordas que los envoltorios de las salchichas. En cualquier caso, se las había puesto y luego había vuelto a encajar el zapato en el pie de plástico. (Un zapato cubriendo un pie de plástico tiene algo de artificial, de absolutamente innecesario). Una vez en su habitación, cerró la puerta y se apostó frente a ella, silla de ruedas incluida.

Permitidme que me detenga un instante para hablaros del olor que reinaba en el cuarto. Hedía a serpiente; a mocasín de agua, concretamente.

Si, pongamos, una cálida mañana invernal atraviesas un pantano con los pies bien protegidos por unas botas de pesca examinando el cielo en busca de una bandada de ánades reales en forma de uve, percibirás el olor de la mocasín que reptaba cerca de ti mucho antes de verla. Huele como cuando una alimaña todavía no ha empezado a descomponerse y los gusanos aún no se agitan compulsivamente bajo la piel del vientre. A menudo, el olor de una carroña putrefacta — armadillo, nutria roedora o ave— me ha hecho detenerme en seco y mirar en todas direcciones esperando encontrar en el suelo la cabeza triangular y casi negra de una boca de algodón, bicho emparentado tanto con la cobra como con el crótalo y con la serpiente más letal de todo el continente. Nadando en un *bayou* nunca he conseguido oler ninguna, pero en tierra firme desprenden un aroma almizcleño tan fuerte como el de las mofetas. (Conocí a un camello que las coleccionaba en unos tarros de cristal que tenía repartidos por toda su caravana. El tipo tenía labio leporino y al parecer eso lo preservaba de la pestilencia, pero el resto de los mortales nos veíamos obligados a respirar por la boca y por tanto a ganguear cada vez que íbamos a regatearle alguna sustancia. Parecíamos todos Elmer Gruñón [Nota 4](#)), de modo que cualquier compra de coca se transformaba en una escena de dibujos animados: «¿De *merdad* que no está cortada?». Hablar así era especialmente duro cuando ibas hasta arriba de LSD y te habías presentado allí como último recurso para comprar algo que te ayudara a bajar el viaje). No es sólo el olor de la muerte, sino el de esos

sistemas que prosperan con la descomposición y que asociamos a las larvas o a esas bacterias que devoran cadáveres célula por célula.

En fin, la cuestión es que ese preciso olor se había impuesto a nuestro alrededor cuando la abuela me anunció que llevaba tiempo queriendo pasar «un ratito a solas» conmigo —con esas palabras lo dijo— para enseñarme una sorpresa. Veía que tenía algo escondido en el bolsillo del vestido azul de algodón. Por fin sacó lo que parecía un librito de latón. Le cabía en la palma de la mano. Estaba compuesto de dos mitades encajadas, como dos tablitas cerradas una sobre otra. Y dedicó un momento a rodearlo con ambas manos, como si estuviera rezando. En mi cabeza se representó de un fogonazo la imagen de Moisés tal y como aparecía en la ilustración a todo color de su Biblia, levantando dos tablas de piedra unidas por una correa de piel.

Pasados unos instantes abrió sobre su regazo las tablillas, que resultaron ser unos marcos de latón de baratillo con las fotos escolares de dos niños, un niño y una niña. Las fotografías tenían una tonalidad verde apio, como si hubieran estado demasiado tiempo expuestas al sol. «Estos son tus hermanos», me dijo. «Éstos son Tex y Belinda».

Por extraño que parezca, mi primera reacción fue de alivio. Allí estaba por fin aquella tal Belinda con la que tanto nos había machacado. Era una niña de verdad, y rubia, como Lecia, con pelo corto a lo afro —y esto ocurrió mucho antes de que Angela Davis diera sentido a ese peinado—. En realidad, la moda de la época era la permanente a lo Toni Home, una especie de tortura química infligida a las niñas de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. En nuestra región, la solución era tan fuerte que había que proteger las orejas con cajas de cerillas ajustadas con gomas y algodones para que los goterones no las ampollaran y las hicieran caer a pedazos. En ese sentido, me compadecí de la tal Belinda. Tex me pareció más abstracto, quizá por el hecho de ser varón. Tenía dientes de conejo y el pelo oscuro echado hacia atrás. Llevaba una corbata de lazo como las de los vaqueros.

Me dijo que eran mucho mayores que nosotras. Iban al instituto en otro estado. En este punto de mi recuerdo, su voz se pierde en una especie de bruma y mi cerebro se aparta de lo que está diciendo para sumirse en un estado de pura y llana perplejidad. ¿Qué tenían aquellos dos niños que ver conmigo?

No los había visto nunca, y sin embargo mi abuela me los presentaba como parientes, y no unos simples primos, sino como mis hermanos. Ni siquiera cuando dijo que éramos medio hermanos conseguí hacerme a la idea. Joder, aparte del divorcio de Paolo y mi madre, que era una especie de secreto familiar, yo no conocía a nadie más que se hubiera divorciado, no había sabido de nadie que se divorciara más allá de Elizabeth Taylor. La idea de tener una *medio* hermana me fascinaba. ¿Qué mitad me correspondía? Debí de preguntarle a la abuela, porque en un momento dado se puso a explicarme que eran los «otros hijos» de mi madre y «otro marido». Yo pregunté si ese otro marido era Paolo, al que mi padre había despachado hacía tanto tiempo, pero me dijo que no. Mi abuela siempre se mostraba alicaída cada vez que recordaba a Paolo, así que hizo una breve pausa para manifestar aflicción y a continuación me explicó que el padre de aquellos niños era otro hombre, el primer marido de mamá, Tex. Primera noticia para mí. La idea de un marido y dos hijos surgidos de la nada confirmó que yo no sabía un comino de la vida de mi madre antes de su llegada a Leechfield. Su historia era poco menos que un mensaje en clave. Sí: sabía que había estudiado Bellas Artes en Nueva York durante la guerra. Pero nada indicaba la presencia de otros críos en esa historia. Nunca se cansaba de señalar que Lecia y yo la habíamos hecho madre ya con treinta años, lo que se consideraba mayor. Yo no aparté la vista de las fotos que la abuela tenía en el regazo hasta que las cerró con un chasquido y volvió a guardárselas en el bolsillo del vestido.

Mientras yo me esforzaba para que la existencia de aquellos dos niños cobrara forma en mi cabeza, la abuela hizo una cosa que todavía hoy mi hermana sostiene que no puede ser cierta, por ser tan poco propio de ella. Me agarró de un hombro, me

echó su aliento mortífero en la cara y me dijo que si no le hacía caso a mi madre —en ese momento la abuela arrimó la boca a mi rostro—, si seguía faltándole al respeto y mancillando todo cuanto tocaba —sus ojos eran casi blancos tras la mugrienta montura de concha—, se desharía de mí igual que había hecho con mis hermanos, que no habían vuelto a ver a su madre desde su más tierna infancia.

Fue entonces cuando descubrí que el olor a serpiente no procedía de la bacinilla ni de ningún alimento que se estuviera echando a perder en un rincón del cuarto. Emanaba de ella. De hecho, emanaba de su boca abierta, de las profundidades donde el cáncer devoraba la poca vida que le quedaba. Si en ese instante me hubieran dicho que en el interior de su tripa se retorcían decenas de crías de mocasín recién salidas de sus huevos, no me habría sorprendido ni una pizca. Mi abuela, además, se había untado Vicks VapoRub en las aletas de la nariz, quizá para protegerse del tufo mefítico de su propia boca. El eucalipto de la pomada se mezclaba con el aliento de mocasín y lo empeoraba.

(Antes de entrar en el cuarto de mi abuela, la vez que más cerca había estado de aquel olor coincidió con la vez que más cerca estuve de ser mordida por una serpiente. Una tarde, mi padre había acercado nuestra barca alquilada a un campo de campanillas cuando de pronto sacó el remo empapado del *bayou* y lo agitó a menos de diez centímetros por encima de mi cabeza, de modo que el agua del remo me empapó la cara y los brazos desnudos. Junto a la barca sonó un plaf breve. Mi padre me explicó que una boca de algodón se había recolgado de una rama que quedaba justo encima de mí, y los dos observamos su cuerpo en forma de ese arrastrándose por el agua marrón. Me entraron temblores, y no precisamente de frío).

Aquel día, en el cuarto de mi abuela, sin nadie en casa que pudiera rescatarme, también me eché a temblar al sentir aquel olor. Salí corriendo en dirección a la cocina dándole un golpe a la silla de ruedas.

Cuando mamá volvió, la abuela le ordenó que me pegara.

Le dijo que me había pillado registrándole los cajones con intención de robarle los tapones para los oídos, una mentira que ni siquiera me molesté en discutir. Por una vez me limité a seguir el consejo de Lecia y no opuse resistencia, y la zurra, efectivamente, acabó en un santiamén. Sin embargo, percibí un rictus en la mandíbula de mi madre y sentí un deje mecánico en los golpes de su mano contra mi trasero.

En algún momento de la azotaina empecé a olvidarme de la existencia de Tex y Belinda, un olvido que duraría diecinueve años. Aquella mañana se abrió una sima en mi cerebro que se tragó a aquellos niños de una manera tan definitiva que ni siquiera llegué a contárselo a Lecia, quien por aquel entonces hacía las veces de puesto de control viviente para todo lo que tuviera que ver con las teorías sobre mamá. (Más adelante me enteré de que mi abuela le había enseñado las mismas fotos a ella, que también las había olvidado al instante. Caímos, pues, en una amnesia conjunta). Naturalmente, yo sabía que tres maridos eran un montón. Tres maridos sobrepasaban el límite que separa un pequeño error de una fea costumbre. (Una amiga mía ducha en divorcios me dijo un día que cuando pronuncias el «Sí, quiero» por tercera o cuarta vez no te queda más remedio que reconocerte a ti misma que la culpa no puede ser sólo de tus parejas). Y dos niños salidos del bolsillo de la bata de mi abuela eran, por tanto, un misterio insondable.

Aun así, esto no explica del todo que eliminara a Tex y a Belinda de mi memoria, pues lo normal era que yo me creyera cualquier cosa. Sin ir más lejos, ese mismo año mi hermana me había convencido —aportando cero pruebas— de que yo era un robot concebido para servirla y ayudarla con las tareas. Y me advertía de que estaba permanentemente expuesta a que me desconectarán si no cumplía con mi cometido. Por lo tanto, no es que yo fuera precisamente una lumbrera, sobre todo cuando la cuestión era persuadirme de mi propia ineptitud, de mi falta de humanidad o del hecho de que «no estaba bien». Ahora sé que no era capaz de asumir la existencia de esas criaturas porque eran niños perdidos. Y si ellos, dos críos sanos, nacidos

de mi madre, podían ser niños perdidos, eso significaba que nosotras podíamos correr la misma suerte. Creer que mamá había perdido a aquellos niños era creer que cualquier día de éstos podía esfumarse de nuestras vidas, volver al vacío del que había surgido y transformarnos a nosotras en otro secreto.

En definitiva, la amenaza de que si me portaba mal podían deshacerse de mí poseía un eco de verdad tenue pero firme.

Tras la amenaza de la abuela empecé a examinar a mamá aún más detenidamente en busca de síntomas de «nervios». Sin embargo, hasta que irrumpió el huracán Carla no capté nada, lo cual acaso sea la señal más inequívoca de trastorno que puede haber, según mi propia experiencia.

Yo la observaba. Mi madre, a su vez, observaba los partes del tiempo cada tarde. Teníamos un pequeño televisor portátil cuya antena ella misma se había cargado en el curso de algún arranque de cólera. Con unas perchas habíamos armado unas orejas de conejo que proporcionaban una imagen entre azul claro y blanco grisáceo. La recepción irregular confería al cuerpo del hombre del tiempo un halo brillante. Todavía no existían esas imágenes de satélite en las que unas nubes sobrevuelan a cámara lenta un litoral cien por cien verdadero. El hombre del tiempo, que presentaba también un programa infantil de tarde llamado *Cattleman Bill*, se plantaba delante de un mapa del Golfo dibujado en rotulador sobre una pizarra blanca. Unas espirales representaban las tormentas tropicales. Él iba trazando flechas en forma de arco que indicaban la dirección general de la tormenta (que invariablemente azotaba la costa oriental de Texas hacia el noroeste desde el mar Caribe o hacia el noroeste a través de los Cayos de la Florida). Cuando una espiral crecía lo suficiente —una vez que abarcaba ciento cincuenta kilómetros de costa con vientos de aproximadamente doscientos cuarenta kilómetros por hora— se ganaba el estatus de huracán.

El juego consistía entonces en adivinar dónde descargaría la tormenta o, según la jerga local, dónde «se metería», como si fuera un pariente extraviado en busca de cobijo. En cualquier

estación de servicio donde parases el gasolinero ponía en marcha el surtidor y acto seguido se inclinaba sobre la ventanilla y preguntaba dónde creías que se iba a meter la tormenta. Cada otoño, averiguar la puerta de entrada del huracán se convertía en el pasatiempo del pueblo, tan popular como el campeonato de fútbol americano del instituto. Cualquier trabajador del Golfo —ya fuera pescador de camarones o empleado de una plataforma petrolera— se convertía en oráculo de la noche a la mañana. Cuando uno de aquellos tipos abría las puertas del local de la Legión Americana, el camarero le quitaba el volumen a la tele o a la gramola y tiraba una cerveza bien fría al tiempo que los parroquianos se callaban y se giraban en sus taburetes o levantaban los palos de billar de la mesa. Casi todos los pescadores se lo tomaban muy en serio y sus predicciones adoptaban el simbolismo de un jefe vudú. «Anoche la luna tenía una aureola amarilla», declaraba un pescador de camarones criollo. «La tormenta viene directa para acá por el puerto de Sabine». Las premoniciones de los que trabajaban tierra adentro eran más mesuradas: a Fulanito de tal, que trabajaba en la plataforma de Morgan City, Luisiana, había empezado a dolerle como nunca la rodilla que se había fastidiado jugando al fútbol. Tan pronto como oían algo similar, los clientes se levantaban de sus taburetes y se iban derechos a la cabina del aparcamiento, donde hacían cola para llamar a sus corredores de apuestas para que subieran la suma o se cubrieran las espaldas.

Leechfield había sido evacuado pocos años antes por culpa del huracán Audrey. Fue la primera tormenta que recuerdo de la lista alfabética con nombres de mujer. Durante el Audrey mamá despotricó de lo lindo contra el hecho de que el género femenino tuviera que cargar con el muerto de tanta destrucción. «¡Joder, si son los hombres los que van a la guerra!», recuerdo que decía. Después del Audrey vino el Betsy. A nosotros nos pasó rozando, pero en Nueva Orleans reventó diques y sacos de tierra, dejando la ciudad entera inundada de agua de mar, como si fuera un recipiente.

La primera alusión al huracán Carla que recuerdo corresponde a una noche en que mi abuela hacía encaje en su silla de ruedas con unos movimientos tan imperceptibles que eran la encarnación misma de la desazón. Mamá estaba tumbada en el sofá con una taza de café en milagroso equilibrio sobre el pecho. Lecia y yo, acucilladas a sus pies, la sometíamos a nuestra particular versión de una pedicura. Ésta consistía en colorearle las uñas de los pies con varios tonos de ceras. (Yo me inclinaba por los morados, los lavanda y los azules, mientras que Lecia era fiel a los rosas, más a la moda). Por la tele emitían imágenes del Audrey y Cattleman Bill se jactaba de haber remontado la calle mayor en una piragua al estilo de los kayaks criollos junto con un equipo de cámaras a su lado a bordo de una lancha motora. «No se lo cree ni él», dijo mi madre. Según ella, cuando el Audrey, el tipo había dejado a su mujer y a sus críos comiendo de caridad en el gimnasio del instituto mientras él «era evacuado» a Oklahoma City en compañía de su secretaria. A juicio de mi madre, Cattleman Bill era casi tan cobardica como la abuela, quien al parecer tenía tantísimo miedo de las tormentas en cualquiera de sus manifestaciones que siempre era la primera en bajar al refugio subterráneo en cuanto empezaba a soplar viento allá en el oeste de Texas. La abuela ni siquiera parecía haberse enterado del Carla. Sólo le interesaba la lanzaderita con la que iba formando su encaje.

Cuando ya teníamos la tormenta encima, la abuela dio muestras de un valor insólito y absurdo, así que no fuimos ni mucho menos las primeras en abandonar el pueblo. Aunque tampoco creo que fuéramos las últimas. Sea como sea, los tipos de la Guardia Nacional que hacían la ronda por las calles pidiendo a los vecinos por megafonía que evacuasen tuvieron que parar dos veces delante de nuestra casa.

La gente dispuso de dos días para prepararse para la tormenta. Los partes meteorológicos metían cada vez más miedo. La gente protegía las ventanas con maderos. Hacía maletas. En el supermercado se agotaron las existencias de

pilas, velas y judías en conserva. Todo el mundo se proponía refugiarse en regiones más altas, porque cualquier lugar estaba más alto que Leechfield. Los transistores repetían una y otra vez que se trataba de un huracán de categoría cuatro. A nadie le apetecía vivirlo en sus carnes. Muchas familias, no obstante, dedicaron un tiempo precioso a rescatar de los desvanes fotografías de valor y papeles del tipo actas de matrimonio que había que poner a salvo de un maremoto que Cattleman Bill calificaba de inevitable. Recuerdo que la madre de Carol Sharp envolvió los patucos de su hija en papel de seda y se los llevó consigo.

Nosotros no hicimos nada de eso. Por lo general, papá reaccionaba a las tormentas con estoicismo. «Coño, si pasa por aquí, pues que se lleve la casa por delante», decía. No veía motivos para poner el grito en el cielo: un huracán lo destrozaría todo por mucho que hiciéramos. Mientras otros padres pedían bajas por enfermedad, plegaban las hamacas del jardín y almacenaban muebles valiosos en el desván, el mío seguía recorriendo el penoso camino de ida y vuelta a la fábrica, de la que sólo regresaba para reponer las provisiones de su tartera y ponerse otra vez en camino. Al final acabó por no molestarse siquiera en pasar por casa.

Ahora me extraña la facilidad con que permití que saliera de nuestras vidas aquel otoño, en un trance tan complicado. Puede que hubiera renunciado poco a poco a su rol de padre desde la llegada de la abuela. Cuando él no estaba, ella no tenía oportunidad de ponerlo a caer de un burro, y por tanto el ambiente se serenaba. Puede que su ausencia fuera inevitable conforme nos hacíamos mayores.

En descargo de papá, debo añadir que en aquel momento disponíamos aún de tiempo de sobra para evacuar; por tanto, no es que la tormenta pusiera en peligro nuestras vidas, sólo la integridad de la vivienda, que en realidad tampoco valía gran cosa. Por lo demás, el ritmo de trabajo de los obreros de la Gulf Oil Corporation que no habían liado el petate era infernal, y la empresa pagaba dos veces más por las horas extra en un

intento por mantener la fábrica en funcionamiento. Aun así, no dejo de preguntarme por qué lo dejamos ir tan fácilmente. Que mi madre se ocupara de nosotras sin él era sinónimo de que si gimoteábamos lo suficiente podíamos convencerla de que nos comprara prácticamente cualquier juguete, prenda de ropa o capricho. Nos consideraba tremendamente desfavorecidas. A su juicio éramos poco menos que niñas pobres. Así que, bajo su supervisión, hacíamos cosas que papá, con su rústica concepción del ahorro, jamás nos habría permitido: cortar una sábana para cubrir con ella una mesa y fabricarnos una casita, por ejemplo, o pintar un mural con óleos en la pared del garaje. La extravagancia de mi padre era de corazón. Él nos consentía de un modo que los vecinos juzgaban vergonzosa. Pero establecía una frontera clara ante todo lo que le pareciera un despilfarro de dinero, y mamá aprovechó ese punto para ganarse nuestros corazones.

El primer día que no apareció por casa, Lecia y yo lo llamamos un montón de veces. Siempre imaginaba nuestras voces caracoleando por los cables telefónicos, formando un complejo patrón de paradas y transmisiones hasta que llegaban hasta él. «Gulf Oil, ¿en qué puedo ayudarle?», era la respuesta de la operadora nada más sonar el primer pitido. «Con la extensión 691, por favor», respondíamos. En la cocina, Lecia y yo nos arrimábamos mucho, oreja con oreja, cada una intentando arrebatarse el auricular a la otra. Ese día se nos llenaron los antebrazos de marcas con forma de media luna por los pellizcos que nos dábamos para tener la exclusiva del aparato. Él nos daba todo el palique que quisiéramos, pero no pasaba por casa, por mucho que protestáramos y le suplicáramos. Recuerdo que nos decía: «Cuidad mucho a vuestra madre», y yo le preguntaba quién nos iba a cuidar a nosotras. (No me acuerdo de su respuesta). Justo antes de colgar, Lecia le sugería que hablara un momento con mamá — quizá con la esperanza de que captara que su mujer no estaba en su mejor momento—, pero en ese momento objetaba que lo estaban llamando y nos colgaba sin más.

Aquella tarde el pueblo se vació de habitantes, pero nosotras seguíamos sin movernos. Los boletines informativos eran cada vez más explícitos. Mostraban el oleaje desbocado que arrasaba la carretera de la playa. Mostraban los atascos de coches que se dirigían tierra adentro por el puente Orange. La gente circulaba con los faros encendidos en pleno día, como si de una especie de comitiva fúnebre multitudinaria se tratara.

A la mañana siguiente la portada del periódico exhibió la imagen de unas palmeras descuajadas en Crystal Beach. Cerraron la escuela y mi hermana y yo nos quedamos en casa haciendo marionetas con bolsas de papel y viendo tele sin fin: *I Love Lucy*, *Leave It to Beaver*, siempre comedias de situación familiares con un padre trajeado y una mujer que pasaba el aspirador sin quitarse los tacones.

El propio Cattleman Bill había desaparecido de las noticias de la mañana. Su lugar lo ocupaba el fornido y sudoroso presentador de los deportes, ataviado con una corbata fina y un traje cuyos botones estaban a punto de estallar. Nos anunció que el frente delantero del huracán nos alcanzaría hacia el mediodía. «Les recomendamos que no salgan de sus refugios», dijo. «Repito: les recomendamos que no salgan de sus refugios». Se daba una importancia insoportable, como Barney Fife en *Andy Griffith* cuando se creía un tipo duro, un gran detective y no el policía de pueblo que se encarga de custodiar el paso de cebras de la escuela. Media hora después del boletín empezaron a sonar las sirenas.

Algunos feligreses de la parroquia del pueblo habían anunciado que la tormenta traería el fin del mundo. Carol Sharp me dio todos los pormenores en su jardín antes de que su familia fuera evacuada. Nos encontrábamos bajo la mimosa. El viento hacía caer a nuestro alrededor sus flores rosas y peludas mientras sus padres ataban una lona sobre la baca del Chevy. Carol me describió a los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgando entre las nubes con las capas negras ondeando tras ellos; en la tierra se abriría una sima al rojo vivo que se tragaría a los pecadores como yo, mientras que a ella y a su familia

Jesucristo se los llevaría al cielo por unas escaleras de oro. La víspera, un evangelista le había impuesto la mano en la frente y en ese preciso instante se le cayó una verruga que tenía incrustada en el pulgar derecho. Menos de una semana antes yo misma había intervenido quirúrgicamente la verruga, pinchándole los bordes con una aguja, y era cierto que aquella mañana no quedaba ni rastro de ella. Me dio que pensar. Sin embargo, mi desprecio me llevó a responderle que yo no tenía ningún interés en encomendarme a un dios que mandaba maremotos que se cargaban campings para caravanas y sacaba tiempo para una verruguita de nada. (Pese a mi asombrosa ingenuidad, de vez en cuando era capaz de soltar a lo loco perlas de lógica elemental).

En casa, la luz que entraba por las ventanas iba adquiriendo un tono como de carbón cada vez más oscuro. Mi madre tapaba con colgaduras el ventanal grande, a través del cual vi el Chevy de los Sharp dando marcha atrás en la entrada de su casa, con la lona abultada. «¿Y si el señor Sharp tuviera razón sobre Dios y Jesús?», debí de preguntar en voz alta. O puede que me diera por sugerir que rezáramos por si las moscas; no me acuerdo. Lo que sí veo como si fuera ayer es a mi madre levantando el dedo corazón hacia el techo y diciendo: «¡Anda y que le den por culo a Dios!». Entre eso, las sirenas, el cielo negro que se había apoderado de todas nuestras ventanas y la abuela, entregada a sus encajes diminutos y sorda como una tapia a la blasfemia, empecé a pensar que de un momento a otro el mar se nos llevaría por pecadoras.

Lecia también debió de asustarse, porque empezó a agobiar a mi madre para que cogiéramos el coche y fuéramos a casa de la tía Iris inmediatamente. La hermana de papá vivía a cien kilómetros al norte, en las colinas de las afueras de Kirbyville. «No te lo pienses más: vámonos», repetía, arguyendo que la carretera ya se había despejado de tráfico. Incluso intentó hablar con la abuela, que seguía enfrascada en su labor.

Papá llamó en ese momento, y nos extrañó que mamá atendiera el teléfono. Recuerdo que tenía un paño de cocina en

la mano y parecía cabreada por la llamada. Le dijo que tenía el coche en marcha, que nos estábamos yendo en ese preciso instante. En realidad, todavía no había bajado el cabás de su padre del altillo. *Daniel el travieso* tronaba en la tele. Yo estaba sentada en el suelo con Lecia, cortando flecos para un disfraz de indio hecho con bolsas de papel, cuando mamá colgó con violencia.

Ahora entiendo que aquel día necesitaba a mi padre, y lo más que podía hacer para comunicárselo era transmitirle su furia. Esa cólera fue la que hizo que perdiéramos a papá. La línea se cortó y mi padre se difuminó en la neblina que recubre mi recuerdo de aquella mañana, empequeñeciéndose cada vez más. Yo miré a mi hermana, que se encogió de hombros y siguió cortando flecos con una precisión patológica. En ese momento supe que tendríamos que habernos ido mucho antes. Acusé la lenta carga psicológica de la fatalidad.

Mi madre nos explicó más tarde que tendríamos que habernos marchado al alba, pero, por lo que fuera, mi abuela se había negado. Se le había metido en la cabeza que lo que venía no era más que un chaparrón. Era como si su pánico crónico a las tormentas hubiera implosionado y, de repente, no le pareciera que un huracán de categoría cuatro directo hacia nuestra casa fuera motivo para salir por pies. Ni siquiera el guardia de camuflaje joven y amable que se plantó a su lado en nuestro salón con el megáfono en la mano consiguió que se bajara del burro. «Le agradecemos mucho que haya venido», le dijo, intentando echarlo golpeándole las corvas con las ruedas de la silla. Mamá, sentada delante de la mesa del comedor, lloraba y se enjugaba las lágrimas con el trapo. Al final el soldado amenazó con levantar en brazos a la abuela y meterla por la fuerza en el coche, a lo que ella contestó que de acuerdo, se iría, pero que primero tenía que darse un baño. El hombre adujo que ya habían cortado el agua, pero Lecia abrió el grifo y mi abuela se encerró en el cuarto de baño, con la silla y todo.

Aquel portazo decidió a Lecia a llamar a mi padre para que viniera a sacarnos de allí. Justo en ese momento. Pero la línea

telefónica no funcionaba. Vi en su semblante el impacto de esta realidad antes siquiera de que me tendiera el auricular. (En momentos críticos, Lecia mantenía la cabeza fría. Aprendió a conducir con once años, edad a la que la vi convencer a un policía estatal de que se había dejado el carné de conducir en casa porque sólo había salido un momento a comprar leche materna para su bebé antes de que éste se despertara). Sin embargo, aquella mañana su expresión con el teléfono negro en la oreja traicionaba su edad. Por un momento le brillaron los ojos. A fin de cuentas, sólo tenía nueve años, y entre el lamento de unas sirenas que según las advertencias de nuestro profesor de música únicamente sonarían cuando los rusos lanzaran los misiles desde Cuba, y la avería de la línea que nos comunicaba con nuestro padre, Lecia parecía a puntito de renunciar al papel de adulta.

Me pasó el teléfono. No quería ser la única en saber lo solas que estábamos, por eso me lo pasó, para que yo también lo supiera. Y el silencio contra mi oreja me lo reveló al instante. Una no se da cuenta de la dependencia que siente por el resto de la humanidad cada vez que oye esa corriente de aire bajo el tono de llamada, como si todos los circuitos del mundo estuvieran esperando oír tu voz, hasta que la corriente desaparece. Entonces te mantienes a la escucha aguardando ese sonido lejano, pero lo único que obtienes es el silencio yerto de tu propio cerebro, que no sabe ya qué pensar.

Al final, el guardia nacional tuvo que sacarnos de la casa prácticamente a rastras. Volvió cuando la lluvia *empezó* a golpear oblicua contra todos los cristales con un ruido como de perdigones. El baño de la abuela empezaba a durar demasiado, y mamá le dio permiso para forzar la puerta del baño con un destornillador. La abuela no se había movido de la silla y ponía los cinco sentidos en fabricar encajes con aquella lanzadera suya mientras la bañera se desbordaba e inundaba el suelo.

Finalmente sí que tuvo que sacarla en brazos. La levantó como si fuera una novia. La pierna sana colgaba con naturalidad, pero el muñón no paraba de deslizarse por debajo

del codo del muchacho. A Lecia y a mí nos dio la risa en el porche, porque la abuela abría las piernas de un modo que ella misma habría considerado impúdico.

Afuera, el viento sacudía los cables del teléfono y ya había arrancado unas cuantas tejas que volaban por la calle. Además, se colaba racheado por las rendijas de las ventanas, provocando un silbido agudo que parecía aumentar de volumen por momentos. Mi hermana y yo nos calamamos hasta los huesos recorriendo los diez metros que nos separaban del coche. Al entrar sentimos que nos refugiábamos en una burbuja fría y dejábamos atrás el primer gran órdago de la tormenta. Casi no veíamos al guardia a través de la tromba de agua que resbalaba por el parabrisas. En cierto modo parecía empeñado en moverse con más garbo o seguridad, pero poco podía hacer con la pierna de la abuela resbalando cada dos pasos. En cualquier caso, iba más despacio que nosotras, y eso nos hizo mucha gracia. Pero las risas se cortaron en seco en cuanto mamá se sentó al volante.

Sus ojos en el retrovisor revelaban que había dejado de llorar. La ausencia de lágrimas había llegado a convertirse en un mal presagio. La boca se le transformó en una rayita muy fina.

Observé al guardia encaramarse a su jeep; entonces, la grisura y la lluvia se lo tragaron todo salvo una mancha verde militar que salía de la entrada de la casa, detrás de nosotras. Experimenté unas ganas locas de bajar la ventanilla, exponer la cabeza a la tormenta y pedirle a gritos que volviera. Pero el viento habría engullido mis chillidos, de modo que seguí mirando el borrón menguante del jeep hasta que desapareció del todo y sólo quedaron la lluvia, las sirenas y la gélida mirada gris de mi madre en el centro del espejo plateado y rectangular.

En condiciones climáticas normales se tardaba una hora en ir desde Leechfield hasta la casa de la tía Iris. «Sesenta minutos puerta a puerta» era lo que papá decía cada vez que se apeaba de la cabina de la camioneta o subía los peldaños del porche. (Una mañana de verano hice ese mismo trayecto, más borracha que un piojo en un Mustang trucado, en cuarenta y cinco

minutos, sin bajar en ningún momento de ciento treinta, ni aminorar en las curvas, ni parar en semáforo alguno). Aquel día tardamos cincuenta y cinco minutos. Mi hermana lo cronometró. Es decir, con una lluvia cegadora, una lluvia tan fuerte que no se veía la carretera a través de los limpiaparabrisas, que abofeteaban el borrón y lo volvían a abofetear, sin más sentido que el de dar paso a más borrones. Cierto es que debíamos de contar con el impulso del viento. Aun así, me imagino a mamá pisando a fondo el acelerador sin asomo de vacilación en pleno primer asalto del huracán. Quizá sabía que su madre estaba al borde de la muerte y le daba igual si llegábamos o no de una pieza. Por suerte habíamos salido del pueblo lo bastante tarde para ser las únicas en la carretera. Si hubiera habido otros vehículos, habríamos tenido un accidente. Sólo una potra de mil pares de cojones nos salvó de salimos de la estrechura del asfalto y caer en uno de los tropecientos mil *bayous* que atravesamos. A diez kilómetros del pueblo las sirenas todavía se oían, pero cada vez más débiles, a la vez que cobraba protagonismo el rugido del viento. Esto alimentaba la sensación de que, en lugar de apartarnos del corazón de la tormenta, íbamos de cabeza hacia él.

A la altura de Port Arthur, Texas, mamá se puso a canturrear una vieja canción que le gustaba poner en el tocadiscos cada vez que bebía. Tenía una grabación de mala calidad de Peggy Lee, Della Reese o alguna de esas cantantes de bar de voz aguardentosa:

El tiburón tiene dientes rápidos, cariño,

y los enseña, blancos como perlas.

Una navaja tiene en los dientes, cariño,

pero los esconde para que nadie los vea...

En mi familia nadie sabe cantar. Las pocas veces que

íbamos a la iglesia con los vecinos, Lecia y yo teníamos la sensatez de limitarnos a mover los labios durante los himnos, para no dar mucho la nota. Mamá tampoco tenía una voz bonita; demasiado ondulante y vaga. Su tono natural era alto, y seguramente las profesoras ultrafemeninas del coro la obligaron a alcanzar rangos más agudos. Así pues, aquella mañana cantó por lo bajini con una voz de soprano irregular, aguda y susurrante, inventándose parte de la letra. El coche parecía coger velocidad a medida que cantaba, y el miedo que llevaba toda la mañana amenazándome el plexo solar empezó a concretarse cuando vi frente a nosotras las vigas de acero gris del puente Orange.

Por aquel entonces se decía que el puente Orange era el más alto del país. Al cruzarlo se te taponaban los oídos. Los ingenieros lo habían construido tan alto para que hasta los remolcadores que empujaban plataformas petrolíferas con grúas altísimas pudieran pasar por debajo sin problema. La construcción salvaba el río Sabine, que no era especialmente ancho, de modo que se trata del puente con la pendiente más pronunciada que yo haya atravesado en mi vida.

No es de extrañar que fuera el escenario de aproximadamente un suicidio al año. Era el rincón predilecto de los pretendientes rechazados y los petroleros arruinados. Quienes saltaban desde el punto más alto del puente se rompían todos los huesos del cuerpo. Recuerdo a mi madre leyendo este dato en voz alta en el periódico y añadiendo que las mujeres preferían el gas o las pastillas, técnicas menos agresivas con el físico. Le gustaba citar eso que decía James Dean de dejar un bonito cadáver.

Total, que el coche enfiló el puente mientras mamá cantaba la parte más aterradora de «*Mack the Knife*». Lo hacía en un susurro, como una nana:

Cuando el tiburón hinca los dientes, querida,

empiezan a extenderse unas nubes escarlata...

El coche se fue un poco hacia atrás cuando iniciamos la remontada. Era como la larga pendiente de una montaña rusa antes de caer en picado. El canto de mi madre quedó amortiguado inmediatamente por la trama de acero bajo los neumáticos que hacía temblaquear el coche entero. Al mismo tiempo, por muy inverosímil que parezca, sentí que avanzábamos más deprisa.

Lecia asegura que entonces me puse a gritar y mamá se volvió e hizo amago de agarrarme, lo cual desencadenó lo que vino después. (Si fuera Lecia la autora de estas memorias, yo aparecería únicamente de tres formas: llorando histérica, haciéndome pis encima deliberadamente en el momento más inoportuno o mordiendo a alguien, por lo común a ella, sin que mediara provocación alguna).

No recuerdo en absoluto que mamá se girase para agarrarme. Y niego rotundamente haber gritado. Pero, pese al viejo truco de convertir mi estómago en una piedra, esa vez me mareé. La bilis empezó a subirme por la garganta en el instante en que el coche salvó el punto más alto del puente, volando sobre una plataforma metálica que creaba la sensación de un salto de esquí. Aterrizamos con una sacudida y coleamos un poco.

Supe al instante que iba a vomitar. Aun así traté de blindar el vientre como hacía en las atracciones de la feria. Cerré los ojos muy fuerte. Me encogí por dentro. Pero mi estómago revolucionado era incontrolable. No me atrevía a bajar la ventanilla. Y ni por lo más remoto se me habría ocurrido pedirle a mamá que parase en medio del puente. De todos modos, ese día todas las negociaciones con mi madre pasaban por Lecia, y ésta había optado por sumarse al silencio y el rechinar de dientes en que todas nos habíamos sumido. Normalmente se dedicaba a vigilar el velocímetro y a incordiar a mamá para que fuera más despacio (o a la inversa, a papá para que pisara),

pero aquella mañana no abrió el pico. En fin, como iba diciendo, en el momento en que sentí los Cheerios casi en la boca agaché la cabeza, me subí hasta la nariz el cuello de la camiseta mojada, separándola un poco del cuerpo, y me vomité todo el pecho. Sentí el vómito caliente resbalando bajo la camiseta. Olía a leche agria.

Mamá no reaccionó en absoluto. Tampoco la abuela, que tenía el olfato de un perro de presa pero se había convertido en una especie de maniquí. Estaba tan cerúlea que parecía una pastilla de jabón tallada. En circunstancias normales mi hermana habría aprovechado la ocasión para abofetearme por cerda. Puede que a esas alturas yo incluso quisiera que alguien me diera un bofetón. Deseaba con todas mis fuerzas reventar la burbuja de silencio. Pero Lecia simplemente se ató el pañuelo rojo a la altura de la nariz como si fuera a robar un banco y me miró de reojo. Que me hubiera potado encima y nadie hiciera ningún comentario al respecto me hizo comprender que aquél era uno de los peores días de la vida de mi madre. Lecia la miraba a ella, que miraba un remedo empañado de carretera.

Y eso es lo último que recuerdo antes del accidente: el pañuelo con el que mi hermana se tapó la nariz.

Entonces, por motivos que se me escapan, el coche dio un giro de trescientos sesenta grados sobre sí mismo. No sé si fue algo accidental o deliberado por parte de mamá. Como ya he comentado, Lecia sostiene que yo estaba llorando y que mi madre se dio la vuelta para soltarme un sopapo. Lo que sí recuerdo es ver a mamá dando un volantazo hacia la izquierda, que es lo que hizo girar el coche. Al cabo de un rato interminable vi la barandilla del otro lado del puente venir hacia nosotras. Y por un instante quedamos suspendidas en el aire. Los neumáticos se despegaron por completo de la superficie del puente. El coche invadió la pasarela peatonal y fue propulsado hacia la barra de lo alto de la barandilla. (Nadie cruzaba el puente a pie, naturalmente, pero los obreros la usaban para colgar plataformas y hacer trabajos de pintura y reparación). Vi el quitamiedos volando lateralmente hacia nosotras. Y en ese

momento el coche se detuvo en seco con un crujido. Llegados a ese punto yo berreaba hecha un mar de lágrimas.

Por increíble que parezca, el golpe sólo abolló el guardabarros delantero y arrancó el faro derecho. Aparte de mí, a nadie pareció afectarle lo sucedido. Mi madre ni siquiera se bajó para evaluar los daños. La abuela se abismó todavía más en su labor. Mamá exclamó: «¡Todo bien!», con voz alegre, como una monitora de campamento tras una larga travesía. Ni siquiera se giró para mirarnos. A través del espejo mostraba los dientes en una sonrisa aterradora.

En ese momento yo me puse a dar berridos. El coche dio marcha atrás y nos apartamos de la barandilla. Nos detuvimos al contacto con la pasarela de enfrente y emprendimos la cuesta abajo, cogiendo velocidad.

Lecia se corrió un poco hacia mí y enlazó sus dedos con los míos, un gesto por el que todavía hoy le estoy agradecida. Yo no debía de oler a rosas, precisamente. Además, lloraba como una descosida y de la nariz me salían dos velones de mocos. Aun así, agarró mi mano enorme entre sus manos enormes. (Las dos tenemos las manos perfectas para faenar en el campo y jugar al voleibol). Yo siempre me sentía protegida en esos casos. Por lo común también me callaba, pero esta vez pregunté en un susurro por qué mamá quería matarnos y si se había vuelto loca de remate. Lecia me dijo que cerrara el pico, que en veinte minutos estaríamos en casa de la tita y que todo iba a salir bien.

Pero en casa de mi tía nada salió bien. Habíamos escapado de la tormenta, sí. No seríamos víctimas del huracán Carla. Aun así, no sentí ningún alivio al bajarme del coche, que siseaba y chasqueaba por la paliza a la que lo habíamos sometido. No sé por qué, pero el sucio jardín de la tía Iris bajo los altos pinos me pareció tan sombrío como Leechfield. No me sentí tocada por la gracia. No tuve el impulso de besar el suelo, como cuando los marineros de los dibujos animados sobreviven a un naufragio. Los perros de caza moteados que me rodeaban recibieron apenas unas pocas caricias distraídas y volvieron al

porche deshaciéndose en gimoteos.

La tía Iris (pronúnciese Airis) se me acercó abriéndose paso entre la jauría, sacudiendo el delantal para ahuyentarlos y preguntándome: «¿Qué tal el viaje, cielo?». Entonces me oí decir: «Bien», una mentira que empezaba a salirme de manera natural. Yo estaba bien. El viaje había ido bien. Estábamos bien. Mi miedo era demasiado intenso para decir nada más; tan intenso, de hecho, que me sentía incapaz de derrumbarme y llorar contra el regazo de mi tía, suave y revestido de calicó. La única necesidad que fui capaz de enunciar fue la más evidente, la de un baño. Me habían quitado de encima a los perros, que se habían agachado y retirado al porche con movimientos laterales, describiendo círculos y gimoteando. Tenían los hocicos alargados y moteados y no dejaban de mirarme con sus ojos amarillentos.

Me resulta imposible, sin embargo, describir la cara de mi tía ese día, o los semblantes cordiales de mis primos y mi tío cuando salieron a recibirnos. Debí de mantener la mirada a un nivel perruno. Y hasta los chuchos empiezan a desdibujarse en mi memoria, como si alguien me tapara los ojos con una venda gruesa y sólo pudiera ver los contornos imprecisos de aquellos animales desconfiados que no hacían más que olisquear. Estaba bajando el volumen. Estaba curtiéndome por dentro para otro trago traumático.

Acostaron a la abuela en el dormitorio situado en la parte trasera de la casa y yo me di un baño. Debí de vivirlo como una mejora con respecto a estar mano sobre mano en Leechfield, sin papá y esperando que un maremoto derribase nuestra casa. Pero mamá mantenía su siniestro silencio, y el padre de mi padre —que parecía tener más años que Matusalén— ocupó al instante el lugar de la abuela como emblema de la muerte.

El abuelo Karr tenía bien cumplidos los ochenta y estaba más sano que una manzana. Aun así, desde que tengo memoria todo el mundo le auguraba una muerte inminente. Esto, sumado a sus antepasados indígenas, lo revestía de esa suerte de autoridad que a día de hoy creo que todos los ancianos

deberían ostentar. Sin embargo, en aquel tiempo me sentaba como una patada. Mi abuelo estaba exento de todas las tareas. Ni siquiera se molestaba en encender el audífono la mitad de las veces que le hablabas. Apenas decía hola. Casi siempre estaba sentado en una mecedora con asiento de mimbre en el porche, donde le llevaban comida o tabaco para la pipa, café o té helado, según el momento del día. Había cogido la mala costumbre de subirse donde fuera cada vez que lo dejaban solo: el granero, el techo de un coche, el cobertizo, casi cualquier sitio. La tía Iris nos habló del asunto antes de irse a trabajar a la droguería. Un día incluso se había encaramado bien alto a una de las pacanas del jardín. Lecia y yo, por tanto, recibimos diez centavos cada una de manos de nuestro primo Bob Earl para que lo vigiláramos. La idea era que, si empezaba a trepar, saliéramos corriendo a buscarlo; él estaba pastoreando vacas Black Angus en el prado que había detrás de la casa. El abuelo se mecía y mascaba su pipa, entonando de vez en cuando una canción sobre unos mapaches que mi madre no soportaba porque le parecía el colmo de la paletería.

Me han robado los mapaches

qué no daría por que me los devolvieran.

A los grandes los pasaron por encima de la cerca

y a los chicos a través de una grieta.

Recuerdo que nos debatíamos entre vigilar al abuelo, que parecía de cemento y poco proclive a moverse, pero al que nos habían pagado por vigilar, y echar un ojo a mamá, seriamente trastornada.

Finalmente llegamos a un acuerdo. Lecia se sentaría fuera, con la espalda apoyada en la mosquitera, y controlaría al abuelo. (Y se embolsaría mis diez centavos por el servicio). Yo, por mi parte, me sentaría dentro con la espalda contra la suya y

la mosquitera y vigilaría a mamá, que veía por la tele las noticias sobre el huracán. También había encendido la chimenea de la habitación principal, a pesar de que hacía bastante calor. Atizaba el fuego sin más, con la cara sudándole a chorros y lacada de rojo por las llamas. Se había apartado la espesa melena de la cara con una de esas felpas elásticas negras. El pelo le enmarcaba el rostro formando una especie de corona. Yo nunca había visto ni he vuelto a ver a una persona tan ausente y ensimismada; lo único que hacía era avivar el fuego con el atizador de hierro fundido, en cuclillas. Era un espectáculo muy doloroso de ver, de modo que me concentré en la pizarra blanca con el mapa del tiempo en Kirbyville y las imágenes de palmeras aplanadas por el viento que emitía la tele.

Quise llamar a papá. Llegué a pedírselo a la operadora, pero ésta me dijo que no podía ponerme con Leechfield porque todos los circuitos de la zona estaban ocupados. Quise saber si eso significaba que había demasiadas llamadas o que el teléfono de mi padre en la fábrica estaba estropeado. La mujer replicó que no tenía tiempo para explicármelo y cortó la comunicación.

Miré hacia la camisa vaquera de cuadros de Lecia contra la urdimbre de la mosquitera. Al cabo de un momento resolví que tenía que hacer pis y me dirigí al cuarto de baño de la tía.

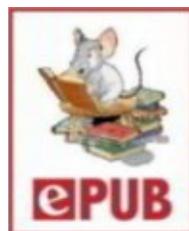
Al salir me fijé en que la mano de la abuela colgaba inerte de la cama del dormitorio. Entré de puntillas. Era un cuarto pequeño, olía a humedad. La tía tenía allí un congelador blanco inmenso a rebosar de carne de ciervo, ardilla y pato. La cama de hierro estrecha y hundida, también blanca, quedaba a un lado del congelador. Las gafas de la abuela se habían caído al suelo y comprendí que se había quedado dormida. Pensé en ponerlas encima de la mesilla y al mismo tiempo en afanarle las tijeras de costura para entretenerme en el salón recortando copos de nieve en papel de periódico o fabricarme un pico-pico [Nota 5](#)). La abuela tenía los ojos semicerrados, como vueltos hacia dentro, de tal manera que sólo vi unas medias lunas blancas.

Cuando me agaché para recoger las gafas vi que se le había

derramado algo rosa y pegajoso en las lentes, que estaban plagadas de esas hormigas que llamábamos hormigas del azúcar. La primavera anterior yo había liberado a todas las hormigas del hormiguero de cristal de Lecia (me daba pena que vivieran en cautividad), y desde entonces había estado buscándole más. Mi hermana había montado el hormiguero para un proyecto de ciencias que le valió un premio. Estaba intentando dar con la forma de hacer caer los insectos de la patilla de las gafas a una caja de zapatos que había debajo de la cama cuando me fijé en la mano de mi abuela.

Estaba entreabierta. Los dedos casi tocaban el suelo. Y por la parte más blanca del brazo le corría una línea que al principio me pareció un araño o una raya hecha con lápiz de ojos. Pero la línea se movía. Me incliné para verla mejor. Y entonces comprendí que se le había derramado el jarabe para la tos o el refresco rojizo por la cara interna del brazo y que las hormigas del azúcar iban y venían, atiborrándose, sin que ella lo notara.

No sé si llegué a plantearme que estuviera muerta. Lo único que tuve claro fue que su estado en ese momento superaba con creces lo que yo esperaba encontrar. Salí del cuarto y volví al salón. Me senté con la espalda apoyada contra la mosquitera y noté cómo las vértebras de Lecia encajaban con las mías. Me resultaba agradable. No me moví hasta que mi madre entró, descubrió a la abuela y se puso a gritar.



Nota 3

Tiradora que, durante diecisiete años, participó en el espectáculo de Buffalo Bill que recreaba escenas del Viejo Oeste.

[Volver](#)

Nota 4

Personaje de dibujos animados de la Warner Brothers. Es un cazador que suele aparecer en muchos episodios de Bugs Bunny y el Pato Lucas.

[Volver](#)

Nota 5

Juego de papiroflexia que predice la suerte. Tiene varios nombres en castellano: pico-pico, pica-pica, aguaderas... Hoy en día se conoce más comúnmente como comecocos.

[Volver](#)

Capítulo 5

Mi padre vio entrar el huracán Carla por el canal intracostero desde la Gulf. Aseguraba que en ese momento se encontraba en alto, en una especie de atalaya tras una gruesa pared de cristal que le permitía abarcar más de la mitad del condado. El puesto de vigilancia formaba parte de una torre gigantesca que había frente a la refinería, más allá de la cual se hallaban los tanques de petróleo y por último el canal, un glorioso dique que los petroleros de Houston habían gastado una fortuna en construir para poder transportar el crudo a las refinerías desde las plataformas de alta mar. Papá contaría después que la torre se cimbrió con el temporal. Ben Bederman y él juraban que tuvieron que agarrarse a las encimeras mientras las sillas con ruedas bailaban de acá para allá. A través del ventanal de observación vieron un muro gris de agua de diez metros de alto avanzar en dirección al pueblo desde el canal. Casi puedo ver a mi padre ladear la cabeza y entornar los ojos como si acechara a un animal en la distancia. Incluso se permitió alargar un fibroso brazo mientras nos lo contaba, como si el maremoto viniera hacia nosotros en ese preciso instante y quisiera señalárnoslo. «Parecía un edificio de agua», nos dijo. Más tarde me planteé cómo podía haber gozado de tan buena visión en medio de la tormenta. Pero cuando lo oías era imposible poner en duda que se hubiera enfrentado a la situación con la temeridad de un *cowboy*.

Lo más increíble de todo es que el huracán no «entró» en Leechfield, a pesar del avance inexorable de una ola gigantesca

que habría aplastado como una cucaracha a cualquier ciudadano rezagado. Las probabilidades de que el huracán diera de pleno habían sido muy altas. Sin embargo, dio un extraño giro, un regate que la gente compararía después con el que habría hecho un velocísimo *quarterback* al esquivar por los pelos a un defensa fornido. El cambio de rumbo del Carla fue un golpe de suerte espectacular. Justo antes de tomar tierra en Leechfield la tormenta se detuvo prácticamente en seco y giró sesenta grados, rozando sólo la zona oriental de Texas; siguió avanzando y entró por Cameron, Luisiana, un ataque que pilló desprevenidos a sus habitantes.

Los preparativos no habrían servido de mucho, en cualquier caso, porque básicamente un buen trozo del Golfo de México se levantó y fue a caer de nuevo sobre la localidad, construida en una depresión de terreno. La gente se encaramó a los árboles tratando de protegerse de la crecida. Protección Civil hizo lo que pudo en el último momento, y algunas familias se las apañaron para librarse por los pelos de las inundaciones en cuanto la radio anunció la dirección que había tomado la tormenta. Pero muchos no estaban escuchando la radio en ese momento y hubo gran cantidad de víctimas. Por la tele emitieron imágenes de gente que chapoteaba en su propio salón con botas de pesca, tanteando bajo el agua en busca de los muebles que la corriente no se hubiera llevado.

La tormenta también desbordó los *bayous*, y casas y edificios se infestaron de bichos de agua dulce y salada. En el periódico leí que un tipo se había encontrado un tiburón nodriza de dos metros y medio chapaleando en las baldosas de su cocina cuando bajó el nivel del agua. Montones de personas se topaban con bocas de algodón acurrucadas entre los calcetines cuando abrían los cajones de las cómodas. Hubo también mordeduras de nutrias roedoras, casi siempre a niños acorralados en sus propios jardines. Los dientes de esas criaturas del tamaño de un mapache parecían escoplos recubiertos de una capa de esmalte naranja brillante, de ahí que imaginar una mordedura de nutria roedora me resultara

especialmente aterrador. Los vecinos del pueblo regresaron cargados de anécdotas sobre primos o amigos de amigos que habían sido atacados y tuvieron que pasar por el suplicio de la vacuna antirrábica en la tripa. Yo era como un buitre, me alimentaba de esa clase de historias.

La abuela murió durante este trance, por supuesto. Resultó que en casa de mi tía no estaba muerta del todo, sino en coma. Cuentan que salió del coma y que antes de morir pasó varios días postrada en la cama en nuestra casa, en Leechfield. Pero yo no recuerdo nada de eso. Al parecer mi memoria ha borrado su última visita, al igual que muchas otras cosas. Mi abuela se murió y a mí no me dio ninguna pena.

La tarde de su muerte, Frank Doleman se presentó en mi clase de segundo con Lecia a remolque. La señorita Hess me ordenó que cogiera la fiambra y los chanclos. En el pasillo, Lecia daba hipidos contra una servilleta de papel marrón que le tapaba media cara y me impedía distinguir si soltaba lágrimas de verdad o si simplemente fingía moquear. El tío Frank se arrodilló para ponerse a mi altura y me dijo que la abuela había «fallecido». Recuerdo que la fórmula me pareció muy formal y forzada, digna de *Bonanza*. En aquel momento empezaron a desfilar por mi mente todas las expresiones locales que hacían referencia a la muerte. «Está criando malvas», «se ha ido al otro barrio», «ha estirado la pata», «la ha espichado», y mi favorita: «ha abierto un criadero de gusanos». (Una vez gocé del malvado placer de echar mano de esa expresión en el norte y provocar que un futuro banquero, perplejo, me preguntara si los criadores vendían luego los gusanos a los pescadores).

Me senté en la parte de atrás del descapotable blanco del tío Frank mientras Lecia lloraba a lágrima viva en el asiento delantero; él le ponía la mano carnosa en el hombro de vez en cuando y le decía que eso era lo que tenía que hacer, que tenía que desahogarse. En mi cabeza, en cambio, sonaba esa canción que los Munchkins cantan cuando la casa de Dorothy aterriza encima de la bruja de las medias de rayas: «Din don, la bruja ha muerto», aunque naturalmente me cuidé de no cantarla en

voz alta, sobre todo porque Lecia estaba bordando su actuación, o eso pensaba yo.

Cuando llegamos, papá estaba en cuclillas en el porche, fumando con el mono azul y el casco puesto. Era evidente que venía directo del trabajo. Estaba sucio y olía a petróleo cuando nos abrazó a mi hermana y a mí, a cada una con un brazo. El director no vaciló ni un momento en estrecharle la mano y luego ni siquiera sacó el pañuelo para limpiarse el crudo de la mano. Sentía debilidad por las camisas blancas almidonadas, pero sabía dejar de lado la pulcritud cuando tocaba.

Mientras el tío Frank daba marcha atrás, papá, Lecia y yo nos quedamos delante de la entrada y le dijimos adiós con la mano. Recuerdo que cuando apoyé la cabeza contra el pecho del mono de faena para felicitar a mi hermana por la actuación, ella apartó la servilleta y pude ver por fin su cara. Fue como si cayera un recio telón pardo que me reveló una máscara completamente distinta de la que yo esperaba, sonriente. Tenía los ojos y la nariz colorados y la boca torcida y mojada de babas. De pronto comprendí que no estaba actuando, que no fingía la pena. Verla tan afectada fue un golpe. Que yo me encontrara tan lejos de la tristeza en la que ella estaba sumida marcó una separación psicológica entre nosotras.

Esa brecha entre su dolor y mi alivio debió de enfurecer a Lecia, porque esa misma tarde, mientras papá freía un pollo, se me echó encima por alguna maldad que yo había dicho sobre la abuela. Ya entonces era muy rápida (en la secundaria batió todos los récords en las carreras de relevos), así que no me dio tiempo a dar ni media vuelta al jardín cuando ella ya me había agarrado por el cuello desde atrás y tiraba de mí. El cuello me obstruyó la tráquea y la caída me dejó sin respiración. Cuando me quise dar cuenta estaba boca arriba encima del puntiagudo pasto de san Agustín.

Se me sentó en el pecho con todo su peso. Hundió las rodillas en los huecos de mis clavículas y me ordenó que retirara lo que había dicho. Recobré aliento suficiente para responderle que no pensaba hacerlo. Intenté levantar la pelvis

para quitármela de encima y agitar las piernas para rodearla por los hombros, pero me tenía clavada al suelo. Yo seguía sin ceder. Mi única arma para contraatacar era la tozudez (que había forjado gracias a mi bocaza y a infinitas tundas en el culo). Jamás he ganado una pelea cuerpo a cuerpo, ni contra Lecia ni contra nadie. De ahí mi tendencia a atacar solapada e inesperadamente semanas después de un enfrentamiento. De lo que sí era capaz era de provocarlos, y alargarlos por obstinarme en no reconocer la derrota. Esto me inspiraba una especie de orgullo retorcido, si bien ahora considero más bien vergonzoso enorgullecerse por ser capaz de aguantar una somanta.

No sé cuánto tiempo me tuvo clavada. Con las rodillas me dejó sendos hematomas en los hombros del tamaño y la forma de dos cucharones. Los descubrí al ir a ponerme el pijama esa noche. Me tuvo un buen rato en el suelo. El cielo se iba poniendo rosa. Oía a papá rascando los restos de pollo del fondo de la sartén para preparar una salsa. Por fin mi hermana se cansó de mi empecinamiento y decidió escupirme en un ojo. Con un carraspeo se sacó del fondo de la garganta un gargajo enorme, haciendo pausas de tanto en tanto para explicarme que estaba preparándose para lanzármelo. El escupitajo tenía volumen y cierta geometría. Se me quedó colgando, formando una lágrima gigantesca que oscilaba de un lado a otro igual que un péndulo, cuando papá abrió de golpe la puerta mosquitera y nos separó.

Esa noche en la cama oí llorar a Lecia con la cabeza pegada a la almohada; le puse una mano en el hombro, pero me rechazó.

Entretanto, mi madre se había ido a enterrar a la abuela. Gracias a Dios, porque nuestras peleas siempre la hacían llorar. Mi madre había deseado con tanto ardor tener una hermana que no entendía por qué nos llevábamos a matar.

El caso es que, mientras Lecia se afanaba en escupirme en el ojo, mamá cruzaba el desierto de Texas en el viejo Impala de la abuela, yendo desde el hospital de Houston hasta Lubbock, donde se celebraría el funeral. Cuenta que llevaba su traje

negro de Chanel y el camafeo beis y marfil de la abuela, el que su bisabuela había traído desde Irlanda. También llevaba pendientes de perlas y un sombrero blanco parecido al que Jackie Kennedy lucía el día que mataron a su marido. (Es muy triste reconocerlo, pero las mujeres de mi familia somos capaces de recitar atuendos enteros hasta el más ínfimo detalle, cuando a menudo se nos olvida casi todo lo demás. De hecho, cuanto más importante sea el suceso —funeral, boda, divorcio—, más pormenorizado es el recuerdo del armario y más difusa la esperanza de sacar a la luz cualquier momento destacado). Hizo el viaje sola porque quería ahorrarnos un disgusto. O eso fue lo que nos dijo por teléfono: «No hay ninguna necesidad de que vengáis todos hasta aquí para llevaros un disgusto», nos dijo. Con la perspectiva del tiempo me sorprende esa repentina vena maternal. Lo digo porque a esas alturas ya habíamos conocido la bajeza y la brutalidad en todas sus formas, inclusive la pierna cercenada de mi abuela en el hospital M. D. Anderson. Por lo demás, habíamos visto a la abuela alcanzar cotas nuevas de «nervios» conforme el cáncer le carcomía el cerebro. No tenía ningún sentido.

Durante años Lecia me convenció de que mamá no quiso que fuéramos porque llevaba el cadáver de la abuela en el asiento de atrás del Impala. Mi hermana me soltó ese embuste aquella misma noche, poco después de que habláramos con nuestra madre por teléfono, y yo me lo tragué como una idiota. Supongo que necesitaba cualquier excusa para justificar su abandono. La verdad —a saber, que le machacábamos unos nervios ya de por sí destrozados— debía de ser demasiado para mí. Una mañana, en la cama, le pregunté a Lecia por qué mamá no había metido a la abuela en el maletero. Mi hermana se apoyó sobre un codo y me dijo que a una madre muerta no se le podía hacer una cosa tan fea. Ciñéndome a ese mismo razonamiento, comprendí sin ayuda que mi madre tampoco habría permitido que amarrasen a la anciana al techo del coche, como un ciervo, sólo para que pudiéramos ir todos con ella. Así pues, durante años me representé a mamá recorriendo ochocientos kilómetros, de un extremo a otro de Texas, con el

cadáver de la abuela en el asiento de atrás. (Supongo que hasta que no leí *Mientras agonizo*, la novela de Faulkner en la que unos niños se patean todo Misisipi cargando con el cadáver hediondo de su madre, minado de moscas y larvas, no empecé a plantearme que seguramente una ambulancia habría trasladado el cuerpo. Mi madre tenía muy poca tolerancia a los olores).

El viaje debió de ser espeluznante. Al fin y al cabo, los muertos recientes ocupan mucho espacio dentro de nuestras cabezas. Así que todavía me imagino a mamá sola en el coche, con el fantasma de su difunta madre ocupando el asiento de al lado. Viajó de noche, igual que habría hecho su madre, por el fresco y la falta de tráfico que proporcionaba la nocturnidad. Son catorce horas de camino, y el cielo puede llegar a adquirir un color negro aterrador, como una inmensa campana de oscuridad suspendida sobre tu cabeza. Las líneas discontinuas de la carretera que los faros se tragan a intervalos regulares pueden llegar a sumirte en un trance. Y, como dice John Milton, «El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo puede hacer un cielo del infierno, o un infierno del cielo. Yo soy el infierno».

A veces me gustaría aparecer por arte de magia en el viejo Impala para que mi madre no esté sola. Siempre me imagino haciendo cosas Utilísimas: sirviéndole café del termo o dando con una pieza clásica y tranquilizadora en la radio, sin gimotear ni pedir que paremos para hacer pis, como seguramente habría hecho. Tal vez hubiera bajado la ventanilla con tal de expulsar al malvado espíritu de mi abuela.

Mi madre nos había dejado en casa porque estaba pasándolo mal. Y, para ella, pasarlo mal era sinónimo de encerrarse en sí misma. (Un chiste muy viejo: ¿Cuál es el sitio más apartado de Luisiana? El *bayow-Steasaber*). Y no me queda otra que dejarla sola, sola en una autopista a oscuras ante un desfile de cactus.

La muerte de la abuela me provocó mi primera crisis seria de insomnio. Cuando me tumbaba en la cama junto al bulto sólido y durmiente que era mi hermana, cerraba los ojos y se

me aparecía la estampa del brazo macilento de mi abuela lleno de hormigas, acompañada de un murmullo dentro de mi cabeza, un sonido parecido al de un chelista desquiciado que tocara la misma nota una y otra vez, o al de tropecientas abejas saliendo del suelo. En realidad, aquel zumbido era el sonido que hicieron los neumáticos de nuestro coche en el puente Orange cuando mamá, sin querer o queriendo, casi nos despeña río abajo por la barandilla. Si abría los ojos el zumbido se detenía. Si los cerraba, aunque sólo fuera un segundo, el zumbido engullía todo buen pensamiento. Pasaba noches enteras en vela, con los ojos ardiendo. En realidad, de lo que me protegía en esas vigiliás era de mi propia mente. Más o menos así debería ser la definición textual de la manifestación de unos «nervios» precoces, si existiera.

Aquella pequeña crisis psicológica acarreó otra de orden metafísico. ¿Por qué la gente les daba tantísima importancia a la naturaleza y a Dios? Aquellos niños tan concentrados que inclinaban la cabeza sobre sus dibujos gigantescos a mi alrededor parecían haber olvidado que el océano había decidido de buenas a primeras abatirse sobre cientos de personas en Luisiana, al otro lado del río. Nuestros podían haber sido los cadáveres que veíamos en los telediarios después del colegio. Las familias de los reportajes iban de una bolsa tamaño infantil a otra, todas ellas alineadas en filas en el aparcamiento de algún cine. El sheriff abría un poco la cremallera por la parte de arriba, el padre echaba un vistazo y decía que no con la cabeza. Daba un paso atrás, el sheriff subía la cremallera, y pasaban a la siguiente bolsa. Esta fase se repetía una y otra vez hasta que por fin el sheriff descubría la cara que la familia iba buscando, la del pequeño Junior o la pequeña Jackie, abotagados y lívidos, con la lengua fuera y ennegrecida.

Las cámaras no mostraban esos rostros, claro está. Pero papá había visto cadáveres a tutiplén en la guerra. Recuerdo que se frotó la manga de la desvaída camisa de cambray y dijo que una cara podía ponerse así de azul. También nos contó que lo que ponía los pelos de punta no era que la piel de un muerto

estuviera fría, sino más dura que una piedra, y que daba la impresión de que estuvieras tocando madera o cemento.

Cuando mantuvimos esa conversación estábamos cenando en la cama, una costumbre que recuperamos nada más morir la abuela. Eso sí, con el añadido del sonsonete del telediario. La luz blanquiazul del televisor era la chimenea de nuestra familia. «No bromeo», dijo papá al tiempo que partía una galleta. «Cuando tocas a un muerto...». Dio un sorbo al suero de leche. «Más duro que esa mesa. Y con menos vida que la mesa, también».

La descripción me asustó menos que la visión de un padre doblándose en dos en el momento en que reconocía a su hijo. Las madres también lloraban, como es natural, amargamente. Pero parecían más preparadas. Se abrazaban entre ellas mientras lloraban, o caían de rodillas, o gritaban mirando al cielo. Pero los gemidos y bramidos de unos hombres hechos y derechos evidenciaban que su dolor no tenía ninguna salida. Desde la cama de mis padres, con el plato humeante de judías y biscotes en equilibrio encima del revoltillo de mantas, observaba la sucesión de hombres adultos que se desplomaban como si se les ablandara el cuerpo entero de golpe, y sabía que el rostro de sus hijos muertos se grabaría para siempre en sus retinas. En un sentido, empecé a desconfiar del mundo después de ver bramar a aquellos hombres de caras carnosas bajo la sombra de las viseras de sus gorras o sombreros de vaquero.

Mis compañeros de segundo grado parecían inmunes a aquel sufrimiento. O bien interpretaban el hecho de que nos hubiéramos librado de la tormenta como prueba de nuestra superioridad moral. Que las plegarias hubieran sido atendidas era una señal de Dios, algo digno de devoción.

En el recreo le pregunté a Carol Sharp si no creía que la gente de Cameron habría rezado antes de la tormenta. Y ella respondió que quizá Dios considerase mejores cristianos a los baptistas de Leechfield que a los de Luisiana. Serían católicos, para colmo, dijo. Durante la discusión estábamos subidas al típico tiovivo de patio de juegos, de acero industrial pintado de

rojo fuego, como un camión de bomberos. Había que agarrarse muy fuerte a los caballitos de metal para no salir volando una vez que cogía velocidad gracias al impulso que le daban otros críos. Cuando nos pusimos a dar vueltas intenté que Carol se soltara de su caballito, pero ella empezó a chillar y pidió ayuda a Shirley Carter. Entre las dos me hicieron cosquillas en los sobacos hasta que fui yo la que se soltó y salí volando por el patio, que vi pasar como un borrón debajo de mí. Derrapé en el asfalto y clavé las rodillas ensangrentadas, la falda de cuadros escoceses se me subió hasta la cintura y enseñé las bragas. Le grité a Carol Sharp que su Jesucristo era un mierda y un mariconazo (palabras que había extraído de una de las diatribas anticristianas de mi madre) en el momento en que la señorita Hess me levantó por la cintura y me llevó a su despacho, mientras yo seguía despotricando y soltando palabrotas.

Me dieron una caja de lápices de colores y me sentaron en un pupitre situado delante de un tablón de corcho lleno de dibujos. La señorita Hess me ordenó que dedicara lo que quedaba de recreo a hacer algo bonito. Los dibujos clavados con chinchetas frente a mí (una mariposa posada en una margarita, un velero navegando entre olitas azules, un sol amarillo y sonriente) me cabrearon todavía más.

Durante aquel recreo gasté el lápiz negro para representar un cielo plagado de nubes con forma de embudo. Sacaba punta una y otra vez, dejando las virutas en la parte de atrás de la caja, pero enseguida se achataba al hacer las espirales. La hoja grande de papel brillaba de negror antes de que hubiera dado por acabado el dibujo. En una colina muy verde al fondo dibujé unos montículos marrones coronados de cruces blancas sobre las que escribí sendos «R.I.P.».

Esa certeza —la de que la muerte atacaba a ciegas— se reforzaba en mi mente, cobraba fuerza y movimiento, como una especie de huracán interior. Me distanciaba de los otros niños sin que yo me diera cuenta siquiera. Ellos todavía veían el mundo como un patio de juegos por el que velaba un Dios sonriente. Yo era incapaz, y su inocencia me dolía hasta la furia.

Cuando a las niñas baptistas que cantaban a mi lado en el coro se les empañaban los ojos al entonar cánticos sobre las majestuosas montañas púrpura, yo les soltaba un codazo o un empujón, movida únicamente por el desprecio. Si se giraban hacia mí, escandalizadas, les pedía perdón abriendo mucho los ojos. No podía contenerme. Los domingos, Carol Sharp volvía de la catequesis —con el pelo negro muy brillante y repeinado, con dos pasadores de plástico idénticos, y la enagua sobresaliendo por debajo de la falda rosa— y me anunciaba, mientras yo buscaba gusanos en la jardinera, que Dios me había creado a partir del polvo. Yo replicaba que no era ni polvo, ni la muñeca Barbie de Dios, y le preguntaba por qué si Dios nos quería tanto sembraba la muerte entre nosotros como un robot destructor. Carol tenía la respuesta preparada: «En esta vida hay misterios que el Señor no quiere que comprendamos», una serena declaración que provocaba que la bañara con la manguera del jardín a toda mecha. La muerte de mi abuela mató algo dentro de mí, y si bien a ella no la echaba de menos lo más mínimo, acusé profundamente la pérdida de mi confianza en el buen funcionamiento del mundo.

El propio Leechfield reforzaba esa idea; el paisaje, más bien. Tenías que protegerte muy mucho de la naturaleza, defenderte. Una mañana de otoño estaba cruzando una pradera en dirección a un cañamelar con la familia de una amiga cuando los perros de caza que corrían en paralelo a los hombres armados se giraron y se clavaron en un punto justo a los pies de una niña pequeña. Un padre nos ordenó que no moviéramos ni un músculo y nosotros obedecimos. Apuntó el Winchester al lugar que aquella chiquilla de cuatro años pisaba con sus bambas rojas, tan asustada que se hizo pis encima. Cuando el hombre disparó, una serpiente de cascabel saltó por los aires, alcanzó diez metros de altura, fue a aterrizar con un golpe seco entre la maleza, y los perros se abalanzaron sobre ella. No es de extrañar que después de una experiencia así uno no salga de casa sin el rifle o la escopeta, por motivos que nada tenían que ver con otros seres humanos; en Leechfield la propia naturaleza, venerada en otros pagos, es el mejor reclamo para

las armas de fuego. Los bosques daban cobijo a todas las serpientes venenosas, arañas y criaturas peligrosas imaginables en esas latitudes.

Incluso las playas exhibían letreros que prohibían pisar las zosteras por peligro de caimanes. Las aguas del Golfo eran un plato templado y pardo. Bajo la superficie había pastinacas y serpientes marinas. Los ataques de tiburones no eran raros, si bien hacía décadas que no se cargaban del todo a alguien. Y la resaca podía arrastrarte hasta Cuba antes siquiera de que te dieras cuenta.

Pues bien, a una de esas franjas de costa, a la playa McFadden, fuimos toda la familia de excursión en cuanto mamá regresó.

No teníamos ni idea de cuándo volvería. Una mañana apareció sin más en la puerta de atrás sin saludar siquiera. Papá le dijo: «Hola, Joe. ¿Te hago un café?», y ella asintió sin fuerzas, como uno de esos perrillos con resorte en el cuello que se colocan en los salpicaderos de los coches. Lecia y yo debimos de abalanzarnos inmediatamente sobre ella, porque recuerdo que papá nos dijo que no la atosigáramos, que acababa de llegar.

Se sentó en un taburete de la cocina y nosotras nos tiramos al linóleo, a sus pies. No llevaba zapatos, pero no nos sorprendió, porque siempre decía que conduciendo se estropeaban los tacones buenos. Tenía tomates en las medias, estrechas carreras negras que arrancaban a la altura de los dedos de los pies. Yo me puse a toquetear una en cuanto la vi. Tiré un poco para que la carrera se alargara y le subiera por la espinilla. Luego tiré un poco más para que le llegara a la rodilla, donde se ensanchó. Le pregunté si le hacía cosquillas, a lo que ella respondió acariciándome la mano, distraída. Todavía no había abierto la boca. Se masajeaba las sienes con los ojos cerrados.

Lecia le dio un masaje en los pies. Los tenía tan destrozados como una bailarina, sarmentosos y llenos de callos,

a fuerza de usar zapatos altos durante décadas. (Lecia se hizo fiel devota de los tacones. En cierta ocasión, en una fiesta en Boston, una debutante calzada con mocasines sugirió medio en broma que si Dios hubiera querido que las mujeres lleváramos tacones habría concebido nuestros pies de otra manera. Mi hermana replicó que si Dios no hubiera querido que las mujeres lleváramos tacones no habría permitido que nos hicieran tan buenas piernas). El masaje de Lecia me hizo pensar en un personaje de la Biblia. Entonces se acercó papá y empezó a hundir los pulgares en la musculatura de sus hombros. Esto provocó que mamá echara la cabeza hacia atrás. Debió de sentirse como Gulliver entre los liliputienses. Y, mirándola desde el suelo, me pareció que era mucho más alta de lo que yo recordaba. (He llegado a creer que el silencio puede engrandecer a una persona. Y el dolor, también. La emanación de un silencio pesado y triste puede investir a alguien de una dignidad absoluta). Le habían salido bolsas debajo de los ojos, y el colorete delataba los surcos de las lágrimas que había derramado mientras conducía. El pintalabios color ciruela oscuro, en cambio, estaba recién aplicado y brillaba. Se había retocado en el coche, y éste es el último pensamiento que conservo antes de que se me emborrone el recuerdo.

Al día siguiente nos fuimos a la playa para animar a mamá; un buen plan, en teoría. Los únicos comentarios que habíamos conseguido sonsacarle sobre Lubbock eran que no había ido mucha gente al funeral y que tanto el trayecto de ida como el de vuelta se le habían hecho eternos. Había pasado una semana entera sola o en compañía de las brujas de sus tías maternas.

Pero lo cierto es que las excursiones no eran ni mucho menos la especialidad de nuestra familia. Era meternos en un espacio reducido —el interior del Ford sin aire acondicionado, por ejemplo, con los bañadores puestos y las piernas sudadas y pegadas al vinilo— y que las cosas tomaran un cariz preocupante. Hacia el final de este trayecto en cuestión, Lecia y yo estábamos echadas hacia delante del asiento, como un par de vampiresas, repitiendo al unísono «mamáaa, papáaa,

mamáaa, papáaa» con el tonillo de un subastador hasta que el brazo inmenso y amenazante de mi padre osciló a la altura de nuestro cuello. Nosotras nos agachamos, el coche remontó una duna, y en ese momento nos deslizamos cuesta abajo hacia el Golfo y la playa McFadden.

Empezaba a atardecer. Siempre llegábamos sobre esa hora para evitar la multitud, pese a que el estado de la costa habría disuadido casi a cualquiera en su sano juicio, fuera la hora que fuera. El huracán debía de haber provocado una especie de reflujo, o quizá se hubiera producido una fuga de petróleo, pero nada más bajarnos del coche nos llegó la tufarada de los bancos de peces muertos en la playa. Aparcamos en la arena, frente a las olas. Papá empezó a sacar trastos del maletero.

Lecia y yo salimos corriendo hacia el agua, dando por hecho que mamá vendría detrás. Como se había criado en el desierto, mi madre era capaz de pasarse el día entero sentada en la orilla con las piernas cruzadas, formando torrecillas amorfas con la arena que se le escurría entre los dedos. No sabía nadar ni dos brazadas, pero adoraba flotar en un roscó de playa. Podía recostarse y sestear durante horas, dejándose mecer por las pequeñas olas. Pero ese día ni siquiera se mojó los pies. Nosotras nos metimos en el agua con los bañadores y empezamos a saltar en el rompeolas. Al final divisamos a mamá de espaldas a la altura de unas dunas herbosas, alejándose del coche. El sol declinaba a mi derecha. Tuve que hacer visera con la mano para distinguir si era ella. Penetró en un espacio iluminado por un sol muy tenue. Luego salió y se transformó en sombra.

Aquella misma sombra subió las erosionadas escaleras de una cervecería llamada Breeze Inn. En realidad, era una cabañita sobre unos pilotes larguiruchos y rodeada de mosquiteras. Más de una tormenta la había destruido, pero siempre resurgía de sus cenizas. El interior estaba acondicionado como bar para pescadores de camarones y para quienes necesitaban un trago fuerte para afrontar las excursiones en familia. También tenían una máquina de pinball,

a la que normalmente jugaban unos niños achicharrados con cara de pocos amigos que aguardaban a que sus papás apuraran la copa y volvieran a nadar o a asar perritos calientes. Estudié a mi madre en el momento en que subía los peldaños del Breeze Inn enfundada en su traje de baño negro, con una camisa blanca vieja de papá por encima. Al igual que muchas mujeres de piernas bonitas, parecía caminar de puntillas siguiendo una línea invisible, sobre todo cada vez que emprendía unas escaleras. Los andares le hacían el culo respingón, y recuerdo que eso también me molestó en cierto modo. Llevaba un cuaderno de bocetos del tamaño de una mesilla plegable pequeña, como si se propusiera dibujar a los pescadores, pero yo, metida hasta los tobillos en el agua tibia, tuve la fría certeza de que lo que se proponía era emborracharse.

Puede que me cabreara, porque de pronto me puse a dar vueltas alrededor de mi hermana salpicándole con toda el agua que me cabía en ambas manos. Lecia intentó cubrirse la cara para que no se le mojara el flequillo, pero fue en vano, porque la empapé. En el momento en que mi padre salió de detrás del maletero del coche, ella me estaba haciendo un gesto obsceno.

Pero en lugar de disimular para que papá no la pillase en flagrante delito, ocultó detrás de la cabeza la mano con el dedo corazón levantado, en posición de «que te den por culo». Así se quedó mucho más tiempo del que habría tenido que emplear en bajar la mano.

Todavía veo a papá atravesando la playa en nuestra dirección. Llevaba puesto el bañador negro y unas zapatillas de baloncesto también negras. Se había calado una gorra de béisbol roja de los Lone Star y mientras avanzaba se enfundaba la camisa azul del trabajo. Tenía la soltura de los obreros que cobran por horas, unos andares que ahorran energía y rechazan las prisas. Las piernas y el recio torso eran pálidos, y tenía una cicatriz grande de color sangre en una espinilla: uno de los caballos de Lee Gleason lo había tirado al suelo y lo había arrastrado por el cercado hasta dejarle al aire quince

centímetros de la blanca tibia. En esa misma pierna, justo por encima de la rodilla, asomaba bajo la piel un bulto de metralla azul hierro, recuerdo de la guerra. Aun así no cojeaba ni una pizca. Nos miraba con los ojos entornados y aire divertido. Puede que supiera que Lecia estaba escondiendo el dedo y hasta le hiciera gracia.

Se detuvo en la arena y nos llamó. «Salid de ahí las dos. Quiero que veáis una cosa». Lo seguimos por la playa. Pasamos por delante de lo que parecía el tejado de un cobertizo de tamaño considerable arrancado de cuajo. También había pilas fétidas de peces muertos, un banco entero de mújoles con la mirada perdida en la misma dirección, como si hubieran saltado todos a una impulsados por una ola que se evaporó sin más antes de que volvieran a caer. Papá dedicó también un instante a darle la vuelta con la puntera de la zapatilla a una cría de pastinaca para que le viéramos la cara. Tenía los ojos muy separados y por boca una raja similar al corte que se le hace a la masa que recubre una tarta.

A escasa distancia del coche vimos a una docena de hombres dispersos por la playa, preparándose para hacer pesca de cerco. Es básicamente una modalidad de pobres, la pesca de cerco, una buena forma de sacar peces del agua sin necesidad de cebos, barcos ni paciencia. Lo único que requiere es un grupo de ocho o diez participantes y una red muy larga de aproximadamente metro y medio de alta. Primero los pescadores se meten juntos en el mar. Quien los viera sin distinguir al que carga con la red recogida creería que se trata de un suicidio colectivo o un misterioso ritual de bautismo, porque lo normal es que entren en el agua vestidos. Llevan zapatillas de lona para evitar cortes en los pies y vaqueros o pantalones ligeros color caqui para protegerse las piernas de picaduras. Las mejores capturas se hacen mar adentro, más allá de los bancos de arena que rizan el rompeolas. Papá siempre decía que tenías que alejarte lo más posible de la orilla sin dejarte arrastrar por la corriente del Golfo que va hacia los Cayos de la Florida. Es fácil que el agua le llegue a la barbilla a

un tipo de baja estatura, y mientras avanzan los pescadores levantan las latas de cerveza para preservarlas de las olas. (Esas latas vacías son arrojadas al mar, naturalmente, sin el más mínimo reparo hacia el medio ambiente). Una vez que los hombres consideran que están lo bastante hondo, se despliegan en abanico, pasándose la red de mano en mano para desenrollarla hasta colocarla bien recta. En total debe de medir unos treinta o cuarenta metros. A continuación lo que hacen es desandar el camino avanzando muy despacio, cada uno sujetando su parte de la red, que atrapa todo lo que se le pone por delante. Regresan a la playa con la red cargada, y extenderla en la arena cuesta lo suyo. Por último, caminan por toda la superficie de la red recogiendo lo que sea comestible.

Ese día en concreto debían de haber concluido la pesca hacía rato, porque en el momento en que nos acercamos divisé una tina de agua de mar hirviendo sobre un gran fuego junto a sus camionetas, en la parte trasera. Flotaba en el ambiente el olor a los aderezos de un caldo de cangrejos: cebolla, ajo, y seguramente ristras enteras de pimientos mexicanos. En el agua, dos de los hombres cargados con cubos blancos de cebos se agachaban para separar gambas y cangrejos de concha blanda. Uno de ellos, un tipo con el pelo al rape y pantalones de camuflaje, se incorporó levantando un tiburoncillo de menos de un metro de largo. Ordenó a un tal Bucky que sacara la Polaroid, y uno de ellos (Bucky, seguramente) fue corriendo al coche. Entonces el tío del tiburón (que llevaba unos guantes de goma rosas como los que usan las abuelas para fregar los platos) le preguntó a papá si las niñas querían ver al pez martillo, y papá dijo que claro que sí.

Yo nunca había visto de cerca un tiburón, y lo que más me chocó fue la ausencia de mentón, la boca muy abajo donde tendría que haber estado el cuello. Esto le confería un semblante grave y no demasiado inteligente, con los dientes salidos. Además, el cuerpo no era más que un músculo grandísimo. No podía pesar más de cinco o diez kilos, pero el tipo las pasaba moradas para que no se le escurriera al tiempo

que gritaba a Bucky para que aligerara. El tiburón, entretanto, forcejeaba de lado a lado en el aire. Al final papá ayudó al hombre a inmovilizar al bicho en la arena con un pie para que Lecia y yo pudiéramos tocar su piel rugosa. Yo lo acaricié a contrapelo (justo como me había ordenado que no hiciera, señaló mi padre) y las yemas de los dedos se me rasparon como si hubiera tocado papel de lija. En la foto en blanco y negro que sacó Bucky con su cámara, Lecia aparece observando con solemnidad al tiburón, que se ve desdibujado, como una cachiporra con vida en las manos enguantadas del tipo, y papá esboza una sonrisa un pelín forzada, mientras que yo me estudio los dedos ensangrentados como si estuviese a punto de descifrar un código. En realidad estaba pensando en mamá en el momento en que se esfumó por aquella escalera para emborracharse, para evadirse. No hay foto que retrate esa preocupación, como es natural; pero yo la adivino a partir de la arruga que me surca la frente.

Un poco más allá dimos con un lecho de algas plagado de carabelas portuguesas, que era lo que papá pretendía enseñarnos. Entre las cintas pardas de las algas había más medusas de las que yo hubiera visto en mi vida. Las había arrastrado la tormenta, y papá quería advertirnos contra ellas. Si no habéis visto nunca una carabela portuguesa, ya os digo yo que parece un ser de ciencia ficción. La cabeza, un globo translúcido del tamaño de una pelota de *softball*, está llena de aire, de modo que flota sobre la superficie del agua, transparente en algunas zonas pero a rebosar de colores típicos de un atardecer en otras: azul cobalto, rojo violáceo, colores que se confunden entre sí. Un banco de carabelas portuguesas flotantes pudiera confundirse en un primer momento con flores acuáticas, nenúfares o incluso lotos, de tan intensos como son sus colores. Al apretarle la cabeza con un dedo parece como si tocaras una pompa de chicle. Sin embargo, los tentáculos que cuelgan bajo la superficie son altamente venenosos, de color fucsia y varios metros de largo. Se balancean, invisibles, en busca de una pierna a la que engancharse, o eso nos contó papá aquella tarde. Nosotras ya estábamos familiarizadas con

las medusas corrientes, que tenían unos tentáculos cortos, duros e inmóviles. A las dos nos habían picado alguna vez, era como la picadura de una abeja. Además, si alguna te rondaba podías agarrarla por la cabeza y lanzarla lo más lejos posible. Papá nos contó que una carabela portuguesa, en cambio, se te adhería igual que un pulpo y apretaba la pierna con tanta fuerza que no había manera de quitártela. Nos advirtió de que saliéramos inmediatamente del agua si veíamos una de esas burbujas en una ola, aunque nos pareciera a diez metros de distancia. Los tentáculos podían llegar a medir eso y tenían ventosas con las que picaban mil veces al mismo tiempo; era peor que un nido de avispones. Aquella criatura podía matar a un hombre adulto con problemas de corazón o alguna dolencia similar. Papá no era de los que hacían advertencias a la ligera, así que nos apartamos de las algas de inmediato.

Puede que para cuando se escabulló por las escaleras del Breeze Inn para hacerle compañía a mamá Leda ya hubiera dejado caer el miedo en el olvido. Nos pusimos a hacer el indio en el agua. Si en algo manifestamos un mínimo de cautela fue para intentar mantenemos en línea con el coche, ya que hasta la más leve corriente te desplazaba un kilómetro lateralmente sin que te dieras ni cuenta. Leda se había metido bastante, por lo menos hasta la cintura. Recuerdo que se zambulló en una ola parda justo antes de que se formase la cresta y las plantas blancas de sus pies desaparecieron en su interior. «Como la aleta de una sirena», recuerdo que pensé. Emergió por detrás de la ola cuando ésta ya había roto, entre el agua blanca, con el pelo rubio todo echado hacia atrás, como el pelaje de una foca.

Puede que yo me quedase en la arena porque se me había grabado a fuego la advertencia de papá. Lo que sí recuerdo es ir orilla arriba, orilla abajo, haciéndome preguntas muy específicas acerca de lo que mamá estaría bebiendo, y en qué cantidades. Pregunté a gritos a Lecia si en el Breeze Inn servían sólo cerveza. Era una cuestión muy relevante, pues mi madre no consumía cerveza ni siquiera en sus peores mañanas de resaca. Mi hermana me ignoró y culebreó para zambullirse en la

ola siguiente. (Aprovecho para comentar que lo peor de los niños es lo pueriles que son). En cuanto Lecia salió a la superficie volví a gritarle. Esta vez le hice señales con las manos para recalcar la urgencia de mi pregunta. No recordaba si en el Breeze Inn despachaban refrescos, y, en caso de que así fuera, me preguntaba si mamá llevaba el bolso. En el bolso podía llevar una petaca de vodka. Recordaba el inmenso cuaderno de bocetos, pero no el bolso. ¿Estaba en lo cierto? Me puse a dar brincos y señalé el chiringuito. Lecia hizo un mohín con el que pretendía imitarme y hacerme burla. Meneó los brazos igual que un pollo. Se giró y volvió a zambullirse. Fue entonces cuando empecé a buscar algo para lanzarle a mi alrededor; algo inofensivo, en realidad: una piedrecita o un pedazo ligero de madera.

Divisé en la arena una medusa inmensa con cabeza en forma de col, de un color blanco pálido. Parecía un cerebro a la deriva extraído de algún cráneo. Encontré también un palo que hundí bajo los tentáculos blancos y duros hasta que noté que estaba bien clavado y la gelatina de las entrañas se abría. Era el arma perfecta con la que atacar a Lecia, ya que las medusas estaban al nivel de las cucarachas en lo tocante a su capacidad para hacerla chillar. Me quedé en la orilla y la enarbolé igual que si fuera una cabeza clavada en una pica, apartándola con cuidado de mí para que no me rozara el veneno. Mi hermana retrocedió de un salto. La cresta blanca de la ola le salpicó en la coronilla y le echó el pelo sobre la cara. Debía de llevar mucha laca, porque se le quedó pegado formando un mazacote y ella empezó a frotarse los ojos con furia. Todavía se rascaba con una mano cuando se puso a dar alaridos.

Al principio pensé que gritaba para burlarse de mí, con unos chillidos tan agudos como los de un lechón. Luego empezó a patallar en el agua, levantando mucho las rodillas. Yo seguía blandiendo la medusa con el palo en su dirección. Me alegraba porque se estaba llevando un buen susto. Me metí un poco en el agua para acercarme más. Quería que dejara de reírse de mí de una vez por todas para averiguar qué clase de licencia para

la venta de alcohol tenían en el Breeze Inn. Pero Lecia seguía chillando como una desesperada. El pelo apelmazado le enmascaraba la cara. Pero cuando empezó a darse golpes y tortazos en una pierna por debajo del agua, reulé de inmediato. Tal vez una niña más valiente se habría lanzado a ayudarla. Yo, sin embargo, no era una niña valiente. Retrocedí despacio, temerosa de que si dejaba de mirarla desapareciera bajo la superficie, presa de las fauces de una criatura marina. Al cabo de un momento solté el palo y eché a correr en dirección al bar.

La carrera por la arena desde la orilla hasta los peldaños del Breeze Inn fue durísima. Los pies se me hundían y me impedían ir deprisa. Era como una pesadilla.

Mamá y papá salieron corriendo conmigo hasta la playa, pero en cuanto llegaron los noté demasiado tranquilos. A ver, ninguno de los dos se encendió un cigarro ni nada de eso; pero tardaron bastante en reaccionar.

El tipo de los pantalones de camuflaje había sacado a Lecia del agua mientras yo iba a por mis padres. Cuando llegamos estaba de rodillas a su lado, con los guantes rosas de abuela todavía puestos. Lecia estaba sentada en la arena con las piernas estiradas, como una muñeca en un escaparate. Ya no chillaba. De hecho tenía un aspecto vítreo, como si la pierna con la carabela portuguesa adherida no fuera suya. Tampoco lloraba, aunque de vez en cuando aspiraba entre los dientes, como si le doliera. El tipo de camuflaje y guantes rosas intentaba despegarle los tentáculos con torpeza. Mamá miraba a papá y le preguntaba qué debían hacer. Se lo preguntó mil veces, pero papá no parecía hacerle caso.

Me senté de un culetazo en la arena al lado de mi hermana. Noté que se me formaba el mismo nudo en el estómago que cuando el huracán. Me abracé las rodillas, agaché la cabeza y pronuncié una oración dirigida a un dios del que no me fiaba, probablemente algo así: «Por favor, que Lecia no se muera. Que a papá se le ocurra algo rápido. Y que no le corten la pierna, tampoco...». Pero de repente volví a oír un zumbido por debajo

de la plegaria, una especie de corriente eléctrica dentro de mi cabeza. Abrí los ojos para que el ruido cesara.

Por fin mi padre recogió una concha afilada, le cortó la cabeza a la carabela portuguesa y la reventó como un balón viejo. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no iba a servir de nada. Los tentáculos seguían envolviendo la pierna de Lecia, que empezaba a hincharse. A la altura de la articulación de la cadera los tentáculos se unían, en el punto donde había estado la cabeza en forma de burbuja. Se desplegaban a lo largo de toda la pierna, hasta el tobillo. El tipo de los guantes había arrancado un pedazo y vi unas marcas pequeñas y redondas, los puntos donde habían estado las ventosas y el bicho le había succionado la piel. Se estaban formando unas ampollas perfectamente circulares. Esto no habría pasado si papá hubiera estado aquí, pensé. Recordé una historia que contaba mi padre, la de una borrachera en aquella misma playa con Jimmy Bent, el criollo más cabrón en cuatro condados a la redonda. Jimmy también iba trompa de whisky Tennessee. Habían ido por la pesca de cerco. Estaban sentados en un tronco viejo que usaban como banco con unas chicas en pantalones pesqueros. Ellas comían marisco de la marmita del guiso de cangrejo cuando Jimmy se puso a disparar a los pies de papá con un Colt del 45, diciendo: «¡Muy hombre hay que ser para bailar en la arena!», a lo que papá respondió: «Yo soy un hombretón, Jimmy», sin dejar de bailar, hasta que uno de los pescadores se colocó detrás de Bent y lo tumbó de un porrazo en la cabeza. Rememoré aquella anécdota como prueba de la omnipotencia de papá. A nadie podía pasarle nada malo en su presencia.

En el siguiente recuerdo que conservo ya le han quitado los tentáculos a mi hermana, no sé cómo, y unos verdugones rojos le recorren toda la pierna formando una espiral, como si la hubieran fustigado con ramas de sauce. Mamá ha cavado una trincherita en la arena para que introduzca la pierna y acto seguido se la tapa con arena húmeda, intentando bajarle la hinchazón como se haría con un emplasto o una cataplasma de

mostaza. La pierna, de hecho, parece cualquier cosa menos una pierna. La piel, demasiado estirada e inflamada, me recuerda un poco a esas salchichas criollas grisáceas hechas con sangre y llamadas *boudin*. Ha venido más gente —todos los pescadores del grupo, más una familia al completo—, y la luz se atenúa muy rápido detrás de ellos. El cielo se ha puesto gris y los colores de la ropa se apagan, como si nos hubieran rociado a todos con zumo de lima. Alguien le ofrece un sorbo de Coca-Cola a Lecia, que ella devuelve al instante. Se está poniendo toda pálida, a juego con la pierna.

En la instantánea siguiente cae por fin la noche. Papá habla en un aparte con un agente de policía para averiguar a qué hospital llevar a mi hermana, si al de High Island o al de Port Arthur: cuál está más cerca, cuál es el más indicado. A alguien se le ha ocurrido orientar los faros de los coches hacia nosotros, de modo que nos bañan unas luces venidas de los ángulos más insospechados. Yo estoy de rodillas junto a Lecia, le cojo la mano, pero no quiero mirarla a los ojos. La última vez que la miré tenía la cara del color de la luna cuando acaba de salir. Mamá se la lava con una toallita húmeda que ha sacado de un paquete de papel de aluminio de su bolso, y me llega el olor del antiséptico mezclado con el aroma del mar y el tufillo mohoso del vodka que le han dado a mi hermana mezclado con la Coca-Cola para aliviarle el dolor. En vez de mirar a Lecia me concentro en las aguas del Golfo, que se han retirado, descomponiéndose en una serie de líneas largas, blancas y vibrantes en la oscuridad.

Mamá se pone a hablar. Dice que es el fósforo lo que crea la luz que emiten las olas al romper. Se dirige a Lecia, como si la estuviera escuchando. La voz de mi madre es un susurro y me da modorra. En el agua salada, dice, hay unos animalitos microscópicos que al alterarse por la agitación de las olas emiten una luz. Una noche tan fosforescente como ésta las tres nos desnudamos y nos metimos en cueros en el agua. Papá recogió la ropa de la arena y se rió de nosotras desde la camioneta. «¡Tú estás loca perdida, mujer!», le gritó a mamá,

con una nota de alegría. Las olas se tragaron su voz y yo me zambullí y vi cómo mi cuerpo entero se iluminaba.

Es posible que me quedara dormida sobre el regazo de alguien, porque es esa escena la que veo. Mamá y yo flotamos bajo el agua igual que fantasmas color verde claro. Me recuerda a ese cuadro de Matisse que ella misma arrancó de uno de sus libros de arte y pegó con celo encima de la bañera. En él, varias mujeres bailan desnudas en corro. Nosotras, mamá y yo, somos como esas mujeres colosales, fluidas y pálidas. Ante nosotras, entre el agua verdosa, veo los pies blanquísimos de Lecia como la aleta de neón de una sirena que desaparece, fuera de mi alcance.

En mi sueño estaba convencida de que Lecia iba a morir, y me figuro que por eso dormí tan profundamente. Yo le había deseado la muerte un millón de veces, hasta había rezado por ello, con el mismo fervor con el que había rogado que muriera la abuela. Ahora Dios, que me había concedido la gracia de matar a mi abuela, se estaba cobrando aquel favor llevándose también a Lecia, envenenándole la pierna con una carabela portuguesa, y todo porque yo la había perseguido con una medusa, todo porque se había burlado de mí en un momento de angustia. Yo era una cría —un metro de altura, sin blanca, en el paro, prácticamente iletrada—, y sin embargo cargaba ya con dos muertes en mi conciencia.

No recuerdo en absoluto el hospital. Lecia y mamá fueron en el coche patrulla, supongo, y papá y yo las seguimos por la autopista. Me quedé dormida al lado de mi padre en el camino de vuelta a casa. En un momento dado el coche invadió el arcén y yo me desperté y vi la negrura que desfilaba por la ventanilla y las estrellas que se alargaban dejando estelas detrás de mí. Entonces, papá me dijo que volviera a dormirme, que Lecia iba en el asiento de atrás. Agregó la clásica mentira de que todo iba bien y repitió que me durmiera. Y eso mismo hice yo.

A la mañana siguiente conté más de cien ampollas en las zonas donde la carabela portuguesa se había aferrado a la pierna de mi hermana. Le habían mandado guardar cama, pero

ella disfrutaba de estar allí tumbada con la pierna hinchada encima de un cojín. Yo estaba tan agradecida de que no hubiera muerto que me pasé el día jugando a ser la sirvienta de la emperatriz. Le puse pastel de pollo para almorzar en la vajilla de porcelana de mamá y le compré con mi dinero unos pirulís de menta en el colmado. Saqué la *Enciclopedia Británica* y le leí una entrada sobre calamares del tamaño de un acorazado y otra sobre ataques masivos de tiburones a marineros naufragados durante la Segunda Guerra Mundial.

Al día siguiente ella ya estaba cobrando cinco centavos a los vecinos que querían verle las ampollas, diez a quien quisiera tocarlas y veinticinco por reventar una con un alfiler desinfectado con alcohol. En el transcurso de una de estas transacciones se enfadó conmigo y acabó por salir de la cama y meterme otra vez en el cesto de la ropa sucia que salía de la pared del baño. Me abalancé con todo el peso de mi cuerpo para abrir una rendija, pero la pesada tapa se cerró y me pilló los dedos sin darme tiempo a salir. Volví a desear que mi hermana se muriera. Pasé casi una hora a oscuras entre las toallas arenosas y los bañadores húmedos hasta que por fin Licia se dignó abrir la trampilla. Al parecer, papá había vuelto al trabajo y mamá no tenía intención de salir de la cama. No quedaba nadie.

Capítulo 6

—¿Queréis saber cómo murió exactamente mi padre? —
—¿Pregunta papá—. Se ahorcó.

Puede que ésta sea la mentira más gorda que mi padre haya contado jamás; al menos, que yo sepa. Su padre está vivo y coleando sentado en el porche de Kirbyville con sus perros de caza. La audacia de mi padre me deja boquiabierta, mientras que su gravedad hace que los parroquianos se revuelvan, nerviosos. Su palabra es ley para ellos. Se giran en sus sillas plegables, como si prefirieran cavar un agujero en el suelo y desaparecer antes que oír la historia de un padre que se ahorca. Papá abre su navaja —prolongando la atención que los otros le reservan— y se corta una loncha de salchichón. Se la lleva a la boca con la hoja de la navaja, mastica.

—Está un poco duro, ¿no?

Es la mañana de Navidad y estamos en la trastienda del local de artículos de pesca. Hace meses que papá no me lleva al club de los mentirosos, y éste es su día más especial. Yo unto crema de queso Cheez Whiz sobre galletitas saladas para todos, con la esperanza de que papá se fije en lo hacendosa que soy y vuelva a invitarme otro día. Echo de menos acompañarlo. Echo de menos el billar y beber Coca-Colas y oír anécdotas aderezadas con muchas palabrotas. Llevo un mes entero viendo cómo crecen telarañas entre los dedos de mi madre, que se pasa el día en la cama leyendo y sin ganas de vivir. Esto último no lo dice, naturalmente, pero es fácil de entender, incluso para una persona tan espesa como Lecia dice que soy. Salir de casa

con papá, venir a la tienda, me hace irradiar tanta luz que cualquiera podría leer un libro a mi lado.

Los hombres se reúnen todos los años para intercambiar y estrenar botellas de Jack Daniel's. Las de este año son blancas y aparece la silueta de un faisán saliendo de un arbusto. Cuatro de esas botellas descansan abiertas en cada una de las esquinas de la mesa de juego. En el centro hay un monito a pilas que Ben le ha comprado a su nieta. Tiene unos platillos, y cuando lo enciendes los toca hasta que le das un golpe en la coronilla. Entonces saca los dientes y te sisea. A papá le hace más gracia que un chiste de pedos.

Cuando estima que los hombres están preparados para seguir escuchándolo, retoma su relato:

—El día que volví de la guerra ya me di cuenta de que muy católico no andaba. Estaba plantado en la acequia que había delante de la casa. Cortando el césped con una hoz. Lo vi de lejos. Venía yo por la colina, recién bajado del tren. Andando. Y él me vio. Pero siguió dale que te pego con la hoz. La hierba le llegaba al pecho, casi. En aquella época los mosquitos se criaban que daba gusto en ese tipo de acequias. Te comían vivo. Coño, yo los he visto cargarse a un toro, metiéndosele por la nariz hasta los pulmones y dejándolo sin resuello.

—Por aquel entonces no había camiones antimosquitos — interrumpe Shug—. Se declaraba la enfermedad del sueño y no había dios que acabara con ella.

—En aquel poblacho perdido desde luego que no — concuerda papá—. Quizá en la ciudad sí había.

Cooter carraspea y Ben le rasca el cogote al monito como si fuera un gato o algo por el estilo. Yo, en cambio, no hago ni un ruido y estoy entusiasmada de saber hasta qué punto la historia es un invento. Espero a que papá recoja el sedal.

—Me acerco y cuando llego a su altura lo saludo. Él, ni pío. Venga a darle a la hoz. De un lado a otro, parece el péndulo de un reloj. Lo saludo otra vez. «Buenas», me dice. —Papá dirige la mirada a una distancia intermedia, como si evaluase al

hombre y él hiciera lo mismo—. Se me quedó mirando. Más serio que un infarto. Y al cabo de un momento me dice: «Somos parientes, ¿no? Es que no me acuerdo bien de quién eres».

—Se le había ido la chaveta —opina Cooter.

—Precisamente —confirma papá. Cooter mira a los demás, asiente, y los otros asienten a su vez—. No tenía ni idea de quién era yo; igual que si le hubieran puesto delante a ésta, vamos.

Me señala con el pulgar y yo me pongo derecha. Estoy sentada en un cubo puesto del revés y alineo un ejército de galletitas saladas con crema de queso en una bandeja que sostengo sobre el regazo, con tal de hacer algo hasta que Ben vuelva a poner al monito en marcha. Es Navidad, y yo anhelo ese mono con tantas ganas que se me hace la boca agua. Él me mira, como un primo lejano.

—¿Y cayó en la cuenta? —se interesa Ben.

—De vez en cuando tenía ratos de lucidez —explica papá—. Pero estaba ido casi todo el tiempo. Pobre diablo. La vista no le daba ni para ver de aquí a ese acuario. —Dentro del acuario, los cuerpos negros de los pececillos tremolan igual que un cardumen de comas que nos mirasen a través del cristal. Papá se echa a reír, como si recordara algo—. Pero no por eso dejó de conducir el jeep, no vayáis a creer... «Tom», le decía Beaver Bishop. Beaver era casi tan viejo como mi padre, sheriff del condado de Jasper de toda la vida, al menos que yo recuerde. —Papá tuerce la boca para imitar la de Beaver Bishop, algo mofletuda, como si tuviera los carrillos llenos de comida—. «Tom, que no te vea yo con el jeep. Muy cascado estás ya para meterte en carretera». Mi padre le decía que no con la cabeza: «Pero si esa carretera la he hecho yo, Beaver», respondía. Sin pelos en la lengua. Él y muchos otros tipos habían abierto aquellas carreteras, con mano de obra indígena y de todo tipo, ¡hasta chinos! En aquella época el bosque era tan denso que entre dos árboles no pasaba ni un gato. Beaver le seguía la

corriente. «Tom, tú lo sabes, y yo también lo sé, pero el Estado de Texas no opina lo mismo».

—Es que meten un miedo al volante, los viejales... —interviene Cooter—. El otro día se me puso uno detrás cuando iba yo para el centro comercial, y... —Ben lo fulmina con una mirada que podría haber fundido un trozo de caucho y Cooter cierra la boca.

—El señor Bishop le quitó el carné a mi padre. Pero ¿os pensáis que mi padre se amedrentó? —Mira uno por uno a sus interlocutores, como si lo estuvieran juzgando—. ¡Pero si aquello era un pedazo de papel que no valía para nada, coño! Sobre todo, si se le metía entre ceja y ceja ir a algún sitio... Al final a Beaver no le quedó otra que venir un domingo con su hijo para quitarle los neumáticos al jeep. «*Siora* Karr», le dijo, «si tiene usted que ir al colmado o adonde sea, nosotros venimos y la llevamos. Pero yo no puedo permitir que este hombre se eche a la carretera».

—¿Cuánto aguantó? —pregunta Shug.

Vierte un poco de whisky de la botella en su vaso de cartón y los demás lo imitan. Por lo general, a papá le gusta que le hagan preguntas, salvo en el caso de que tengan intención de hacerlo abreviar, como esta vez. Papá coge una galletita salada de mi ejército y yo me pongo a preparar otra que cubra el hueco. Mastica para darles tiempo a que cese el vaivén de botellas. Si el club de los mentirosos convocara un concurso de silencios, papá siempre se llevaría la palma.

—Pues calculo que duró más o menos un año —replica por fin—. A veces me reconocía, otras, no.

»En ese tiempo le dio por subirse a las cosas. Al tejado del granero o del cobertizo. A cualquier sitio donde pudiera apoyar una escalera. Decía que quería estar más cerca del Señor. Para colmo, también se volvió sonámbulo. Yo lo oía trastear en mitad de la noche. Y mi madre me llamaba: «¡Pete! ¡Pete, ya está otra vez! ¡Ve a buscarlo!».

—La voz aguda que usa para caracterizar a su madre no suena como si se estuviera

burlando, a diferencia de lo que suele ocurrir cuando un hombre imita a una mujer. Suena muy real. Posee esa vibración tan propia de las ancianas resueltas—. Cogía la autopista 60 en calzoncillos, a toda pastilla... Y yo detrás, también en gayumbos. Lo primero que hacía cuando se levantaba era ponerse el sombrero, un Stetson marrón de ala estrecha. La de noches que perseguí yo ese sombrero carretera arriba... —Papá se da cuenta de que el interés del público decae, de modo que vuelve a darle vuelo a la historia—. Lo llevaba puesto el día que murió.

—Pues sí que tiene guasa ahorcarse sin quitarse el sombrero —opina Cooter, que cree haber dado con una de las claves ocultas de la historia.

—Eso qué más da, Cooter —tercia Shug.

Cooter y Shug se enzarzan con la mirada por espacio de un segundo, como si fueran a tener unas palabras. Ben se percata y da una palmada fuerte en la mesa. El whisky salpica y el monito cae de lado.

—¡Maldita sea, que es Navidad! —exclama.

Pone derecho al mono, pero sin encenderlo. Todo el mundo vuelve a concentrarse en la historia.

—Yo estaba durmiendo en el porche y de pronto oí un ruido en el tejado. Un mapache o algo así, me imaginé al principio. Total, que me vuelvo a dormir. Pero al poco oí que mi vieja se levantaba. «Pete, otra vez se ha subido». Y efectivamente, salimos y ahí estaba, en lo alto del tejado.

Mirando las ramas de un pino como si se le hubiera perdido algo. Me mira a través de los canalones, con el sombrero puesto, y dice: «Primero que se baje éste», señalando algo invisible en la copa del pino.

—¿Quién pensaba que había? —pregunta Cooter.

—¡Y yo qué voy a saber! Se lo estaría inventando, digo yo. Mi vieja había entrado para buscar unos azucarillos. Así lo engatusaba para que bajara. Le funcionaba casi siempre. Yo

apoyé la escalera y empecé a subir. Había cogido altura suficiente para distinguir los botones de atrás de los calzones y los lamparones de sudor en la cinta del sombrero (esa noche había luna) cuando mi padre se puso a hablar otra vez. —Papá se queda mirando el aplique del techo, por donde revolotean unas polillas. Su cara se transforma en una máscara del semblante de su padre, cherokee e irlandés y más malo que una víbora—: «¡Saca tu culo repugnante de mi finca! ¡Chico, tráeme la escopeta!», y aquéllas fueron sus últimas palabras. Tropezó con una viga podrida y se cayó por el tejado. Estaba tan canijo que ni siquiera hizo un boquete por el que le cupiera la cabeza. O tal vez se retorció al caer. La cuestión es que se quedó enganchado por la mandíbula, con los pies colgando. En el momento en que llegué a donde estaba ya se había ido al otro barrio. Miraba hacia las ramas y tenía la lengua fuera. El puto sombrero de los cojones no se le cayó.

Papá golpetea un Camel contra el tablero de la mesa a modo de puntuación. Pam, pam, pam. Es su forma de decir: «Fin».

—Qué muerte más perra —opina Ben.

—Como si hubiera muertes buenas —rebate Shug—. Siento que tuvieras que verte en ésas, Pete. Con tu madre allí y todo.

Shug se cuida de mirar a papá cuando le dedica una palabra amable. Todos se encogen de hombros, como si la amabilidad fuera agua que uno debe sacudirse.

Yo no dejo de darle vueltas a la cantidad de muertes y amagos de muerte a los que me he enfrentado últimamente. Revivo la imagen de la abuela tal y como me la encontré, en la cama y con la mandíbula desencajada, y luego la de la mirada vítrea de Lecia sentada en la arena. Pienso incluso en mamá recostada en su cama día y noche junto a una montaña de libros cada vez más alta e inestable. Luego veo su mandíbula desencajada en vez de la de la abuela, su brazo sin vida cubierto de hormigas. Por un momento pierdo la *noción* de todo, que es el efecto que persigue una buena mentira. Al

mismo tiempo, soy más yo misma que antes de que papá empezara a hablar, que es el modo que tienen las mentiras de desvelar verdades. Estoy sentada encima de un cubo vuelto del revés, al mismo nivel que la mesa de juego, protegida por la sombra de mi padre, y sin embargo me atormenta la imagen de mi madre inconsciente, muerta.

Sin que yo sea siquiera consciente sale de mi boca una pregunta. Sé que estoy cometiendo un error antes incluso de oír mi propia voz. Le pregunto a papá qué cree que pasa cuando uno se muere.

Shug se me queda mirando. Ben, que es baptista, se toma el tema muy en serio. Papá, en cambio, tiende a bromear al respecto. Hasta se inventó una cancioncilla que canta en un tono quejumbroso, como si tocara un violín desafinado: «Jesús, de Dios cordero, pásame el azucarero...». Cada vez que la canta, Ben se mosquea, pero entonces cae en la cuenta de que no es digno de un baptista cabrearse con un ser tan claramente impío. De pronto se acuerda de que tiene cita en el barbero o de que debe ir a comprar un cartón de leche. Esos recados marcan el fin de las reuniones del club de los mentirosos, de ahí que nadie quiera que papá se meta en esos jardines. Por eso Shug me mira con cara de pocos amigos.

Puede que ése sea el motivo de que Ben active por fin el interruptor del mono, con tal de cambiar de tema. El monito empieza a tocar los platillos y a menear la cabeza de lado a lado, como si dijera «no, no, no, no». O como si pretendiera comprobar que todos le estamos prestando atención.

Y, de hecho, así es; todos, menos papá. Papá ha encendido el mechero Zippo, se lleva el Camel a los labios y estudia la llama azul.

—Yo sé muy bien lo que pasa cuando uno se muere —dice por fin una vez que ha encendido el cigarro—. Lo he visto. Te meten en una caja de madera y te echan tierra encima.

Dicho esto, extiende un brazo musculoso por encima de la mesa y le da un manotazo en la cabeza al mono. El animal saca

los dientes metálicos y sisea. Y papá saca su dentadura y sisea también, exhalando de paso una larga columna de humo. Ahí es donde se congela mi recuerdo, en el instante en que papá y el monito se miran fijamente a través del caminillo de humo, como si ambos debieran cruzarlo.

Que yo sepa, papá nunca confesó la mentira. Permaneció como una fortaleza que hubiera levantado entre él y los demás para impedir que lo conocieran mejor.

Aquel invierno, mamá no pronunció ni una palabra acerca de la muerte de la abuela. No salía de la cama, aparentemente hipnotizada por el libro que en ese momento estuviera leyendo.

Poco después de Año Nuevo, dos cosas abocaron a mis padres a una mala racha: la bebida y las peleas. Mi madre culpa a mi padre, y yo sospecho que si papá hubiera abierto la boca alguna vez habría defendido que todo fue por culpa de mamá. La paradoja del huevo y la gallina. Papá podría haber dicho que las borracheras y las malas pulgas de mi madre lo hicieron salir por pies. Mamá decía que mi padre se había quitado de en medio durante la enfermedad de mi abuela e incluso después del entierro, un vacío que la llevó a beber. Yo no sé quién o qué tuvo la culpa.

Tampoco soy capaz de discernir qué fue lo que desencadenó el ataque de nervios casi fatal de mamá. Tal vez el alcohol la volviera loca, o tal vez la locura estuviera ahí, al acecho, y el alcohol la mantuviera a raya durante un tiempo. Lo único que sé es que primero mi madre se dio a la bebida, que las broncas con mi padre se volvieron peores que nunca, y que al final se la llevaron con una camisa de fuerza.

La bebida no era una afición del todo novedosa en nuestra casa. Papá siempre bebía, sin apenas consecuencias a simple vista. Y cuando digo *siempre* me refiero a que bebía a diario. Nunca faltaba un pack de seis cervezas en la nevera. Y debajo del asiento de la camioneta guardaba una botellita de whisky. Cada vez que anunciaba con misterio que iba a echarle un vistazo a la camioneta estaba claro que iba a dar un trago;

durante años y años yo creí que la camioneta estaría asustada en el garaje o que lo echaría de menos. Ahora me doy cuenta de que bebía para mantenerse en pie, en contraposición a beber para llamar la atención. También era capaz de bajar chupitos de Jack Daniel's a un ritmo vertiginoso mientras jugaba al billar, a los dados o a las cartas, actividades a las que se entregaba a fondo cada vez que necesitábamos zapatos o artículos similares. Pero la bebida prácticamente no alteraba su carácter por aquel entonces. De vez en cuando llegaba a casa dando más bandazos que un revisor de tren, y recuerdo haber bailado unas cuantas veces por toda la cocina, en camisón, con los pies descalzos apoyados en sus botas con puntera de acero, deslizándonos los dos entre la deliciosa nube de whisky que exhalaba. Y eso es todo, en realidad. En cuarenta y dos años jamás faltó un solo día a trabajar; y por la mañana nunca se quejó de tener un hacha incrustada en la frente; jamás nos pegó con el cinturón ni se ponía tierno al escuchar canciones de vaqueros, como le pasaba a algunos habituales del local de la Legión.

Lo de mamá era harina de otro costal. Supongo que no le quedó otra que dejar de beber cuando la abuela vino a morir a nuestra casa. Pero la misma noche en que volvió del funeral retomó la costumbre mientras nosotros le hacíamos la rosca. Me pidió que abriese el mueble de la vajilla y le preparase un vino Gallo con 7-UP (una mezcla que ella parangonaba con un borgoña espumoso); yo obedecí y eché a andar para prepararle la copa, tan despacio y con tanta pena como un mulo en una plantación de algodón.

La copa de vino tenía un viso amarillento y empolvado, prueba de lo mucho que llevaba vacía. La froté a conciencia con el estropajo y la sequé con un trapo de cocina. Caso de pensar en algo, seguramente sería: «Aquí no cabe mucho vino, menos aún rebajado con 7-UP». Mi madre siempre se cogía cogorzas puntuales y después pasaba semanas o meses sin beber ni gota de alcohol una vez que se había llenado el colete. Pero esta vez perdió el control en cuanto se bebió la primera.

Aquella primera noche no tomó más que una minúscula copa de vino, tras la cual cayó en cruz en la cama, desnuda, y durmió doce horas seguidas.

Pero poco después de Año Nuevo el vino le abrió las ganas de algo más fuerte. A partir de entonces llamaba a la licorería para hacer pedidos de vodka por cajas, y bajó de la alacena el tarro de mermelada más grande que había. No le hacían falta ni hielo, ni vasos medidores, ni siquiera vermut o esas cebollitas que tanto gustan a los que toman Gibsons. Ella se servía directamente cinco dedos de vodka. Por extraño que parezca, el sabor le repugnaba tanto que para engullir el primero tenía que taparse la nariz, literalmente, como una niña que toma una medicina.

Pero los siguientes los bajaba igual que deben bajar los vasos de agua helada los condenados en el infierno.

Para mí, el gran desafío una vez que empezaba a beber era adivinar hacia dónde viraría su estado de ánimo, para evitar el follón correspondiente. Por ejemplo, le escondía las llaves del coche para que no se echara a la carretera y, por tanto, ahorrarle un accidente. O bien copaba el teléfono manteniendo una animada conversación con el pitido de comunicar (las niñas de siete años poco tienen que hablar por teléfono), para que ella no llamara a algún vecino o maestro y le soltase alguna fresca. Si lograba desbaratar su primer impulso de llamar a Fulanito o Menganito, o de coger la autopista para ir adonde fuera, mamá acababa por pasar a otra cosa o, simplemente, se daba por vencida y caía inconsciente.

Me parece que Lecia no tenía estómago para vigilarla tan de cerca. Ella se impuso la tarea de contar las copas que tomaba nuestra madre. Llevaba un minucioso cómputo tanto del número de copas que se servía como de la cantidad aproximada de mililitros consumidos, algo que no era moco de pavo si por casualidad papá también empinaba el codo. Y todas las cuentas las hacía de cabeza, sin lápiz ni papel, una cosa impresionante. A Lecia siempre la han tranquilizado los números. (Cuando estudió cálculo, un poco más adelante, llegó incluso a idear una

fórmula en la que intervenían el porcentaje de alcohol de las diversas bebidas —el vino ronda tan sólo el catorce por ciento de alcohol, por ejemplo—, el tiempo transcurrido desde la primera copa, si mamá había comido, y cuánto pesaba. Entonces comparaba el resultado con el de otra cogorza, más o menos así: «En Acción de Gracias consumió al menos ciento veinte mililitros de alcohol al cuarenta y tres por ciento por hora durante cuatro horas; pesaba cinco kilos menos y sin embargo apenas se desmadró. Por supuesto, había comido mucho...»).

A mí los números no me sacaban de nada. Podía pasar cualquier cosa una vez que mamá abría una botella. Podía no haber ninguna diferencia entre dos copas y diez. Así pues, mientras mi metódica hermana contaba, yo me centraba en las facciones de mi madre y en el timbre de su voz, con la esperanza de adivinar el grado de «nerviosismo» que alcanzaría.

Los discos que ponía en el plato me daban una idea bastante aproximada de su estado de ánimo. Si estaba contenta, por ejemplo, ponía ópera.

La ópera era muy buena señal, porque escuchando *Aida* o *Carmen* nunca se tiró los trastos a la cabeza con papá. No obstante, esa música la trasladaba a Nueva York, la tierra prometida de su juventud, de la que se sentía exiliada. (Cuando leí acerca de la derrota de Napoleón, su destierro en aquella isla volcánica y los días pasados en la bañera lamentando la pérdida de su imperio, me acordé de cuando mamá evocaba Nueva York en Leechfield). No bien se posaba la aguja en una obertura, mamá regresaba. Y volver le procuraba cierto alivio, por lo general. Se le empañaban los ojos y se le enronquecía la voz. Después adoptaba el acento yanqui.

Por motivos que se me escapan, recuerdo una noche en que sonaba *La Traviata*. El tocadiscos estaba en equilibrio en la ventana, encima del fregadero. Mamá llevaba puesto un jersey viejo de cuello vuelto negro con las mangas manchadas de óleo color cadmio y estaba sentada en la barra de contrachapado mientras Lecia y yo nos terminábamos unos cuencos de

porcelana de crema helada de vainilla, un sucedáneo barato del helado. Mamá había intentado disimular el sabor gomoso de aquello con una cobertura de chocolate que preparaba con chocolate de postre, mantequilla y vainilla de verdad.

El recuerdo se vivifica cuando cojo la vaina de vainilla mexicana que mamá guardaba en una especie de tubo de ensayo de cristal. Pensé: «Las otras madres usan margarina. Margarina y esa vainilla falsa que los chicos de instituto se beben muy rápido para colocarse». Sostengo el tubo frío en la mano y estudio la vaina, intentando averiguar de dónde habrá sacado mi madre semejante cosa. En segundo plano, ella le habla a Lecia de la vez que fue a ver a Maria Callas a la Opera del Metropolitan. Suena «Parigi mi cara» en el tocadiscos. La vainilla del tubo tiene un color negro rojizo y está muy arrugada, como una raíz sarmentosa o una garra larga de pájaro. Cuando aparto la vista del tubo veo el semblante de mi madre, con la mirada perdida a través de la puerta trasera. Se le marca mucho la mandíbula, la aprieta para mantener el forzado acento de la costa este.

La puerta por la que mira se abre a una noche negra y húmeda; deja pasar un olor a plátano procedente del árbol que plantó afuera el verano anterior (un banano, en realidad) y el empalagoso dulzor de la madre selva. En la gardenia han florecido unos pétalos blancos y cerúleos. Estamos en invierno y no debería dar flores todavía.

Mamá dice que ese olor le recuerda al del ramillete de gardenias que llevaba en la muñeca la noche que fue a ver a la Callas. Llegó a la altura de la gran fuente en un taxi, justo detrás de un coche negro muy largo con ánforas de plata en el interior, junto a las ventanillas.

En ese momento susurro que yo nunca he visto una fuente aparte de las que hay en la escuela para beber y mamá pausa su recuerdo por un segundo. Me mira muy fijamente y pregunta si tan desfavorecida está siendo mi niñez. Lecia interviene entonces para acusarme de ser una mentirosa de mierda: yo conozco la fuente del banco (esa en la que los alumnos del

instituto echan siempre detergente espumoso) y la del Museo de Houston, por no hablar de las tropecientas fuentes de los libros de arquitectura florentina que mamá me ha enseñado. Mi hermana se queja de que sólo interrumpo con tal de hablar y me aconseja que cierre la boca. Yo replico que es ella la que está interrumpiendo.

Mamá acaba por exhalar ese suspiro suyo con el que nos pide que dejemos de discutir. Por espacio de un momento concentra la mirada más allá de la mosquitera, en el gran rectángulo de la noche semitropical. Nos callamos y miramos cómo mira. Entonces la música se intensifica un poco, como una ola al rizarse, y mamá se aleja de nosotras para volver a Manhattan y a su taxi delante del Metropolitan.

Remacha la presencia de la limusina que la precedía y cuenta que de ella surge un tacón blanco de raso y la cola de un vestido de noche también blanco, con lentejuelas bajo el dobladillo de un abrigo que parece de piel de castor teñida de color crema. Y por encima del zapato y del vestido aparece nada menos que Marlene Dietrich. (Si papá hubiera estado presente, en ese preciso momento nos habría recordado con todo lujo de detalles que la Dietrich le había plantado un beso en toda la boca durante un espectáculo de la United Service Organization. De ahí mi segundo nombre: Marlene). Por un momento, sus ojos y los de mi madre se encuentran a través del cristal antes de que la rodee un enjambre de cazadores de autógrafos. Decía mamá que en ese preciso instante el fular blanco de gasa de la Dietrich aleteó con el viento y le cubrió la boca igual que una máscara, de modo que lo único que mi madre vio al principio fue el carmín a través de la tela y su mirada por encima del fular. «Tenía los ojos más tristes del mundo».

Entonces se le ocurre enseñarme a pintarme los ojos como hacía Marlene Dietrich. Prende una cerilla larga contra la basta parte inferior de la mesa. Coge mi cuenco de helado, lo levanta y coloca la cerilla por debajo hasta que en la porcelana aparece una manchita gris humeante. A continuación revuelve en el

bolso de mano en busca del tarrito de vaselina que siempre lleva encima y le aplica un diminuto pincel que luego frota contra el hollín del fondo del cuenco.

Me agarra la barbilla con la mano izquierda. Me ordena que eche la cabeza hacia atrás y me haga la dormida.

Empieza entonces a hacerme cosquillas en los párpados con el pincelito, repitiendo una y otra vez que tengo las pestañas más bonitas del universo. Para mamá no es un asunto baladí, porque ella sólo tiene pestañas si dedica tiempo a ponerse unas postizas. «Cuando estaba embarazada de ti me daba igual si eras niño o niña, me daba igual que salieras con diez dedos en las manos y diez en los pies. Yo sólo le pedía a Dios que tuvieras las pestañas largas». Da una calada a su mentolado mientras para nosotras se detiene el tiempo entre los efluvios del tabaco, el Shalimar y el vodka, hasta que exhala el humo. Lo aparta de mi cara y continúa trabajando, esta vez trazando un arco sobre el hueco que queda por encima del glóbulo ocular. «Mi madre me decía que Dios me castigaría con un bebé deforme y retrasado por pedir una cosa así. Y yo le decía: “Pero por lo menos tendrá las pestañas bonitas”, y así fue». Es la primera vez que nombra a la abuela desde que volvió. Trato de intercambiar una mirada con Lecia para averiguar el significado de semejante alusión.

Pero Lecia tiene los polvos compactos de mamá en una mano y la máscara de pestañas en la otra. Y me doy cuenta de que se plantea aplicarse el rímel. Mi hermana tiene unas pestañas tan tupidas como las mías, pero en ese momento mamá destaca las mías. Es mi cara la que sostiene mamá. (En las discusiones que Lecia y yo mantenemos, ya mayores, ella me grita: «¡Por qué tenías que ser tan mona, joder!...», a lo que yo replico, también a grito pelado: «¡Por qué tenías que ser tan competente, joder!...», lo cual resume nuestros respectivos papeles dentro de la familia). Mamá me inmoviliza la barbilla para que deje de mirar a Lecia y volvemos a estar solas ella y yo. Noto leves bocanadas de su aliento en la nariz. Retrocede, me mira y empieza a difuminar con la yema del pulgar lo que

acaba de hacerme por encima del ojo. Ya ha pintado retratos nuestros al óleo. Nos hizo sentarnos con la ropa de los domingos en la tarima de su estudio y la veíamos asomar por detrás del caballete y estudiarnos con frialdad, pero esto es muy diferente. Se trata de un cuerpo a cuerpo. Tiene las manos más suaves que unos guantes de cabritilla y trabaja directamente sobre mi rostro, como si invirtiera todo su ser en pintarme para insuflarme vida. (Yo soy Marlene Dietrich. Yo soy la pared de la catedral en la que Giotto delinea un ángel).

El recuerdo se vuelve humo justo aquí, se escapa por la puerta y sobrevuela el magnolio. Pero aquel invierno hubo muchas noches en las que Lecia y yo la vimos beber y la oímos penar por Nueva York.

Siempre nos hablaba de gente famosa, cuando en realidad a nosotras sólo nos interesaba ella. Nos describía a los Ink Spots balanceándose ante un micrófono plateado en un club nocturno de Harlem, y nos contaba que una vez Bing Crosby había fumado marihuana en el ático de Fulanito bajo una luna llena inmensa.

Le gustaba contar la anécdota de cuando asistió a una conferencia de Einstein en los laboratorios Bell (para los que hizo dibujo mecánico durante la guerra, un detalle que tardamos años en desenterrar). Juraba que durante el turno de ruegos y preguntas, un ingeniero del público tuvo que explicarle a Einstein una ley elemental de la mecánica. Cuando el chico manifestó su asombro por que el gran físico ignorase algo tan básico, Einstein dijo: «Yo nunca me molesto en recordar nada que pueda consultar en un libro». A mamá le fascinaba esa idea de un genio incapaz de abrir una lata de atún pero con capacidad para ordenar el universo entero dentro de las cavernas de su cerebro. También contaba que entre pregunta y pregunta agachaba la cabeza como quien está rezando y la levantaba para responder igual que esos swamis robotizados y enturbantados de Coney Island que por veinticinco centavos te vaticinaban el futuro. Por último, sostenía que en la recepción posterior nadie hizo amago siquiera de acercarse a hablar con

Einstein, que se quedó solo en una esquina, sentado en una silla de respaldo recto, como el pariente lelo de alguno de los asistentes.

Otro de los efectos de la ópera era que mamá se ponía a sacar libros de arte. Todavía veo, junto al tarro de mermelada con dibujitos de los Picapiedra lleno de vodka, los volúmenes apilados con los nombres en letras de imprenta dorada sobre los lomos: Picasso, Matisse, Van Gogh, Toulouse-Lautrec, Cézanne. (Los propios cuadros se me grabaron a fuego con esa intensidad tan característica de la niñez. Cuando, años después, tropezaba con las pinturas auténticas en los museos, solía apoderarse de *mí esa* sensación que te asalta al entrar en tu antiguo colegio, la de volver a ser pequeño en un mundo descomunal e incontrolable, pese a que la escasa altura de las fuentes revelan todo lo contrario, que ahora eres un gigante. Cuando a los dieciocho años tuve delante la *Habitación en Arlés* de Van Gogh, el cuadro me pareció ridículamente pequeño, y sin embargo extremadamente familiar).

No obstante, la ópera tenía un grandísimo inconveniente, y es que podía abocar a mamá a las peores lloreras. Una soprano italiana contaba a base de maullidos que había vivido para el arte, o una joven tuberculosa pronunciaba con voz destemplada (y en italiano, naturalmente) un «Ven a París y sé mi aliento» dirigido a su antiguo amado, y mi madre se deshacía en sollozos. En su cara aparecía una serie de arrugas tenues que normalmente no tenía y empezaba a soltar alaridos como un gato moribundo, se agarraba la cabeza con las manos, se sonaba la nariz con papel higiénico y nos decía que no lo entendíamos y que no lloraba por nuestra culpa. Como si a nosotras nos importara quién tuviera la culpa; lo único que queríamos era que dejase de llorar.

Si bien Lecia no sabía exactamente cómo detener el llanto, sí que se las apañaba para minimizar su intensidad. Cuando mamá alcanzaba cierto nivel de babas y desdicha, la metía en la cama. No sé quién le había inculcado la técnica, pero se movía con tal seguridad que mamá la seguía sin rechistar,

dando pasitos cortos, hasta la cama oceánica, donde por fin se desplomaba. Entonces Lecia revolvía el cajón de los pijamas, ignorando los ríos sedosos de lencería que yo habría escogido en favor de algún pijama de franela de caballero calentito, la encarnación misma del sueño. Por último, traía una jarra con hielo y un vaso grande para la sed matutina de mamá, y un frasco de aspirinas infantiles para la jaqueca.

Eso en cuanto a las noches de ópera. Las veladas de jazz eran un poquito peores, aunque no tanto como las noches en que papá estaba en casa y mamá ponía blues.

Fue lo que pasó la noche de mi cumpleaños. Esther Phillips soltaba el lamento de «Misery» desde el tocadiscos: «*Put no headstone on my grave. All my life I been a slave...*». «Que no le pongan lápida a mi tumba. He sido una esclava toda la vida»; la letra tendría que haberme dado una pista de la que se avecinaba. Pero mamá había metido una lasaña en el horno en mi honor, mi olor preferido del mundo entero. Y, además, estaba enfrascada jugando con unos viejos prismáticos del ejército que papá me había regalado esa misma mañana.

Abrí la mosquitera de la puerta trasera y me los llevé a la altura de los ojos. A través de los listones de nuestra cerca distinguí a Mickey Heinz sentado de rodillas en el jardín de al lado, jugando con el volquete en la tierra. Yo era incapaz de ver a Mickey sin que me diera un vuelco el corazón. Un día le hice fumarse un cigarrillo hecho con Nesquik y liado con un pañuelo de papel. Le quemó la lengua. De hecho, le salió tal ampolla que Mickey salió corriendo para enseñársela a su madre, sin tener en cuenta que tanto ella como el resto de su familia pertenecían a una de esas sectas que condenan el alcohol, el tabaco y el baile. La señora Heinz le dio una azotaina tremenda con un cepillo del pelo. Nosotras lo oímos todo agachadas debajo de la ventana del baño de los Heinz: el pam-pam del cepillo de plástico contra el culito adiposo de Mickey, y sus alaridos de hiena.

Aquella mañana de enero miraba a Mickey por los prismáticos que había recibido por mi cumpleaños y me

planteaba la posibilidad de presentarme en su jardín y convencerlo para que jugáramos al escondite, para luego volver a mi casa y ver cómo él me buscaba hasta que empezara a gimotear. Casi estaba del todo decidida cuando oí la camioneta de papá entrar en el garaje.

Dirigí los prismáticos al portón de la cochera y distinguí el casco plateado y grande avanzando hacia mí. (No sé muy bien por qué, pero el pétaso de Mercurio siempre me ha recordado al casco de mi padre, sin ser alado este último, claro). «¿Cómo ha ido el día de cumple, Pokey?», saludó. Entonces el casco desapareció de mi campo de visión. Un segundo después las botas de faena arañaron el peldaño de hormigón que había a mi lado. Bajé los prismáticos, levanté la vista y respondí que muy bien.

Salvo por las visitas nocturnas para subirme la colcha hasta la barbilla, ese mes de enero casi no lo había visto. El contrato del sindicato con Gulf Oil había cumplido y llevaba todo el mes de huelga, junto con el resto de obreros del condado. Cuando no estaba participando en un piquete iba a pescar camarones o a cazar patos, lo que pillara con tal de poner un plato de comida en la mesa. Por las noches se encerraba en la sede del sindicato a esperar a que se filtrara alguna novedad acerca de las negociaciones. Al igual que mamá, se había convertido en una especie de desconocido a quien yo anhelaba tan sólo vislumbrar de lejos, sin esperar siquiera poder acercarme.

Pero esa mañana, antes de volver a la primera línea, me había regalado los prismáticos y un tebeo nuevo de Archie, todo muy bien envuelto. Aquel detalle hizo brotar de mis profundidades más amargas unas lágrimas que me inundaron los ojos. «Coño, Pokey, pero no me llores», dijo con una sonrisa burlona. Al final prometió que si dejaba de llorar y de partirle el alma esa noche vendría a casa para cenar y tomar la tarta.

Así que, esa tarde, yo había pasado un buen rato esperándolo en la parte de atrás de la casa, conteniendo el torrente de palabras que le reservaba. Tan pronto como noté su sombra sobre mí empecé a relatar que esa mañana había ido a

Beaumont con mamá y Lecia a comprar el vestido de mi cumpleaños.

Era un vestido negro de crepé, el primero que tenía de ese color. Sólo con ponérmelo ya me sentía como una estrella de cine, le expliqué. Nos había costado horrores dar con un vestido negro de niña. Pero mamá había recorrido el condado entero. (Encontrar aquel vestido, en realidad, fue prácticamente lo primero que hizo, aparte de guisar algún que otro plato, desde que volvió del funeral de la abuela). Por fin nos decidimos por uno con forma de trapecio que tenía un cuello blanco enorme como de payaso y caía formando pliegues, con tres botones de estrás a la altura del pecho. Según la dependienta, el vestido estaba «cortado al bias». Lecia le echó un vistazo y preguntó dónde era el entierro, pero yo ya estaba haciendo posturitas delante del espejo de tres cuerpos. Cuando giraba, tanto el vestido como el cuello aleteaban formando ondas. Mamá comentó que le recordaba a la bailarina de mi caja de música japonesa. Le entregó la tarjeta de crédito a la dependienta poniendo los ojos en blanco y espetando un «¡Qué le vamos a hacer!». Menos de diez minutos más tarde le compró a Lecia un juego de química en la juguetería. De camino a casa paramos a tomar unas gambas remoulade en la marisquería de Al, donde mamá dio rápida cuenta de dos martinis con vodka para celebrarlo.

Papá comentó que el vestido era muy bonito mientras se sacudía los pies. Pero ni siquiera me estaba mirando. Prestaba especial atención a dejar todo el barro de las botas en el felpudo negro. Y se metió en la casa.

De pronto caí en que no tendría que haberle contado a papá que mamá había hecho cargos en la tarjeta de crédito: las gambas, el juego de química y todo lo demás, por no hablar del vestido, que había costado sesenta y tres dólares. Nadie me había advertido de que fuera un secreto. Pero él no estaba cobrando nada, un hecho que constantemente se encargaba de recordarnos. Se me vino a la mente la imagen de mi padre aporreando el periódico de la mañana y diciendo que Gulf Oil

estaba intentando meterles el miedo en el cuerpo a sus empleados quitándoles el pan de la boca. Tan sólo dos días antes había llevado a la sede del sindicato una caja con comida no perecedera y ropa que a nosotras ya no nos valía. Los niños de las familias numerosas católicas empezaban a pasar hambre, nos explicó. No hacía falta ser de la NASA para darse cuenta de que lo que habíamos hecho ese día las tres traspasaba la línea imaginaria que separa pasar un buen rato de caer en un comportamiento reprochable. Sabía también que el vestido negro había traspasado otro límite, el que distingue entre una prenda de ropa y unas galas. Me sentía como una hereje en una iglesia. Y no me sacudí del todo esa sensación hasta que no colgué el vestido negro de la percha y me enfundé otra vez los vaqueros.

Más tarde, sentada en la alfombra, desvestía a la Barbie por enésima vez cuando me llegaron las voces desquiciadas de mis padres. Lecia estaba a mi lado, intentando hacerle un moño francés al pelo pajizo de su muñeca con ayuda de una horquilla. No distinguía las palabras, pero el quid estaba clarísimo. Mamá bramaba y cerraba a portazos las alacenas. Finalmente, el ruido de la mosquitera abriéndose y cerrándose marcó el mutis de papá. Por esas fechas, mi padre había adoptado a Nipper, un perro endemoniado, que salió de debajo de la casa y se puso a ladrar y a tirar de la cadena. Las botas de papá rasparon el hormigón de los escalones. La mosquitera volvió a resonar, y oí lo que enseguida identifiqué como la bandeja de cristal de la lasaña haciéndose añicos en el patio, a sus pies. «¡Es su cumpleaños, so hijo de puta!», gritó mamá. Lecia transformó el moño francés en un rodete y dijo: «Cinta diez, rollo mil: feliz cumpleaños de mierda».

Mi madre estaba de pie junto al fregadero, con las dos muñecas debajo del chorro de agua fría. Tenía una salpicadura roja bajo el afilado pómulos, como si le hubieran dado un brochazo a lo loco. «¿Quieres una aspirina?», me preguntó, y yo respondí que no, gracias. Afuera, Nipper no paraba de ladrar. Mamá se metió un puñado de aspirinas infantiles en la boca y a

continuación puso la cara bajo el grifo para tragárselas. Bajó la tarta de chocolate alemán de lo alto del frigorífico. «Podemos cenar tarta», dijo. Llegó Lecia y se me acercó por la espalda, proporcionándome calor. Le dije a mamá que podía devolver el vestido, que no pasaba nada. «No, no puedo», dijo. Entonces empezó a clavar velas en la capa fangosa que recubría la tarta. La casa todavía olía a lasaña y al coco que mamá había abierto, cortado y rallado para la tarta. «No pienses más en el vestido, te lo pido por favor», añadió.

Salí. Mickey aún era visible entre los listones de la cerca. Estaba sentado en la tierra, como esas estatuas de escayola que se colocan en medio de un césped. Lo había oído todo, naturalmente. Podía contar con que iría corriendo a proclamar por todo el vecindario que mi madre había llamado HDP a mi padre. Me concedí un instante para desearle alguna desgracia a aquella silueta arrodillada y me abrí camino entre los cristales rotos y las salpicaduras de lasaña.

Al principio sólo vi la brasa color rubí del cigarrillo de papá en el garaje, nada más. Al cabo de un segundo se me acostumbraron los ojos. Distinguí entonces su camiseta blanca y el destello de la botella que se estaba llevando a los labios.

—¿Papá?

—Entra en casa —ordenó. El cigarrillo se iluminó en el momento en que daba una calada—. No importa una mierda... —Y poco después—: Perdona.

—No pasa nada. —Afuera, las langostas empezaron a zumbar. No hubo más sonidos hasta que oí en las copas de los árboles lo que me pareció el chillido de un murciélago—. ¿Eso es un murciélago?

—Métete en casa, Pokey —insistió. Y luego, como si se le acabara de ocurrir—: ¿Por qué no vas y le preguntas a tu madre si le apetece que vayamos a Bridge City a cenar cangrejos a la barbacoa?

Cuando volví a casa vi los restos de la fuente de lasaña en un recogedor, al pie del fregadero. Mamá estaba encendiendo la

última vela con la última cerilla en ese momento. El ventilador negro hacía vacilar las llamas, que se reflejaban en su cara. A su lado, el semblante de Lecia era más inexpresivo que un cubo. «Venga, pide un deseo, tonta del culo», me dijo. Yo engurruñé los ojos tanto como pude y deseé para mis adentros irme para siempre y vivir en otro lugar, con una familia nueva, como la de *Leave It to Beaver*. Me llené los pulmones, soplé y la casa entera se quedó a oscuras.

No recuerdo haber cruzado el puente Orange para llegar a la cafetería de Bridge City aquella noche, como tampoco me acuerdo de los cangrejos a la barbacoa, lo cual es una pena, porque me pirran la grasita dulce y el sabor ahumado del liquidillo de esos cangrejos. No recuerdo cuánto bebió mamá en el local enclavado en medio de un *bayou*, donde después de cenar podía uno caminar hasta el final del paseo y tirarles las sobras a los caimanes hambrientos.

Mi memoria vuelve a cobrar forma cuando nos acercamos al puente Orange en el camino de vuelta. Desde mi posición en el asiento trasero veo delinear el perfil afilado de papá, la nariz aquilina y la mandíbula angulosa. La luz de varios faros se desliza por su rostro y luego se derrama sobre mí. Quiero verle la cara a mamá para comprobar cuál es su estado de ánimo después del vino. Pero sólo divisó la maraña salvaje de rizos cortos y cobrizos de su nuca.

De repente, el coche tira ligeramente hacia atrás, igual que un caballo que se encabrita al ver un animalillo escurridizo por el camino, y emprendemos el puente. La trama de acero de la carretera hace zumbir los neumáticos. Un zumbido que casa a la perfección con el que resuena todavía a veces en mi cabeza desde el día del huracán. La noche cae como un torrente de aguas negras sobre el coche. Casi puedo sentir una larga estela de oscuridad detrás de nosotros. En algún momento se cuela en el coche el olor almizcleño a serpiente del viejo cuarto de la abuela, un olor de cuya desaparición no fui consciente hasta que volví a percibirlo. Lecia baja la ventanilla, quizá para ventilar. Se le salen mechones de pelo del moño francés. Poco

falta para que el viento me succione por la ventanilla y me arroje puente abajo. El sonido de la velocidad se combina con el zumbido de los neumáticos hasta que un cohete inmenso ocupa el diminuto espacio del interior del coche y me hace sentir muy insignificante.

Me armo de valor para mirar el precipicio por la ventanilla. El estómago se me revuelve. Las vigas de acero desfilan con un rápido *staccato*. Veo a lo lejos dos torres de refinería llameantes. Emiten un curioso fulgor que me recuerda al Mago de Oz y hace sangrar toda la franja inferior del cielo con una luz del color verde químico del moho del pan, alzándose en el cielo nocturno igual que una mancha de humedad por un papel pintado. Más allá del río hay marismas y *bayous*. Una gabarra negra avanza lenta debajo del puente.

Mamá grita, grita que tendría que haberse muerto antes de casarse con papá. Ojalá la hubiera fulminado un rayo en ese mismo puente el día que lo cruzó para llegar a aquella puta ciénaga de Leechfield, el ojo del culo del universo, la Nada absoluta. Yo busco la mano de Lecia, que es un puño frío y tenso. Lo suelto como quien deposita un vaso de agua para que no se derrame.

Entonces veo en medio de la negrura que las manos blancas de mamá se elevan desde su regazo, como iluminadas y movidas desde el interior. Como si se hubiera empleado toda la luz del mundo en darles forma. Está intentando tomar el control del volante, aferrándose a él con los nudillos bien apretados. El coche da un bandazo e invade la acera. Se ha propuesto despeñarnos. Esta vez no hay duda. Cierro los ojos con todas mis fuerzas y Lecia se abalanza sobre mí. Las dos nos tiramos al hueco del asiento, de modo que no veo nada, pero siento los virajes del coche mientras papá y mamá se disputan el volante.

Suena entonces un ruido fuerte en el asiento delantero, como el chasquido de una rama al quebrarse, y el coche se estabiliza. Casi percibo el chirrido de los neumáticos que vuelven a colocarse entre las líneas amarillas. El espejo retrovisor ha debido de descolocarse durante el forcejeo, por

eso cuando Lecia y yo emergemos del asiento de atrás aparecen reflejados nuestros rostros de terror. Parecemos unas criaturas marinas surgidas de las profundidades abisales.

Es asombroso, pero el coche ha dejado atrás el puente y volvemos a circular por la carretera. Mamá, con la boca abierta, está apoyada contra la ventanilla, a la que papá la ha mandado para recuperar el control del vehículo. Nunca antes le había pegado, y pese a que el golpe ha sido desde muy cerca, la ha dejado fuera de combate.

Cuando despierta ya estamos aparcando el coche en la entrada. Le clava las uñas en la mejilla y lo deja señalado, de modo que durante varios días parece que un leopardo le haya soltado un zarpazo. Los niños que juegan en el jardín de los Heinz interrumpen su actividad, se arraciman en la linde de nuestra propiedad y nos observan salir del coche mientras mamá sigue intentando enzarzarse con papá y él le sujeta las muñecas con sus manos de hierro. En un momento determinado, Joe Dillard se me acerca sigiloso para preguntarme por qué se están peleando y su hermano suelta en tono jocoso que será por una botella. Son las últimas palabras que recuerdo, la voz petulante de Junior Dillard diciendo: «Seguramente se estarán peleando por una botella». Entonces mamá se zafa de papá y da un puntapié en dirección al grupo de chiquillos, que se disuelven como perdigones y vuelven a sus jardines mal iluminados. Y ya está, ése es el recuerdo que guardo de aquel cumpleaños.

Capítulo 7

La abuela le dejó a mamá un dineral, que, sin embargo, no nos valió de nada, aunque bien sabe Dios que buena falta nos hacía. La huelga de papá duró hasta mediados de marzo y los pagos de las facturas se retrasaron mucho. Se las arregló para llevar al día la hipoteca y los gastos de la casa, pero no pudo hacer frente a los gastos de comida, medicamentos y otras necesidades básicas. Los viernes, cuando recogía el cheque en la ventanilla del pagador, lo cobraba de inmediato. Luego se dirigía a la farmacia de Leechfield, iba directo al mostrador donde despachaban las pastillas y le anunciaba al señor Juárez —al que los niños llamábamos Bugsy, por Bugs Bunny— que venía a pagar de su cuenta. Todavía veo a mi padre guiñar un ojo cuando decía aquello, el *de*. Bajaba la vista a la billetera, se humedecía el pulgar y hacía el gesto de sacar un único y crujiente billete de cinco dólares, que colocaba encima del mostrador que los separaba. Sin embargo, aquel insignificante *de* contenía una tempestad de vergüenza. La preposición daba a entender que la cuenta pesaba más que papá, que en cierto modo lo superaba. En el condado de Jasper, donde se había criado, comprar de fiado era señal inequívoca de que un hombre vivía por encima de sus posibilidades. Hasta los préstamos para comprar un coche eran algo inaudito, y había tipos famosos por aparecer con sacas para ropa sucia llenas de billetes de un dólar cuando llegaba el momento de adquirir un jeep o un tractor nuevo.

Esto Bugsy lo sabía. Y no se lo tomaba a la ligera. Era un buen tipo, propenso a regalarme tebeos porque le entusiasmaba que yo leyera tan bien. Siempre daba a entender

que no le gustaba aceptar el dinero que papá le ponía por delante. «Anda, Pete, qué disparate, guárdate eso. No nos va a sacar de nada», le decía, momento en el que papá le arrimaba aún más el billete y le pedía por favor que lo cogiera. Bugsy se encogía entonces de hombros y esbozaba un «Está bien». Marcaba varios ceros en la caja registradora y colocaba el billete en la pila correspondiente. Llevaba las cuentas en un libro verde que guardaba debajo del mostrador. Lo sacaba, buscaba el nombre de papá con el dedo índice, grueso y manchado de nicotina, y anotaba el pago. Antes de que nos fuéramos Bugsy solía llevarme a la trastienda, donde se sacaba la navaja del bolsillo y cortaba el cordel de la pila de tebeos recién llegados, siempre en el mismo rincón. Yo me sentaba en su mesa y leía en voz alta un número entero de *Superman* o de *Archie*, una destreza que lo hacía sonreír tras la taza de café. Papá hacía un gesto de contrariedad y decía que no me hacía ninguna falta que me azuzaran, que ya bastante subidos tenía los humos.

Y aquél era el baile que ejecutábamos con Bugsy en días de cobranza. Los movimientos eran tan precisos y tan tremendamente desenvueltos que jamás llegué a plantearme siquiera que todo aquel asunto del dinero no fuera algo informal sino una cuestión muy, pero que muy seria. El resto de la semana nadie hablaba del tema. Ese silencio flotaba sobre nuestra casa igual que una plancha de hierro. Pero ay de ti si no te acababas el cuenco de judías carillas, o si cerrabas mal la puerta del congelador sin darte cuenta y se escapaba el frío, aumentando el consumo de luz. Papá aparecía detrás de ti y cerraba herméticamente la portezuela o se metía en la boca las últimas judías con tu propia cuchara. Después te examinaba de soslayo, como si tu mezuquino derroche lo enfureciera.

Las noches que no estaba trabajando se sentaba en la cama a examinar recibos y facturas. Le gustaba desplegar a la izquierda los antiguos con el sello de pagado y ordenar a la derecha los avisos nuevos, aún en sus sobres. Había ideado todo un ritual para ocuparse de dichas facturas. Cuando llegaba una al buzón, la abría y anotaba su importe por encima de la

ventanilla donde figuraban el nombre y la dirección. Era su manera de asumir la deuda, sin remolonear, como si dijera: «Ya lo sé, ya lo sé». Además, así luego no tenía que volver a abrir y extender todas las facturas, redoblando la preocupación. Con todos los sobres dispuestos frente a él iba dando cuenta de un botellín de Lone Star detrás de otro y calculaba lo que debía en los anchos márgenes de *The Leechfield Gazette*, sin comentar nunca las cantidades resultantes.

Yo sabía perfectamente que había gente con problemas mucho más graves que los de papá. Muchos no tenían ni trabajo ni casa. O bien tenían hijos enfermos de leucemia, por no hablar de las tropecientas mil personas nacidas en el desierto del Kalahari o en las calles de Calcuta, ciegas, deformes o medio podridas por la lepra. Pero los cálculos nocturnos de papá constituían la forma de inquietud más concentrada que yo haya presenciado jamás. Aquella larga línea de números garabateados con caligrafía inclinada y picuda no era muy distinta de la plegaria que salmodia el penitente para que la esperanza que busca en la oración o la absoluta desesperación que pretende conjurar prospere al fin.

Entretanto, mamá estaba o bien tumbada a su lado bebiendo sorbos de vodka en un vaso de aluminio verde y leyendo a Tolstói, por ejemplo (*Anna Karénina* era su libro preferido), o bien llorando con algún disco de Bessie Smith. Entre ellos había la misma comunicación que si un muro de ladrillo hubiera partido la gigantesca cama en dos. Lecia y yo solíamos tumbarnos a los pies fingiendo que hacíamos los deberes, que por lo común acabábamos en la escuela. Lo hacíamos para supervisar la preocupación de nuestros padres, con el miedo de que los desbordara y nos salpicara a nosotras.

El ambiente en la casa era más tenso que cuando la abuela empezó a pudrirse en el dormitorio de casa de tía Iris. Habíamos reinstaurado lo que para nosotros era «la normalidad». Pero los hábitos familiares se nos antojaban más extravagantes que nunca, distorsionados en cierto modo por el veredicto que conllevaron la muerte de la abuela y el enfermizo

y silente dolor de mi madre.

Aquella primavera mamá volvió a deambular por la casa en cueros vivos. Papá sólo se dejaba los gayumbos, y Lecia y yo nos paseábamos o con el culo al aire si papá no estaba, o con un atuendo compuesto por la parte de arriba del pijama y unas bragas (que nosotras llamábamos *fragas*) cuando sí estaba en casa. No me malinterpretéis. No es que nos hubiéramos vuelto «naturistas», pese a que en cierta ocasión mamá dejó sin habla a los miembros de la asociación de padres de Leechfield al asegurar que había jugado al voleibol en una playa nudista de Nueva Jersey. (Desde entonces mi madre no recibió más invitaciones formales del colegio; aparecía sin avisar en alguna que otra obra navideña, pero aparte de eso se disolvía en columna de humo para todo lo que implicara una reunión escolar). La de monedas de cinco centavos que ganamos Lecia y yo a cambio de dar permiso para echar un vistazo a las ilustraciones nudistas de su antología del *New Yorker*. (Los libros de arte los reservábamos para los vecinos que podían aflojar hasta veinticinco por ojear tranquilamente un cuadro de El Bosco plagado de diablillos nervudos y matronas de generosos pechos atravesadas por picas).

Nuestro nudismo tenía su origen en el insomnio. En nuestra casa nadie era capaz de pegar ojo. Y de ese doloroso estado de agotamiento constante surgía la imprecisa idea de que el sueño podía venirnos más a menudo —pues llegaba por rachas— si nos vestíamos para ello; o, mejor dicho, si nos desvestíamos. Nuestros cuerpos desnudos eran invitaciones andantes a que nos asaltara un sueñecito. De madrugada, lo más habitual era que en el salón hubiera algún durmiente en el suelo, junto al sofá. O bien podía uno encontrarse a mamá entre fogones a las dos de la mañana, con las tiras del delantal formando un pulcro lazo por encima de su culo redondeado y preparando una tortilla de jamón mientras en el salón Lecia jugaba en bragas al solitario con las piernas cruzadas frente a la carta de ajuste. Nunca hacíamos nada juntos a esas horas; simplemente vagábamos por la casa en diversos estadios de desnudez.

De hecho, la única vez que mamá salió de la cama esa primavera fue para cegar las ventanas. Un domingo estaba yo recolgada en pelotas de la recia barandilla de hierro de mi ventana —Lecia y yo estábamos haciendo un concurso de flexiones en barra— cuando vi pasar muy despacio la camioneta azul de los Dillard cargada con la patulea. Todos contemplaron boquiabiertos mi silueta colgante y lampiña. Me pilló tan desprevenida que durante un instante no hice ningún movimiento, sintiendo que se me endurecían los pezones al contacto con el frío cristal, hasta que tuve la sensatez de quitarme de la vista. Entonces me agaché bajo el alféizar, pensando que ya era mala suerte: nadie en el barrio se levantaba o salía más temprano que nosotros, *jamás*. La señora Dillard y Fay iban en la cabina ataviadas con mantillas negras, como si se dirigieran a la misa de las seis. Incluso Junior y Joe se habían puesto camisas blancas y pajaritas de clip. Iban acucillados en la caja de la camioneta, con el pelo rubio apelmazado de cera Butch Rose. Sus risas se impusieron al estruendo amortiguado del coche.

Cuando mamá oyó a Lecia haciéndome rabiar a propósito del incidente decidió salir de la cama. Apartó las colchas y dejó las piernas al descubierto, un gesto que ya todos habíamos borrado de nuestra memoria, y dijo que preocuparse de que lo vieran a uno desnudo era una gilipollez, porque a fin de cuentas debajo de la ropa todos éramos iguales, pero que estaba hasta el moño de oírme berrear por culpa de los capullos de los Dillard e iba a condenar las ventanas para que ni la mismísima Dios (siempre destacaba el género femenino) pudiera ver la casa por dentro.

Para ello puso en marcha un método disparatado. Primero cogió un rallador de queso e hizo virutillas con ceras de diferentes colores que espolvoreó entre hojas de papel de cera. Luego aplicó la plancha a los papeles hasta que la cera se fundió. Con ayuda de cola y pinceles, Lecia y yo nos pusimos a pegar los cuadrados de papel colorido por todas las ventanas de la casa. A mamá le gustaba comparar el efecto con el de unas

vidrieras.

Por primera vez en mucho tiempo mi madre estaba entusiasmada, y nosotras pusimos todo nuestro empeño en la tarea. Lecia empezó a competir consigo misma de inmediato. Cronometraba el proceso para comprobar cuánto tardaba en hacer una ventana entera, y a continuación intentaba batir la marca.

Poco después de cegar las ventanas volví un día de la escuela y me encontré la puerta abierta y la mosquitera entornada. Era raro, no sólo por nuestra encarnizada necesidad de intimidad, sino por la cantidad de cucarachas, escarabajos, lagartijas y mosquitos que podían entrar. Y si la humedad del clima semitropical se colaba dentro de las casas, las paredes encaladas podían verse invadidas por un moho negro verdoso. Aunque era imposible protegerse del todo, nadie dejaba las puertas abiertas.

Regreso mentalmente a esa puerta abierta. Mis mocasines en la entrada son de color guinda y por dentro están desgastados y deformados, de lo mucho que tuerzo los pies al caminar. Casi puedo sentir el golpeteo de mi cartera de cuadros escoceses contra la cadera derecha.

Aquel día hacía calor, el aire era más denso que una gasa. Subí los escalones de la casa a toda velocidad, pues había sacado un diez en el control de dictado, una nota con la que superaba a Peggy Fontenot, mi rival de la clase, a la que le restaron dos décimas por escribir mal «cantaba». Me había tocado a mí corregir su dictado, y el corazón se me aceleró cuando vi que había escrito «cantava». Llevaba en la mano el examen del triunfo, condecorado con la estrella de oro que certificaba que mi nota era la mejor. Subí corriendo los escalones de hormigón y me detuve en seco ante la mosquitera abierta antes de cerrarla detrás de mí, gritando que ya había vuelto. Lancé la cartera contra el respaldo del sofá y llamé a mi madre.

El silencio que obtuve por respuesta, aún más denso que el

aire de la calle, flotaba sobre las alfombras rugosas igual que la bruma de una ciénaga. Puede que aquella quietud desencadenara mi inquietud. Puede que sólo entonces me parase a considerar lo extraño de aquella puerta abierta. Fui corriendo a la cocina con el examen todavía en la mano, con intención de enseñárselo a mamá. Allí sólo estaba el ventilador negro, insuflando una leve brisilla sobre una taza de café frío. Ni una sola huella más. Al volver al salón encontré la última página de la carta del abogado de la abuela doblada en forma de acordeón, como esos abanicos de papel que hacen los niños. Mamá debía de haberse sentado en el sofá de pelo de caballo y usado aquel abanico para darse aire en la cara antes de dejarlo allí tirado. Lo alisé.

He retenido los detalles más insospechados de aquella carta, mientras que otros —tales como la cantidad exacta de la herencia de mi madre— han caído en el olvido más absoluto. Quizá el número, compuesto de centenares de miles, fuera demasiado largo para que mi pequeño cerebro lo registrara. (La cifra también oscila en boca de mi madre, desde «sólo cien mil» hasta «más de medio millón», según lo que pretenda demostrar. A día de hoy, si insistimos para que nos diga la cantidad exacta, responde con una expresión bobalicona y un leve encogimiento de hombros que pretende transmitir que esas sumas de dinero no hay que tomárselas al pie de la letra, centenar de miles arriba, centenar de miles abajo). El papel era grueso y de color mantequilla. La página era la «6 de 6». El abogado se comprometía a hacer una transferencia de treinta y seis mil dólares —aproximadamente el cuádruple de lo que papá ganaba en un año sin contar las horas extra— a la cuenta número tal y cual del banco de Leechfield por la venta de la casa y la finca de Lubbock de la abuela. Todos sabíamos que recibiríamos ese dinero. Lo que también explicaba la carta y yo no esperaba era que había dinero de una nueva concesión de petróleo.

Al parecer la abuela había conservado los derechos de explotación minera de sus tierras, a su nombre, más por

costumbre que por una esperanza real de extraer petróleo. Por aquella zona se habían dado bastantes casos de gente necesitada y granjerillos de poca monta que durante las sequías de los años treinta habían vendido sus fincas por un dólar la hectárea y a la semana siguiente habían visto salir petróleo a borbotones de los pozos y poner perdido el Cadillac del comprador; tantos, que el vago sueño de amasar una fortuna gracias al petróleo se había instalado en los cerebros de todos los habitantes del oeste de Texas. Los derechos mineros no se vendían, y punto. Había que conservarlos. Eso lo sabía hasta yo. Se arrendaban por sumas desorbitantes. (Que yo sepa, todavía tenemos derechos mineros sobre esas tierras, pese a que hace ya mucho se demostró que hasta el último centímetro está más seco que el ojo de un tuerto). En cualquier caso, resultó que un montón de perforadores potenciales habían hostigado a la abuela durante dos décadas para poder hacer prospecciones en su parcela de desierto. No llegamos a comprender sus motivos para rehusar aquellas ofertas. En una carta que encontré más adelante la anciana le explicaba a mamá que ella se dedicaba al negocio del algodón, no al del petróleo. Quizá le preocupaba que la timase algún tipejo de una compañía petrolera con su pico de oro, una estafa que no se avendría a su estatus de prudente viuda metodista y miembro vitalicia de la Orden de la Estrella de Oriente. Sin embargo, el abogado de mamá había encontrado entre los efectos personales de la abuela una carta de un magnate del petróleo de Dallas. Si mi madre daba su autorización, el abogado «formalizaría una concesión» con aquel tipo. Ésas fueron sus palabras exactas. Recuerdo también mover el dedo índice por encima de una ristra de cinco ceros, pero no hay manera de rememorar la cantidad concreta que indicaba la carta. Había muchas más cosas, naturalmente, pero sólo me acuerdo del índice saltando de un cero a otro. Conté hasta que me percaté, asombrada, de que había llegado a los cientos de miles de dólares, a tan sólo un cero del millón, el número mágico que en los montajes cinematográficos se representaba con símbolos de dólar volando. Sin duda debí de pensar: «A mí, por fin, el poni

moteado que busco como loca todas las mañanas de Navidad. A mí el sello de granate de la ruleta de la joyería Gibson's». Y, como de caridad andaba más bien escasa, seguramente también se me ocurriría algo así: «A lo mejor me llevan a Disneylandia y a la culo gordo de Peggy Fontenot le dan morcilla».

Eché otra vez a correr por toda la casa llamando a mi madre. Lo que me encontré en su cuarto de baño me dejó clavada en el sitio. El gran espejo rectangular que había encima del lavabo estaba todo garabateado con pintalabios rojo anaranjado. Alguien —mamá, sin duda— había cogido una barra de «Mango Fandango» o «Kiss-Me Peach» y había hecho unos garabatos tan tupidos que el reflejo plateado del espejo sólo asomaba en esporádicas vetas. En el lavabo había un pegote de pintalabios grasiento. El tubo dorado vacío tirado sobre el óvalo rizado de la alfombrilla amarilla parecía un casquillo. Lo rodeé como si de un escorpión se tratara. Un finísimo filtro de terror se interpuso entre el mundo y yo. Los objetos de la casa empezaron a ensancharse y hacerse más fluidos. Una lámpara de pie se cernió sobre mí cuando pasé por su lado.

En el espejo del tocador del cuarto de mamá encontré los mismos garabatos, esta vez en color hibisco. La o metálica de la barra de labios había rayado la superficie plateada. En otros cuartos, otros espejos presentaban otros colores de pintalabios: rojos azulados, malvas, rosas pálidos como pezones, e incluso ese color sangre fangosa que tanto miedo me daba y que mamá casi nunca usaba porque le confería una palidez similar a la de las estrellas de cine mudo.

Fui de espejo en espejo hasta que descubrí el de nuestro cuarto de baño hecho pedazos, el último al que llegó, supuse. En el centro había una parte rota del diámetro aproximado de su puño. Su cara debía de flotar en ese punto preciso cuando lo rompió. El redondel en sí era como un ciclón, con grietas en forma de remolino en su centro y rayos más largos proyectados hacia fuera. Seguramente mamá vería descomponerse los planos de su propio rostro anguloso, como en un retrato

cubista. Retrocedí para alejarme de aquel caos, evitando el lavabo y las esquirlas de cristal que alfombraban el suelo.

Me precipité afuera y bajé corriendo los escalones de la parte de atrás, rogándole a Dios que aquella columna de humo negro que salía del caño de hojalata del tejado del garaje significara que mamá estaba pintando en su estudio. Yo sabía que, si no estaba el coche, no volvería a verla nunca más. No tenía ningún reparo en imaginarme el coche saliéndose de una curva y estrellándose contra un terraplén de hormigón. También veía a mamá desplomada sobre el volante con un pintoresco hilito de sangre saliéndole de un oído. Aquel día, estoy segura, quiso que se lo impidiéramos. Rogué para que el coche estuviera en el garaje, y allí estaba; los faros parecían soñolientos, como si les pesaran los párpados, como si el coche fuera un reptil hastiado y echado sobre los cuatro neumáticos.

La puerta que comunicaba el garaje y el estudio de mamá estaba abierta. Del candado colgaba todavía el llavero plateado con forma de cornamenta de cabestro e incrustaciones de turquesa. Mamá, sentada en la vieja mecedora de su madre, me daba la espalda. Echaba papeles al fuego de la estufa de hierro fundido. Los bordes blancos se ennegrecían y abarquillaban. Comprendí que era mejor no decir nada. El gran retrato de la abuela la vigilaba desde la pared, con los brazos rígidos formando ángulos rectos perfectos. Mamá había quitado el cuadro del salón después del entierro, dejando la pared desnuda. Me dio miedo ver a la abuela Moore contemplando a mamá desde arriba.

Aquel día reinaba un olor extraño en el estudio. Aparte de la habitual y embriagadora punzada del aguarrás y los óleos distinguí algo parecido al líquido para mecheros o el carbón vegetal que papá usaba siempre para encender la barbacoa. De hecho, justo en el momento en que aparecí por el umbral mamá cogió una lata que había en el suelo, al lado de la mecedora, y salpicó un líquido transparente en el fuego, que crepitó con fuerza. Las llamas salieron como lenguas de la boca de la estufa y luego volvieron a emitir su murmullo sordo. (Más tarde

encontraría la mancha de una quemadura en el techo abovedado. También averigüé después que estaba alimentando la estufa con todo el correo que había llegado a nombre de la abuela desde que murió: extractos de banco, catálogos de semillas y tarjetas de las componentes del club de mujeres de la iglesia metodista de Lubbock, que le deseaban una pronta recuperación).

En cualquier caso, la visión de mi madre de espaldas en la mecedora me trajo a la mente la película de Hitchcock, *Psicosis*, que ella misma nos había llevado a ver en 1960. Al final, el loco asesino se hacía pasar por la pirada de su madre, poniéndose una peluca gris y se sentaba en su mecedora. Mamá se volvió despacio y me miró, a la manera del bueno de Anthony Perkins. Se me reveló su rostro plano por plano. Por fin vi, en esos instantes, que el rostro de mamá también estaba lleno de garabatos hechos con el pintalabios color barro. «Estaba intentando borrarse a sí misma», pensé. Ciertamente, los trazos no se parecían en nada a los de las máscaras africanas o a la pintura de guerra de los niños. Obviaban las facciones que había debajo. Prescindían de las formas. Ni triángulos nítidos, ni líneas rectas subrayaban los volúmenes del rostro. Allí sentada frente a la estufa, en la mecedora de su madre y rodeada de cojines azules de calicó con pulcros volantes, en medio del olor a carbón vegetal y con la cara toda pintarrajeada de rojo sangre, mamá parecía una loca de remate.

Luego estoy en el dormitorio color lavanda que comparto con mi hermana. El sol se está poniendo y a través del papel de cera se forma un entramado de vid, las sombras de las glicinias y la madreSelva. Mamá está de pie frente a esa ventana luminosa y ha depositado una caja de cartón al lado de nuestro armario abierto. Del suelo del armario va seleccionando juguetes uno por uno y va echándolos en la caja. Este cuarto es una leonera, dice con una voz ronca que no me parece la suya y que sin embargo es la única que le queda, la voz de borrachuza yanqui. «Quiero ser una buena *Hausfrau*», dice; yo ni siquiera sé que esa palabra significa «ama de casa», pero su áspero

siseo germánico me inspira miedo. *Hausfrau*. «Es mi deber. Es lo que soy: la señora de esta puta casa de locos». Y vuelan a la caja Barbies mancas, y puñados de fichas de damas, y canicas, y soldaditos de plástico, y coches de metal, y juegos de mesa, y piezas de ajedrez de mármol; y todo golpea el cartón con un sonido de lluvia torrencial.

Una vez desalojado el armario, mamá arranca de un tirón las sábanas y las lanza por los aires. Arrastra el colchón al suelo y levanta el somier por encima de su cabeza. Parece el Sansón de las ilustraciones de la Biblia en esas escenas en las que lanza recias columnas de piedra. El somier golpea la pared con un primitivo eco cavernoso y al mismo tiempo musical. Yo me echo a llorar, aunque será la única vez que lllore esa noche. Agacho la cabeza y la oculto bajo la axila del pijama blanquísimo de Lecia.

A continuación nos veo detrás del garaje ante una pirámide altísima formada por juguetes, libros de la colección Golden Books y muebles. Yo he asistido a hogueras organizadas por equipos de fútbol y a barbacoas en la playa donde han espetado terneros enteros en las brasas. Incluso una vez Becky Hebert me invitó a una fritura de pescado organizada por el Ku Klux Klan en la que quemaron manuales escolares y novelas románticas de quiosco en una pira más alta que cualquiera de las casas de alrededor. Este montón es casi tan alto como aquél. Más alto que papá, que mide un metro ochenta sin zapatos.

Concentro toda mi atención en mi viejo caballito de madera rojo, a menos de tres metros de mí. Ahora cuelga inerte, unido a la base de metal por los muelles oxidados. Mamá lo está cubriendo de gasolina del bidón rojo, y de pronto me parece un objeto muy tétrico.

Cuando saca la caja grande de fósforos de seguridad hace un barrido con el brazo para que retrocedamos, como si se dispusiera a ejecutar un número de circo. Yo hago amago de levantarme de un salto para agarrarla por el brazo antes de que prenda la cerilla. Pero la mano de Lecia se aferra a mi hombro y me lo impide. Vuelve a clavarme en el suelo. Noto ceder mis

piernas debajo de mí, como si fueran las piernas de otra niña, o incluso las frías patas de acero de una de esas sillas de jardín que se pliegan sobre sí mismas. Me siento de un culetazo sobre el pasto de san Agustín húmedo, cuyas briznas poseen la rigidez del plástico. Es mi caballito de madera empapado de gasolina del bidón. Cruzo los brazos sobre el pecho y pienso en el cariño que le tenía a ese caballito. Supuestamente es un juguete para bebés, pero algunos días cuando Lecia no está me monto, los muelles chirrían y yo cierro los ojos y me imagino galopando por una anchurosa pradera. Ahora el caballo me mira, inexpresivo y agotado.

Busco con la mirada una piedra o una tabla de madera que lanzarle a la cabeza a mi madre. Pero las manos de Lecia no me sueltan los hombros. A juzgar por los sentimientos que revela su semblante, bien podría estar viendo el parte del tiempo por la tele. Le digo que mamá está a punto de cargarse mi caballito. Pero a mi hermana le aburren mis protestas, así que lo dejo correr. «Adiós, viejo Paint», canturreo para mis adentros, «me voy de Cheyenne».

Mamá pasa la cerilla a cámara lenta por la franja negra del lateral de la caja y la chispa prende la cabeza roja del fósforo con un destello. La arroja en dirección al caballito con un gesto que se me antoja casi delicado. Por un instante podría pasar por una dama que deja caer su pañuelo. Las llamas estallan sobre mi caballito con un escandaloso *fiiuum*. Durante un rato largo se distingue todavía nítidamente la silueta negra del animal entre el fuego anaranjado. Pero en un momento dado las formas se repliegan sobre sí mismas y dejan paso al chapaleo de la hoguera a la que mamá no para de lanzar cosas, cuando ya el caballo ha dejado de existir. Vuelca la última caja de juguetes y la agita del mismo modo en que poco antes agitó en nuestro cuarto cada uno de los cajones de la cómoda.

El fuego arde a todo trapo. Crece y se traga todos y cada uno de los objetos de la pila. Mamá también está quemando algunos de sus cuadros; principalmente, las marinas. Los lienzos prenden antes que los marcos, y parece que a distintas

alturas a un lado de la pirámide hubiera cuadros de llamas enmarcados. El fuego arde con cólera dentro de los límites de los marcos de madera de ajenjo, los bañados en oro y los suaves y ultramodernos de estaño.

Entonces, mamá arrastra por el césped la caja más grande y profunda de todas, la de la nevera, que tiene ya tiempo y con la que planeábamos montar un teatro de guiñol. Saca nuestra ropa: faldas pantalón, y bañadores anudados en los hombros, y pijamas viejos con perlitas antideslizantes en los pies que chasquean en las baldosas del baño. Una camiseta con cuello de Peter Pan despega de sus manos y describe una parábola sobre el cielo negro; le sigue una enagua inmensa de tul que me ponía para bailar cancán. A mamá siempre le recordaba a las bailarinas de Degas. Ahora traza un círculo desde su mano y va a caer casi con delicadeza sobre el fuego, que la devora de un lametazo. De los brazos de mamá caen decenas de zapatillas deportivas que forman una montaña informe hasta que la tela prende y se eleva un humo negro con el hedor nauseabundo de la goma quemada.

Una vez han ardido los zapatos, es el turno de los vestidos. Va quitando las perchas una por una y los examina antes de encomendarlos a las llamas. A sus pies se forma un matorral de perchas inmenso. Cada una cae de su mano blanca con un leve repique, un repique que la solivianta todavía más. Sujeta brevemente cada vestido por los hombros, como si evaluase el atuendo de un niño en busca de manchas antes de salir para la iglesia. Y, uno por uno, los lanza al fuego. Adiós a mi vestido de Pascua con encajes calados, y al pichi que la abuela había adornado con frunces y rosas bordadas. Adiós a la falda rosa de campesina de Lecia comprada en la tienda mexicana de Houston. Adiós al jersey verde de cuadros escoceses con lazos de vaquera amarillos cosidos a los bolsillos que fue de las dos. Los vestidos parecen poco más que cuerpos de niñas desprovistos de espíritu. (Epicteto tiene una frase memorable acerca de la división entre cuerpo y alma: «Eres una pequeña alma que sustenta un cadáver»). Cuando leí la cita años más

tarde evoqué automáticamente aquellos vestidos privados de sus dueñas deslizándose grácilmente hacia las llamas).

En un momento dado la hoguera pierde brillo, pasa a un segundo plano y yo sólo tengo ojos para el rostro de mi madre, todo veteado de pintalabios y hollín. Parece una loca de atar. Mueve los labios como si murmurase algo, pero no distingo las palabras. Nipper ladra y gruñe. El perro ocupa el amplio círculo de oscuridad junto a la casa que para mí prácticamente ha dejado de existir. Oigo que tira del extremo de la cadena, el collar ahoga el ladrido y él vuelve a refugiarse debajo de la casa. Mamá levanta la voz y oigo por fin lo que dice por encima del fuego y el perro llorón: «Putá *Hausfrau* de mierda de los cojones».

Descubro que si entorno los ojos y miro a través de las pestañas puedo transformar la totalidad de la noche en algo que ya he dibujado con lápices de colores. Los árboles que nos rodean tienen cabezas en forma de burbuja. Los vestidos arrojados a las llamas son de un libro de recortables. El fuego es naranja ardiente, amarillo girasol y rojo coche de bomberos, con pinchos negros alrededor. A lo lejos, las torres de las refinerías son líneas finísimas y estilizadas que tracé con el lápiz plateado y la regla, para que salieran lo más rectas posible. El fuego que emiten me recuerda a las velas de cumpleaños antes de ser sopladas.

No sé en qué momento ocurre, pero me abandona toda resistencia. Podrían haberme llevado de la mano hasta la hoguera, que dudo mucho que hubiera salido algún grito de mi garganta. Soy ya incapaz de protestar, y me doy cuenta de que Lecia también se ha vaciado del todo. Hemos caído en las garras de una gran máquina que nos está pulverizando por completo. Su fuerza lo simplifica todo. Una misteriosa calma se ha apoderado de todo mi ser. Lo que está a punto de ocurrir ya estaba escrito. Todos los caminos que podrían habernos sacado de aquel instante han sido cortados, uno por uno.

Pienso en la historia de Job, que me contaron en la catequesis dominical de Carol Sharp. En cómo acabó por

aprender a encontrar consuelo en su sufrimiento como quien se abandona a un viento potente que casi acaba por sostenerte pasado un momento. Hay personas capaces de superar así el dolor, cuando lo consideran procedente de una potencia superior. De ahí que en medio de una deplorable plaga en la que a todo quisque le salen en las ingles y las axilas unos bubones que se inflaman y estallan de pus haya quien se pasee por ahí con total tranquilidad.

Del mismo modo yo poseo la serena certeza de lo lejos que estamos de que alguien nos ayude. No va a aparecer ningún camión de bomberos. Ningún vecino llamará a papá o al sheriff.

Me imagino a la señora Heinz, la vecina de al lado, junto al fregadero, detrás de la ventana que todos los sábados dejaba limpia como una patena con un cubo de agua con amoniaco y zumo de limón. Nos está viendo. Siento su mirada sobre mí. Está secando el último plato del escurridor mientras nos observa, y se plantea salir. Pero se lo piensa mejor. Mamá sigue tirando cosas al fuego, como la bruja de una obra de Shakespeare, y la anciana señora Heinz seguramente está espiándola tras esas cortinas ondulantes e historiadas que ella misma fabricó con la máquina de coser y guinga del baratillo a imagen de las del catálogo de Sears. Seguramente echa un largo vistazo a la loma de juguetes y muebles chamuscados, a los marcos que encuadran llamas, y a mamá atizándolo todo con un palo largo, y piensa para sus adentros: «A mí nadie me ha dado vela en este entierro». Y a continuación suelta la cortina de cuadros rosas, que cae sobre nosotras igual que un telón.

Los demás vecinos han hecho lo mismo. Siento que todos ellos nos abandonan a nuestra suerte, a lo que quiera que esté a punto de suceder. Todas las cortinas se corren. Todas las mosquiteras se encajan y se echan todos los pestillos, y hasta las puertas macizas se cierran a cal y canto en medio del calor, y todos los cerrojos se atrancan. Casi puedo oír cómo sucede por todo el barrio. El volumen de los televisores sube para acallar nuestro barullo. Cualquiera podría haber llamado a papá

y haberle dicho: «Oye, Pete, no es que sea asunto mío, pero...». (Lo que más me pesa en la actualidad es que alguien efectivamente llamó a papá para ponerlo al corriente y él, atrapado en la misma trituradora que nos apresaba a nosotras, se limitó a asumir aquello que el destino le tenía reservado y dijo que vendría a casa directamente. Aunque también pudo haber mandado a quien fuera a tomar por culo, pues papá tenía la capacidad de subir o bajar la intensidad de cualquier parcela del mundo a su antojo. Me figuro perfectamente su mano grandota colgando el auricular negro. Puede que sus compañeros de sección estuvieran friendo algún bagre recién pescado. Desde lo alto de su torre pudo haber mirado por la ventana curva más allá de los campos de tuberías industriales y tanques de petróleo, pasados los apartaderos, hacia la red de viviendas idénticas, en uno de cuyos jardines mamá estaba prendiendo fuego a nuestras vidas, y tal vez papá decidiera simplemente cambiar de canal y pasar de la hoguera al chisporroteo del bagre rebozado con pan de maíz y flotando en manteca caliente. «Joder, cómo huele el pescado», me imagino que dice).

Cuando mamá termina de alimentar el fuego se mete otra vez en casa y nosotras la seguimos como animales gregarios. No echamos a correr a casa de ningún vecino gritando: «¡Salvadnos, salvadnos!». Nunca dejaríamos sola a mamá en ese estado. Cruzamos el césped empapado por el fuego y accedemos a la humedad del patio en sombras y la casa con todas las luces apagadas. Subimos desganas los escalones de hormigón y entramos en la cocina con pasos cadenciosos. Ella atraviesa el largo pasillo y se mete en su dormitorio, y en ese momento debió de prender una chispa dentro de Lecia, un deseo de liberarnos a ambas, de sacarnos de esa carrera salvaje en la que nos habíamos visto envueltas, porque me lleva hasta el rincón de la casa que es nuestro y de nadie más. Yo voy a donde ella me empuja como si fuera un ternerillo ciego.

Nuestro cuarto está manga por hombro, sin orden ni

concierto. El somier apoyado contra la pared me da un miedo cervical. Veo a mamá levantándolo y oigo el golpe una y otra vez. Hay una colcha negra y gris que la abuela cosió con retales de un muestrario de trajes para caballero que le regaló un sastre. Lecia la extiende, como si estuviéramos en un picnic. Yo me tumbo y mi hermana nos tapa con el cobertor blanco de chenilla hasta las rodillas, que doblamos para formar montañitas. Los nudos de la chenilla parecen un código secreto. Nos colocamos de lado, frente a frente. Debajo de nuestros cuerpos se despliegan los cuadros de la colcha. Jugamos a la rayuela con los dedos: de la gabardina negra a la franela color carbón y de ahí a la raya diplomática gris; parecen parcelas de labranza vistas desde el cielo. Poco antes, mamá ha reventado todas las bombillas del cuarto con el palo de una escoba, de modo que estamos a oscuras. Cuesta identificar los muebles volcados y tirados, apenas se distinguen los ángulos rectos que sobresalen formando un paisaje montañoso y escarpado en torno a nuestro catre improvisado en el suelo.

Ahora oigo a mamá revolver en la cocina. Debe de estar vaciando los cajones de los cubiertos, porque el ruido del metal al caer estalla y se detiene, estalla y se detiene. Si cierro los ojos es como si allí mismo estuviera librándose una gran batalla en la época del rey Arturo. Imagino a unos caballeros con armadura golpeando escudos con sus espadas, flechas volando hacia unas almenas, lanzas clavándose en las corazas de los jinetes. Cuando abro los ojos, sin embargo, sólo veo la llanura negra de la colcha sobre la que estamos tumbadas, cuadriculada por las muestras de trajes de caballero. A mi lado, la cara de Lecia se ve alargada y macilenta bajo el flequillo tieso. Tiene el aire siniestro de un perro pachón. Ya no juega a la rayuela, sino que aprieta el dedo índice contra los labios para ordenarme que no diga nada, pero ¿qué iba yo a decir? Un largo rectángulo de luz nos deslumbra a través de la puerta abierta.

Una silueta negra se recorta contra la luz, una figura con la forma de mi madre, con una corona salvaje de pelo y una

sombra por rostro. Ha levantado los brazos y separado los pies, de modo que la sombra pasa de ser una línea esbelta y fina a una equis gigantesca. Y de una mano asoma el destello de la hoja de treinta centímetros de un cuchillo de carnicero, muy parecido al que blandía el tío loco en la escena de la ducha de *Psicosis*, un cuchillo triangular que papá afila a mano con su piedra de amolar cada vez que se dispone a despiezar una ardilla o un pollo, aunque con ese tamaño podría incluso abrirle la cadera a un venado. La punta reverbera la luz igual que una estrella, y a mí se me viene a la cabeza esa vieja canción infantil: «Estrella brillante, estrella radiante, la primera estrella que esta noche veo. Ojalá, ojalá, ojalá hoy se cumpla mi deseo». Pero no sé qué desear. El dedo de Lecia sigue pegado a sus labios. Tiene los ojos inmensos y fijos en la silueta del umbral y el cuchillo. Pido el deseo de no gritar. Los gritos cabrearían a Lecia. Está claro. Un grito es lo último que quiero que ocurra ahora mismo. Lo que se formula en mi cabeza y me impide bramar es mitad deseo, mitad plegaria.

No bien ahogo aquel grito, se produce un milagro. Dentro de mi mente se despliega un amplio remanso de paz. La cara de Lecia mengua igual que si la mirara por el lado opuesto de un telescopio. E incluso la silueta de mi madre empieza a alterarse y desdibujarse. En realidad, el arácnido y flaco contorno femenino ataviado con pantalones de deporte y cuello vuelto que esgrime un cuchillo con el brazo levantado no es más que un monigote de mi madre, como el dibujo que hice con rotulador en la tarjeta que le regalé el domingo anterior por el Día de la Madre. Debajo escribí con letras mayúsculas rosas que decoré con encajes dibujados con ceras: «Eres una mamá muy buena. Te quiero. Me lo paso muy bien contigo. Muchos besos de Mary Marlene». Esa mañana de domingo abrió la tarjeta, la leyó y estalló en unos tensos sollozos; me abrazó tan fuerte que sus lágrimas se me colaron por los oídos, hasta que apareció Lecia a su lado con un martini con vodka que acababa de prepararle y le dijo: «Toma, bébete esto». Luego hubo otro martini, y otro más. Della Reese cantaba «Mack the Knife» en el tocadiscos. Mamá repetía sin cesar: «Ay, mis niñas, mis pobres

niñas» y «Esto no es culpa vuestra». Cuando reuní valor para colarme en la cocina y vaciar la botella de vodka por el fregadero, ya sólo quedaba un dedo.

Como decía, aquello había sido el Día de la Madre, una semana antes. En la tarjeta había dibujado un monigote, mi madre, con un collar de perlas del tamaño de pelotas de ping-pong alrededor del palito que representaba el cuello. Ahora, en mi mente, mi madre se convierte en ese mismo monigote. La cabeza es un simple círculo y unos garabatos enroscados forman su pelo. Pero ahí acaba la similitud con el dibujo de mi tarjeta. Este monigote lleva en la mano un cuchillo triangular con una estrella brillante en la punta. El monigote de mi hermana respira hondo bajo la pechera de su pijama blanco, y yo acompaso mi respiración con la suya. Permanecemos tumbadas en ese cuarto de dibujo animado lo que me parece una eternidad, hasta que de pronto mamá ruge «¡No!» igual que una leona y la boca adopta la forma de una o negra y gigante con dientes puntiagudos durante un rato que se me antoja interminable. El *NO* negro zarpa de su boca dentro de un globo alargado con la cola de un cometa que desfila por delante de nosotras y sale a la noche encendida por las ventanas forradas con papel de cera.

Y así fue como Dios atendió mis plegarias: aprendí a transformarnos a todos en dibujitos. La mujer monigote del centro de la página negra con las cejas fruncidas formando una uve desquiciada por encima de unos ojillos de punta de alfiler ya no es mi madre sino un monstruo de los dibujos de los sábados. No es mi madre, y sanseacabó. Empujo todo el terror hasta el estómago y lo dejo ahí hasta que el miedo forma un callo apenas perceptible. Lo mismo ocurre conmigo: encallezco y me transformo en una persona apenas perceptible. Noto que Lecia ladea la cabeza hacia mí, como queriendo saber por qué narices sonrío.

Ahora la madre monigote suelta el cuchillo en el suelo para marcar un número. Cuento los siete giros de la rueda, noto cómo retrocede el dial bajo su dedo de palote. La madre

monigote llora, haciendo mucho ruido. Una fuente de lágrimas azules brota de los dos ojos de punta de alfiler. Supongo que al otro lado de la línea responde el doctor Boudreaux, porque ella exclama: «¡Forest, soy Charlie Marie! Ven enseguida. Las he matado. A las dos. Las he apuñalado y están muertas».

Capítulo 8

Cuando se llevaron a mamá me sumí en una intensa sensación de soledad y desamparo de la que nada era capaz de sacarme. Por lo demás, no es que nadie se molestara en ayudarme. Y me refiero a que papá jamás hizo alusión a la noche de la hoguera. Tampoco nos explicó cuándo volvería mamá, aparte de un escueto «Muy pronto». Puede que nuestro propio silencio al respecto (el de Lecia y el mío, porque nosotras tampoco abordábamos el asunto) tuviera como propósito proteger a papá en cierto modo, ahorrarle más preocupaciones. Si al no contarle todo lo ocurrido le fallamos, está clarísimo que él nos falló a nosotras al no saber cómo hacernos las preguntas adecuadas.

En el colegio hice propósito de enmienda. Dejé de decir palabrotas y de meterme en peleas, y no me gané ni un solo destierro al despacho de Frank Doleman para jugar al ajedrez. Mi boletín de notas del último trimestre de segundo grado refleja una nota de «Satisfactorio +» tanto en conducta como en ciudadanía. Algo completamente nuevo para mí. Sin duda, obraba en la creencia de que un comportamiento intachable a ojos de las autoridades aceleraría el regreso de mamá.

En casa también recogía mi zona del dormitorio, y a regañadientes ayudaba a Lecia a hacer nuestra cama plegando las esquinas de las sábanas al estilo militar. Hasta ahí mi participación en las tareas domésticas, pese a que todos los sábados mi hermana hacía zafarrancho y limpiaba la casa de arriba abajo, incluyendo el interior de los retretes. Ponía

especial empeño en los ceniceros de papá, que no podía soltar la ceniza de un Camel sin que ella se precipitara para lavar y secar el cenicero antes siquiera de que él apartara la mano.

Sin datos reales acerca de la salud psíquica —o la falta de ella— de nuestra madre, Lecia y yo nos figurábamos situaciones tirando a preocupantes. Una noche vimos por la tele una película titulada *Nido de víboras* en la que Olivia de Havilland interpretaba a una señora más bien maja, aunque algo tensa, que pasaba el aspirador por su casa ataviada con broches ultra barrocos y vestidos con cinturón y que, no obstante, presentaba un tic en la boca ya desde el principio de la película, presagio del infernal ataque de nervios con mayúsculas que se desataba posteriormente. El título refleja la forma en que se retrataba el pabellón psiquiátrico. Había una bañera de agua helada en la que sumergían a un maníaco, bajo un lienzo húmedo, y el tratamiento de electrochoque se describía tal que así: «Se adhieren los electrodos a las sienes ¡ZZZZZZ! ¡Miles de voltios atraviesan el cerebro a toda velocidad!». Al final, a la sufrida De Havilland la encerraban en un cuarto acolchado y le ponían una de esas camisas de fuerza con las mangas muy largas que te obligaban a abrazarte todo el día y que para colmo parecían dar muchísimo calor. Y todo el tiempo creía ver serpientes reptando por las paredes. Ésa es la imagen que Lecia y yo nos hicimos de la vida en un pabellón psiquiátrico para los «enfermos de los nervios» declarados. No teníamos nada más de lo que echar mano.

Los niños del barrio no nos tranquilizaban, precisamente. Al igual que nosotras, andaban escasos de datos reales sobre los pabellones psiquiátricos, si bien les sobraban la mala leche y las malas palabras. Aún hoy es un rasgo característico de la ciudadanía de Leechfield que tus mayores debilidades sean objeto de ataque en los términos más crueles del habla local. De hecho, cuanto peor sea el suceso, tanto más abierta y descarnadamente se hablará de ello. Así, a quienes nacen con piernas enclenques los apodan Cojeras, o Carapizza a las chicas con acné.

Mi padre incluso trabajaba con un tipo cuyo hijo adolescente perdió los papeles y, armado con una escopeta del 12, se presentó una mañana de verano en la escuela secundaria y mató a un orientador mientras el director (el presunto objetivo, según supimos más tarde) se escondía en la caja fuerte del centro. Los colegas de papá enseguida le pusieron a aquel muchacho «el Cazador». La semana en que el periódico local publicó un artículo sobre la entrada en prisión y lobotomía del chico en el hospital público de Rusk, los de la refinería montaron en honor del padre una fiesta por todo lo alto en la que no faltaron los globos ni los petardos. No es coña. Contaba mi padre que en la tarjeta que le regalaron a ese pobre hombre escribieron: «¡Esperamos que el Cazador deponga por fin las armas!».

Estábamos acostumbrados a esa especie de mezquindad sin tapujos basada en la teoría de que *no* hablar de un episodio doloroso en los términos más perversos era una manera de actuar como si no existiera. Negar semejante miseria, por tanto, equivalía a mentir sobre ella. Y esa mentira se consideraba más cruel incluso que la triste verdad, porque en cierto modo aislaba o excluía a la persona que la padecía (a saber, en el caso citado, el padre del Cazador). Para colmo, acallar un suceso tan grotesco como la lobotomía de tu único hijo daba a entender que las circunstancias te habían debilitado o que «no eras capaz de enfrentarte a ello».

Así pues, los niños del vecindario me hablaban recurriendo a un lenguaje que supuestamente me curtiría para la dura realidad de mi vida. Tuve que oír que mi madre estaba como una regadera, como un cencerro y como unas maracas. Que le faltaba un tornillo. Que la habían encerrado en el manicomio, en la casa de la risa, en el Marriott para chiflados, en el Hotel Jajajá.

Me llevé tres o cuatro azotainas en el culo por abalanzarme como una pantera sobre los niños que hablaban de ella en tales términos. Al final, papá me animó a que mordiera con todas mis fuerzas a quienquiera que se aprovechara de mí. Él sabía que

regular me procuraría un chorro constante de somantas, y mi tamaño excluía las victorias aplastantes. «Clávales el marfil, Pokey», me aconsejaba. Aunque luego me zurrasen, los bocados dejaban una marca duradera. Aquel verano mordí hasta hacer sangre en siete u ocho ocasiones. Pero el día que arranqué un pedazo de carne del hombro de Rickey Carter se desencadenaron una serie de sucesos que forjaron mi reputación como la niña *más mala* del barrio.

El arrebolado Rickey, que tenía doce años y no soportaba haberse echado a llorar delante de los niños pequeños tras el mordisco, intentó dar con la manera de devolvérmela, y se ensañó con Lecia. Atacar a mi hermana era mala idea. Rickey era mayor y mucho más corpulento, pero Lecia era más dura que la suela de un zapato. No había vez que entrara en el colmado a comprarse un helado sin que algún matón la señalara y exclamara: «¡Ésa es la niña de Pete Karr!», alabanza que indefectiblemente suscitaba el exagerado y admirativo levantamiento de cejas de algún otro individuo. Total, que Lecia había inmovilizado sin esfuerzo a Rickey cuando el hermano pequeño de éste, Philip, apareció por detrás y la golpeó con todas sus fuerzas entre los omóplatos con un bate de béisbol, dejándola inconsciente. Con el chasquido de la madera contra la columna vertebral toda la pandilla se disolvió y cada uno regresó corriendo al jardín de su casa. Lecia se desplomó, y transcurrieron varios minutos antes de que las mejillas recuperasen su color y los ojos se le abrieran con un parpadeo.

Al día siguiente al alba cogí de lo alto de la estantería la carabina de aire comprimido y emprendí una aventura que prefiguraba la de Charles Whitman, el tío que años más tarde mató a trece personas desde lo alto de la torre de la Universidad de Texas. Metí una lata de tamales picantes y un abrelatas en una bolsa de papel y llené de té un tarro de mermelada. Mientras los demás niños todavía estaban en pijama desayunando donuts con azúcar y viendo los dibujitos animados, yo atravesé sigilosa el zarzal que había detrás de nuestra casa. Trepé al solitario árbol del paraíso que había en

medio del campo y me senté a esperar a los Carter con la carabina en el regazo. Habían planeado salir a coger moras esa mañana para que su mamá les preparara una tarta. Los había oído comentarlo.

Casi no tuve que esperar. El sol había pasado del rosa a un blanco cegador cuando el clan de los Carter al completo atravesó a voces la acequia herbosa que rodeaba la linde del campo. Su padre los guiaba, y ellos iban a la zaga, cada uno pertrechado con una cacerola o un cubo. Yo levanté la carabina y apunté buscando a través de la pequeña uve el destello blanco de las gafas de Rickey. Mi intención era darle de lleno entre los ojos. Me repetí la orden de papá de apretar despacio el gatillo. «Nada de movimientos bruscos, Pokey», me decía siempre. Seguí su consejo, y tras el satisfactorio sonido del disparo, «zing», ocurrió un milagro. Vi que Rickey Carter se daba un manotazo en el cuello, como si creyera que le había picado una avispa.

Erré los siguientes disparos. Pero el señor Carter los oyó rebotar entre la hierba alta y orientándose por el ruido descubrió mi silueta parapetada tras la fronda del árbol. Desde donde me encontraba veía el agujerito sangrante en el cuello de Rickey, donde lo había alcanzado. El señor Carter gritó mi nombre y preguntó a voces si había sido yo. Pero yo me quedé inmóvil, como Tío Conejo. Entonces preguntó, desgañitándose, si tenía un arma, y Babby Carter dejó caer su frasco y salió corriendo entre sollozos hacia la carretera, seguida de Philip. Shirley también echó a correr. Las chanclas golpeteaban contra sus pies hasta que cruzaron la acequia y pisaron el asfalto del otro lado. Rickey puso los brazos en jarra, como si estuviera furioso, pero se apartó para que su padre se interpusiera entre el árbol del paraíso y él. «Mariconazo», pensé, como si el deseo de no recibir un disparo confirmara su falta de virilidad. El señor Carter me pidió a gritos que bajara, que con una escopeta de perdigones podía sacarle un ojo a alguien. Y yo le dirigí una réplica por la que las madres decrepitas del pueblo todavía se echan las manos a la cabeza. Era claramente lo peor que

ningún habitante de Leechfield había oído decir a un niño. «¡Cómeme el coño!», le dije. No tenía ni idea de lo que significaba aquello. Había registrado la expresión como una variante menos fuerte del ya manido y sobreexplotado «Vete a tomar por culo».

Y seguí sin saberlo mucho tiempo, aun después de que papá fuese informado por teléfono, aun incluso de que me diera una zurra con la vieja fusta casera de la abuela Moore, lo cual ya era un ultraje de por sí. Puede que llorase, incluso.

Al día siguiente me propuse montar un piquete en la entrada de la casa de los Carter, convencida de que los hijos de las familias del sindicato no se atreverían a cruzar aquella línea para jugar con ellos. Con las pinturas de mamá escribí sendas pancartas para Lecia y para mí. La mía rezaba, prosaicamente, «Abajo los Carter»; la de Lecia, «Los Carter pelean sin honor». Sin embargo, mi hermana me disuadió. Mi mañana como francotiradora me valió un respeto al que yo misma era reticente. Los niños dejaron de decir barbaridades sobre mamá. La campaña contra los Carter me había procurado un entretenimiento y una parcela de alivio. Sin necesidad de tramar complots contra ellos, volví a hundirme en la añoranza por mi madre.

Papá sólo tenía una historia del club de los mentirosos acerca de la mezquindad de su propia madre, centrada en la virulencia de sus palizas, tan extrema que él mismo se jactaba de haber sobrevivido a ellas.

—La vieja también me ponía el culo morado, no os vayáis a creer. Tenía la mano igual de suelta que mi padre.

Estamos limpiando patos, papá, yo y todos los demás. A las nueve de la mañana ya habíamos alcanzado nuestro objetivo. Estoy sacándole las tripas a una cerceta mientras papá despluma el cuerpo inerte e inmenso del único ganso de Canadá que hemos cogido. Con un solo ademán abre un ancho caminillo entre las plumas.

—Mi madre era más dura que el culo de un transportista de

truncos —continúa.

Es un gran elogio viniendo de él. En la explotación forestal, los transportistas movían vagones de troncos sin tratar tirados por burros. Como se frotaban el culo con la madera de pino todo el santo día, se convirtieron en iconos de dureza.

—¿Cuántos huevos queréis? —quiere saber Ben.

Todo el mundo pide tres. Ben echa un buen pegote de margarina en la sartén negra. Hemos parado en la cabaña de una sola habitación de Cooter para limpiar los patos y desayunar. Estamos en el *bayou* Chupique, justo al otro lado del río, en Luisiana.

—Y eso que no levantaba ni tres palmos del suelo, mi madre —añade papá—. Pero como le mintieras, se volvía más mala que una víbora.

Entonces Shug dice, todo serio, que es incapaz de imaginarse a papá mintiendo. Él está despiezando los patos y envolviendo la carne en papel blanco de congelador para que la repartamos cuando volvamos al pueblo.

Papá inclina la cabeza hacia Shug.

—La última vez que me cascó fue por mentir. Y yo ya tenía edad para saber que era mayorcito para que me cascaran. Coño, que tenía los brazos así de grandes. —Y contempla la tina llena de patos muertos y plumas que hay a sus pies, como si fuera un oráculo del que está a punto de surgir el fantasma de su madre.

Cuando está seguro de que todos le prestamos atención, vuelve atrás y sitúa la escena.

—Ese agosto había habido un huracán. Que echó tropecientos mil litros de agua en el río Neches. ¿Que si iba crecido? —Nos fulmina con la mirada uno a uno, para que cale el mensaje—. Señor bendito, cómo iba el río...

Nadie mueve un músculo, y el único sonido perceptible es el del chisporroteo de los huevos en la grasa y el del papel que pliega Shug. Por una fracción de segundo la palabra «huracán»

hace bramar dentro de mi cabeza el recuerdo del puente Orange durante el huracán Carla, la barandilla acercándose lateralmente al coche a través de la lluvia. Meneo la cabeza para desembarazarme de ese pensamiento y vuelvo a mis cercetas. Tiene tela la faena.

—Yo me acuerdo de aquel huracán —dice Cooter. La voz le vibra de la emoción de pensar que él también forma parte de la historia.

—Cooter, tú en esa época todavía cagabas líquido —tercia Ben—, y eso si es que habías nacido...

Acto seguido rompe las yemas con la espátula para que los huevos queden muy hechos. Si uno quiere los huevos así en un garito de carretera hay que decirle a la camarera: «Deles la vuelta y pisotéelos».

—Pues será que me acuerdo de otro parecido —replica Cooter.

—Coño, aquí todos nos acordamos de alguno parecido.

El que protesta es Shug, que está hasta la coronilla de Cooter porque lleva todo el fin de semana dándole órdenes sólo porque es negro. «Shug, enciende el motor». «Disparas demasiado pronto, Shug». «Joder, Shug, que estaba guardando esas galletas para luego». Además, Cooter está rozando el límite de contar chistes de negros. Emplea los términos «polaco» y «paleta», pero todo el mundo, Shug incluido, sabe que si no hubiera un negro calentando una silla no se le caería el «negrata» de la boca. Papá dice que Cooter no es más que un pobre ignorante, que nunca ha conocido a nadie de color, y que no hay que tenérselo en cuenta. Pero a mí me parece lamentable que nadie le plante cara nunca. Es decir, los otros intentan pararle un poco los pies y que no se pase de capullo. Pero nadie le recrimina a las claras: «No paras de buscarle las cosquillas a Shug sólo porque es de color». A veces me parece que debemos comportarnos como si Shug no fuera negro, o que hacer algún comentario al respecto se consideraría de mala educación. Es una cosa que me intriga, porque para mí la

condición de negro de Shug es de cajón. Y normalmente nadie se priva de señalar y criticar cualquier diferencia. Este silencio, una mentira vinculada al color de la piel de una persona, se vuelve todavía más serio e intrigante.

La voz de papá interrumpe mis elucubraciones:

—Total, que mi madre nos prohibió claramente a mi hermano A. D. y a mí que nos metiéramos en el río. «Al río ni os acerquéis, chavales, que se ahogan los niños». Y nosotros le dijimos que sí. Pero A. D. me echó una miradita y yo comprendí que los dos estábamos pensando lo mismo.

»A. D. y yo nos colocamos al lado de la ventana y hablamos bien alto para que nos oiga mamá. Decimos que tenemos que acercarnos al molino, a ver si papá necesita que le echemos una mano. Tomamos la carretera del bosque, pero en cuanto llegamos al desvío y ella ya no nos ve (en este momento traza con los dedos el desvío al que llega) cambiamos de ruta y nos vamos para allá. Los muchachos iban a estar todos en el río, y nosotros queremos estar allí también. Llegamos, nos desnudamos y nos zambullimos en el río igual que un par de cuchillos al clavarse en una barra de mantequilla.

Papá ha terminado de desplumar el ganso y me tiende el cuerpo rosado e hirsuto para que lo destripe. Coge un ánade real. La cabeza es de un verde iridiscente. Cuando Ben contaba los ánades reales poco antes, el manojito de cabezas verdosas y lustrosas parecía una suerte de ramo de flores en su manaza colorada. Salvo por los ojos negros de mirada perdida, casi podrías olvidarte de que están muertos.

—¿Era tu hermano mayor con el que ibas? —inquire Cooter.

—Qué importa con quién fuera entonces, Cooter —tercia Shug—. Joder, cabrón más preguntón que tú no he conocido en la vida.

Cooter se gira en la silla y mira fijamente a Shug. La manera en que Cooter tuerce el cuello, a imagen de los pájaros, me hace pensar a veces que está a punto de ponerse a cloquear

y picotear las tablas del suelo.

—Pues si a mí me apetece saberlo, claro que importa — replica Cooter.

Papá agita el ave que tiene en la mano como si fuera un bate de béisbol y se preparase para batear.

—Os juro por Dios que os voy a dejar el culo fino con este pato como no os calléis de una vez.

—¡Ha empezado él! —protesta Cooter, y hunde la cabeza bajo el cuello de la camisa.

Ben dice que no les haga ni caso. Sigue junto al fogón, volcando la grasa sobrante de la sartén en el tarro de la manteca.

Papá arranca varios puñados de plumas al ánade real para recuperar la atención de todo el mundo y retoma su relato.

—Esa tarde volvíamos a casa por el bosque cuando vimos venir a mamá. Se había arregazado el delantal para que no se le enredara en la escoba. Y, como siempre, llevaba la papalina azul de flores.

Papá abre las manos detrás de la cabeza para representar la papalina.

—El sol se ponía por el oeste, que quedaba a su derecha, así que el gorro le hacía sombra en la cara y no la veíamos bien. Pero por la forma que tenía de pisotear la mala hierba me di cuenta de que estaba muy cabreada. Aparte, se había hecho con una vara de olmo más alta que ella. Vamos, que ya contaba con cascarnos. Le susurré por lo bajini a A. D. que ni se le ocurriera confesar que nos habíamos bañado, sólo que nos quedamos mirando a los otros. Y él me dijo que sí.

»Ni un minuto había pasado cuando nuestra madre va y se para en seco en medio del caminillo, frente a mí. «J. P.», me dice, «¿te has bañado en el río?». «Para nada, mama, hemos visto a los otros y ya está». «Muy bien», me dice. Y entonces alarga la vara y le da un toquecito en el hombro a A. D., que está justo detrás de mí. «A. D., ¿te has bañado en el río?». Yo

no me puedo creer lo que oigo: «Sí, mamá. Me he bañado, y él se ha metido conmigo». Y pienso: «Menudo desgraciado hijo de puta».

Observo cómo Ben saca del horno una bandeja de bollos. Con un abrebotellas puntiagudo hace un agujero triangular en una lata amarilla de miel de caña. A mí me gusta hundir el pulgar en los bollos y rellenar el boquete con miel de caña, para que rebose por los lados cuando lo muerdes. Me imagino haciéndolo y percibo toda la dulzura del sirope en el cielo de la boca, una dulzura que todavía me posee, igual que si fuera sed, cuando papá continúa.

—Tengo que decirlo, amigos, que mi madre no era más alta que Mary Marlene, aquí presente. —Me señala con el pulgar para que dé testimonio de la pequeñez de su madre. Yo ignoro el gesto fingiendo estar concentrada en abrir en canal la tripa abultada del ganso—. No pesaría ni cuarenta kilos con las botas puestas. En fin, que nos llevó a la parte de atrás de la casa, al porche con mosquitera donde dormíamos en verano. Y empezó a darle a A. D. como si se propusiera cargárselo. Le molió la espalda a varazos, parecía que quisiera abrirle un surco en la carne. Yo me partía de risa cada vez que mi hermano me buscaba con la mirada. Me imaginaba que mi madre estaba empleando todas sus fuerzas con A. D. y que cuando me tocara a mí ya estaría cansada.

Shug dice:

—Mi padre nos pegaba así a mí y a mi hermano. Por turnos, y que uno presenciara la paliza del otro.

—Ahora quién está interrumpiendo, ¿eh? —exclama Cooter, dando una palmada en la mesa—. ¿Por qué nadie protesta cuando interrumpe él?

A Cooter se le marcan las venas del cuello. Ben le ordena que coja los platos y deje ya de hacerse la víctima.

Papá suelta el pato en la tina como si recrear la paliza lo agotase de pronto. Parece como si le hubiera caído encima con todo su peso. Se le encorvan los hombros. Las profundas

arrugas de su rostro se le marcan todavía más. Y lanza una mirada imprecisa al centro de la estancia, como si la zurra estuviera ocurriendo allí mismo y él sólo tuviera que observar y dar parte a los demás.

—La vara me rasgó la camisa al tercer o cuarto latigazo en la espalda... —Agacha la cabeza, como sometida al peso de la vara, que cada vez me resulta más fácil de imaginar—. A mí me habían pegado hombres hechos y derechos con barretas de hierro, calcetines llenos de calderilla y todos los palos que os podáis imaginar. Pero mi vieja, menudita como una polluela, agarró la vara de olmo y me dejó en carne viva toda la zona que va de los hombros al culo. Y cada vez que decía una palabra soltaba un varazo. «¡A-mí-no-me-mien-tas-de-mí-no-hu-yas!». Joder, me zafé un par de veces. Y salí corriendo hacia la puerta mosquitera. Pero las tablas de pino del porche se habían hinchado por las lluvias, y la puerta estaba encajada. No había forma humana de tirar y que se abriera ni de descorrer el pestillo. Cuando estaba a punto de abrirla sentí otra vez la vara en toda la espalda. Se oía el silbido cortando el aire justo antes de notarlo en la piel. Y mamá detrás, soltando hachazos como si yo fuera un pino y pretendiera talarme. Me daba miedo caerme al suelo. Me daba miedo no ser capaz de volver a ponerme en vertical. Os lo prometo. ¿Creéis que se cansó con A. D.? —Nos mira entornando los ojos, y coge otra vez el ánade real y arranca varias plumas, como para desahogarse—. Joder, lo de mi hermano fue sólo el calentamiento.

—Les sienta fatal que te escapes —confirma Ben, que está pasando el último huevo a la bandeja—. Mi abuela era exactamente igual, y si corrías, lo que pasaba era que la paliza se eternizaba.

Yo, que si por algo me caracterizo es por echar a correr en medio de las zurras, me siento orgullosa de que papá corriera también. Siempre había creído que sólo un idiota se quedaría quieto aguantando el chaparrón. Me las he apañado para colocarme junto a la hornilla y ahora la bandeja de los bollos, bien redonditos y dorados por arriba, queda a la altura de mis

ojos. En cuanto Ben me haga el más mínimo gesto de aprobación, cogeré el primero.

—Al final atravesé la mosquitera por el centro —explica papá—. Dejé la silueta marcada, como una muñeca recortable.

Shug me guiña un ojo por lo inverosímil que resulta ese detalle. Siempre me tiene al corriente del cociente de credibilidad de lo que cuenta papá, pese a que yo no soy más que una niña, y bastante insufrible, dicho sea de paso.

Papá vuelve a soltar el pato y esboza una sonrisa de oreja a oreja, engurruña los ojos y endereza los hombros, como si acabara de recordar la mejor parte de la historia.

—Y el bueno de A. D. me las pagó, no os vayáis a creer.

—¿El tío A. D. no era mucho más alto que tú, papi?

Yo no pierdo oportunidad de restar importancia a mi propia escualidez. El tío A. D. es un hombretón más alto que un roble, con el pelo blanco, muy fuerte. En todas las fotos de los hermanos Karr alineados aparece al lado de papá y mirándolo desde arriba, como por encima del hombro.

—La altura al final da lo mismo —observa mi padre—. Ser alto puede tener su gracia, pero hay muchas otras cosas más importantes, Pokey. Que no se te olvide. El capullo más alto del mundo, fue lo que pensé ese día.

»Me voy para la parte de atrás del cobertizo y allí estaba el bueno de A. D., hecho un ovillo en el suelo. «Hermano», le digo. —La voz de papá al fingir que se dirige al tío A. D. es dulce y delicada como mantequilla a medio derretir—. «Me parece a mí que tienes la espalda hecha un cristo». Le digo que le traigo un bálsamo para quemaduras que puede calmarle los dolores y A. D. se inclina hacia delante y empieza a subirse la camisa, que está toda pegada a las heridas de la espalda. Sisea de dolor. Cuando se ha subido hasta las clavículas la tela de algodón vieja me pregunta si tiene mala pinta. Y yo le digo: «Pobrecito...». A mí también me ha dejado la camisa hecha unos zorros, así que sé lo que se siente. «Súbete la camisa un

poco más, hasta el cuello», le digo, «que no se pringue con el bálsamo, o mamá se va a cabrear todavía más». Y él va y se inclina más. Se dobla en dos, prácticamente. Tiene los brazos tiesos dentro de las mangas, está atrapado como una serpiente en un calcetín. Y entonces me pongo manos a la obra y le unto en las heridas un linimento de trementina para caballos, uno muy espeso y muy negro que mamá hacía con brea. Inmovilicé a A. D. y se lo extendí con la palma de la mano. Y él mientras retorciéndose como un demonio para soltarse.

Shug interrumpe por un segundo la tarea de embalar la carne. Inclina la cabeza en dirección a papá y dice que su madre también preparaba un linimento para caballos con una base de brea cuando él era joven. Porque Shug se crió en la misma zona que papá.

—La de mi madre era de brea y resina de pino, si no recuerdo mal. Igual le echaba también un poco de citronela o algún hierbajo de esos.

La madre de Shug conocía a la madre de papá, y tanto una como la otra eran buenas curanderas. De vez en cuando Shug y papá viajan en el tiempo y evocan a sus madres y sus linimentos, por ejemplo, o cualquier otra poción curativa. A los dos se les vela el semblante de una dulzura que me llena los ojos de lágrimas. Casi acuso la nostalgia por esas dos mujeres que nunca he llegado a conocer.

Papá responde que le suena que fuera exactamente así. Se levanta, se aparta de la tina llena de plumas y va a lavarse las manos al fregadero. Parece complacido. El hecho de que Shug conozca el linimento en cuestión demuestra la existencia del universo que él retrata. Pero Shug frunce el ceño con aire contrariado y le dice a papá que era imposible quitarse ese unguento de encima, ni siquiera arrancándose la piel a tiras. Y papá replica que ésa era la idea, achicharrar al tío A. D. hasta los tuétanos por haberlo delatado.

Esto me da que pensar. De vez en cuando oigo hablar de las maldades de papá, y veo que algunos tipos se apartan cuando

él se acerca a la mesa de billar, pero a mí me trata como si fuera de porcelana. Hasta las zurras que me da son tan suaves que parecen simbólicas. Cuando esta mañana me levanté para acompañarlos al *bayou*, helada, papá me calentó los calcetines en la estufa de gas antes de que me los pusiera. (Lecia se había quedado a dormir en casa de una amiga; se consideraba demasiado mayor para hacer cosas con papá, amén de que había desarrollado el poder de infiltrarse en el seno de familias más tranquilas que la nuestra). Papá me da todos los caprichos que se me antojan, me ríe las gracias y me dice que me quiere más que a nadie unas cincuenta veces al día. Yo lo he visto pelear, pero lo que no he visto nunca es esa perversidad ladina a la que alude delante del club de los mentirosos. Miro cómo se limpia la sangre de debajo de las uñas con un cepillo celeste de plástico y reflexiono sobre ello.

—Dejé al bueno de A. D. retorciéndose en el suelo. Rascándose más que un mono para librarse de sí mismo.

Ben vuelca la bandeja, de la que caen los bollos formando un círculo humeante y perfecto. Por debajo están oscuritos y crujientes. Me hace una seña con la cabeza para darme su visto bueno, y yo cojo uno. Pero tengo que pasármelo de una mano a otra, igual que si fuera una patata caliente, para no quemarme. Al final lo suelto en la encimera y lo protejo formando un pequeño iglú con las manos. Soplo. Cuando levanto la vista compruebo que Ben también tiene el semblante ensombrecido, como si él tampoco fuera capaz de sacudirse así como así la mezquindad de la anécdota.

Puede que fuera la sospecha de esa maldad oculta de papá lo que me impidiera preguntarle por mamá mientras ella estaba ingresada en el hospital. Su silencio a ese respecto era una muralla que no me estaba permitido atravesar. Sin embargo, cuántas veces no había hecho yo caso omiso de los letreros de PROHIBIDO EL PASO.

Así pues, aquel día mi mente revivió la noche de la hoguera mientras papá y yo volvíamos a casa en la camioneta verde lagarto. Por aquel entonces yo ya había borrado la imagen de

mamá blandiendo el cuchillo de carnicero. Incluso había borrado la imagen de la hoguera en la que había ardidado todo nuestro armario. Lo único que mi mente conservaba era la estampa del doctor Boudreaux con su bigotillo de oruga preguntándome dónde tenía las marcas. Sabía que él había ingresado a mamá en el psiquiátrico. Así que me atreví a preguntar por aquel sitio y si no podíamos ir a visitarla. Papá me dijo que no podían ir los niños porque se espantaban al ver a sus mamás encerradas en un pabellón con una manada de personas en pijama. En ese momento viró, sacó un Camel del paquete y pulsó el botón del mechero del coche. El mechero desempeñaba el papel de punto final. Su cometido era acabar con mis preguntas. Sentí la melena arremolinarse con el viento cálido y a través de la ventanilla vi desfilarse la fábrica de caucho.

Por algún motivo, sin embargo, volví a la carga. Habíamos estado en el Farm Royal, cuya camarera tenía por costumbre inclinarse sobre la ventanilla de papá mientras yo me bebía el sorbete de cereza. Ni una sola vez nos cobró, y eso que papá se bebía tres cervezas como mínimo. Tal vez ese día yo pensara que la cerveza le soltaría la lengua. Le pregunté si él no pasaba miedo cuando iba a ver a mamá. Respondió que los tipos que vivían allí no parecían chiflados sino más bien muy, pero que muy tristes. Pasaban muchas horas jugando a juegos de mesa, moviendo las fichas de higos a brevas.

Ese preciso detalle sobre las fichas me hizo ver el hospital como algo muy real. De pronto estalló en mí una furia ciega que hasta entonces había permanecido oculta. Le dije a mi padre que no quería que mamá volviera a casa si otra vez perdía la chaveta sólo porque no habíamos ordenado nuestro cuarto.

Papá hizo entonces algo tan impropio de él que inmediatamente se convirtió en el gesto que mejor lo definía en mi memoria. Dio un volantazo, nos salimos de la carretera y los neumáticos entraron en contacto con la grava. Pisó el freno. La camioneta coleó hasta detenerse del todo. Papá ni siquiera se volvió para mirarme. Tenía los ojos clavados hacia el otro lado, ignoro si fijos en el reflejo de su propio rostro en el retrovisor o

en las torres que había a lo lejos. Esto me permitió examinar su perfil, los pómulos marcados, la nariz aguileña. Los ojos se le achicaron cuando por fin habló. Me dijo que como volviera a hablar así de mi madre me daría de hostias hasta el martes de la semana siguiente. Nos quedamos allí sentados un momento, absorbiendo la violencia de la amenaza, pues papá no sólo no me había dado una hostia jamás, sino que ni siquiera había amenazado con hacerlo. Se me recalentó la cara sólo de pensarlo. Pero no moví ni un músculo. Al cabo de un segundo pisó el embrague, metió primera y salimos otra vez a la carretera.

Papá acabó por llevarnos al hospital, una construcción baja de ladrillo en medio de un terreno cubierto de maleza bajo un sol abrasador, sin una sola sombra en kilómetros a la redonda. No entramos, sino que nos quedamos fuera de lo que debía de ser la sala de estar de los internos. Mamá y papá habían acordado de antemano la hora del encuentro. Conforme nos acercábamos distinguí a través de la mosquitera y la capa suplementaria de malla de alambre grapada a la ventana —para frustrar cualquier intento de huida, supongo— el estampado tropical de su bata de andar por casa. Papá tuvo que auparme cogiéndome por la cintura para que me asomara a la ventana. Aun así sólo mi nariz quedaba por encima del alféizar. Mamá apoyó la mano en la malla. Era muy pálida, y yo hice lo propio para establecer un contacto, con cuidado de tocarla tanto como me fuera posible. La mosquitera cedió un poco para que nuestras palmas se unieran a través de la urdimbre. Su cara bajo la espesa sombra de la estancia era apenas un óvalo macilento, desprovisto de facciones, pero distinguí el llanto en su voz cuando dijo que nos echaba de menos. Se enjugó el óvalo con un pañuelo de papel y se sonó haciendo mucho ruido. Nos dijimos varias veces que nos echábamos de menos.

Entonces dije algo que provocó que Lecia me diera un pellizco en el tobillo: «Me da mucha pena que estés encerrada». Ella se echó a reír. «Qué coño, cariño mío», respondió, «vosotros también estáis encerrados. Sólo que en un cuarto

más grande». No bien había dicho esto surgió de uno de los rincones más alejados de la sala, en los que no había reparado en absoluto, un tropel de risitas que me pusieron la carne de gallina. Al escudriñar en la dirección de donde venían las risas distinguí un impreciso rebaño de pacientes con camisones azules sentadas en torno a una mesa redonda entre una nube gris de humo de cigarrillos. Comprendí que aquellas mujeres eran «las otras locas». Su anonimato, no obstante, en vez de asustarme me contrarió, porque ellas sí podían pasar el día entero en compañía de mi madre. Comían juntas y jugaban al *gin rummy* mientras a mí sólo me dejaban asomarme a una ventana, como si encarnase algo que a duras penas ella pudiera soportar. Papá me bajó al percatarse de que las había visto. Dije: «Te quiero», y gimoteé un poco. Mamá hizo lo mismo y paulatinamente desapareció de mi vista.

Como Lecia era más alta, papá pudo auparla un poco más. Enlazó los dedos para formar una especie de estribo y al enderezarse mi hermana se elevó y ocupó toda la ventana. Me afligió mucho ver a Lecia y a mamá hablar entre susurros. Yo había tenido que conformarme con asomar la nariz por el alféizar, como si fuera una ladronzuela o una mirona. La cara de Lecia, en cambio, estaba a la altura de la de mamá. Además, no oía ni una palabra de lo que se decían. Siempre habían tenido muchos secretitos. Por las noches, mientras Lecia le preparaba los martinis o le cambiaba los discos, mamá solía quedarse callada cuando yo aparecía. Mi hermana también tenía la fea costumbre de echarme cada vez que andaban confabulando, agitando la mano como si yo fuera un tábano insidioso. Tenían una conexión especial ellas dos, se movían dentro de un círculo invisible de entendimiento, mientras que papá y yo quedábamos relegados a un territorio gris con el que mamá nada tenía que ver.

En cualquier caso, cuando la silueta blanca de la enfermera se plantó detrás de mamá, señal de que era hora de irse, Lecia estiró la cabeza para darle un beso de despedida. Vi que apretaba los labios contra la malla de alambre y me dieron

ganas de pegarle en el culo de los Levi's cortados, sobre todo en el momento en que los labios de mamá aparecieron a través de la red con forma de panal y se juntaron con los de ella.

Mientras papá daba marcha atrás con la camioneta en el aparcamiento de gravilla, el estampado tropical de mamá vino a ocupar el vano de otra ventana. Y la palma de la mano que posó en la malla me recordó a una orquídea blanquísima que un día encontré rociada con unos polvos y aplastada entre las páginas de *Hamlet*. Fue la única vez que vimos a nuestra madre en todo un mes.

Aquella noche me dormí enseguida por primera vez en varias semanas. Y la peor de las pesadillas se proyectó en la pared posterior de mi cerebro, como si éste fuera un televisor. En ella papá estaba despedazando un animal de grandes dimensiones encima de la mesa de la cocina. Yo atravesaba el comedor en dirección a él, observándolo a través de la ventanilla rectangular que separaba ambos espacios. No era capaz de distinguir qué clase de criatura era; un ciervo o un jabalí, algo grande. Papá, por lo demás, solía limpiar la caza encima de una tina en el patio trasero para luego quitar la sangre de los ladrillos con ayuda de la manguera. Tenía salpicaduras de sangre en la camiseta, y las venas de las manos muy marcadas como consecuencia del esfuerzo físico. En un momento dado levantaba el cuchillo de carnicero y lo bajaba con todas sus fuerzas. Lo agitaba entonces para cortar un cartílago, que emitía un chasquido. Oía el cuchillo dar golpes limpios contra el hueso y chocar con la madera de la mesa.

En ese momento papá me veía y me ordenaba que volviera a la cama, que él estaba muy atareado. «Vuelve a la cama, Pokey», era lo que me decía sin apenas mirarme. Yo me daba la vuelta para marcharme, pero me sentía obligada a girarme para mirar, como hipnotizada por su actividad. Papá levantaba entonces una parte del animal para examinarla. Entonces la luz cambiaba. Y lo que tenía en la mano de pronto se transformaba en un brazo humano cercenado a la altura del codo. En el extremo de dicho brazo veía la mano de mamá, con la alianza

de casada de la abuela. La muñeca replegada dejaba la mano en ángulo recto con respecto al brazo, como si mamá la hubiera levantado para pedirle que parase y se hubiera quedado paralizada en ese ademán. Me desperté sobresaltada, con la camiseta pegada al pecho y unos hilillos de sudor concentrados en el labio superior.

Con la perspectiva del tiempo me doy cuenta de que la mano cortada de mi pesadilla estaba en la misma posición que la mano que apoyó contra la malla de alambre del hospital. Sin embargo, por aquel entonces hubo otra mano que también se me quedó grabada en la memoria: la de la mujer de Bugsy Juárez, toda embadurnada de harina, la mañana que se presentó en la puerta de atrás de nuestra casa. Apoyó aquella mano blanca en la mesa húmeda donde desayunábamos y le dijo a papá: «Por favor, ven ahora mismo, que Bugs se ha pegado un tiro». Cuando oyó el disparo ella estaba preparando unas galletas. Bugs había tenido el detalle, nos dijo, de cubrir el suelo del garaje con la lona de plástico que usaban para proteger los muebles del jardín, para evitar dejarlo todo hecho un asco. ¿No nos parecía un último gesto bastante considerado? En su rostro se adivinó una levísima sonrisa en el momento en que lo contaba. Como es natural, papá no le contestó. Ya estaba marcando el número del sheriff. En cualquier caso, recuerdo que la huella blanca de la señora Juárez estuvo todo el día en la mesa, como la de un fantasma. Cada vez que pasaba por allí me acordaba de mamá, hasta que por fin Lecia la limpió con la bayeta justo antes de la cena.

II. COLORADO, 1963

«El hombre no puede conocer su mente porque la mente es el único medio de que dispone para conocerla. Puede conocer su corazón, pero no quiere. Y hace bien. Es mejor no mirar ahí dentro».

Cormac McCarthy, *Meridiano de sangre*

Capítulo 9

A Colorado nos mudamos de pura casualidad. Estábamos cruzando el estado de camino a la Exposición Universal de Seattle cuando mamá, que oteaba por la ventanilla del Impala con la mirada perdida, le pidió a papá que parase con un chillido tal que creí que se estaba mareando. Tanto papá como mamá se marearon bastante en aquel viaje, reconcomidos como estaban por la «gripe Smirnoff». Redujimos la velocidad. La carretera descendía hacia un ancho valle todo festoneado de aquilegias, ranúnculos rosas y perifollo verde. Más allá se erigía Pikes Peak, que para una niña criada en una ciénaga era un paisaje irreal. En mi libro de oraciones había una montaña similar en la página que ilustraba «*America the Beautiful*», una cumbre violácea y nevada sobre la que flotaba un jirón de nube. Salir de la climatización del coche aquel día fue como penetrar en ese dibujo. «Qué raro», pensé, «el aire es fresquísimo», porque en Leechfield un cielo azul era sinónimo de calor sofocante. Además, el olor de las coníferas me descolocaba; me recordaba al del aguarrás en el estudio de mamá.

Yo, campeona absoluta del protestar en cualquier viaje en coche, protesté, en este caso por haber parado. A veces también protestaba porque no parábamos, y tiraba los zapatos por la ventanilla para obligar a mis padres a detenerse cuando, por ejemplo, se me metía entre ceja y ceja visitar un rancho de serpientes o entrar en una heladería, o cuando me negaba a hacer pis acuclillándome sobre la lata de café en el asiento de atrás y ofreciéndoles el espectáculo de mis nalgas lustrosas a

los camioneros, que hacían sonar las bocinas como si yo fuese un mono de feria.

La piscina exterior del Holiday Inn de Colorado Springs cerraba al atardecer. Y yo llevaba todo el día dándole la vara a mi padre para que llegásemos a tiempo. Mientras circulábamos situé mi boca a cinco centímetros de su oreja y repetí sin tregua en un susurro, a la manera del zumbido de un insecto, que si llegábamos tarde para bañarnos iba a estallar en un ataque de histeria acompañado de una ristra de palabrotas en medio del vestíbulo del motel. Pero mamá insistió en que parásemos para admirar las vistas.

Me puse a tirarle piedras a una de las ruedas, sin dejar de planear mentalmente el número que montaría en el motel: les diría a los empleados que aquel hombre no era mi padre y que me había secuestrado a punta de navaja durante el atraco a un banco. El aire enrarecido me aturdí. Levanté la vista. Sobre mi cabeza planeaba un halcón con un roedor en el pico, lo bastante bajo como para distinguir los ojos negros y brillantes del ave. Nada más verlo, mamá sacó la Kodak y se puso a sacar fotos mientras Lecia daba saltitos como una pobre idiota, agitando los brazos y soltando una perorata sobre la cadena alimenticia. Papá había levantado el capó para comprobar los niveles del radiador cuando mamá se le acercó con paso liviano. Apoyó la cabeza contra la pechera de su camisa color caqui y preguntó: «¿Podemos quedarnos aquí, cariño, por favor?». La luz le daba ganas de pintar.

Yo quería que continuáramos. Lecia y yo habíamos desplegado el mapa que habíamos cogido en la gasolinera Esso para señalar el trayecto. Entre los puntos negros de las ciudades del oeste habíamos trazado líneas con rotulador rojo, una especie de gran relámpago colorado que atravesaba Estados Unidos hasta Seattle. Yo quería ir a la tienda de regalos de la Aguja Espacial para mandarle una postal a Peggy Fontenot. Ya había estado trabajando en un borrador en mi diario color cereza con llavecita que mamá me compró en el colmado antes de que saliéramos de viaje: «Querida Peggy, ¿no

te parece que esto deja a la altura de una babucha tus convivencias religiosas de verano?».

Papá se debatía entre quedarnos y seguir en el momento en que puso en marcha el motor y el coche salió botando al asfalto y el cielo azul porcelana empezó a desfilarse otra vez por delante del parabrisas. Al fin me hizo un guiño a través del retrovisor y anunció que él también prefería seguir hacia el oeste. Pero mamá discrepaba y provocó una discusión que en un primer momento no se salió de madre. Luego, sin embargo, se enzarzaron en unos términos que provocaron que Lecia y yo nos tapáramos los oídos. En menos que canta un gallo el tono general del coche había cambiado. Ya no se trataba de decidir si pararíamos o no sino, a un nivel más general, de recordar quién hacía siempre tal cosa o no hacía nunca tal otra. Al final mamá le lanzó a la cara una caja de cerillas y papá se desvió hacia un pueblecito que llamaré Cascade, donde acabamos comprando una casa.

La casita de piedra que compró mamá estaba encaramada a la falda de una montaña y parecía salida de los dibujitos del Correcaminos. Hay fotos que lo confirman. Parece como si bastara un golpe con un coche en buen estado o incluso un buen porrazo con una palanca en una esquina para arrancar la casa de los pilotes de madera y mandarla a tomar viento por la empinada pista de tierra que llevaba al pueblo.

Aquella compra demostró hasta qué punto nuestro nivel de vida se había beneficiado de la herencia de la abuela. En Texas ya habíamos atisbado algo. Antes de marcharnos, papá instaló aparatos de aire acondicionado en las ventanas de todos los dormitorios. Cuando donamos los ventiladores de aspas negras al Ejército de Salvación subimos un peldaño en el escalafón social del condado. Además, mamá se había comprado en Houston un abrigo de piel de leopardo auténtica con sombrero a juego, como el que llevaba el cosaco de la botella de vodka. (Puede que aquel abrigo, una tortura en nuestro clima tropical, sea la prueba de que mamá nunca tuvo intención de volver a Texas después de aquel viaje, por mucho que ella negara

semejante plan).

Sin embargo, fue el propio viaje al oeste lo que trazó la línea divisoria más clara entre nuestra familia y el resto del vecindario. Papá sólo disponía de tres semanas de vacaciones. Contaba con volver en avión —en avión, como lo oyes, debió de susurrarles la señora Fontenot a las demás señoras, con el mandil a rebosar de vainas de guisantes—, dejándonos sin un hombre que nos hiciera de escudero. Aquello ya suponía un escándalo, vivir en un lugar remoto sin tu marido. Aunque quizá lo más sangrante era que viajásemos tan lejos, sin más. De hecho, no conocía a ninguna familia que hubiera llegado más lejos que Alamo, al oeste, o el festival del camarón en Breaux Bridge, Luisiana, al este. Nueva Orleans estaba a tan sólo quinientos kilómetros al este, y sin embargo solamente existía en la letra de «*House of the Rising Sun*».

El día que dejamos atrás la entrada de la casa rumbo a Seattle los niños de los vecinos se colocaron en fila por toda la manzana, primero para decirnos adiós y luego para lanzarnos puñados de gravilla. Los padres permanecieron impávidos en sus porches, como si el hecho de que nuestro viejo Impala fuese vandalizado por una pandilla de terroristas en miniatura constituyera la despedida más apropiada del mundo. El lujo de nuestras vacaciones implicaba juego sucio por nuestra parte, una traición que el pueblo entero tenía derecho a tomarse como una cuestión personal.

Del mismo modo, nuestra casa de la montaña se interpretaba como una excentricidad. No conocíamos a nadie que tuviera una segunda residencia, aparte de alguna choza para cazar o una caravana a la orilla del río. La había construido una familia de banqueros de Denver para pasar los veranos en contacto con la naturaleza. Para mí, sin embargo, encerraba incontables misterios. El granito de los cimientos me hacía pensar en los castillos de la antigüedad. La bodega que cumplía la función de despensa habría sido impensable en la ciénaga de Leechfield, donde alcanzabas el nivel freático nada más clavar una cuchara en la tierra para cavar un hoyo.

La zona del salón era tan amplia que se podía jugar a los bolos. Mamá compró sin vacilar unos sofás mullidos de líneas puras en color naranja tostado, para romper la sensación de canódromo que transmitía la estancia. La chimenea de piedra del fondo era casi tan alta como papá. En cuestión de días una cuadrilla de obreros se puso a hacer boquetes en las paredes y a montar ventanales por todas partes, hasta que la casa empezó a parecer un acuario. La cocina de leña fue sustituida por una de gas. Inspirándose en el *Architectural Digest*, mamá encargó unos azulejos nuevos que cubrieron el suelo de basta madera del baño.

Durante varias semanas vivimos como personajes de una película de Disney. Por la noche venían los alces a frotarse la cornamenta contra los pinos. Por las mañanas, Lecia y yo nos acurrucábamos en las camas individuales de nuestros padres para observar a los osos a través del ventanal del dormitorio. Todos los días una hembra de grizzly bajaba la pendiente con suma parsimonia acompañada de sus dos cachorros y husmeaba entre nuestra basura. Mamá había dejado en esa ventana la equis hecha con cinta de carroceros del almacén y, cada vez que miraba por ella, imaginaba que nuestra casa era el tesoro marcado en un mapa que los osos siempre llevaban encima.

Con las claras del día me sentaba en la cama de papá, al lado de sus pies blancos y huesudos, que asomaban por debajo de las mantas. Tenía las plantas más duras que el marfil. A mí me daba angustia que las frotase contra mí; además, me indignaba sentirme exiliada junto a aquel cuerpo inerte mientras Lecia se acurrucaba con mamá. Yo era una niña calurosa, poco pulcra. Si hubiera intentado colarme en su cama, mamá habría apartado mis brazos de su cuello con la excusa de que le daba mucho calor.

Cierta mañana oímos a los osos merodeando entre las agujas de pino y la tierra del bosque. Apareció entonces la silueta de la madre entre los pinos abovedados como en un flash. Avanzaba a grandes zancadas y bajo la piel ondeaba la

potente musculatura de los hombros. Al verla se me tensó la espina dorsal, por instinto. Así me quedé, inmóvil, y no me relajé hasta que no divisé a los cachorros correteando detrás de ella.

El estrépito del primer cubo de basura despertó a papá. Se incorporó dando voces. Su cabeza embotada interpretó que la sombra inclinada del oso era la de un ladrón. Antes de que me diera tiempo a agarrarle la pierna se abalanzó contra el cristal y empezó a golpearlo mientras nosotras conteníamos la respiración, enmudecidas. Puede que mamá lo llamara por su nombre varias veces, pero poco más. Él, sin embargo, seguía a lo suyo, enfrascado en el sueño que estaba llevando a la realidad. Le gritaba a la mamá osa que se largara de su jardín, con tanta potencia que los cachorros se refugiaron detrás de ella, dejando un rastro de basura y cáscaras de melón.

Los gritos desataron la cólera de la osa, que se propuso hacer que la silueta de metro ochenta de papá se batiera en retirada. El animal se puso de pie, echó las orejas hacia atrás y se acercó trastabillando a la ventana, gruñendo con los brazos extendidos y la suntuosa carne del torso contoneándose bajo el lustroso pelaje. Durante un breve instante, menos de un metro y una capa de cristal con una equis separaron a mi padre de la osa. El hocico del animal formó un charquito de escarcha a unos treinta centímetros por encima del pelo negro de papá, que estaba todo echado hacia atrás por el sueño y le confería un aire especialmente ridículo. Yo me zambullí bajo las mantas y me puse a rezar para que volviéramos a Leechfield, donde el señor mandaba sibilinos crótalos y viudas negras que te mataban despacio con su veneno.

Durante mis plegarias papá debió de despertarse del todo, porque cuando me asomé se estaba apartando de la ventana. Se golpeó las corvas con el filo de la cama, se le doblaron las piernas y se quedó sentado. Se le veía desconcertado. La osa, por su parte, seguía defendiendo su territorio. Bramaba y sacaba los dientes y unas garras resplandecientes. Todos estábamos petrificados, casi no nos atrevíamos ni a respirar,

hasta que el animal inclinó la cabeza en dirección a papá, como si estuviese tomando una decisión. Por fin se giró, se dejó caer sobre las patas delanteras y se marchó montaña arriba tambaleándose, con sus crías desviviéndose por seguirle el paso.

Al pie de la montaña había un establo donde alquilaban caballos por siete dólares al día. A mamá la paralizaba el miedo a montar cualquier cosa sin motor. Aun así, una mañana espléndida se presentó en las caballerizas del establo, donde el dueño, un vaquero joven llamado Rick McBride, estaba inclinado remendando una brida. Aquel día llevaba puesto el abrigo de leopardo. Dejó que la puerta se cerrara tras de sí para quedarse a solas con él, lo cual provocó cantidad de risotadas y silbidos entre los palafreneros que trabajaban en el corral. Cuando salió había cerrado un trato para comprar los dos caballos de los que Lecia y yo ya nos habíamos enamorado, medio hermanos. El mío, Grande— cito, era el más pequeño de los dos, un alazán castaño con pintitas negras; Lecia se quedó con Seguro, un ruano rojo oscuro con más envergadura y algo más de brío.

Si hubo una alegría que iluminó aquel sombrío periodo en Colorado, estuvo vinculada de principio a fin a los caballos. Salvo que se padezca un caso extremo de pánico (como le ocurría a mamá, de hecho), uno no puede montar a lomos de un caballo sin dejarse maravillado por la potencia del animal. En las fotos de la época se me ve ridículamente pequeña a lomos de Grandecito. Yo me recordaba bastante alta en mi montura, con las piernas largas y la única necesidad de una leve presión con la rodilla y un tironcito de las riendas para girar. En realidad, las piernas ni siquiera cubrían un tercio del contorno abombado del caballo. Prácticamente formaban un ángulo recto enganchadas a los estribos, que siempre tenía que regular al máximo.

Cada mañana la primera bocanada de aire procedente del establo —estiércol y barro, esa paja con orines cuyo olor tanto se asemeja al de la cerveza— me llenaba los pulmones de unos efluvios equinos que en cierto modo me embriagaban. Si el

señor McBride estaba herrando cerca, se oía el ruido metálico de las herraduras, el martillo y el yunque, o el chirrido constante de la lima contra los cascos. Si no, los únicos sonidos eran de origen animal: el chapaleo de las bostas verdes de vez en cuando, una yegua dormida que apoyaba el peso en una pata y en otra, el hocico de algún poni rascando el morral vacío y dando golpecitos amortiguados contra el comedero de madera. No tardamos nada en aprender a dejar las botas de cowboy para los tipos de Chicago y Los Angeles; yo chapoteaba entre el fango con las zapatillas, que emitían un ruido como de succión a cada paso. El barro tendía a salpicar por los lados y me manchaba los calcetines blancos. Todavía puedo ver las brillantes grupas castañas de Grandecito cuando le pasaba la mano por encima (tenía que subirme a unas tablas para ejecutar tal movimiento) y le decía: «Tranquilo, tranquilo». Luego le almohazaba el cuello varios minutos y lo sacaba del establo.

Los caballos han sido bendecidos con una expresión despierta, a pesar de que no son ni la mitad de inteligentes que, pongamos, los cerdos. Cualquier chiquillo solitario que almohace el barro seco del cuello de un caballo o dedique un instante a acariciar la estrella blanca de la frente imaginará por la mirada del animal que éste lo quiere y lo comprende mejor que nadie en el mundo. Es especialmente fácil caer en ese mito si el caballo es lo bastante noble y bueno para llevar a dicha criatura a dar largos paseos sin intentar lanzarla contra un árbol ni mostrarse impaciente bajo su peso.

A mí me gustaba montar a pelo, sin nada más que un ronzal. Pero ensillar el caballo todas las mañanas implicaba un ritual público que dejaba patente mi competencia a cualquiera que pasara por allí. Puede que aquélla fuera mi primera competencia en la vida. Yo ataba a Grandecito al poste del establo principal por si a alguno de los vaqueros le apetecía admirar mi proeza.

Primero había que centrar la manta mexicana en el lomo y después colocarle la montura encima. Debo confesar que para

esta parte requería la ayuda de Lecia. Sacábamos dos sillas de las oficinas y nos subíamos. La silla de montar pesaba tanto que teníamos que levantarla al mismo tiempo; gracias al impulso caía sobre el caballo y no al suelo otra vez. Luego enganchaba el estribo izquierdo al pomo de la montura para poder ajustar la cincha, una acción que con mi caballo implicaba invariablemente darle primero unas palmaditas en la tripa, pues había aprendido a abombar el vientre para que los turistas amarrasen floja la montura y se cayeran en medio del paseo. Unas palmaditas, sin embargo, bastaban para que volviera a meter tripa y yo le ajustara la correa. El tramo sobrante se deslizaba por un pequeño aro plateado que había a un lado de la silla. Lo pasaba y hacía un nudo sencillo. Entonces quitaba el estribo del pomo y lo dejaba caer. El señor McBride o su mujer, Polly, siempre se pasaban antes de que me fuera para comprobar cuántos dedos les cabían bajo la cincha y ajustar la silla en conformidad.

Lo último era la brida. Durante mucho tiempo fueron los McBride quienes se ocuparon de esa parte, pero al final aprendí a introducir el filete en la boca de mi caballo, sacándome del bolsillo de los Levi's un terrón de azúcar que todas las mañanas sisaba del café donde los vaqueros compraban huevos y donde Lecia y yo teníamos cuenta abierta. Sujetaba el trozo de níquel dentro de un círculo que trazaba con el pulgar y el índice, entre los que sostenía también el terrón. Aún soy capaz de evocar la sensación de su boca al contacto con mis dedos, oscura y aterciopelada y al mismo tiempo rasposa por los bigotes. En el momento en que se disponía a morder exhalaba un olor a tréboles, la señal para deslizar el filete entre sus dientes. Una vez amarrada la carrillera ya estaba lista para salir a las montañas.

La confianza que sentía a lomos de Grandecito era completamente nueva. Y puede que esa confianza contribuyera a hacer de mí una amazona bastante decente. Era estúpidamente audaz, y además contaba con un equilibrio innato. Todavía conservo la escarapela roja que gané en una

competición de *barrel race* aquel mes de julio durante una *gymkhana*. (Lecia quedó sexta en la de *pole bending*, aunque mi hermana me obligaría a especificar que su categoría era mucho más exigente que la mía, que era infantil). En todo aquel verano Grandecito no me tiró ni una sola vez, si bien tenía nervio como para encabritarse ante una ardilla o algún roedor que atravesara el camino, y se ponía como loco nada más ver u oír una excavadora en la carretera. Unas cuantas veces nos quedamos atrapados en el puente que conducía de vuelta al establo, detrás de alguna maquinaria semejante, y en esos casos yo me las daba de jinete de rodeo. El hecho de que nunca me cayera del caballo no se debía tanto a unas habilidades reales como a lo cauta que era; me había vuelto una niña muy prudente, y me aferraba al pomo de la montura ante el más mínimo indicio de problemas.

Montábamos a diario, subiendo más de lo que ahora me parece razonable. Íbamos sin guías ni mapas; los caballos siempre encontraban el camino de vuelta al agua y la avena. La variedad del paisaje habría resultado inconcebible bajo el vacío cielo del este de Texas. Detrás de cada soto se desplegaba un panorama nuevo. Galopábamos por praderas anchurosas, espantando a las liebres, y también por senderos estrechísimos de roca que nuestros caballos transitaban de puntillas, igual que un par de bailarinas. Había incluso una cueva a la que se accedía por una abertura pequeña y embarrada que daba a una caverna inmensa de roca rojiza con aires de catedral. Entrábamos con nuestras bolsas del almuerzo y unas linternas que atábamos a la parte de atrás de la montura. Un día hicimos una fogata con palos secos, agujas de pino y cerillas del bar. Pero en un momento dado nos dimos cuenta de que los chillidos y chasquidos que oíamos sobre nuestras cabezas no procedían de los nidos de aves nocturnas sino del techo, del que colgaban bandadas de murciélagos frugívoros. Orientamos los haces de luz de las linternas hacia los chillidos. Tenían los ojos rojos, como las nutrias roedoras que yo había visto. Cuando por fin salimos de la cueva nuestras bambas no hacían más ruido que el que habrían hecho los fantasmas indios que habíamos estado

buscando.

Otro día dejamos los caballos en el acceso a una mina abandonada en la que nos adentramos siguiendo las huellas de las vagonetas. En el interior, junto a una sólida pared de pirita, encontramos un tubo de goma flácido que tomé por una piel de serpiente. De hecho, me la llevé y la exhibí en el establo como si fuera un trofeo, y los vaqueros se burlaron de mí. Dábamos con cascadas y arroyos de montaña límpidos; el agua estaba demasiado fría para nadar, pero nos volvía locas bebería y chapotear, era tan distinta del agua salobre de los *bayous* y la fangosa del Golfo de México... Se veían truchas arcoíris saltar por encima de la superficie, y bebíamos con las dos manos hasta que llenábamos el buche y nos dolían los tobillos y los dedos por el frío azulado.

Naturalmente, cuando ocurría un accidente estábamos solas. En un desfiladero los caballos pastaban y nosotras observábamos un rebaño de cabras montesas cuando, de pronto, los dos jamelgos dejaron de ramonear con un movimiento repentino. Levantaron las orejas y arquearon mucho el cuello, como si hubieran oído un peligro y esperasen verlo aparecer de un momento a otro. Al cabo de un rato Grandecito volvió a replegar las orejas contra la cabeza. Seguro, por su parte, empezó a andar como los cangrejos. Una nube negra se deslizó por el cielo azul igual que una lámina de acero. Cuando por fin se abrió el cielo, descargó un granizo del tamaño de pelotas de béisbol. Nosotras nos acurrucamos en las monturas y los caballos se asustaron aún más.

Bajamos del caballo y nos refugiamos debajo de unos árboles con intención de esperar a que pasara la tormenta. Lecia me enseñó a contar cuánto tiempo pasaba entre el destello del relámpago y el retumbar del trueno. Me explicó que ese intervalo se iba acortando, lo cual significaba que la tormenta se acercaba a toda velocidad y, por tanto, pasaría tan rápido como había llegado. Pero cuando una línea blanca y brillante hendió un tronco en un calvero a dos pasos de donde estábamos, nos tiramos al suelo y nos cubrimos la cabeza. Los

caballos dieron un tirón, se soltaron y desaparecieron a galope tendido montaña abajo, haciendo resonar los cascos.

Caminamos cinco o seis kilómetros por el sendero, sin sombrero y con las chaquetas vaqueras empapadas. Había bajado mucho la temperatura. Llegamos al establo con los labios amoratados y tiritando. Entré en las oficinas secándome con una toalla y le pregunté al señor McBride: «¿Y si nos hubiera pasado algo?». Respondió que los lince solían llevarse los huesos grandes y los esqueletos más allá de los límites forestales, pero que los buitres y los gavilanes se organizaban por grupos para salir a cazar.

En otra ocasión estábamos echando una carrera a pelo con otros niños. Lecia montaba un ruano llamado George cuando un cabroncete de Carolina del Norte le lanzó una culebra al caballo, que se encabritó y cayó encima de Lecia, partiéndole la clavícula. Bajo el canesú de la blusa blanca de Lecia se distinguía el hueso, que parecía a punto de perforarle la piel. Fuimos a buscar a mamá, que bebía un Gibson en el bar de los vaqueros. Pero nuestra madre se limitó a darle a Lecia unas aspirinas infantiles que se sacó del bolso. Los médicos no iban a poder hacer nada, nos aseguró. Si total, los huesos rotos no tenían arreglo; ¿nos apetecía una Cherry Coke? No, gracias. Es como si viera otra vez la cara de Lecia, lívida y sin lágrimas, con una raya de barro color ámbar en la mandíbula, en el instante en que se dio cuenta de que nadie iba a arreglarle la fractura. Mantenía el brazo separado del cuerpo, como si fuera un objeto extraño.

El camarero del local era un mexicano guapísimo de pelo negro llamado Héctor. En el momento en que entramos estaba leyéndole la mano a mamá, y sólo se la soltó para fabricarle un cabestrillo a mi hermana con un trapo del bar. Del tejido, que tenía una mancha pegajosa de granadina, se desprendía un leve olor a ginebra vieja. Héctor también abrió de un puñetazo la caja registradora y nos dio varias monedas de veinticinco para la gramola. Pero nosotras salimos de allí como alma que lleva el diablo y nos compramos unos polos en el establo.

Aparte de esos momentos en que necesitábamos un adulto en sus cabales y nos quedábamos con las ganas, nos sentíamos bastante protegidas. Además, dejamos de someter a nuestros padres a una estrecha vigilancia, y a consecuencia de ello me pasó desapercibido, por ejemplo, el hecho de que nunca los viéramos juntos. Papá se pasaba a veces por el establo y tomaba café con el señor McBride, porque papá sabía determinar la edad de una yegua con un simple vistazo a la dentadura, adivinaba el peso de los sementales con un margen de diez kilos, y sabía cuántos palmos medía un capón. Papá había domado caballos bravos de joven, lo cual le valía cierto respeto entre los vaqueros, a pesar de su origen texano, algo reprochable a ojos de la mayoría de los palafreneros. El señor McBride incluso le prestó su caballo Appaloosa moteado sin cobrarle para que nos llevara a Lecia y a mí a las montañas.

Atamos los caballos delante del colmado de un pueblo con un barril lleno de galletas saladas en el interior. Papá pagó al dueño para que nos preparase unos sándwiches de *roast beef* con pan marca Wonder. Les puso mostaza a la antigua y unas rodajas muy finas de cebolla morada. Compramos también varios tarros de huevas de salmón y alquilamos unas cañas y botas de goma para pescar truchas.

Prácticamente, el único deporte en el que he ganado a Lecia por goleada. Los mismos reflejos que hacían de ella un hacha de la caza (todavía es capaz de darle a una paloma en un árbol) la alteraban en el agua. Le aburría estar sin hacer nada. Necesitaba actividad.

El zurrón que yo llevaba alrededor del cuello esa tarde se llenó enseguida con los cuerpos resplandecientes de las truchas saltarinas. Cuando ya no podía cargar con él volví a la ribera para que me lo cuidara Lecia, que ya se había dado por vencida y estaba sacando los sándwiches. Poco faltó para que yo también soltase la caña. Pero habría sido un gran error, pues la última pieza que saqué del agua debía de pesar casi tres kilos y me dio una guerra espantosa.

Papá se reía como un condenado cuando picó. La caña se

me dobló en dos. Avancé trastabillando más adentro al tiempo que pedía ayuda a gritos. Papá tuvo que volver a la orilla primero para soltar su caña antes de ayudarme a tirar del pez. Yo, entretanto, conseguí atraparlo por debajo con la red. Juntos lo arrastramos hasta la orilla cubierta de hierba, donde se agitó dando golpes con la cola, haciendo que Lecia se apartara con una curiosa repugnancia. De hecho, llegó a exclamar: «Puaj». Papá lo agarró por la cola con un movimiento decidido de las dos manos y le estampó la cabeza contra una piedra.

Entonces la trucha se quedó muy quieta, con la mirada perdida. Las agallas se le abrieron, un movimiento reflejo. No tenía nada que ver con el pez al que la poeta Elizabeth Bishop dedicó un poema, «apaleado, venerable y sencillo», con largos bigotes de mandarín. Ni tenía el volumen que a Hemingway le entusiasmaba en un atún. Pero, en su condición de pez, era prácticamente perfecto, de plata bruñida bajo el sol, con esa franja de arcoíris rosa, azul y amarillo verdoso integrada en las escamas intactas, sin un milímetro de moho o desgarrones que lo afearan. El modo impecable en que las escamas se superponían lo hacían asemejarse a un raro artefacto chinesco, como si un orfebre las hubiera soldado una por una. Papá no me animó a que lo destripara o lo descamara. Quería llevarlo al colmado del pueblo, pensando que el anciano que nos había alquilado el equipo se entusiasmaría.

Papá entró en la tienda sosteniendo el pez por las agallas y lo colocó encima del mostrador de la carne. A continuación me puso las manos en los hombros y explicó que lo había pescado su Pokey. El tipo asintió y llamó a su mujer, que estaba en la trastienda, y ella también asintió. Todos asentimos hasta que el hombre le dio los nombres de varios taxidermistas, momento en el que Lecia preguntó si podía tomarse un bombón helado. Papá se lo compró pero ella siguió enfurruñada, con los brazos cruzados sobre la sudadera. El labio inferior le sobresalía al menos cinco centímetros, y fue aquel morro torcido el que nos hizo dejar atrás la húmeda tienda y volver a salir a la luz de la tarde.

Aquel día papá recogió astillas e hizo una hoguera al pie de un peñasco en la montaña que quedaba detrás de nuestra casa, a unos cincuenta metros. Estaba anocheciendo. Nos encargó a Lecia y a mí que sopláramos el fuego hasta que prendiera mientras él bajaba a la casa a buscar una sartén. Nosotras nos pusimos en cuclillas y empezamos a jugar a los indios. Todavía distingo la silueta ágil de papá acercándose a través del humo que levantaban las astillas verdes. Subía la montaña moviéndose entre los árboles y balanceando la sartén. Era patilargo y de paso seguro y silencioso.

Una vez que el fuego estuvo listo, papá introdujo cada pescadito en una lata de harina de maíz y los fue friendo en grasa. Yo tenía esa hambre canina que sólo se experimenta después de un día entero montando a caballo. Un palio de coníferas ondeaba sobre nuestras cabezas. Las estrellas asomaban entre las hojas. El fuego siguió crepitando y lanzando chispas que se dispersaban por el aire.

Comimos con las manos en platos de papel. Las truchas, pequeñas y crujientes, tenían una costra humeante. Yo escupía todas las espinas. El aire nocturno era fresco. Había que enfriar cada bocado para que alcanzara una temperatura comestible soplando ese mismo aire entre los dientes, emitiendo un siseo muy desagradable. Lecia dijo que parecía un mulo con el morral enganchado a las orejas, a lo que papá replicó con un: «Le dijo la sartén al cazo...». Y lo que pudo haber degenerado en pelea se evaporó, se elevó con el humo y se dispersó entre las copas ondulantes.

Papá dejó mi pescado grande para el final e hizo de su elaboración una ceremonia. Tuvo que cortarlo en dos mitades para que cupiera en la sartén, y aun así la cola rozaba el borde y se quemó. Fue el pescado más carnoso que comimos esa noche, con la mejor proporción de carne blanca con respecto a las espinas. Lecia y yo nos lo comimos mientras él preparaba una sartenada de patatas rojas laminadas muy finas con cebolletas en cuartos.

Todavía veo a mi padre moviendo aquellas patatas que se

impregnaron del sabor ahumado de la grasa en que se había cocinado el pescado. Canturreaba «Goodnight Irene» mientras contemplaba la sartén con aire distraído. Yo admiré el firmamento a través de los pinos y me acordé de un fragmento que había leído en las enciclopedias que nos compró la abuela en el que se explicaba que las Rocosas se formaron a partir de unos glaciares que se desplazaron por todo el continente, arrastrando miles de toneladas de roca. Me imaginé uno de esos glaciares moviéndose despacio, como seda blanca, por el mismo lugar donde estábamos nosotros. «Puede que Dios dejara ahí ese peñasco», escribí en mi diario al día siguiente, «para que nosotros preparásemos la cena de ayer». (La tranquilidad nos idiotiza, y los críos recuperan la fe muy rápido). En un momento dado papá nos mandó callar, y a través de los pinos alumbrados por una luna casi llena distinguimos a lo lejos la cornamenta roma de un alce, que me pareció muy digno en toda la fealdad de sus grandes mandíbulas. Masticaba de perfil, despacio, como un jugador de béisbol. Poco después aulló un linco, lo bastante cerca para que me refugiase bajo el brazo de papá con un temor que le hizo reír y decirme que no iba a pasarme nada. Yo lo creí.

Después de cenar papá volvió a avivar el fuego. Se tumbó con la cabeza apoyada en una chaqueta vaquera hecha una bola y se puso a dar sorbos a una petaca plateada con whisky. Lecia y yo desmontamos un par de perchas de alambre para preparar malvavisco. Yo hice tres nubes de una vez, arrimándolas directamente a las llamas. Ardieron y se quedaron negras por fuera y viscosas por dentro. Lecia, en cambio, procedió con más cuidado y fue tostándolas una por una hasta que adquirieron una tonalidad dorada. Incluso torció uno de los extremos de la percha para formar un mango con el que rotarlas, como si fuera un auténtico espeto. Por una vez, la diferencia entre sus formas y las mías no me molestó ni me sumió en un marasmo de preocupación acerca de lo que revelaría de mi carácter o falta de temperamento. Lecia llegó a decirme, mientras daba vueltas a su espeto, que había pescado una pieza tremenda. Papá le dio la razón.

Nos quedamos dormidas a su lado sobre aquella roca increíblemente fría, atiborradas de pescado y de patatas, cada una acurrucada bajo una de sus axilas, con la cabeza apoyada en su pecho. Seguía oliendo a caballo. Varias veces me sobresaltó el ruido de una brasa al desintegrarse, pero entonces veía brotar la columna de chispas y sentía que papá nos subía las chamarretas de fútbol por encima de los hombros. Aparte de eso, no se movía, con la petaca en equilibrio sobre el esternón formando el ángulo perfecto para dar sorbos regulares sin tener que levantar la cabeza y sin que se derramara ni una gota. No lo recuerdo limpiando la sartén con arena y agujas de pino ni cargándonos en brazos para bajar la montaña.

Con respecto a lo que hizo mi madre esa noche, sólo dispongo de conjeturas; seguramente, leer. Aquél fue su verano de pasión por la historia de Rusia. La foto de cubierta de su biografía de Rasputin mostraba a un señor de pelo enmarañado y ojos saltones por encima de una barba que parecía un nido de pájaros. Pero también es posible que se acercara al bar de los vaqueros del pueblo y se pusiera a pedir chupitos de tequila. O, como era su costumbre, que pasara horas sentada en la hamaca de madera del porche principal, que daba a un precipicio vertiginoso, dando sorbos a la botella de vodka, sola y a oscuras. Hacía mucho eso: beber y contemplar la montaña. De haber tenido yo dos dedos de frente me habría tomado como un mal augurio el espectáculo de mi madre sentada en aquella hamaca amplia y muy reclinada, envuelta en un sarape y dando lingotazos al vodka.

La noche en que mis padres nos anunciaron el divorcio Leticia y yo ni siquiera estuvimos en casa para presenciar los momentos previos. Esto siempre me pareció un fracaso moral por nuestra parte, como si hubiéramos podido convencerlos de lo contrario. Pero el establo organizaba paseos nocturnos por los senderos más anchos y de fácil acceso que incluían picnic. Los palafreneros se llevaban las guitarras y animaban a los participantes a entonar «*On Top of Old Smokey*» y «*Ninety-Nine Bottles of Beer*» antes de volver. Yo estaba especialmente

feliz aquella noche. Había bajado la montaña con la luna apareciéndome a un lado a través de los pinos. En un momento dado, me quedé dormida encima de la montura. La mecida del caballo que se abría camino entre las piedras poseía el mismo ritmo que las aguas del Golfo, algo en lo que hasta entonces no había reparado. Era un ritmo fetal, o eso me parecía, uno de esos ritmos que se cuelan por debajo del latido del corazón, aplacando las ondas cerebrales y sellando los párpados.

Había empezado a babear la sudadera cuando Grandecito llegó al final del sendero y se estremeció. El ruido de los cascos sobre el asfalto me despertó de golpe. Me agarré al pomo de la silla justo antes de que el caballo emprendiera un trote ligero al divisar las caballerizas. Allí, bajo los focos que brillaban frente a los pesebres vacíos, se alzaba la silueta desgarrada de manos grandes de papá, con pantalones anchos. Llevaba una gorra de béisbol con la leyenda estado de Texas bordada. Debajo había una estrella amarilla que la luna alumbraba lo suficiente para que se destacara. Cabalgué siguiendo aquella estrella. Bajo la visera, un ancho pozo de oscuridad que mantuvo ocultos su cara y el silencio que la acompañaba durante todo el camino hasta casa.

Mamá estaba sentada en el sofá curvo del salón, frente a la chimenea donde se amontonaba la ceniza. El destornillador que estaba bebiendo se había agitado. Llevaba pantalones de chándal negros y una de las camisas blancas de Sears que le regalábamos a papá todas las Navidades. Había estado doblada hasta hacía bien poco, se notaba. Sobresalía una etiquetita de cartón que parecía el alzacuellos de un cura. La baraja nueva de cartas estaba intacta encima de la mesa, con el precinto.

No recuerdo cómo anunciaron que se divorciaban. Papá se sentó pesadamente en el extremo del sofá y se inclinó apoyando los codos en las rodillas, con las manos huesudas colgando hacia el suelo. Agachaba la cabeza igual que los toros al final de una corrida, cuando han perdido mucha sangre y les han clavado tantas banderillas que ya no pueden levantar la

testa para atacar. De los ojos de papá caían lagrimones que iban a dar en el suelo. Ni siquiera se molestaba en enjugárselos. Cada tanto se pasaba el dorso de la mano por la burbuja de mocos que se le formaba en la nariz. Las lágrimas dejaron unos goterones oscuros en la madera del suelo. Yo estudié largo rato aquellas salpicaduras con tal de no verlo llorar. Formaban una especie de dibujo unido por puntos cuyo sentido no lograba descifrar.

En el otro extremo del sofá mamá no derramaba ni una lágrima. Aunque esto no es indicativo de nada, ojo. Puede que estuviera conteniendo un torrente de dolor, o puede que no. Lógicamente, no estaba del todo a lo que estaba. El inmenso vodka con naranja, cumpliendo su propósito, la había transportado.

Nos preguntaron sin preámbulos con quién queríamos vivir. Mamá se quedaba en Colorado; papá tenía que volver a casa. Nos expusieron los hechos como si nos dieran a elegir entre dos sabores de helado. ¿Qué preferíamos: un padre o una madre? También podíamos separarnos, si queríamos, y que cada una se quedase con uno.

Lecia me convocó en la cocina para celebrar una asamblea. Me advirtió que, si me veía soltar una lágrima, me dejaría inconsciente a base de guantazos. Pero yo estaba muy lejos de echarme a llorar. Lo que quería era hacerme un ovillo.

Echamos un vistazo al salón a través del vano de la puerta. Las nuca de nuestros padres asomaban por encima del respaldo del sofá. No hablaban, parecían dos desconocidos en un vagón de metro. Me resultaba inconcebible que uno de los dos fuera a desaparecer para siempre. Me representé mentalmente el globo terráqueo dividido por los meridianos. Yo sabía la distancia que separaba Texas de Colorado. Pero no era sólo una elección ligada a la geografía. Por un instante hice pito, pito, gorgorito pasando de una cabeza a otra. Me planteé jugarlo a cara o cruz. Me debatía internamente entre la ciénaga y las montañas, entre un calor insoportable y un fresco azulado. Seguía queriendo tumbarme en el suelo, con la mejilla caliente

en contacto con el azulejo italiano y dejarme vencer por el sueño hasta que nos despertaran los osos. Mientras a mí me reconcomían las dudas, la mirada de Lecia se volvió neutral, como si hubiera visto venir el dilema surcando los cielos, igual que un frente meteorológico.

Fue ella quien finalmente tomó la decisión. Si la dejábamos sola, mamá se metería en problemas con mayúsculas. Papá, en cambio, volvería a trabajar en la Gulf, de modo que siempre sabríamos dónde encontrarlo. Me pareció una lógica razonable. «Vamos al salón y se lo decimos», ordenó mi hermana.

Papá se marchó al alba del día siguiente. La camioneta del señor McBride se detuvo en seco delante de nuestra casa. Se bajó apoyándose en el estribo, sin apagar el motor, y rechazó el café que mamá le ofreció. Papá salió y depositó el petate del ejército en la caja de la camioneta. En plena noche yo había intentado meterme dentro del petate. Me enterré entre los pañuelos doblados y los calcetines enrollados. Cabía de sobra. Pero sólo subí la cremallera hasta la barbilla, por mi miedo cerval a la oscuridad.

Allí me encontró papá al día siguiente, dormida. Oía a Old Spice. Tenía la cara avejentada y llena de mataduras, con lunaritos de sangre sobre los que había pegado cuadraditos de papel higiénico. Se acuclilló sin soltar la bolsa de aseo de piel marrón. «Sal de ahí ahora mismo, Pokey», me dijo mientras bajaba la cremallera hasta la altura de mi ombligo. «Por el amor de Dios, me vas a matar de un disgusto».

Lo siguiente que recuerdo es la camioneta Chevy gris del señor McBride llevándose a papá montaña abajo. Su cabeza fue empequeñeciéndose a través de la ventanilla hasta que no fue más que un punto negro, como una de esas ciudades del mapa que tantas ganas teníamos de visitar. Yo había cruzado todo el estado de Texas detrás de aquella cabeza. Me conocía hasta la última onda que formaba el peine en su pelo. La posibilidad de que papá se fuera jamás se me pasó siquiera por la cabeza durante aquel viaje, mientras que mamá había encarnado una amenaza implícita constante. Papá, en cambio, era una persona

cien por cien fiable. Todas las mañanas se despertaba del mismo humor, preguntando si preferías gachas o huevos. Sin embargo, ahora, la camioneta del señor McBride surcaba las curvas cerradas de la montaña y lo alejaba de nosotras. Llegó un momento en que me harté de buscar la camioneta en los espacios sombríos que quedaban entre los árboles, agaché la cabeza y eché a correr por el carril de tierra. Seguí corriendo hasta que la tierra dio paso al asfalto, pese a que el vehículo ya había desaparecido hacía rato.

En la casita, mamá se quitó los rulos con apenas tres movimientos y declaró que se sentía como una esclava recién liberada.

Fuimos en el coche a unos grandes almacenes de Denver tan grandes como el Cañón del Colorado, donde mamá se compró lo que ella misma calificó de «un señor vestido de cóctel», además de sendos vestidos de domingo para Lecia y para mí (a pesar de que nos habríamos prestado a mascar linóleo antes que ir a las catequesis dominicales). Aquel lugar me dio vértigo. Los escaparates de cristal, de esquinas angulosas, resplandecían y exhibían bufandas de colores vivos imposibles, pitilleras con pedrería, cadenas de oro auténtico con el solo propósito de sujetar las gafas alrededor del cuello. El olor a tinte reciente de las prendas me picaba en los ojos. Las escaleras mecánicas serpenteaban entre las plantas y amenazaban con tragarse los dedos de mis pies en la parte del final.

Todas salimos de allí con abrigos de piel. El de mamá, blanco, de piel de castor fruncida, era más suave que la cara interna de mi brazo. El forro, de seda beis, me acariciaba los hombros igual que la loción mentolada para las insolaciones. A lo largo del pesado dobladillo con remolinos se extendía una franja ancha de encaje negro. Lecia y yo escogimos unas parkas con piel de conejo en el borde de la capucha y unos bolsillos lo bastante profundos como para esconder los bollos sobrantes de la cena.

Esa tarde entramos en el majestuoso vestíbulo de mármol

de un gran hotel, con arañas en el techo. El chico que controlaba el ascensor lucía un uniforme de oficial de la marina con botones de latón. Nos dijo que se sacaba un sueldo fijo sólo por pulsar botones todo el día, comentario que me hizo especular acerca de la lata que debían darle los sindicatos a las empresas hoteleras en aquella zona. Mamá y él se echaron a reír como si fueran viejos amigos.

El chico aún se reía cuando mi madre le puso un billete de cinco dólares en la mano enguantada de blanco.

Aquella noche, en el comedor, nuestra mesa desplegaba una cubertería completa dispuesta en fila. Aun así, el camarero trajo unos tenedores minúsculos para el cóctel de gambas. Llevaba esmoquin y nos aseguró que la crema de patata estaba fría adrede. Otro tipo, con una taza de oro colgando del cuello, probó el vino de mamá antes que ella. Al final de la comida vino el chef en persona con su gorro abombado y una sartén llena de plátano troceado que flambeó allí mismo, en la mesa, y luego colocó encima de nuestros cuencos dorados de helado. Mamá pidió una botella de Dom Pérignon y copas de cristal, para que la bebiéramos las tres juntas. Nos metimos los tenedores del cóctel en el bolsillo de la falda, de recuerdo. El mío parecía el tridente de un demonio pequeñito. Se lo dije a Lecia y casi se hace pis encima de la risa. Brindamos por quedarnos para siempre en aquel hotel y llevar una vida de princesas mientras los camareros de negro se llevaban nuestros platos y quitaban las migas de la mesa con unos cepillos de plata que manejaban con unos movimientos de muñeca demasiado estrictos para ser naturales.

En todo aquel tiempo me olvidé por completo de papá, lo cual, naturalmente, había sido el objetivo de mamá. Pero la realidad de su ausencia me golpeó igual que si me arrollase un tren, y vino acompañada de un vagón entero de sensaciones funestas.

Estaba tumbada bajo unas sábanas de satén color esmeralda, con una carta de desayuno encuadernada en piel sobre el regazo. Lecia todavía era un bulto en el otro extremo

de la cama, pero los bajos de las cortinas revelaban una raya de luz que confirmaba un nuevo día. No es que tuviera hambre, pero me preguntaba con vivo interés qué sería un gofre belga cuando, de repente, se proyectó en mi mente la última imagen que conservaba de mi padre. La camioneta gris del señor McBride desvaneciéndose detrás de un soto de coníferas. Se me cayó la carta de las manos. ¿Cómo podía haberme olvidado de que papá se había ido? Yo siempre había medido mi lealtad en unos términos inquebrantables. Mi cabeza rebosaba de torturas que sería capaz de soportar por causas nobles, por camaradería, por honor familiar. Y, sin embargo, qué barato me había dejado comprar: un abrigo con piel de conejo y el tenedor robado de un diablillo habían eliminado a mi padre de un plumazo.

Para cuando mamá empezó a verse con un vaquero del establo, un tipo llamado Ray que tenía dientes de conejo diminutos y salidos, yo ya no montaba a Grandecito. Colorado y los caballos habían mandado a mi padre bien lejos. Me juré demostrar ser digna de su regreso mediante privaciones, así lo traería de vuelta. De ahí que pasara días enteros leyendo e intentando escribir poemas en la fresca comodidad que proporcionaba la sala de lectura de la Ciencia Cristiana. He aquí una muestra fidedigna:

La abuela se ponía un pañuelo

en la cabeza plateada.

Y yo creía que no se lo quitaría

hasta que la pata estirara.

Una tarde me quedé dormida encima de mi volumen de e. e. cummings y me despertó el dedo enjuto de la matrona encargada de la sala, que me sugirió que volviera a casa a echarme un sueñecito.

Y allí me topé con mi madre, desnuda de cintura para arriba, tumbada en el suelo delante de la chimenea y cabalgada por el viejo Ray como si fuera un poni que él tratara de domar. Le estaba dando un masaje en los hombros. Había dejado el sombrero de vaquero apoyado en el respaldo del sofá y su pelo castaño se veía especialmente grasiento y aplastado. De hecho, el sombrero le había dejado una muesca por todo el perímetro de la cabeza, como la capota de un descapotable. Me quedé mirándolo, apretando el tomo de cummings contra el pecho. Naturalmente, Ray se levantó de un salto. Tenía las piernas groseramente arqueadas. (En el dialecto de Leechfield: no era capaz de atrapar a un puerco en una zanja). Entretanto, mamá, boca abajo, tanteaba con la mano en busca del sujetador, que deslizó tímidamente por el torso y se abrochó a la espalda con mano segura, sin cambiar de postura en ningún momento. Ray dijo: «Hombre, hola, Slow Poke». Tenía una voz estridente y ronca. Yo lo corregí al instante y sin pestañear: «Pokey. Mi padre me llama Pokey, no Slow Poke. Slo-Poke es una piruleta marrón que te parte los dientes».

Mamá se pasó la blusa por encima de la cabeza y dijo que se alegraba de que hubiera ido a comer, para variar. Aquel embuste me hirió más que el hecho de haber encontrado a mi madre medio desnuda tumbada debajo de un vaquero. No se alegraba de verme ni una pizca.

Ray dejó el puesto de palafrenero a la semana siguiente y desapareció sin dejar rastro. Su partida coincidió con el viaje que mamá hizo sola a México. «¡Acapulco, allá voy!», exclamaba, prometiéndonos que nos traería sombreros mexicanos. Pero cuando regresó de aquel viaje y fue a recogernos (nos quedamos en casa del jefe del establo, pagando), el hombre que se apeó del coche no se parecía en nada a Ray. Era demasiado alto, desgarrado y tenía el pelo demasiado negro.

En ese momento yo estaba llevando dos caballos cubiertos de espuma al establo, y la visión de aquella silueta masculina junto al coche me aceleró el pulso. Estaba de pie entre la nube

de polvo que había levantado el Impala y llevaba unos pantalones grises y lo que perfectamente podría haber sido una camisa blanca de manga corta de Sears. Solté las riendas de los animales, lo que provocó que el señor McBride gritase: «¡No dejes mojados a los caballos!». Pero yo ya corría a toda velocidad hacia aquella silueta alta, con la ilusión de una niña la mañana de Navidad. Sin embargo, la persona ante la que me detuve no era mi padre, cuyas manos alargadas yo ya había imaginado alzándome como si pesara menos que una pluma y haciendo girar mis pies por encima del terreno polvoriento del establo. No, no era papá el que estaba de pie junto al asiento del copiloto del coche de mamá. Era Héctor, el camarero del tugurio de los vaqueros. Mamá se inclinó por encima del techo del coche, exhibiendo una mano lastrada por el peso de un solitario de diamante. Me quedé paralizada. «Saluda a tu nuevo papá», me dijo. En aquel momento, mientras yo escudriñaba la sonrisa de caimán de Héctor, oí las espuelas de Lecia, que se acercaba detrás de mí. Y mi hermana murmuró lo que yo estaba pensando: «Oh, mierda».

Capítulo 10

Un domingo, cuando Héctor ya vivía con nosotras, Lecia y yo fuimos al establo y encontramos las caballerizas cerradas, pese a que el sol ya estaba bastante alto y asomaba detrás de las montañas. Alguien había estado allí y se había marchado. Los pesebres estaban limpios. Tenían paja fresca, y había avena en los comederos y agua en los abrevaderos. Sin embargo, la camioneta de los McBride no estaba aparcada en la entrada sin asfaltar, delante de la caravana. Llamamos a la mosquitera de aluminio pero nadie se asomó a abrirnos. Crucé el puente y eché un vistazo a través del ventanal del café. Ni un alma encaramada a los taburetes de la barra. Le dije a Lecia que aquello parecía el episodio de *La dimensión desconocida* en el que los extraterrestres secuestran a todos los habitantes del planeta salvo a una anciana maestra gruñona que acaba arrepintiéndose de haber tratado tan mal a todo el mundo.

Nos sentamos encima de los bloques de hormigón que había delante del café. El dueño los había colocado para que los borrachos no se la pegaran contra el escaparate de cristal. Lecia sacó los sándwiches de la bolsa. Mortadela boloñesa en pan Wonder; el mío con mostaza, el suyo con mayonesa. Volver a casa ni se planteaba. La noche anterior mamá y Héctor habían cogido una cogolla (así habíamos entendido la expresión «cogerse una cogorza»). Estarían todavía inconscientes o con la resaca matutina. Héctor había inventado un remedio a base de huevo crudo, vodka y Pepto-Bismol [Nota 6](#)). Yo lo llamaba «la cabriola triste». Bastaba con que mamá viera a Héctor

llevándoselo a los labios para salir corriendo al cuarto de baño, conteniendo a duras penas las arcadas. Así pues, teníamos cierta tendencia a evitar las mañanas en compañía de los recién casados. De hecho, desde que los mocasines de Héctor cruzaron el umbral de nuestra casa no nos habíamos acurrucado en la cama para ver los osos ni una sola vez. Personalmente, no me habría atrevido a entrar en el cuarto de mamá antes de mediodía ni por todo el oro del mundo.

Sólo me comí la parte central del sándwich, formando un círculo de mordiscos que puso a Lecia de los nervios. Detestaba que hiciera cosas de niña pequeña. Me regañó por comer como las ardillas y echó las cortezas sobrantes a los gorriones. No pasó ni un coche mientras los pajarillos picoteaban. El sol seguía subiendo. Pero seguía sin pasar nada. Al cabo de un rato perdimos la esperanza de que los McBride aparecieran y pudiéramos recuperar nuestras monturas. Volvimos al establo por el puente jugando a una variante primitiva de fútbol con la bolsa del almuerzo hecha una bola.

Lecia encontró un par de ronzales colgando de un clavo y salimos con los caballos por un sendero estrecho que parecía una montaña rusa, tan pronunciado que levantaba el estómago. Los caballos estaban empapados de sudor. Los hicimos volver al corral describiendo eses y luego los cepillamos y les dimos de beber. Pasamos el resto de la mañana cazando serpientes en el campo que había detrás del establo. Descubrimos dos o tres culebras entrelazadas en el fondo de un cubo de avena en el momento en que la camioneta de los McBride cruzó por fin el puente. Echamos a correr en su dirección.

El señor McBride nos dijo hola y nosotras le devolvimos el saludo. Me preguntó si no sabía qué día era. Yo respondí que todo apuntaba a que era domingo. Y entonces Polly se apeó apoyándose en el estribo y se giró, con una niña recién nacida apoyada en la cadera. En mi recuerdo, la cara de aquel bebé guarda un parecido sorprendente con Winston Churchill. «Vaya careto para una niña que algún día tendrá que desenvolverse por el mundo», estaba yo pensando cuando Polly nos preguntó

si no le habíamos mandado una postal a papá por el Día del Padre.

La pregunta me dejó helada de vergüenza. Lecia se apresuró a romper mi silencio afirmando que claro que le habíamos mandado una tarjeta, y no sólo eso: también una caja de aparejos pintados a mano comprados en Denver, una bolsa de gusanos de goma roja y un carrete Zippo con resistencia de cincuenta kilos. El señor McBride opinó que no creía que existieran carretes con tanta resistencia, al menos no de nailon. Pero Lecia habría sido capaz de llevar la mentira hasta donde hiciera falta antes que dar su brazo a torcer. Replicó que como las truchas de Colorado eran un juego de niños comparadas con las lubinas del este de Texas, le parecía normal que las tiendas de la zona no vendieran sedales más resistentes. Allá en Leechfield, añadió, los de cincuenta kilos eran lo mínimo que podía uno comprar, mientras que el más grande era del tamaño de su puño, que exhibió delante del señor McBride para que éste lo estudiara a modo de prueba. Todo el personal del establo estaba ya hasta la coronilla de oír a Lecia hablar de Texas esto, Texas lo otro. Aquella mañana el señor McBride se limitó a darle un apretón en el hombro y dirigirse a su despacho para abrir las instalaciones. Sus hijos salieron en tropel de la camioneta y se dispersaron mientras yo los convertía en blanco de mi odio por el hecho de tener un padre. Yo quería que mi padre, tan alto, estuviera allí y me envolviera en la frescura de su sombra inmensa.

Me acordé de la mañana en que me sacó del petate, del momento en que eché a correr detrás de la camioneta. Estaba convencida al cien por cien de que sin mi padre me moriría. No me había muerto, por supuesto. Ni había empezado a llamar «papá» a Héctor, como él mismo me había pedido. («Eso será cuando las ranas críen pelo», respondí yo). Pero tampoco le había escrito una carta diaria a papá, como le había prometido. Las primeras semanas había mandado cinco o seis. Pero lo único que obtuve por respuesta fue una postal del pozo de petróleo de Spindletop en la que papá había garabateado un

chiste malo acerca de lo rico que se estaba haciendo desde que estaba «en el cotarro del petróleo», tras el que añadió un «ija, ja!» que me resultó lastimoso. Se despedía con un: «Con mucho cariño de tu mejor papá». Ese «mejor papá» me llenó los ojos de lágrimas, como si un montón de padres hicieran cola para ocupar su lugar.

Había otra cuestión que me mortificaba: no sabía muy bien si papá estaba enterado de lo de Héctor. Se había vuelto muy complicado escribir sin hacer alusión a él. Puede que nuestro cometido fuera fingir en nuestras cartas que mamá andaba penando por las esquinas, igual que esas divorciadas de las canciones *country*. Naturalmente, había tenido el buen juicio de no informarlo acerca del masaje que recibió mamá de manos del patizambo de Ray. Pero lo cierto es que entre la limitación de obviar a Héctor y la de no saber si adoptar un tono alegre o de sufrimiento por no estar con él, escribirle a mi padre se me hacía cada vez más cuesta arriba. Pasaba muchas horas sin hacer nada en la sala de lectura de la Ciencia Cristiana. O mordisqueando la pintura amarilla del lápiz de modo que las marcas de mis dientes se imprimiesen de forma idéntica de arriba abajo. A veces se me iba la mañana entera en aquella sala con olor a cerrado sin haber puesto ni un palito a la te ni un punto a la i en mi cuadernillo de caligrafía.

Aquel Día del Padre Lecia y yo cruzamos a la gasolinera Esso que había frente al establo y nos metimos en la cabina, donde hacía más calor que en el infierno porque el sol llevaba calentándola todo el día. Al descorrer la puerta de cristal recibimos la misma bofetada de aire caliente que al abrir un horno. El suelo plateado crujía por la cantidad de avispas y polillas que debían de haber caído en pleno vuelo víctimas del calor y la falta de oxígeno. Yo me quedé en la puerta para no pisarlas; Lecia, en cambio, las pisoteó sin miramientos hasta que alcanzó la ranura de las monedas e introdujo diez centavos. Mantuvo el auricular negro a pocos centímetros de la mejilla, supongo que para no achicharrarse. Pidió a la operadora que llamase a cobro revertido a Woodlawn 2—2800. Después de que

la señal sonara un trillón de veces sin que hubiera respuesta, la operadora cortó la comunicación. Al siguiente intento la telefonista de la Gulf no aceptó la llamada ni quiso pasarla a la unidad de papá. Lecia dijo con su voz más temblorosa que se trataba de una urgencia médica, tras lo cual calificó a la mujer de zorra malparida y colgó con tanta fuerza que el auricular rebotó en el soporte plateado y se quedó colgando del cable, golpeando el cristal de la cabina.

Lecia rompió a llorar y se encogió como si algo se hubiera roto dentro de ella, deslizándose hasta el suelo de la cabina sin tan siquiera comprobar si la máquina había devuelto cambio.

Acabamos preparando dos postales para el Día del Padre con cartulina azul. En la parte delantera de ambas escribimos «Papá» en cursiva con purpurina celeste y cola. En el interior de la mía dibujé una bandera cuyas franjas rojas coloreé a lápiz. Las estrellas plateadas quedaron de un gris apagado y metálico en lugar de brillar como las propias ceras que usé. Me deprimió la visión del resultado final. Por muy fabuloso que fuera un dibujo en mi cabeza, siempre acababa saliéndome un garabato infantiloides.

Mamá colocó las dos postales en la repisa de la chimenea para que se secaran. La de Lecia, por lo menos, había quedado impecable. La mía, sin embargo, estaba plagada de pegotes de pegamento. Además, mi hermana era un hacha coloreando sin salirse de las líneas, algo que para mí era impensable. Aun así, Héctor se quedó mirándolas como si fuera el Santo Grial de los cojones sin dejar de balancearse. Tenía una mirada soñolienta de perro apaleado que, ahora lo comprendo, tenía su origen tanto en la miopía como en el alcohol. Farfulló algo así como que esperaba que algún día le hiciéramos algo para el Día del Padre, a lo que Lecia contestó: «Pues mejor espérate sentado». Me dio tanta pena que antes de acostarme le di un abrazo. Mis brazos rodearon su cintura, toda blandurria bajo la resbaladiza camisa de nailon.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo mamá nada más levantarse fue llevarnos a la estafeta de Correos para comprar

sellos y mandar las tarjetas. Conducir antes de que su nivel de alcohol en sangre se estabilizara era un grandísimo acto de voluntad. Se había preparado un Bloody Mary en un vaso con tapa del que daba sorbitos igual que un bebé a un biberón. Se quedó paralizada frente a la oficina, buscando la cartera dentro de su bolso de cuero marrón. Le temblaban las manos. Al final colocó el bolso en el regazo de Lecia y le ordenó que se encargase ella.

A solas con mi madre en aquel coche me fijé por primera vez en los estragos que le había provocado el alcohol. Por algún motivo inexplicable se había teñido el pelo de rubio platino. Y llevaba gafas de sol oscuras constantemente. El gran contraste entre ambos tonos —el heno achicharrado del pelo y el negro brillante de las gafas— le amarilleaba el cutis. También se había cubierto la cabeza y el cuello con un pañuelo de gasa blanca que parecía una venda demasiado floja y fina para cumplir su función. Las manos grandes y angulosas le temblaban incluso cuando ejecutaba movimientos precisos, como el de vaciar el cenicero por la ventanilla. Yo guardaba silencio y me devanaba los sesos en busca de algo que decir. Pero en cuanto emergía una frase en mi cabeza, me imaginaba el desprecio hastiado con el que reaccionaría ella. Por aquel entonces le gustaba decir que tenía el gilipollómetro muy sensible. Yo la aburría, de eso estaba segura. Observé cómo echaba una pizca de sal en el boquetito de la tapa con un salero de picnic que siempre llevaba en el coche y por fin me atreví a decirle que a lo mejor le vendría bien un bloque de sal como el que usábamos para el pasto de los caballos. Por toda respuesta mi madre frunció los labios.

El decolorado me recordaba la foto del obituario de Jayne Mansfield, que al parecer murió decapitada en un accidente de coche. Yo era muy aficionada a las imágenes macabras en aquella época, de modo que no me costó mucho imaginarme la cabeza de Jayne Mansfield cercenada a la altura del cuello y volando por los aires igual que una pelota, todavía con las gafas de sol de ojos de gato con incrustaciones en los bordes. La

imagen se desvaneció en cuanto Lecia empujó la puerta de cristal y salió a pleno sol. El bolso grande de piel que cargaba sobre un hombro le golpeaba la cadera igual que el petate de un soldado.

Durante aproximadamente una semana desde que mandamos las postales Lecia y yo nos acercábamos a la estafeta por la mañana y por la tarde a comprobar si había llegado respuesta. Mi hermana sacaba la llave del buzón del cordel que le colgaba del cuello y abría la diminuta portezuela de latón cuyo número no es más que un borrón en mi memoria. Papá no era un gran corresponsal. El buzón siempre estaba vacío, como un pequeño ataúd.

Para ser justos, lo cierto es que los divorciados de la época confiaban los hijos a sus madres y se lavaban las manos. Se libraban de los críos como quien mete una camada de cachorrillos en un saco de patatas y lo tira por el puente Orange desde el Ford en marcha. Yo jamás me había imaginado que alguien pudiera desaparecer así, mucho menos mi padre. Habíamos jugado tanto al billar. Habíamos pescado tanto, y habíamos comido tantos gumbos deliciosos... Papá siempre había hecho promesas de fidelidad en tono declamatorio. Ante el primer atisbo de añoranza esas promesas me zumbaban en la mente igual que un mal eco: «Yo no soy rico, cariño mío. Pero tengo piernas. Y cuando camino piso fuerte. Y te juro por Dios que si alguien te toca un pelo, llegaré más lejos y con más ímpetu que cuando serví en el ejército. ¡Te lo garantizo por mis cojones!».

En algún momento de aquel verano Lecia perdió la llave del buzón mientras montaba a caballo. Y nos pareció demasiado engorroso guardar cola en ventanilla dos veces al día para preguntar si había llegado correo.

Mi campaña final de ese verano para que papá volviera a casa se centró en coleccionar los sellos verdes, que jamás nos habíamos molestado en guardar. Las tiendas los distribuían en función de la cantidad que uno gastara. Unos veinte sellos por dólar de productos de alimentación, por ejemplo, que luego

pegabas en unas cartillas y llevabas a un centro de sellos verdes para canjearlas por artículos «de regalo».

El catálogo de productos no era más grueso que el folleto que una ferretería distribuía con motivo de las ofertas por el cumpleaños del patrón. Pero estaba todo desordenado. Los artículos infantiles se mezclaban con las linternas; las baterías de cocina, con los extintores. Diez cartillas completas podían canjearse por una muñeca parlante de imitación que dejaba de hablar al cabo de una semana y al tirar del cordel sólo emitía gritos agudos de simio. Con cien cartillas ganabas material de acampada o un juego de croquet presentado en un carrito de madera con ruedines. Con miles de cartillas podías conseguir algo tan valioso como una secadora o un sillón reclinable. Las señoras que hacían la compra en el colmado de Leechfield caían como buitres sobre las largas tiras de sellos que mamá levantaba en la cola de caja. «¿Los quiere alguien?», gritaba, agitándolos en el aire. Los carritos convergían en el punto donde se encontraba ella, y las dientas alargaban los brazos por encima de sus pollos deshuesados, sus lechugas y sus bebés gordinflones instalados en el asiento, con las piernas rechonchas clavadas entre los agujeros cuadrados de metal igual que rulos de carne para asar. Mamá no creía en los sellos verdes ni en los cupones. Los consideraba una burda estratagema para tener a las mujeres deslomadas a la mesa de la cocina cuando los críos ya dormían, en la línea de actividades como zurcir y bordar, en las que mamá destacaba pero que se negaba a llevar a cabo. Como tampoco se salía una manzana de su ruta con tal de repostar dos centavos más barato. Mamá había superado el concepto de ahorro mucho antes de recibir la herencia de la abuela.

Aun así, cuando empecé a llenar de sellos la lata de café con un gallo pintado mamá no se burló de mí ni una sola vez, lo cual debió de costarle un tremendo esfuerzo. Pasaba horas de noche en la mesa de la cocina lamiendo sellos y pegándolos en las cartillas. Cuando me quedaba sin saliva, me hacía con la esponja azul de olor acre del fregadero. Las páginas de las

cartillas estaban pulcramente cuadriculadas a base de líneas color verde menta. Por lo general los pegaba de aquella manera, pero hallaba infinita satisfacción cada vez que me las apañaba para alinear una columna entera sin salirme de los bordes. Cada noche Lecia me preguntaba si estaba mal de la chaveta. Pero apenas había veneno en su voz.

Durante el día merodeaba por la tienda del pueblo, justo al lado de las puertas automáticas. A veces alguien sacaba sus sellos de las bolsas de papel y me los ofrecía antes de pasar el carrito por el riel negro de goma que abría las puertas con un zumbido.

El día que recogían la basura hacía el agosto. La gente solía tirar las bolsas de la compra en contenedores metálicos con aspecto de armadura. Las más de las veces, esas bolsas marrones formaban una pila cuidadosamente ordenada encima de toda la porquería. Sólo en contadas ocasiones tuve que sortear restos de café y cáscaras de melón para llegar a ellas. Y no era raro encontrar dentro de dichas bolsas metros enteros de sellos verdes que el esposo o hijo de alguna ama de casa olvidó sacar. A los pocos médicos y hombres de negocios de Colorado Springs que tenían su segunda residencia en el pueblo se la traían al fresco los sellos. Su basura, pequeña e impecable, era siempre mi primer objetivo.

Cuando acabé de rebuscar, lamer y contar sellos, me encontré con decenas de cartillas completas, ordenadas en una caja de botellas de vodka. Lecia tuvo que ayudarme a acarrearla hasta el coche salvando las agujas de pino y la grava de la entrada, y mamá la cargó en el maletero. Me llevó hasta Colorado Springs, al lugar que las lumbreras de la mercadotecnia de los sellos verdes bautizaron como «centro de canjes».

La señora indígena que atendía el mostrador lucía una cadenita de plata con un pedrusco de turquesa pulida incrustado en las profundidades del imponente escote. Recuerdo aún aquel escote porque lo tuve a la altura de los ojos durante largo rato. Encontrar entre las estanterías alguno de los

artículos que yo había tachado en el catálogo resultó ser un problema. No había cañas con carrete Zippo. No había gemelos de oro con forma de herradura y diamantitos a guisa de clavos. La señora se ofreció a pedir lo que fuera a Ohio, diligencia que tardaría entre seis y ocho semanas. Pero mi padre no había criado a una pardilla. Del mismo modo que sabía que no debía comprar a crédito, era consciente de que no había que pagar por un producto que no pudiera tocar con mis propias manos, salvo en el caso de los almacenes Sears.

No obstante, la señora tuvo la amabilidad de consultar el inventario. A ello dedicamos la mayor parte de su turno de ese día. Yo le leía el código del producto que figuraba en mi ajado catálogo y ella buscaba en su archivador de tres anillas, atado al mostrador con un cable retorcido y con cubiertas de tela azul polvorienta como las de los libros escolares. A medida que pasaba el tiempo, el inventario asumió el poder mágico de un libro de encantamientos. Dentro, en alguna parte, estaba el regalo perfecto, y localizar ese regalo entre sus páginas de papel cebolla era el último paso de un largo periplo que se inició cuando perseguí a mi padre montaña abajo. Cada vez que la señora dejaba de pasar los desgastados separadores y empezaba a repasar con el dedo una página concreta yo cruzaba los dedos de ambas manos.

Todo aquel tiempo mi madre fumaba un cigarrillo tras otro junto a la puerta acristalada. La oía aplastar con el pie cada colilla. Meneaba la puntera de su zapato de tacón, raspando el suelo de hormigón. No bien apagaba uno, encendía otro. Oía el sonido del encendedor al abrirse, seguido del chasquido del pedernal. Segundos después, una bocanada doble de Salem flotaba hasta donde nos encontrábamos nosotras. Además, cada vez que la dependienta negaba con la cabeza mi madre exhalaba un hondo suspiro cargado de humo.

No había en existencias ni uno solo de los artículos que me interesaban. Me quedé estupefacta. Había pasado noches y noches imaginando a papá en el momento en que se apearía de la camioneta tras el largo trayecto hasta Colorado y me

levantaría en brazos mientras Lecia tamborileaba con el pie. Detrás de él, en el asiento, estaría la caja en la que le habría llegado el carrete nuevo (o el alfiler de corbata, o el dominó de ébano). Mis esfuerzos por atraer a mi padre habían traspasado la línea del sueño y se habían convertido en una realidad. Incluso me convencí de que el hecho de que *no* hubiera existencias de todo era un buen augurio. El regalo de papá quedaría en manos del destino, así yo no me arriesgaría a elegir algo que no estuviera a la altura.

Mamá emprendió el pasillo en dirección a nosotras. El mesurado taconeo revelaba que estaba hasta las narices de todo. Recriminó a la señora del mostrador que en el catálogo no advertían de que no pensaban reponer existencias mientras Kennedy no saliera de la Casa Blanca. Que su bebé (o sea, yo) había trabajado como una jabata pegando sellos en las cartillas. Le tiré de la codera de la rebeca beis de cachemira para pararle los pies, pero ella se apartó dando una sacudida. Tuve que oír la consabida diatriba acerca de los hijos de puta de los republicanos, mentirosos de mierda, que habían tenido la denigrante idea de poner a la gente honrada a lamer sellos. La señora malinterpretó el «denigrante» y se puso hecha una furia ella también: replicó que ella no era negra, que ella era indígena, a lo que mamá repuso: «Me importa una putísima mierda lo que usted sea».

No recuerdo cómo me las apañé para sacar a mamá de allí y llevarla bajo los toldos verde bosque. Había empezado a chispear. Unos nubarrones grises se tragaban las montañas. La calle estaba húmeda y oscura. Me había olvidado la caja con las cartillas de sellos en el mostrador, pero antes me habría dejado freír en aceite hirviendo que montar en el Impala de mamá sin un regalo para mi padre, por insignificante y poco apropiado que acabara siendo. Sin embargo, no era tan tonta como para verbalizar mi propósito. Con mamá no podías ponerte firme, nunca, jamás debías imponerle un ultimátum. De lo contrario, se revolvía igual que un gusano cortado en dos, como siempre decía papá. Era capaz de invertir su último aliento en llamarte

chupapollas antes que callarse. Yo le doré un poco la píldora. Hice un par de sugerencias. Al final, la vi cruzar la calle mojada dando saltitos con los tacones hasta un bar con letrero de neón rojo en la ventana, el Black Cat.

Recorrí los amplios y fríos pasillos del centro de canjes durante lo que me parecieron horas. Las estanterías se elevaban hasta las vigas de acero del techo, de seis metros de alto. Casi todos los artículos de adultos estaban en cajas color tierra, de modo que cada dos por tres tenía que volver al mostrador. Pero la dependienta, supongo que convencida de que mamá la había llamado negra, no me dejó consultar el inventario enganchado al mostrador.

Al cabo de un rato me sentí atraída por el pasillo de los juguetes. Había mesas de ping-pong y de billar, así como una piscina hinchable lo bastante profunda para bucear en ella. Estuve a punto de emplear un lote de cartillas en una fábrica de juguetes de plástico que mediante un sistema de calor y vacío esculpía a partir de unos cuadraditos esos artilugios de colores vivos que había en las máquinas de chicles por pocos centavos: balones de fútbol americano en miniatura y muñecas paticortas con un aro en la coronilla para que te las colgaras del cuello. La imagen de la caja retrataba a un niño y una niña más o menos de mi edad, impecables, atendiendo un tenderete a rebosar de juguetes. Cogían los puñados de billetes que les ofrecía una manada de niños pequeños que se arracimaban a su alrededor para comprar su mercancía. Yo había leído un tebeo sobre la vida de Henry Ford y soñaba con tener mi propia cadena de montaje, con su plantilla de obreros sindicados, naturalmente. Pasé veinte minutos mirando fijamente aquella caja y pensando en la cantidad de dinero que podría generar vendiendo cachivaches de diez centavos a los turistas ricos clientes del establo.

La razón se impuso por fin, cayó sobre mí con la misma violencia que la luz de neón de los tubos instalados en las vigas de metal. Aquella luz era del color de los orines de caballo. Comprendí que ningún crío en su sano juicio pagaría dinero

contante y sonante a cambio de semejante bazofia. La voz de papá resonó dentro de mí. Él siempre les hablaba a los anuncios de la tele. «Hay que ver, ¿cómo he podido vivir cincuenta y tantos años sin un Veg-O-Matic que me corte las patatas en tiras? ¡Maldita sea mi mala suerte!».

Acabé cogiéndole una estatua de cerámica de un monje barrigudo calvo y con una corona de pelo hecha con fieltro marrón de verdad, crespo al tacto. El monje llevaba una caña de pescar de bambú con sedal de hilo de oro. A sus pies, calzados con sandalias, había una jarra de cerveza marrón y espumosa. También cogí un abrelatas eléctrico para mamá, que me impresionó sobre todo por el afilador de la parte de atrás.

Cuando mi madre sacó el abrelatas de su caja bajo el reloj de Coca-Cola del bar Black Cat manifestó su emoción como sólo saben hacerlo los borrachines exaltados. Podría haberle regalado una cagarruta de rata metida en una bolsa, que habría obtenido la misma dosis de efusión. Me plantó un beso con pintalabios en la mejilla e hizo circular el abrelatas. Los vaqueros alineados en la barra lo examinaron con demasiada delicadeza. Por la forma en que le daban la vuelta con sus manos bastas comprendí que les parecía un objeto de pacotilla. El camarero incluso desenchufó la licuadora para pasar los cuchillos de los limones por el afilador. Al contacto con el acero emitieron un chirrido tan enloquecido como el de la fresa de un dentista.

Envié el monje envuelto en papel de periódico. La caja de café volvió a llenarse de sellos verdes casi sin querer. Sin embargo, sólo de pensar en ellos me cansaba. Una noche pisé el pedal del cubo de la basura, la tapa se abrió como si fuera una mandíbula y tiré todos los sellos.

Un día que recuerdo como el último del verano ayudamos al señor McBride y a los mozos a llevar a los caballos del establo a los pastizales de invierno. Estaba atardeciendo. El agente de policía había cortado el tráfico de la carretera principal durante el tiempo que estimaron que requeriría la operación. Incluso cerró las vías de acceso con caballetes de rayas blancas y

negras.

No sé por qué nos dejaron acompañarlos a Lecia y a mí, porque hasta los hijos del señor McBride (jinetes de primera todos) lo tenían prohibido. Una vez abiertas las puertas del corral la manada vaciló antes de salir al trote. Sólo cuando hubieron cruzado el puente de piedra parecieron caer en la cuenta de adónde iban. Entonces echaron a correr a galope tendido como un único cuerpo ligeramente ondeante. Era como si los cuellos recios echados hacia delante tirasen de los alargados lomos. De haberme caído, me habrían pisoteado antes de que nadie reparara en la montura vacía. Aun así, casi no pasé miedo. Parecía una escena sacada de una película de vaqueros. Gran parte del camino lo hicimos no por el pavimento sino por un carril de tierra, levantando un polvo descomunal. Una nube inmensa nos envolvía permanentemente. Hasta la cara saltarina de Lecia se veía borrosa como un noticiario de mala calidad. Lo único que fui capaz de distinguir a lo largo de muchos metros en todas direcciones eran los lomos desnudos de los caballos —Appaloosas pardos, castaños y con motas azuladas— que se desplegaban formando filas y se movían en tan perfecto unísono que a ratos me convencía de estar inmóvil en el corazón de un ondulante clamor. La cabalgada me llenó la cabeza de truenos, me dejó aturdida. En un momento dado vi que un pequeño poni pinto se separaba de la manada. Rodeó una parcela de césped, saltó una acera y un seto bajo e invadió otro jardín. El señor McBride remontó la pendiente y lo devolvió al grupo. La huida de aquel único caballo hizo que me percatara de golpe y porrazo de lo rápido que nos movíamos dentro de la imponente marea animal. Mi propia velocidad me provocó una avalancha de terror. Me incliné sobre el pomo de la silla, aplasté aquel miedo con todo el peso de mi cuerpo y volví a dejarme llevar por el arrebató de los caballos.

Al día siguiente la camioneta del señor McBride se detuvo en la puerta de nuestra casa. El remolque alquilado que arrastraba transportaba a nuestros caballos. Así fue como nos enteramos de que nos iríamos del pueblo al inicio del año

escolar.

Volvimos a poner rumbo al oeste, a una zona aún más alta, un punto negro en el mapa que mamá rodeó con boli rojo; su particular idea de pastizal de invierno, supongo. Se compró un bar a modo de inversión. Si el alcoholismo de tu madre te quita el sueño y ella va y se compra un bar para ella solita en una localidad de la que jamás habías oído hablar, lo normal es que tu reacción sea escudriñarla en silencio, con los ojos como platos. Mi madre intentó quitarle hierro al asunto del bar. Según su discurso de entonces el Longhorn Bar era como el típico calcetín que llenas con lo que has ganado apostando y escondes debajo de la cama entre las bolas de pelusa. Héctor tenía familia en el nuevo pueblo. Además, si nos quedábamos en la cabaña Lecia y yo tendríamos que coger el autobús a Colorado Springs todas las mañanas a las seis en pleno invierno. «¿Quién se prestaría a eso?», nos decía.

Lecia y yo metimos la ropa en unas maletas redondas de Barbie. Vi la cabaña menguar detrás de nosotras hasta que unos álamos temblones se interpusieron, la ocultaron por completo y el coche empezó a tomar las curvas cerradas de la montaña.

Yo sabía que nunca volveríamos, y así se lo dije a Lecia, que respondió que ése era el menor de nuestros problemas. Miré su perfil grave mientras ella contemplaba los árboles pasar. Mi hermana hundía el mentón de una forma muy particular, agachando la cabeza como una gaviota al enfrentarse a un ventarrón, de tal manera que sus ojos marrones escudriñaban el mundo desde la ranura bien delimitada que quedaba bajo el borde de su rígido flequillo rubio. En ese momento hundió la barbilla aún más entre los pliegues del cuello. Era su manera de replegarse en sí misma, de refugiarse en los sólidos cimientos de su identidad antes de que otro cambio la abrumase. Al ver su perfil perder el mentón sentí la crecida de una marea de oscuridad, fría como agua de manantial. Papá ni siquiera sabría adónde venir a buscarnos cuando se lo propusiera.

Circulamos todo el día a través de mesetas. Durante todo el

trayecto mamá no hizo más que criticar lo insignificante que había sido nuestra vida en Texas, en un pueblo sin más música que el country y el zydeco, sin más libros que el catálogo de Sears, al que las mujeres entre quienes me crié llamaban «el libro de los sueños». Con lo único que podía soñar una mujer en aquel pueblo, decía mamá, era con un congelador lleno de carne de ciervo limpia y troceada por ella misma, o con una mullida otomana de vinilo sobre la que poner los pies hinchados al final de un largo día. En un momento dado lanzó la boina negra por la ventanilla. Observé cómo rodaba hasta detenerse del todo detrás de nosotros, inmóvil como un animal atropellado.

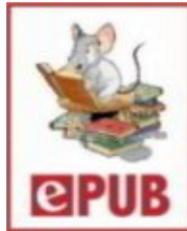
Paramos a cenar en un western en el que pedimos raciones gigantescas de pastel de carne y puré de patatas al que Lecia y yo dimos forma de volcán. Cuando salíamos mamá se compró un Stetson de hombre con dos largas plumas de codorniz en la cinta y un par de botas de vaquero de piel de serpiente. Pagó también cien dólares por un collar de flores de calabacín en aleación de plata y plomo, tan pesado que parecía un yugo.

Cuando el Impala empezó a dejar atrás la planicie y se adentró de nuevo en las montañas, el sol ya se había vuelto carmesí. Se hizo la oscuridad. El destello del velocímetro se hizo perceptible. Me incorporé entre sus cabezas, la de Héctor y la de mamá. El perfil de él tras el volante, flácido y reptiliano — siempre me recordó a un caimán—, no manifestaba ninguna reacción ante la nueva inspiración vaquera del atuendo de mamá. Héctor era, al menos para mí, un mero figurante, el comparsa de mi madre. Ella se estiró en el asiento del copiloto apoyando las botas en el salpicadero. Poco antes nos había enseñado una vieja canción de vaqueros. Me quedé dormida mientras la cantaba, sola, en su tono susurrado y monocorde:

Soy un viejo vaquerillo de Río Grande,

*pero ni tengo las piernas arqueadas ni las mejillas
tostadas.*

*Me sé todas las canciones que se saben los vaqueros
porque me las aprendí escuchando la ra-di-o.
Yippee-ay-yo-ky-yay...*



Nota 6

Medicamento para aliviar cualquier malestar estomacal, como las náuseas o la acidez, y otros problemas digestivos.

[Volver](#)

Capítulo 11

Nuestros faros centellearon ante el letrero que anunciaba que acabábamos de entrar en Antelope. Los fundadores del pueblo pretendían atraer a los esquiadores, que sin embargo dejaban atrás el cartel —pintado en rechonchas cursivas rojas como las de los camiones de helados— y continuaban hasta Telluride. Los orígenes de Antelope se remontan a la Fiebre del Oro, pese a que muy pocas pepitas aparecieron en los tamices de los muchos mineros que probaron suerte. Hubo uno, no obstante, que a golpe de zapapico extrajo grandes vetas de plata y cobre, pero una vez agotadas las minas, Antelope se quedó sin recursos para mantener a sus habitantes. Lecia se había desplomado sobre mi hombro y yo le di un codazo para que examinara conmigo el lugar.

Desde siempre mamá nos había preparado para vivir en una gran ciudad. Los cuentos que nos contaba antes de dormir estaban ambientados en esa clase de sitios: Atenas en los tiempos de Sócrates, antes de que los cínicos tomaran el poder y la gente se abriera las venas en los baños públicos; el París de entreguerras; la Viena donde un Mozart enfermo y sudoroso garabateó las notas de su propio réquiem. Una lista en la que el Nueva York de los años cuarenta de mamá ocupaba un lugar privilegiado. Aquella ciudad nos pertenecía por derecho de nacimiento, nos aseguraba. Pero cuando enfilamos la calle mayor de Antelope aquella húmeda noche otoñal, los edificios achaparrados y los escaparates de las tiendas sólo quedaban iluminados por unos pocos luminosos de cerveza. Ni rastro de

marquesinas parpadeantes. Nada de toldos larguísimos custodiados por porteros oficiosos con silbatos dorados para llamar a los taxis.

De día el paisaje era de una belleza superlativa. Pero un elemento gótico y macabro parecía reinar sobre la localidad. Por lo demás, aquel otoño el cielo se mantuvo gris, muy parecido a los cielos de las descripciones de *Drácula*, dominados por los Cárpatos y las garras afiladas de sus árboles desnudos.

Por aquel entonces había fundado un club de vampiros cuyo único miembro era yo misma. En el cuadernillo de caligrafía redacté la larga y penosa ceremonia de iniciación. La primera fase consistía en pincharse un dedo con un alfiler para hacer un pacto de sangre con los demás miembros. Para demostrarle a Lecia que la cosa iba en serio, me pinché las yemas de ambos índices. También había que rociarse la mano con líquido para mecheros, acercar una cerilla y sofocar la llama enseguida con una toalla húmeda —un truco que había visto hacer en Leechfield durante una fiesta de Halloween—. (Esta parte la posponía hasta que hubiera más miembros a los que cautivar). Después venía el examen escrito de lengua vampírica, que se basaba en deletrear tres o cuatro palabras transilvanas sacadas del libro de Bram Stoker. (*Vlkosiak* era una de ellas; creo recordar que significaba «vampiro»). Dichas palabras eran la contraseña para acceder a la sede del club, que nunca llegué a montar del todo. Una vez superadas todas las pruebas, había que pintarse dos puntos rojos en la carótida con rotulador para tela. Lecia se negó a entrar al trapo y ni siquiera accedió cuando le propuse saltarnos los rituales de iniciación y prometí nombrarla vicepresidenta y posteriormente presidenta, relegándome yo al papel de Igor.

Lo cierto es que Antelope evocaba sociedades secretas, rituales demoníacos y cosas así. En la carnicería alemana colgaban ristras de salchichas del techo. La primera vez que empujé la pesada puerta que hacía sonar el inmenso cencerro del umbral me horrorizó mirar hacia arriba y ver aquellos trozos de carne inerte y fragante en sus tripas color sangre oscilando

por encima de mi cabeza. Me recordaron a un grabado medieval de uno de los libros de arte de mamá que representaba a decenas de herejes ahorcados por la Santa Inquisición. Los cuerpos colgaban de un cadalso gigantesco en la plaza del pueblo y se pudrían al viento, con los brazos caídos y los ojos salidos de sus órbitas. El dueño de aquella carnicería se llamaba Olaf, nada menos, y regentaba el local junto con su hermana gemela, Anna. Tenían cien años como mínimo y cada vez que los veía era como si las artríticas columnas se les hubieran arqueado un poquito más. Ambos proyectaban sendas sombras con forma de interrogante sobre el linóleo desgastado lleno de rayones.

Cogían puñados de caramelos de un centavo de botes inmensos y hacían degustaciones gratuitas de su crema de queso con ajo casera, de un color naranja fluorescente inencontrable en la naturaleza. Las estanterías exhibían mercancía que llevaba allí desde los tiempos de Eisenhower. La pirámide de latas de limpiabaños había estado tan expuesta al sol que el color verde lima de las etiquetas había pasado a ser amarillo limón. Las instrucciones que advertían que el producto no debía ingerirse eran ilegibles, en caso de ingesta ac..., decía cada una de las latas, seguido de un espacio achicharrado por toda advertencia.

Al principio nos instalamos frente a aquel negocio, en un destartado hotel de estuco de color rosa sucio. Para el desayuno y el almuerzo Anna preparaba sándwiches de salami grasiento y jamón atravesado por ríos blancos de grasa y nervios. Eran de varios pisos. Anna los pinchaba con mondadientes, y para poder darle el mordisco más insignificante había que desmontarlo entero. El pan en sí era tan basto y seco que me veía obligada a beber buena parte del refresco de uva para poder tragármelo. Pasado un tiempo renuncié por completo al pan y me alimenté exclusivamente de lonchas apergaminadas de salami y hojas de lechuga iceberg empapadas en mayonesa que robaba de los sándwiches de los demás, junto con rodajas grandes y carnosas de tomate. Esto

provocaba que Lecia me diera tortazos en la mano con frecuencia y me dijera que me estaba ganando acabar con un muñón ensangrentado.

Por las noches comíamos en el único asador del pueblo, un local húmedo y mal iluminado especializado en costillares informes. Para empezar había martinis o Gibsons (en plural), borgoña durante la cena, y por último un coñac que mamá comparaba con un fuego sedoso bajándole por la garganta. Una noche, después de uno de esos festines, tomamos la calle mayor y me fijé en que el viento que soplaba desde las cumbres hacía vacilar las farolas. «Este pueblo está dejado de la mano de Dios», pensé. Mamá se apoyó en Lecia y Héctor se apoyó en mí para cruzar. El único conductor cuyos faros se deslizaron por mi cara debió de tomar a Héctor por mi padre, que titubeaba por la calzada igual que Frankenstein, y yo me moría de ganas de dar unos toques en el parabrisas y aclarar la situación.

En el hotel mamá y Héctor cayeron con los brazos en cruz y Lecia me obligó a lavarme los dientes. «No querrás acabar con la dentadura verde y llena de porquería como Ray, el del establo», dijo. A lo que yo respondí que no, señor, claro que no. En el espejo vi que el botón de madera del chaquetón de Héctor me había dejado un hoyuelo con forma de media luna en la mejilla contra la que se había apoyado. Yo siempre había querido tener hoyuelos, como Shirley Temple. Lecia dedicó un rato a hacerme uno igual en la otra mejilla. Primero me clavó la uña del pulgar hasta que solté un grito, y luego apretó el tapón de la pasta de dientes contra la carne mientras yo contaba hasta cien. Pero no conseguimos que las marcas coincidieran del todo.

Mamá alquiló una casa colonial decorada con cretona y muebles de caoba con patas en forma de garra. Había sido del último director del banco del pueblo (que estaba en la cárcel, si no recuerdo mal, por malversación de fondos). Era la primera vez que Lecia y yo veíamos por dentro una casa de dos plantas. La recorrimos entre susurros, alargando el cuello hacia los

techos altos y las largas cortinas recogidas con borlas de seda. Hicimos reverencias antes de sentarnos con la espalda muy recta en el filo mismo del sofá de dos plazas y jugar a servir el té.

Era una casa espaciosa. La mesa del comedor era tan larga y polvorienta que sobró sitio una vez que escribimos nuestros nombres con el dedo. Yo hice notar que las doce sillas a juego parecían concebidas para la última cena, sin contar a Jesús. Eran tan profundas como sillones de dentista, con asientos acolchados de satén azul real. Desde las molduras de las esquinas sonreían unas máscaras de comedia. En el salón había un piano de cola pequeño bajo una araña cuyas lágrimas de cristal habían adquirido un tono ámbar apagado. Las puertas correderas comunicaban con un pequeño gabinete en el que mamá y Héctor instalaron su cama, porque era menos probable que los incordiásemos allí.

En el piso de arriba Lecia y yo teníamos, por primera vez, un cuarto para cada una. En el mío había un comodín muy alto de madera de cerezo con cajones hondos como cavernas, de modo que toda la ropa que mamá mandó traer desde Denver parecía insignificante una vez ordenada. Por las noches siempre esperaba que uno de los cajones se abriera y surgiera el cadáver de un enano, así que cogí la costumbre de dormir en la cama de mi hermana, que no se despertaba ni siquiera cuando yo tenía la audacia de enlazar mis dedos con los suyos.

El primer día de colegio caminamos hasta llegar a un tramo con una pintada negra en la acera. Alguien llamado Ken se la chupaba a los osos muertos, o eso decía. Detrás de la sentencia se alzaba el Instituto Antelope, una construcción gris de bloques de hormigón. Era el único centro escolar del pueblo, y cubría todos los cursos.

Para subir los escalones había que pasar por delante de una manada de chavales que fumaban. Los chicos llevaban tupé; las chicas, el rabillo del ojo pintado y moños con forma de colmena. Olía a gomina y agua oxigenada a tres metros de distancia. En Leechfield los chicos mayores se cortaban el pelo a cepillo. La

mayoría usaba camisas viejas abotonadas y rebecas, como los adolescentes de la tele, salvo los pocos chavales de campo que aparecían con sus petos y sus botines. Los de Colorado, en cierto modo, parecían mayores. Las chicas fumaban abiertamente en público en lugar de esconderse en los baños o detrás de las pistas de patinaje, como hacían en Texas. Alguien llevaba un transistor escondido en el bolsillo o en la cartera y sonaba lo que parecía ser «Louie Louie». Una muchacha de pelo negro con unos rizos de ébano pegados a las pálidas mejillas con asombrosa precisión bailaba lascivamente a cuatro patas delante de todo el mundo. Meneaba las caderas y entreabría los labios pintados de blanco nacarado. En Texas sólo había visto bailar así a la espabilada prima de Luisiana de una amiga en una fiesta de pijamas. Pasé por su lado boquiabierto, poniendo aquel baile a la misma altura moral que un espectáculo de *striptease*.

Subimos los peldaños encerados de la entrada hasta una pared llena de ganchos desde el suelo hasta el techo. Había trineos amontonados a un lado, junto a unas estanterías bajas para botas. Caí entonces en la cuenta, por primera vez, de que iba a ver la nieve. Habría bolas de nieve, muñecos de nieve y montaría en trineo; todas aquellas cosas que sólo conocía a través de los libros. Resolví que debía engordar, quizá incluso tomar Wate-On, el producto que el hermano de Junior Dillard había pedido por correo a través del formulario de la contraportada de un tebeo para estar más fuerte para el fútbol americano. Luego se quejó de que se le habían puesto los dientes grises, pero yo estaba hasta la coronilla de comprar ropa en la sección infantil mientras las chicas más corpulentas tenían ya a su disposición la variedad que ofrecían las perchas circulares de vestidos con la etiqueta gorditas. Ganar presencia bien valía unos dientes grises.

Lecia me levantó la cara poniéndome un dedo en la barbilla. Me advirtió de que si me metía en el más mínimo follón después de clase me tiraría de los pelos hasta dejarme calva. Luego echó un vistazo para asegurarse de que no nos veía nadie y me

apretó los brazos contra los costados en un supuesto abrazo. Se alejó chasqueando los zapatos de charol nuevos.

Bien podría haberse ahorrado la amenaza, porque no había profesores con los que meterme en líos. El centro había puesto en marcha un proyecto llamado «aprendizaje autorregulado» en el que los chavales trabajaban de manera autónoma mediante una progresión de unidades de lectura y matemáticas. Supervisaban las clases unos monitores que formaban parte del alumnado. Los docentes, por su parte, echaban el día en la sala de profesores fumando y atiborrándose de cargamentos de bizcochos de chocolate, magdalenas y galletas que traían por turnos en unas fiambreras inmensas. A mí me metieron en un cuarto. Pero si bien ahora mismo podría recitar la lista de mis clases de segundo y tercero sin dejarme a nadie, de los compañeros de cuarto no sería capaz de nombrar a más de uno o dos.

La maestra hizo acto de presencia aquel primer día para hacernos pronunciar el juramento y pasar lista. Todavía siento sobre mi hombro el peso fresco de su mano, que despedía un leve olor a crema Jergens, en el momento en que me presentó al resto de la clase.

En mi otro colegio una alumna nueva se hacía famosa instantáneamente por el mero hecho de ser de fuera. Los niños de Texas me habrían bombardeado con notitas en aviones de papel y en el recreo habrían formado un corro a mi alrededor. Estos críos del oeste, en cambio, eran más cautos. Los observé, de pie junto a la maestra. Ellos me devolvieron una mirada inexpresiva, bovina. A la hora del recreo nadie, salvo la monitora de clase —que resultó ser la hija del director, una chica con los ojos azules y una media melena recta y lustrosa de color cobrizo—, sabía cómo me llamaba, no digamos ya de dónde era.

En Texas, además, una pandilla de chavales de cuarto sin vigilancia habría puesto los pupitres del revés, escrito palabrotas en la pizarra, prendido fogatas en las papeleras, escogido un cabeza de turco al que martirizar. Aun así la

maestra salió al pasillo disimuladamente y nos dejó solos sin dedicarnos más que una breve mirada. En Antelope hasta los más burros se quedaban como estatuas en sus pupitres casi todo el día, como si a todos les hubieran administrado un potente narcótico. Los alumnos eran una masa indistinta y carilarga. Nadie hablaba, de lo contrario la monitora te sancionaba. Cuando acumulabas muchas sanciones te ganabas un castigo que iba aumentando por tramos de quince minutos e implicaba quedarse todavía más tiempo en el aula vacía mientras la manecilla roja que daba la vuelta al enorme reloj industrial marcaba el paso de las horas.

La mayoría de mis compañeros se echaba sobre los cuadernos e intentaba dormir. Un niño evaluaba la calidad de la jornada durmiéndose encima de un papel milimetrado. Luego trazaba un círculo alrededor de la mancha de baba que había quedado y comparaba el tamaño y la forma con la mancha del día anterior.

Durante un tiempo me entretuve haciendo las unidades de lectura y matemáticas. El absurdo sistema se basaba en ir pasando de nivel sin ningún tipo de supervisión. Incluso tenías que corregirte tú mismo los exámenes. El monitor te pasaba la clave con las respuestas y un lápiz rojo para señalar los errores. Que yo sepa, nunca nadie me revisó los deberes. Pero ni por éstas me habría molestado en copiar, porque los exámenes estaban chupados. Recuerdo uno que era más o menos así:

No todas las manzanas son del mismo color. Colorea de verde las manzanas del árbol más grande. Colorea de rojo las manzanas del árbol mediano. Colorea de amarillo las manzanas del árbol más pequeño. ¿Cuántas manzanas son verdes? ¿Cuántas son rojas? ¿Cuántas son amarillas?

Hasta yo me daba cuenta de que no hacía ninguna falta colorearlas para saber cuántas había. Cada lección estaba llena

de tareas por el estilo, que perfectamente podía saltarme. Cada vez que aprobaba el examen de una unidad pasaba a la siguiente, y así sucesivamente en lo que me parecía una serie infinita. Había trenes moviéndose a cien kilómetros por hora hacia Cincinnati; había doce mazorcas de maíz en cada saco que vendía el granjero Brown.

Naturalmente, la maestra no podía pasarse el día entero en la sala de profesores, pero mi recuerdo es ése. Un día, un niño se metió un clip por la nariz y empezó a sangrar a lo bestia. Lo atendió la monitora, que le echó la cabeza hacia atrás y le introdujo por la nariz su propio calcetín de gimnasia, un gesto que provocó un breve «oooooh» por parte de los demás niños, porque el calcetín debía de oler a rayos. Me ordenaron ir a buscar a la señorita Fulanita a la sala de profesores. La excursión implicaba una travesía escaleras de hormigón abajo hasta el cuarto de calderas, que era como uno de esos sótanos de peli de terror en la que le gritas: «¡No bajes ahí!» a la protagonista que sostiene una vela. El horno crujió cuando pasé por delante. Las sinuosas tuberías del techo tenían paños atados aquí y allá, lo cual no impedía que rezumaran. Pasado todo esto se encontraba la puerta de la sala de profesores, con un cristal translúcido redondo que parecía más propio de un submarino. Agarré el pomo con la mano y tiré.

Dentro, la estancia era puro humo. Por aquel entonces todo el personal docente estaba compuesto por mujeres, mujeres corpulentas, para más señas. Me vi frente a sus anchas espaldas provistas de cremalleras que luchaban por mantenerlas dentro de los vestidos en tonos pastel. Sus traseros inmensos se desbordaban por ambos lados de las sillas de madera. Cuando se volvieron para mirarme vi que cada profesora tenía su propio cenicero de aluminio, así como un plato de cartón vacío con un tenedor blanco de plástico meticulosamente lamido. En el centro de la mesa, los restos de una pantagruélica tarta de chocolate. La bandeja de cartón de la pastelería parecía un campo de fútbol embarrado y plagado de huellas de botas claveteadas y zarpazos. Mi maestra se puso

de pie nada más verme y me llevó de vuelta al aula.

La primera semana pasé dieciocho niveles de lectura y doce de matemáticas, un nuevo récord en la escuela que batí no tanto por ambición como por aburrimiento. Lo anunciaron por megafonía un día, después del juramento. Por un breve instante sentí un antiguo acceso de orgullo en el pecho. Pero cuando miré a mi alrededor sólo percibí miradas de incredulidad por parte de mis compañeros. Puede que hubiera una especie de pacto secreto basado en no destacar demasiado para evitar que el listón subiera.

Ese día, en el recreo, una niña de sexto a la que todo el mundo llamaba Bertha la Cerda vino hacia mí y me dio un sopapo en la cara mientras yo hacía cola para beber en la fuente. Mi agresora cogió impulso antes de pegarme, de modo que vi venir la mano de lejos. Pero lo extravagante del gesto impidió que me agachara siquiera. Todavía tardé un segundo en percatarme de lo que había ocurrido, cuando ya me había soltado el bofetón. Me quedé plantada, tocándome la mejilla. De haber estado más preparada para el golpe me habría tirado al suelo, sólo para añadir dramatismo a la situación. Noté que me ardía la mejilla bajo la palma de la mano. Entretanto la cola de la fuente se dispersó y los chavales de diversas alturas se hicieron a un lado formando un muro irregular con el fin de evitar que nos vieran las maestras.

Bertha la Cerda entornó los ojillos porcinos y todas sus facciones se juntaron en el centro de su cara de pan. Acabó por admitir que me había pegado por haber hecho quedar como una imbécil a su hermana pequeña, que estaba en mi clase. Yo ni siquiera sabía quién era su hermana. Pero era incapaz de asumir un ataque tan directo y le dije que a su hermana no le hacía falta la ayuda de nadie para quedar como una imbécil, como tampoco a ella, la gorda de Bertha la Cerda.

Nada más oír su mote Bertha me soltó un bofetón en la otra mejilla. Esta vez, en cambio, cargué contra su corpachón y me lie a patadas y tortazos. En ese momento Lecia estaba columpiándose al final del patio y más tarde me contaría que

parecía como si las aspas de un molino se hubieran salido de su eje y hubieran salido disparadas directamente al blandengue vientre de Bertha. Los movimientos de ésta eran lentos, pero al final empezó a asestarme unos buenos golpes en la coronilla. Yo estaba a punto de declararme vencida cuando, obedeciendo a un instinto salvaje, adelanté las manos y agarré a mi contrincante por el cuello de la camisa. Tiré con todas mis fuerzas. Y, como por una especie de milagro, todos y cada uno de los botones blancos de la blusa se soltaron y cayeron en la hierba con un chasquido casi inaudible. En ese preciso instante Bertha me tenía agarrada del pelo con las dos manos y las gomillas de las trenzas se me clavaban en el cuero cabelludo. Sentía los ojos estirarse hasta las orejas, y la boca como la de esos astronautas de las fotos de la revista *Life*, tan abierta por efecto de la presión del viento que dejaba ver las muelas del juicio. Bertha estaba tan ocupada sacudiéndome el cráneo que tardó un segundo en mirar hacia abajo. Pero cuando lo hizo y se dio cuenta de que todo el colegio le estaba viendo los abultados pezones cubiertos por el sujetador deportivo me soltó y salió disparada hacia la puerta de la cafetería.

La pelea me valió un moratón en el ojo derecho, producto del impacto contra el sello de oro del novio de Bertha, que ella lucía en un dedo. Mamá mandó a la carnicería a uno de sus esclavos, parroquiano del bar, a buscar una chuleta que me bajara la hinchazón. Luego me aplicó base de maquillaje en la órbita y polvos de talco con el pompón más suave que tenía.

Deeter, el camarero, limpiaba una mancha de pintalabios de una jarra de cerveza enfrascado en unos pensamientos aparentemente serios. Detrás de él vacilaban las botellas escalonadas en sus pequeños pedestales. Había botellas ámbar, verdes y transparentes, y una de *chartreuse* de un amarillo luminoso que se destacaba en la última fila como si fuera combustible para cohetes. Miré al otro lado de la barra y vi en el espejo de la pared el reflejo preciso de mi ojo abultado, deformado y empolvado. «Papá estaría orgulloso», pensé, y me bajé del taburete.

En el baño sin calefacción mi propia respiración creaba vaho. Me limpié el maquillaje con una bola de papel higiénico que humedecí con agua del grifo. Luego accioné el secamanos de la pared, tanto para secarme como para entrar en calor. Allí de pie, sola, con los ojos cerrados y el aire caliente soplándome en la cara, sentí el pelo volar hacia atrás y la sangre irrigando de nuevo el ojo tumefacto, y una oleada de nostalgia se apoderó de mí. Una vez había ido desde la playa hasta la casa montada en la caja de la camioneta de papá. Aquel día el sol había calentado tanto los remaches del suelo de la caja que si por descuido los pisabas te quemabas las plantas de los pies. La nuca de papá, con la gorra roja de los Lone Star, se recortaba como un icono en la ventanilla de atrás. Le di la espalda para sentir el sol en el rostro. El viento era caliente, pero evitaba que sudara de más. Aun así aquella noche me dio una insolación tremenda en la cara, que papá me calmó aplicando Noxzema. El recuerdo se apagó al mismo tiempo que el secamanos, como si también le hubiesen cortado la corriente.

Me aupé sobre el borde del lavabo para examinar otra vez el hematoma en el espejo rectangular del dispensador de toallitas. El ojo seguía hinchado y de color negro azulado, con un halo verde en la zona externa. Papá lo habría calificado de «ojo morado de mil pares».

Luego me quedé traspuesta en una banqueta en el rincón más oscuro del bar y casi pude ver a papá cobrar forma a partir de la densa atmósfera de humo de tabaco y alcohol. Vino a sentarse conmigo. O, más bien, su fantasma vino a sentarse conmigo, porque no estaba tan loca como para pensar que la silueta que mi mente había proyectado era mi padre de verdad. Sabía perfectamente que no. Aun así me tranquilizaba verlo a través del velo de mis propias pestañas. Se sentó, desgarrado, con sus pantalones caqui arrugados. «No puedes bajar la guardia», me dijo por fin. Sacó un Camel de la apretada fila de cigarrillos alineados como los tubos de un órgano. El cristal del tablero negro de la mesa era apenas más transparente que él. Le dije que lo echaba muchísimo de menos, pero él hizo caso

omiso de mi comentario. «Y tienes que atacar con la izquierda, que no te dé en el ojo. A ver, que te vea...». Con la yema del pulgar me apretó el contorno del hematoma para comprobar si estaba duro. «¡Bah, esto no es nada!».

Me ardían los ojos. Yo sólo quería una tregua, quedar suspendida del universo entre las manos grandes de papá, como cuando me enseñó a mantenerme a flote en la piscina del pueblo. Así me sentía escuchándolo, la presencia de papá mecía mi cansancio. Me quedé profundamente dormida en su regazo fantasmal.

La velocidad con que superaba las unidades acarreó otra consecuencia peor aún que el ataque de Bertha la Cerda. El director solicitó entrevistarse con mamá para plantearle la posibilidad de pasarme de curso.

El director se llamaba señor Janisch y, aparte del dato de que los estudiantes lo llamaban Janbo, no recuerdo ni una sola de sus facciones. Era un borrón amenazante ataviado con un traje de tres botones azul celeste y corbata de rayas. Mamá se dirigió a él con la mano extendida. Llevaba el abrigo de castor e iba acompañada de Gordon, uno de los parroquianos a los que invitaba a copas a cambio de que nos llevara y nos trajera de lo que ella llamaba los tres polos de nuestra existencia (colegio, bar, casa). Gordon la condujo por el codo desde el escritorio del señor Janisch hasta el sillón de piel marrón que había en una esquina.

La presencia de Gordon me avergonzaba. Tenía manos blancas afeminadas y el cutis picado de marcas de acné y cicatrices. Un poeta escribió acerca de un «joven carbuncoso»; pues bien, ése era Gordon. Aquel día llevaba un arrugado uniforme militar de camuflaje con botas negras de combate. El señor Janisch le preguntó en qué sección había servido. El viejo Gordon se limitó a agachar la cabeza en un gesto de falsa modestia y entre sus dientes de castor enunció la mentira de que no podía decírselo por motivos de seguridad nacional. Yo sabía a ciencia cierta que lo habían rechazado en el ejército durante la Guerra de Corea por no sé qué razón, pies planos o

algún tipo de desequilibrio mental. El hecho de que poseyera un culo grande, redondeado y femenino añadía una nota extra de patetismo al numerito soldadesco de Gordon. Él intentaba disimularlo llevando las camisas por fuera, lo cual equivalía a colocarse una pancarta: «tengo el culo gordo». En definitiva, era pomposo y blandito al mismo tiempo, y ya sólo que mamá lo presentara como nuestro chófer me ponía la carne de gallina.

Tan pronto como mamá se hubo sentado Gordon le encendió un cigarrillo con un mechero de butano cuya llama se elevaba por lo menos treinta centímetros. Se guardó el encendedor en el bolsillo, apoyó el trasero contra el antepecho de la ventana y abrió una revista que se había traído. En la portada había un dibujo de un nazi canijo y con nariz de hurón que entornaba los ojos para mantener el monóculo en su sitio a la vez que inmovilizaba los brazos a una rubia tetona vestida con un uniforme de enfermera hecho trizas. La intensidad con que Gordon estudiaba la revista me hizo sentir aún peor que el hecho de que el señor Janisch pudiera ver la sórdida portada.

Supongo que si ese día me concentré tanto en Gordon era porque casi no podía soportar mirar a mi madre. Se había transformado en el vivo retrato de una chiflada. Para empezar, aquel otoño había intentado teñirse de pelirroja, pero acabó con una sustancia más parecida a la felpa que al pelo con el color y la textura de la alfalfa seca. Además, no se había molestado siquiera en vestirse para la reunión, sino que simplemente se había calzado las botas de vaquero, sin medias ni calcetines, se había aplicado un pegote de pintalabios y se había echado el abrigo de pieles por encima del camisón de seda color melocotón. Pero el dobladillo festoneado asomaba cada vez que cruzaba las piernas, y percibí que ese día las cruzaba demasiado. Puede que estuviera intentando lucirse delante de Janbo, un tipo que no parecía dejarse impresionar por un buen par de piernas. Lo único que hacía era mecerse adelante y atrás en su sillón de director, asintiendo educadamente por encima de la vasta extensión del secante de escritorio verde.

Yo intenté que no se me cayera la falsa sonrisa de la cara

en ningún momento, ni siquiera cuando mamá le propuso que se pasara cualquier tarde por el bar con su mujer para que los invitara a una copa. Calificó el Longhorn de «local familiar». Presumió de que sus «brillantes hijas» —en ese momento me acarició el pelo— se sentaban a estudiar a la mesa de los cócteles mientras sonaba música clásica en la gramola. Recuerdo perfectamente que agaché la cabeza para apartar su mano. (Todavía siento una puñalada de remordimientos por la pequeña traición de evitar su contacto). Yo sabía que el viejo Janbo estaba enterado de la condición de antro infame del Longhorn, y no quería mancillarme todavía más respaldando una mentira tan descarada.

Era verdad que Lecia y yo íbamos al bar después del colegio. Pero, en vez de hacer los deberes, jugábamos con una máquina eléctrica, mezcla de tejo y bolos, en la que deslizabas un disco de hockey por una pista larga y brillante para derribar unos bolos. O bien nos sentábamos en la barra y bebíamos Cherry Cokes mientras aprendíamos trucos de bar. Yo sabía hacer castillos de naipes y tirar los dados con el cubilete para que sólo salieran sietes. También era capaz de seguir los escurridizos movimientos de los trileros (aún era demasiado torpe para ejecutarlos yo misma) y de doblar un trapo para que pareciera el enorme pene en erección de un caballo, provocando entre la clientela unas carcajadas que se asemejaban a un confuso coro de burros borrachos. La única pieza clásica de la gramola era el «Bolero» de Ravel, salvo que también contara la música de *Exodus*, que hacía llorar al camarero irlandés. Mamá siempre llevaba un destornillador en el bolso para subir o bajar el volumen en función de su estado de ánimo y de si le apetecía bailar. Casi siempre escuchábamos a Tennessee Ernie Ford cantar sobre extraer dieciséis toneladas de carbón o seguir a los gansos salvajes con su corazón.

Algunos parroquianos llevaban tanto tiempo sin moverse del sitio que prácticamente estaban cosidos a los taburetes con telarañas. Yo había conocido la desdicha insondable de clientes desplomados en los cafés a través de los cuadros de Edward

Hopper. Mamá tenía un libro suyo, cada retrato más gris que el anterior. El Longhorn rebosaba de gente así.

Gordon y Joey eran los habituales más animados, lo bastante jóvenes para hacer los recados de mamá cuando sus jaquecas la dejaban incapacitada para ponerse al volante.

Joey vivía de una paga por minusvalía. Todos los meses recogía un cheque en el despacho de un abogado de Colorado Springs por la silicosis que había contraído en las minas, lo cual no era óbice para que se pasara día y noche con un cigarrillo entre los labios. Tenía los índices de ambas manos manchados de nicotina. A diferencia de Gordon, Joey había sido un hombre bien parecido. Era medio mexicano, medio indio, bajito pero de torso ancho y cintura estrecha. Tenía la mandíbula muy marcada y unos ojos negros que a mamá le gustaba calificar de «conmovedores», pese a que de los párpados le colgaban unos saquitos flácidos y las pestañas rectas y negrísimas estaban continuamente a media asta por efecto de los analgésicos de codeína y el Valium (mi madre le había pedido a su médico que le recetara Valium a ella también). Además, los ataques de tos que sufría varias veces al día duraban sus buenos cinco o diez minutos e interrumpían en seco todas las conversaciones del local. Era evidente que acabaría por echar un pulmón por la boca. Yo le daba palmaditas en la espalda, como si sólo tuviera una espina clavada en la garganta, y le preguntaba «¿Se te ha ido por el otro lado?» mientras Lecia le ofrecía agua en un vaso de tubo desde detrás de la barra. Tenía la paciencia de una santa, mi hermana, y sostenía aquellos vasos esmerilados para los Tom Collins el tiempo que hiciera falta, hasta que Joey dejaba de resollar. Siempre formaba una montaña con las servilletas tocidas. Un día abrí una y nada más ver el estampado compuesto de manchas de sangre la tiré al suelo como si fuese radiactiva, justo antes de que Deeter la recogiera con unos agitadores de cóctel.

Gordon aparentaba ser más robusto. Vivía con su madre en la linde del pueblo y tenía un pastizal donde apacentábamos a nuestros caballos. «¿A qué te dedicabas tú?», le pregunté una

tarde. En ese momento trataba de enseñarme a lanzar al aire una avellana con el dorso de la mano y cazarla con la boca. «A mis negocios», fue la respuesta de Gordon. Esto provocó en Joey una carcajada que derivó en un ataque de tos. Estaba dándole palmaditas en la espalda huesuda cuando mamá me llevó al baño y me explicó que era de mala educación preguntarle a la gente por su trabajo, todo lo contrario de lo que había aprendido en Texas, donde el trabajo era el mínimo común denominador, más definitorio incluso que el sexo. Conocías a alguien a partir de la planta donde trabajara, la unidad dentro de esa planta y el sindicato al que iban sus cotizaciones (plomeros, camioneros o trabajadores de las industrias petrolera, química y nuclear).

Por las mañanas bajaba en calcetines y me encontraba a Joey o a Gordon inconscientes en el sofá del gabinete. Era mi deber despertarlos y mandarlos a encender el motor antes de que nos llevaran al colegio. Perfectamente podríamos haber ido andando, pero a mamá le gustaba que nos llevaran. Me acostumbré a poner el hervidor al fuego para hacer el café antes incluso de prepararme los cereales. Pura maldad por mi parte, pues el cacharro silbaba con una estridencia capaz de provocar el despertar más atroz a cualquiera que durmiera cerca.

Un domingo frío y soleado mamá los mandó al pastizal de Gordon con nosotras para que cogiéramos los caballos. Llevábamos rogádoselo desde que pisamos Antelope. Yo me había arrancado mechones y mechones durante las rabetas.

Si al final mi madre se animó a llevar a cabo el proyecto fue gracias a un jinete de rodeo que se dejó caer por el bar una noche de sábado con la intención de vender un par de bridas de lujo. Se dirigía a Wyoming y pretendía sacar algo de dinero para poder pedirle la mano a su chica. Abrió la billetera cosida a mano para enseñarnos la foto de su reina del baile dentro de la ventanita de vinilo rayado. Llevaba una tiara de estrás en la melena rubia y abombada y sonreía con los dientes más blancos y rectos que yo había visto jamás en boca humana. Un vistazo

a aquella foto y al semblante afligido y suplicante del vaquero bastó para que mamá invitase a una ronda. Luego abrió con estruendo la caja registradora, sacó un fajo de billetes y salió a la camioneta del chico a comprarle las bridas.

Joey y Gordon nos llevaron al pastizal al amanecer del día siguiente.

El suelo del terreno estaba cubierto por una dura capa de escarcha. El cielo era azul oscuro. Los caballos pacían de unas pacas de heno cerca de un cobertizo destartalado. De pronto recordé el elegante poderío de ir a lomos de Grandecito, recordé cómo lo hice rodear el barril en aquella *gymkhana*, ágil por una vez, aupándome sobre la montura para agarrar la banderita del cubo de arena con un único gesto acrobático que me hizo ganar unos segundos y, por tanto, llevarme la escarapela roja. Aquella fría mañana tuve que reprimirme mucho (el autocontrol no era mi fuerte) para no precipitarme hacia él. Avancé despacio. Empecé a chasquear la lengua como papá me había enseñado para hacer que una ardilla se detuviera en seco en medio de una rama.

El caballo me vio enseguida, como es natural. Nada más deslizar me por debajo de la alambrada de espino dejó de arrancar paja. Alzó el cuello largo y estiró las orejas negras hacia donde estábamos. Me tomé sus relinchos como su forma de saludar. Entonces, Seguro dejó de comer y se apartó unos metros sin dejar de vigilarnos. Debíamos de componer una triste comitiva: Lecia y yo haciendo tintinear las bridas y arrastrando las riendas por el suelo helado; Joey y Gordon con las gabardinas finas y los roñosos zapatos de vestir, ambos apestando a alcohol. Aun así yo creía de veras que los caballos se arrancarían a galopar hacia nosotras, como hacía el de Liz Taylor en *Fuego de juventud*. Pero el gesto vigilante en los redondos ojos negros de Grandecito no transmitía alegría por mi regreso, ni mucho menos. Era terror. Se había transformado en un inocente potrillo. Su expresión era el equivalente equino de un: «Ella otra vez no, por favor».

Gordon y Joey fueron en busca de ambos, hartos de la

paciencia con que Lecia y yo les ofrecíamos puñados de hierba tiesa esperando que se acercaran por su propio pie. Pero los hombres no sabían tratar con caballos. Las bridas parecían objetos extravagantes en sus manos. Gordon se acuclilló para ponerse a mi altura y se dibujó en la palma de la mano el plan de asalto, igual que el capitán de un equipo de fútbol. Lecia y yo debíamos hacer que los caballos se acercaran a ellos. Pero yo sabía que no iban a caer en la trampa. Eran el doble de rápidos que nosotros, y mucho más ágiles, por no hablar de que ni Joey ni Gordon habían introducido jamás un filete en la boca de un caballo.

Mi hermana y yo renunciamos enseguida a echarles una mano. Invertimos gran parte de la mañana en mirar cómo ellos perseguían a los animales. Gordon era lento y de movimientos pesados. Joey, aun siendo más rápido, cada vez se sentía peor a consecuencia de la resaca. Su nivel de alcohol en sangre debió de caer en picado en un momento dado, porque se sentó en lo que resultó ser una montaña de estiércol y se le quedó un manchurrón de mierda verde en el culo de la gabardina. Los caballos, por su parte, parecían disfrutar el jueguecito. Primero se alejaban dando grandes zancadas y luego, cuando los hombres paraban, aminoraban la marcha.

Aquella mañana fueron los caballos los que hicieron galopar a los hombres por todo el prado, sabe Dios de cuántas hectáreas. Al rato, Lecia y yo volvimos al coche y nos pusimos a comer los paquetitos de picatostes que había en la guantera. Estábamos más calentitas y resguardadas del viento allí dentro. El resto de la mañana lo dedicamos a jugar a piedra, papel o tijera. La que perdía recibía un latigazo con dos dedos en la cara interna del brazo —la parte más blanda y pálida—. Para que doliera más había que humedecerse los dedos con saliva y dar un golpe seco contra la piel. A mediodía las dos teníamos los brazos cubiertos de verdugones. A lo lejos, los hombres todavía perseguían a los caballos en el lugar donde el prado acababa. Los animales empezaron a encaramarse a unas rocas y los hombres se dieron por vencidos. Gordon cojeaba

ligeramente y Joey se paraba cada pocos pasos para dar rienda suelta a su incontenible tos.

Capítulo 12

El otoño dio paso al invierno. Nevó un poco, pero no lo bastante para montar en trineo. Mamá consiguió que un médico del pueblo le recetara pastillas adelgazantes que ella metía en el bolsillo interior de su bolso de piel, donde hasta entonces había guardado las aspirinas infantiles. El «subidón» que le daban puso fin a los días que pasaba metida en la cama y borracha perdida. Sus «días de emperatriz», los llamaba yo, porque no hacía nada aparte de mirarse el ombligo. Es decir: se retiraba las cutículas y bebía de una botella de Smirnoff meloso que sacaba del congelador. O bien fumaba mientras hojeaba números atrasados de *Vogue* y, desde un rincón, algún disco de blues proclamaba lo mierdosos que eran los hombres. En cualquier caso, esos días nunca nos alarmaron ni a Lecia ni a mí. Si acaso, nos proporcionaban algo de tranquilidad, ya que al menos mamá estaba sana y salva en la cama. Las pastillas adelgazantes nos arrebataron aquellos días.

Como también aportaron una esquirola de exasperación a la voz de mamá. Si ella lo consideraba inoportuno, algo tan inocente como pedirle dinero para el almuerzo podía desencadenar que saliera disparada en busca de la billetera extraviada, dando portazos o gritándole al bulto durmiente de Héctor que era un vago y un hijo de puta. No me malinterpretéis. Mamá no saltaba como un resorte cada vez que le pedía algo, y de hecho siempre había tenido prontos. Pero cuando empezó a tomar las pastillas adelgazantes hasta la más mínima chispa la hacía estallar. Y su cólera alcanzaba cotas más

altas. Cuando Lecia y yo por fin aprendimos a pronunciar correctamente la palabra mágica de la etiqueta de las pastillas (metanfetamina), compusimos una cancioncilla para saltar a la comba:

*Meta-infecta-mina,
de gritar la vitamina.
Meta-infecta-mina,
flaca como jabalina.*

Porque mamá adelgazó, y mucho. Tuvo que hacerle boquetes al cinturón de piel de serpiente con el picahielos. Y, para colmo, pareció aumentar su tolerancia al alcohol, ya de por sí bastante alta. Bebía todo el día y toda la noche sin vomitar ni quedarse inconsciente. El acento yanqui que siempre nos había revelado su ebriedad se convirtió en su forma normal de hablar.

Todavía más miedo daba el hecho de que no dormía nunca. Y no me refiero a que dormía poco, o menos que antes, sino que en todos aquellos meses jamás la vimos dormida. Ni una sola vez. Por muy tarde que me despertara y bajara en pijama las sinuosas escaleras siempre me la encontraba abajo bebiendo, por lo común sola y con un libro en el regazo.

Leía cada vez más libros de autores con nombres cada vez más impronunciables, y nos decía que el existencialismo era la filosofía de la desesperación. Lecia llegó a esconderle en el fondo del revistero lo que ella calificaba de «libros franchutes», porque por su culpa mamá empezó a hablar de suicidio con los ojos empañados. Levantaba la vista de la página y comentaba que matarse era la opción más sensata para algunas personas. La poco habitual serenidad que transmitía su voz en esos casos debió de alertar a mi hermana sobre un posible suicidio por parte de nuestra madre. Jamás verbalizamos tal preocupación.

Pero si mamá pasaba demasiado tiempo en el baño sin hacer ruido Lecia se ponía a hacer guardia junto a la puerta cerrada, ladeando la cabeza y aguzando el oído con una atención que siempre me recordaba al perro de caza de mi primo delante de una bandada de codornices. Parecía que contuviera la respiración y escuchara con todo su ser en busca del más mínimo rumor que delatara una presencia viva al otro lado de la puerta. Si yo pasaba correteando por el pasillo, murmurando algo e ignorando su preocupación, Lecia se volvía hacia mí con el dedo pegado a los labios y me mandaba callar con el semblante transformado en una máscara iracunda. Pronunciar en voz alta la palabra «suicidio» era algo inimaginable. No nos atrevíamos a darle nombre por miedo a invocarlo.

De hecho, nos volvimos tan supersticiosas que hasta dejamos de jugar con la ouija. Cuando el espíritu de la abuela empezó a deletrear que nos hablaba desde el I-N-F-I-E-R, Lecia pisoteó el tablero hasta que se astilló y yo lo tiré al campo de ortigas que había detrás de nuestra casa. Las dos nos echábamos sal por encima del hombro cada vez que nos sentábamos a comer, aunque no la hubiéramos derramado previamente. Y cuando íbamos andando al colegio evitábamos pisar las grietas de la acera. Yo siempre tenía cruzados los dedos de la mano izquierda, mientras que con los de la derecha contaba cualquier cosa con tal de mantener la cabeza ocupada: los pasos que daba hasta la nevera, los segundos del reloj, las palabras de una frase... Sentía que podía aferrar me a la actividad de contar como si dar con los números correctos pudiera desencriptar el código del sistema por el que se regía el resbaladizo universo en que vivíamos.

En cierto modo me contagié del sufrimiento de mi madre. Una noche, cuando Héctor ya había perdido el conocimiento, me encontré tumbada con los ojos abiertos como platos en la cama de Lecia, que no era más que un bulto bajo las mantas. Se sentó en el filo del colchón y me leyó a la luz del pasillo un fragmento de su biblia de aquel entonces, *El mito de Sísifo*, de Albert Camus, cuyo nombre me enseñó a pronunciar

correctamente para que en un futuro nadie en ningún cóctel me tomara por una paleta.

Sísifo lo tenía más crudo que ninguna de nosotras, o eso me pareció: estaba condenado a empujar día y noche, sin descanso, una pesadísima piedra hasta lo alto de una montaña. La gracia era que, en cuanto llegaba a la cima, la piedra rodaba y aparecía otra vez abajo, de modo que a Sísifo no le quedaba otra que empujarla de nuevo, y vuelta a empezar. Esto duraba toda la eternidad, me explicó mi madre, cerrando el libro. Con la cabeza hundida en la trinchera de mi almohada me quedé esperando una moraleja, un final feliz, una recompensa por tanto esfuerzo. Y debí de decírselo, porque en un momento dado me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y me explicó que la tarea de Sísifo no tenía más sentido que la de lavar los platos o hacer las camas, actividades que realizábamos una y otra vez hasta que nuestro cuerpo decía basta y la palmábamos.

Puede que la primera frase que aprendí a decir en francés saliera de ese libro. *Il faut souffrir*, hay que sufrir. Ignoro el motivo, pero en mi cabeza el sufrimiento no estaba relacionado con la virtud moral o la bondad, como les ocurría a los niños baptistas de Leechfield, sino con la inteligencia. Las personas inteligentes sufrían; los idiotas, no. Mamá lo decía constantemente en Texas. Pasábamos con el coche por delante de unos tipos en mono de faena que vendían sandías en la caja de su camioneta y sonreían como si aquella fuera una manera tan digna de pasar la tarde como cualquier otra. Ella meneaba la cabeza como si estuviera presenciando el espectáculo más lamentable del mundo y decía: «Dios, qué ignorancia tan feliz». Papá siempre había sido contrario a aquel mensaje; a él le procuraban sumo placer las pequeñas cosas: el café con azúcar, conseguir que el sinsonte de nuestro árbol del paraíso contestara a su silbido. Sin él, el sufrimiento de mamá lo impregnaba todo. La felicidad era para los cabeza de chorlito, una niebla confusa en la que uno se perdía. El dolor, discreto y constante, significaba vivir en un estado perpetuo de vigilia.

Una vigilia que algo tenía que ver con aguardar tu propia muerte y con vivir en un estado constante de desesperación vigilante.

Entretanto, el mundo se decoloraba ante mis propios ojos. El cielo era más gris que la ceniza, las nubes, bajas y vagas como churretes de tiza. Los árboles perdieron las hojas. A través de las cortinas venecianas de nuestro gabinete, Lecia y yo veíamos el otoño deslizarse hacia el invierno como si de un espectáculo de patinaje se tratara. Durante varios días los vecinos rastrillaron las hojas muertas y sus hijos se tiraban sobre las montañas mientras a su alrededor brincaban perros de diversos tamaños. Parecía un anuncio de Kodak. Luego quemaron las pilas de hojas en alcantarillas y contenedores de basura frente a los caserones coloniales de todo el barrio. «Qué raro», le señalé a mi hermana una noche en la bañera, «que pensemos que lo "normal" es que los árboles tengan hojas, cuando en realidad durante seis meses al año están completamente pelados».

En el colegio me dedicaba a observar a mis compañeros atontolinados y adormecidos: el que babeaba sobre papel milimetrado, el que se fabricaba un pico-pico. Hasta la monitora, la hija del director, supuestamente la chica más lista de la clase, se dedicaba en ese preciso instante a trazar el contorno de su mano sobre un folio. No parecía importarles mucho estar allí, lo que para mí era absolutamente inconcebible, porque las clases eran lo único que me salvaba de ponerme a chillar, partir todos mis lápices o darle una patada en la espinilla al primero que se me pusiera por delante.

Mamá y Héctor hicieron un par de escapadas, ambas a México, creo. Ella urdió el plan de comprar allí una parcela con el fin de fundar una colonia de artistas, un lugar para pintar, pese a que no había cogido un pincel desde que llegamos a Colorado. La carretada de material artístico que encargó permanecía intacta en un cuarto libre. Yo me moría por quitar el precinto a las decenas de tubos de óleos alineados por color en un maletín de piel, pero me cuidé mucho de hacerlo. Ni un solo

pegote de pintura vino a ensuciar la paleta marrón con agujero para meter el pulgar. Los pinceles de pelo de marta de todos los tamaños seguían en sus envoltorios. Los lienzos ya montados y de un blanco impoluto ocupaban cada rincón del cuarto, como ventanas a ninguna parte. Lecia y yo pusimos títulos a aquel vacío: «Ventisca con osos polares» y «Polvo de talco en la luna». Mamá jamás pintó en Colorado y nunca compraron tierras en México. Lo único que hicieron fue beber y reñir, y volver doblados en dos como consecuencia de la diarrea, que papá siempre llamaba «mierda de manzana verde».

La primera vez nos dejaron con la prima de Héctor, una chica de unos veinte años que con mucho desparpajo criaba sola a dos bebés gracias a las ayudas sociales. La llamábamos Purty. Era menuda y parecía un pajarillo, con una mata enmarañada de pelo negro que intentaba domar enrollándolo por las noches en latas de sopa. Aun así se le seguía encrespando y le formaba ondas alrededor de la cara ovalada. Los hijos de Purty eran probablemente las criaturas más desdichadas del mundo, pero a ella le importaba un comino: cada vez que alguno lloraba a lágrima viva, se echaba a reír. «Pobre manito», murmuraba, mientras lo único que a mí se me pasaba por la cabeza era ahogarlo con una almohada para que dejara de berrear. Aunque no eran gemelos, han cristalizado en mi memoria como réplicas exactas del mismo bebé, los dos con boca babosa y aire angustiado. Además, tenían unas cabezas anormalmente grandes que se bamboleaban sobre el cuello, chocaban contra las esquinas de las mesas y les hacían perder el equilibrio, de lo mucho que pesaban. Lecia aprendió enseguida a cerrarles el pico con un chupete o un biberón de leche fría. Yo, en cambio, hacía mohines y leía refugiada en algún rincón.

La segunda noche se presentó allí el marido de Purty, un bala perdida, como una cuba y aporreando la puerta de atrás. En un español pastoso que yo apenas conseguía identificar gritaba que estaba allí para llevarse a sus hijos, los cuales, dicho sea de paso, yo no habría querido ni regalados. Pero

Purty se quitó las latas de sopa del pelo y las horquillas se desperdigaron por todo el cuarto a oscuras con un tintineo que me recordó al de las cucarachas en Texas. Nos metió debajo de la cama con los críos y nos pidió que estuvieran calladitos. Nos aseguró que si hacíamos el más mínimo ruido su marido nos mataría. Tumbada en el suelo vi sus pantuflas rosas de peluche alejarse en dirección a la franja de luz procedente de la cocina.

A mí me costaba mucho guardar silencio. Raras veces había jugado al escondite sin que me encontraran a la primera. Además, el bebé que tenía a mi cargo casi no me cabía debajo del brazo: era gordo, se retorció y apestaba a leche cortada (a pesar de los polvos de talco y el champú para bebés). De los muelles de la cama colgaban telarañas que se me metían entre las pestañas y a través del tejido del pijama notaba el suelo más frío que una placa de hielo.

Conforme las voces iban subiendo de tono en la cocina el bebé se revolvía y hacía cada vez más ruido. Lecia acabó por darme un codazo en la cabeza para que hiciera algo y yo le tapé la boca babosa con una mano. Durante el proceso, no obstante, se me coló el índice entre los labios y por un segundo noté unos dientes incipientes en lo que parecía un relieve de encías curvo, infinito y resbaladizo, entre las que la lengua gorda se retorció igual que una oruga. Había algo tan grotesco en el hecho de tener el dedo dentro de aquella boca que cuando el bebé se puso a roerlo como si fuera un mordedor le di un pellizco en el muslo con la mano que me quedaba libre. Sorprendentemente, el bebé se calló. Bajo la ola de remordimiento que se apoderó de mí por haberle hecho daño a una criatura sentí el intenso placer que me proporcionaban mi desvergonzada maldad y la sensación de que la carne blanda cedía entre mis dedos como si fuera plastilina. Nada más hacerlo me entraron ganas de repetir. Pero no me atreví, como es natural, por miedo a que los flojos gimoteos que ya me había resignado a soportar se convirtieran en berreos.

Al cabo de lo que me pareció un rato larguísimo oímos un estruendo de cristales rotos en la cocina. Unos pasos

recorrieron el pasillo y salieron por la puerta principal, y Purty exclamó: «¡Asesino, asesino!». El coche del marido salió de la entrada.

Resultó que le había estrellado la cara contra el cristal de la puerta trasera. Sin embargo, no retuve el momento en que descubrimos el pastel. Debimos de acudir corriendo y encontrarla sangrando y gritando mientras los bebés se desgañitaban. Aun así, sólo conservo la imagen de Purty explicándole con mucha paciencia al agente de policía de tráfico de cara colorada cómo su marido la había agarrado por el cuello y le había estampado la cara en el cristal. Purty sintió el estallido junto a sus oídos y la bocanada de aire frío de la calle. Tenía la cara llena de cortes y el canesú del camisón rosa se le había llenado de diminutas lentejuelas de cristal. El paramédico le estaba poniendo esparadrapo en un tajo que le había abierto la ceja en dos, como un par de alas bien delineadas.

La segunda vez que mamá se fue de viaje con Héctor nos quedamos con su hermana, Alicia, a la que juzgué demasiado gorda y vieja para batallar con Ralph, su marido. Alicia llevaba dos trenzas grises muy largas enrolladas en la cabeza, como una cantante de ópera, y no levantaba dos palmos del suelo; era casi tan ancha como alta. Una noche estaba friendo tortillas mientras discutía con Ralph a cuenta del seguro del coche cuando éste arremetió contra ella. Pero Alicia supo reaccionar a tiempo. Le dio de lleno en la frente con el canto de la sartén de hierro y así frustró sus intenciones. Antes de que cayera redondo al suelo parecía que Ralph se lo estuviera pensando. A la mañana siguiente apareció a la hora del desayuno con un chichón azul en el centro de la frente, como si un cuerno de cabra luchara por salirle bajo la piel.

Tras esa última riña en casa de Alicia escenifiqué una tremenda rabieta ante la posibilidad de dormir en casa ajena, berrinche que acabó del todo con los viajes a México. Mamá se resignó a quedarse en Antelope. Incluso empezó a pasearse de ventana en ventana como había hecho en Texas.

En cierta ocasión bajé sobre las tres de la mañana y me

encontré a mi madre sentada al piano con el batín de seda color melocotón. Se había puesto rulos en la parte superior de la cabeza, donde tenía el pelo un poco más largo, y los mechones más cortos y tiesos me recordaron a las plumas de los patos. A su lado, en la banqueta del piano, había una copa de tallo largo con vino tinto y un cenicero de cristal del que salía el humo azulado de un Salem recién encendido. Tenía su ajado ejemplar de *La náusea* de Jean-Paul Sartre abierto en el atril.

Me preparó un borgoña con 7-UP asegurándome que me ayudaría a conciliar el sueño. Lo trajo de la cocina servido en su taza de porcelana más preciada, la de los arcoíris que ardían sobre fondo blanco, como rociados de gasolina. Estaba decorada con cerezas —por dentro y por fuera— y tenía un ribete dorado en el borde, donde posabas los labios, y hasta unas espirales doradas en el asa y el filo del platillo. Mamá me puso la taza por delante en el espacio cuadrado que quedaba junto al teclado. Las burbujitas del 7-UP bullían a través del vino tinto como lava surgida de las entrañas de la tierra.

Antes de aquella noche yo había bebido de todo, incluso champán de verdad en una boda. Pero el alcohol me traía sin cuidado. Bueno, es cierto que en un día caluroso y acompañada de ostras entraba bien la cerveza con sal de papá. Pero la cabeza me daba vueltas si bebía más de unos pocos sorbitos. Y el whisky normal o el escocés, incluso mezclados con Coca-Cola, me quemaban por dentro igual que un veneno.

Además, relacionaba mentalmente el alcoholismo de mis padres con sus peleas sembradas de gritos e insultos. Más de una noche en Leechfield me acerqué sin hacer ruido hasta la cocina mientras ellos se desgañitaban tras la puerta de su cuarto, cerrada a cal y canto, para recoger las botellas abandonadas (whisky nacional para él, vodka o whisky escocés para ella, o puro de malta cuando podía permitirse el lujo). Cada vez que las vaciaba por el desagüe del fregadero apartaba la cabeza. Y ojo, tened en cuenta que yo vivía en un entorno plagado de sustancias tóxicas que no me molestaban lo más mínimo. Desde el porche de mi casa se veía la torre de hierro

de una refinería expulsando humo negro. Si cerraba los ojos en el coche era capaz de distinguir sólo por el olfato si pasábamos cerca de la fábrica de caucho, de las fosas de residuos de la planta química, o de la refinería, con el característico olor a tierra mojada del crudo al calentarse. Ninguno de aquellos olores hacía que me tapara la nariz. Sin embargo, hasta los efluvios de aquel licor pardo me parecían dañinos.

El primer sorbo a la taza de porcelana de mamá lo cambió todo. Yo le había oído contar cientos de veces que el monje que descubrió el champán lo comparó con beber estrellas. Pero de pronto aquella imagen cobró sentido. El vino combinado con el refresco me provocó un cosquilleo en la boca. Pensé inmediatamente: «Estoy bebiendo estrellas». Era como si galaxias enteras tomaran forma, de lo abstracto y concreto al mismo tiempo que era aquel sabor. Pero había bebido un sorbo muy pequeño y necesitaba dar otro para ver si se repetía esa pequeña explosión. Así fue. Bebí un poco más. Aparte del buen sabor, el vino no bajaba como una llama, sino calentándome poco a poco. Unos pocos tragos más desataron una calidez que se dilató por mis extremidades. De hecho, experimenté en brazos y piernas una liviandad allá donde se propagaba el alcohol. Algo parecido a un gran girasol se abría en el núcleo de mi ser, una imagen que debí de rescatar de algún poema, pues me vino espontáneamente tal cual.

Cuando apuré la taza la dejé en el platillo, y un tintineo de campanillas me anunció que el mundo había cambiado. Me miré los pies descalzos que asomaban por el camisón. Los sentía muy remotos y pálidos como los de una estatua de mármol, elegantes, casi. Levanté la vista y miré a mi madre. Los rulos y el pelo de punta ya no me parecían ridículos ni espeluznantes como las serpientes de Medusa. De hecho, el ajustado casco de pelo me resultó distinguido. Los huesos de su rostro recuperaron de pronto su antigua belleza. Tenía la frente lisa y amplia, los pómulos marcados. Los ojos verdes y la tez pálida resplandecían, emitían un halo tenue. Por eso, comprendí, bebía la gente alcohol, aunque les hiciera vomitar y les trabara la

lengua, aunque animara a un tipo a soltarle un puñetazo a otro que podía tumbarlo, o provocara que una mujer por lo común lúcida estrellara su coche contra un muro de hormigón. La vida era mejor con alcohol, aunque en realidad sólo mejorase en tu cabeza. Pensé en todos los cuentos de hadas que hablaban de pociones mágicas, en las brujas de *Macbeth* con su caldero burbujeante.

Luego, en la cama, tuve mareos. Cada vez que cerraba los ojos notaba que el colchón zozobraba igual que una balsa en alta mar. Sólo concentrarme en un objeto específico ahuyentaba el vaivén, o al menos atenuaba la sensación de que me deslizaba arriba y abajo entre esas olas que imaginaba debajo de mí. Me concentré en un pequeño retrato en la pared más alejada, el último cuadro que mamá había pintado, un tipo al que bautizó *Mack the Knife*. Se lo había traído de Texas. A mí me intrigaba porque ni siquiera era alguien que conociéramos, sino más bien un francés de pelo negro y ojos almendrados. En realidad puede que ni siquiera fuera francés. Pero, para mí, era el vivo retrato del tipo asqueado de la cubierta del libro de Sartre, quien sentía ganas de vomitar por el mero hecho de estar vivo, según me había contado mamá. Mack the Knife no era guapo, técnicamente hablando, sino un tipo enclenque y cetrino. Pero era un buen cuadro. Su mirada se posaba serena sobre mí y la luz de la calle le confería un aire melancólico y sagaz. Además, me quitó los mareos sólo por representar un punto estable en medio de la agitación del dormitorio.

Cuando esa noche recé mis oraciones —algo que sólo hacía tras comprobar que mamá se había metido en su gabinete y, por tanto, no podía oírme—, las dirigí en igual medida a ese padre que en teoría vivía allá arriba en el cielo y al tipo lastimoso de mejillas amarillentas y cuello vuelto negro suspendido en un mar de remolinos rojos y negros. «Querido Mack, por favor, no permitas que eche la pota en la cama. Y no permitas tampoco que mamá encuentre las llaves de su coche en la maceta de hiedra. Amén».

Otras noches estaban copadas por las peleas entre Héctor y

mamá. Fue por aquel entonces cuando se me quedó grabada a fuego la letanía acerca de la baja estofa innata del novio de mi madre. Héctor era un pringado, ésa era la queja principal de mi madre. Para colmo no tenía trabajo remunerado, lo cual daba alas a mamá para acusarlo de chuparle la sangre. Pero si en una mañana de resaca él empezaba a ojear con poco afán los anuncios por palabras en busca de una oferta para camareros mamá lo arrullaba y le susurraba que no hacía falta, porque si trabajaba ya no podrían hacer el amor por las tardes.

Héctor también era el borracho más lamentable del planeta. Trastabillaba, tartamudeaba, se le olvidaba todo. Se caía al suelo y vomitaba. Una mañana oí que mi madre le recriminaba a voces que había vuelto a mearse en la cama, por los clavos de Cristo. En otra ocasión estaba con Gordon y Joey en la cocina y gritó que a Héctor ni siquiera «se le levantaba». Dio un par de golpes a la encimera con los nudillos y añadió: «Pete tenía siempre el rabo más duro que esto. Siempre». Yo no supe cómo tomármelo, pero vi que Héctor menguaba bajo el peso de aquella información, sin dejar de mirar el culo del vaso de whisky como si fuera una bola de cristal.

Por el motivo que fuera, mamá estaba abonada a la mala leche, de ahí su tendencia a autolesionarse. Una noche, por ejemplo, cuando volvíamos a casa después de una cena particularmente chunga en el pueblo, mamá abrió sin más la puerta del coche y se tiró a la carretera. De pronto, la negrura de la noche invadió el espacio que ella había ocupado pocos segundos antes, sumida en un huraño silencio etílico. La luz del techo del Impala se encendió. La pesada puerta chocó contra la nieve apilada en la cuneta con un sonido parecido al del polietileno al partirse. Al cabo de varios metros de titubeos Héctor frenó en seco en el arcén. Lo vimos alejarse a trompicones por la carretera helada, con la chamarreta desabrochada, desapareciendo en la oscuridad más allá de la luz roja trasera. A los pocos minutos volvió, vacilante todavía y ofreciéndole su brazo a mamá. Los bajos acampanados del abrigo blanco de cachemira que llevaba esa noche estaban

salpicados de barro.

No se había hecho nada. Cayó en un montículo de nieve y salió rodando. En realidad los dos se metieron en el coche partiéndose de risa. Sin embargo, me di cuenta de que una calma aterradora se había apoderado de las facciones de mi hermana. Yo había visto aquel gesto en fotos de soldados con experiencia regresando a la batalla, mientras que los jóvenes todavía manifestaban el miedo abiertamente, con ingenuidad. La noche sin estrellas volvió a desfilarse al otro lado de los cristales.

Más noches pasaron, y días tan grises y granulados que ni uno solo se destaca del resto, hasta que un día me pongo mala y el adulto que en teoría viene a cuidarme acaba metiendo la pata en mi boca de niña de ocho años. De hecho, la totalidad de aquel invierno en blanco parece desplegarse a partir de ese incidente, como una nube de tormenta que se adensa, preparándose para descargar.

Estamos a primera hora de la tarde. Hoy no he ido al colegio, estoy mala con fiebre. Llevo casi todo el día durmiendo y ahora tengo la frente sudorosa y fresca. Todavía acuso el remanente de una jaqueca. El fulano que me está echando un ojo ha dejado en una bandeja de mimbre un cuenco de sopa de pollo Campbell's con mucha pimienta, como a mí me gusta. Pero la sopa está ya fría. Lo sé por los glóbulos de aceite que se forman en los bordes.

Estoy sentada en la alfombra oriental de mi cuarto bajo un rayo de sol y leo *La telaraña de Carlota* por centésima vez, la parte en que la araña Carlota ya ha muerto por haber tejido un saco que luego llenó de huevos de bebés araña. Para fabricar esos huevos sacrificó sus últimas fuerzas. Ella sabía que se moriría si lo hacía, pero aun así lo hizo. Mamá me ha explicado que ese acto evidencia su nobleza, según lo que entiende el señor Camus. Carlota dejó el saquito al cuidado de su amigo, el cerdo Wilbur. Desde que Carlota le tendió su pata espinosa a modo de despedida semanas atrás Wilbur se pasa el día berreando en el fango. Berreando está cuando de pronto los

huevos empiezan a eclosionar y trillones de bebés araña empiezan a surgir del saco, diminutos como puntos y comas, y salen en desbandada ante sus ojos llorosos.

El hecho de que estén vivos hace que Wilbur se sienta mejor. Y bajo el haz de luz vespertina a mí me da por pensar que es el mismo razonamiento por el que se sienten mejor quienes hablan de los ciclos de la naturaleza; o los baptistas que hacen referencia a los inescrutables caminos del Señor. Pero las arañas saludan a Wilbur y se largan tirándose en unos paracaídas pequeños y sedosos. Se dispersan por el cielo, por encima del corral, como si fuesen semillas. Van a tejer sus redes a otra parte, y por un momento una piensa que Wilbur volverá a sumirse en su porcino sufrimiento. Pero entonces tres bebés araña le anuncian desde una esquina por encima del umbral de la porqueriza que han decidido quedarse con él. Quieren imitar a su mamá y tejer sus telarañas justo por encima de él.

Ése es más o menos el final del cuento, aunque el escritor, E. B. White, explica que cuando esas tres arañas se hagan mayores también pondrán sus huevos. Y entonces sabes que el cerdito de ojos tristes tendrá toda una serie de amigas arañas que lo edificarán con su verbo, propio de un profesor universitario. Por supuesto, las arañitas también morirán en cuanto desoven, como le ocurrió a Carlota. Pero la moraleja es que Wilbur nunca se quedará solo.

Yo puedo pasarme el día entero repasando el fragmento más triste del libro, el de la muerte de Carlota, y avanzando hasta el pasaje de las tres arañas que deciden quedarse con Wilbur. Lloro un poco y luego me consuelo. (Más adelante descubriré que las elegías se estructuran justo así: lamento, consolación; malas noticias seguidas de buenas noticias). Noto la calidez del sol en el flequillo liso y brillante, e imaginar a las tres arañitas desenrollando los primeros hilos de seda para fabricar telarañas nuevas por encima del sonriente Wilbur, revolcado en el barro, me llena de tanta luz que necesito contárselo a alguien. Llamo a voces a mi canguro para que suba

un momento y pueda compartirlo con él.

Cuando se detiene junto a mí en medio del círculo de sol se lo cuento todo con mucha pasión. Le hablo de Carlota, de sus bebés y de Wilbur. Recuerdo perfectamente que me planteo que papá estaría orgulloso de mi relato. El canguro asiente despacio, muy serio. Cuando termino, replica que ser el amigo especial de una persona hace que nunca te sientas solo. ¿Quiero yo ser su amiga especial?

La proposición me lanza a buscar por todo el cuarto el cuadernillo de caligrafía en el que redacté los rituales del club de vampiros. Noto que tengo las piernas heladas bajo el camisón, pero no todos los días da una con alguien dispuesto a afiliarse a un club de vampiros.

Encuentro el cuadernillo y vuelvo a sentarme en mi pedacito de sol y empiezo a explicarle en qué consiste la iniciación. Pero cuando levanto la vista de la página para ver si lo está pillando, me doy cuenta de que la atmósfera del cuarto ha cambiado por completo. La cremallera de los pantalones chinos queda a la altura de mis ojos. Y dentro de la cremallera la minga le forma un bulto que me trae a la cabeza todas las palabrotas relacionadas: está empalmado, la tiene dura, se le ha puesto tiesa. Y me digo que conocer esas expresiones dan fe de mi maldad.

Un día me quedé a dormir en casa de la hija del director, le pregunté si sabía lo que significaba «follar» y ella me dijo que no. Se lo expliqué de la manera más suave posible, pero ella se echó a llorar, pese a que yo no había usado ni una sola palabrota, sino que me había ceñido al vocabulario de la entrada de la enciclopedia correspondiente a «anatomía», con las páginas casi transparentes de músculos, venas y huesos que al final formaban los cuerpos de un hombre y una mujer vestidos como un matrimonio de la tele. Aun así, en cuanto acabé de contarle el proceso de creación de un bebé, a la hija del director se le contrajo la cara, formando un enorme puchero. Me gritó que sus padres jamás harían una guarrería semejante, ni siquiera con tal de tener hijos. «¿Y de dónde te

crees que saliste entonces, tonta del culo?», rebatí. Entonces salió del cuarto hecha un mar de lágrimas, y no había pasado ni un minuto cuando apareció su madre con cara de pocos amigos. Me llevó de la mano al polvoriento recibidor, se subió la cremallera de la parka por encima de la bata y se calzó las botas de goma. Me levantó tal como estaba, en pijama y con el abrigo echado por los hombros, cruzó la calle en medio de la fría noche y me dejó en mi casa. Y ya no volví a quedarme a dormir en casa de la hija del director nunca más.

Puede que los adultos sepan que conozco expresiones como «estar empalmado» sólo con mirarme a los ojos. «Niña, tú eres una impertinente», me decía siempre la señora Dillard en Leechfield, entornando los ojos al tiempo que emitía su dictamen. Yo replicaba que era preferible ser una impertinente a no decir más que gilipolleces. Aun así, a veces pienso que la impertinencia sólo sirve para que ciertas palabras y expresiones maceren dentro de la cabeza y exhalen unos efluvios perceptibles por las malas personas. De hecho, puede que este hombre que ahora mismo se baja la cremallera a cámara lenta y separa unos diente-cillos de metal que parecen las fauces de un monstruo marino sea capaz de oír la palabra «empalmado» rebotando dentro de mi cabeza. Prácticamente es una invitación, lo atrae hacia mí, atrae su polla, la magnetiza y la hincha bajo la tela de los pantalones.

Me acuerdo de que el vampiro no puede colarse por la ventana de la chica mientras ella misma no descuelgue el crucifijo, abra la ventana y lo invite a entrar. Y sin embargo había quien hacía todo eso, por mucho que no quisiera. Colgaba ristras de ajos antes de acostarse. Enrollaba el rosario a las manillas de las ventanas. La intención era ahuyentar al demonio cuando llegara aleteando y se acercara al cristal. Pero para cuando el vampiro se asomaba bajo la cremosa luz de la luna, la chica del camisón vaporoso ya estaba tan pasmada por su hambre, por su asombrosa voracidad, que deshacía todo lo que había ideado para conjurarlo. Desataba las ristras de ajo de las manillas y abría las ventanas de par en par, hinchando las

cortinas al tiempo que el vampiro envolvía la esbelta silueta de ella con su capa.

Proyecto mentalmente toda la escena en el momento en que la cremallera de mi canguro alcanza su tope y él introduce la mano en la oscuridad de sus calzoncillos. La gravedad del ademán me impide respirar con normalidad. Además, tengo miedo de enfadarlo, y más miedo todavía de que interprete cualquier movimiento que haga o palabra que pronuncie como una invitación. De modo que me quedo muy quieta y finjo estar del todo ausente. Sin embargo, me preocupa, me preocupa, me preocupa lo que está a punto de pasar.

Me acuerdo del vecino que se puso a embestirme después de tumbarme encima de un saco de cemento, en el garaje de los Carter. Seguramente ya no soy virgen a consecuencia de aquello. No oí que ninguna membrana se rasgara dentro de mí, de lo concentrada que estaba en que terminara antes de acabar metida en un lío. Pero, con flor o sin ella, sé que esa agresión me ha dejado marcada para siempre.

Las chicas del instituto siempre cuentan en los baños que por los andares se distingue quién ha follado y quién no. Lecia me ha dicho que una chica con los pies un poco torcidos —hacia fuera— lo ha hecho ya seguro. A mí eso me tranquiliza, porque ninguna otra alumna tiene los pies más torcidos hacia dentro que yo. En serio. En Leechfield me rechazaron en las clases de yoga del club teosófico a las que mamá me quería apuntar. Y aquí me habían rechazado en la escuela de ballet de Antelope. «No tiene rotación de cadera», le explicó a mamá la profesora, aconsejándole que me metiera en claqué. Pero sólo los subnormales se dedican a dar zapatazos. Las niñas asidas a la barra me parecían tan gráciles... Flexionaban las rodillas, ejecutaban *pliés* y subían los delicados brazos al tiempo que se incorporaban. Se movían al unísono, igual que las flores de los dibujitos de Disney. En el fondo sabía que yo nunca me parecería a ellas.

La polla del tipo sale disparada hacia delante para liberarse de los apretados gayumbos. Está colorada, como si fuera a

estallar de ira, y tumefacta, como si le doliera. Sólo de verla me quedo petrificada. El tipo la baja un poco agarrándola por la base de manera que apunta directa a mi cara. Yo nunca he visto una polla tan grande, ni tan de cerca. El agujerito por el que sale el pipí me sorprende por su corte longitudinal, que me recuerda al de la ranura que se hace en la masa de un pastel. Pero este hombre no se acaricia la picha de arriba abajo, como había hecho el vecino, sino que se limita a agarrarla con delicadeza, como quien le muestra un hámster u otro animalillo a una niña. Aun así, cada dos por tres el pito parece saltar por iniciativa propia, como si se le ocurriera una idea. Dentro de la tienda de campaña que he formado con el camisón tengo las piernas cruzadas y los muslos muy apretados. Me he cerrado a cal y canto ahí abajo. Una voccecita sale de mi vientre y le pide a la polla en un susurro que no me haga daño.

En esto, la máscara del rostro del tipo baja la vista y me sonrío, igual que se mira a un perro que mendiga algún resto al pie de la tabla de cortar. Alarga la manaza, la posa en mi cráneo y me acaricia la cabeza. Se parece al gesto de Jesucristo en una foto de mi Biblia acompañada de la leyenda: dejad que los niños se acerquen a mí... Pero yo no levanto la vista para comprobar si este hombre es Jesús, porque mientras él me acaricia la cabeza, el pito no para de mirarme con su ojo rasgado. Desde arriba, la voz del hombre explica con dulzura que no me haría daño por nada del mundo. Pasara lo que pasara. Jamás, jamás en la vida me haría daño. Él es mi amigo especial. Me quiere. Esto —y se pasa la mano por la polla, que se estremece— significa que me quiere. Vuelve a apuntarme con ella.

Lo que me planteo no es adonde huir ni cómo escapar. Sé que eso es imposible. Además, aunque corriera más que él por las escaleras y me diera tiempo a levantar el teléfono, ¿qué iba a decir? Tengo todo un vocabulario para mis propias carencias. Todos los niños lo tenemos, creo. Es el resultado de ser siempre más pequeño que, menos que, más débil que. No, de ésta no me libro corriendo. Por el contrario, me pregunto por qué no

aparece en el umbral un adulto que me aparte de las garras de esa polla ciclópea que me escudriña con su único ojo. Si Dios creó el mundo, como decía la catequista de Carlita Defoe, ¿por qué no manda un soldado cristiano que desenvaine su espada y atraviese a este hombre o le corte la picha de raíz? Y sé muy bien que Carol Sharp argumentaría que forma parte de lo que Dios me tiene reservado. O que el Señor me está castigando por algo que he hecho; espantar a papá, quizá. O no tener agallas para irme con él. O agotar psicológicamente a mamá hasta que fue incapaz de coger un pincel y perdió del todo la cabeza y le prendió fuego al mundo entero.

La voz del hombre se transforma en un susurro aterrador, más misterioso. Me explica cómo poner los labios para darle un beso súper especial en la polla. Yo acato sus órdenes. Muaaac. Y no es tan horrible como pudiera parecer si no abres los ojos y te imaginas que el pito es un señor calvo. Debo añadir también que una erección tiene una faceta tremendamente familiar, aun cuando la sensación más básica que te recorre es la de que eso está mal, muy mal, y que tú tienes que estar mal, muy mal, para que te hayan escogido. Entre tanto mal brilla una suerte de impresión de *déjà vu*. Y el miedo que anida en el estómago —miedo a los vampiros, miedo a la montaña rusa, miedo de mearse en los pantalones— estimula un gusanillo, como si cayeras desde las alturas y no tocaras el fondo del abismo.

Después de darle un beso en la polla echo la cabeza hacia atrás, abro los ojos y compruebo que de señor calvo, nada: lo que tengo delante es el aparato hinchado de un hombre hecho y derecho. La voz vuelve a flotar hasta mí, me pregunta por qué no saco la lengua. Para lamerlo como si fuera un polo. Y esta vez, en el momento en que acerco la cara tomo aire y me doy cuenta de que el pito en sí no huele del todo mal, no hiede a retrete ni nada por el estilo. En realidad huele como a pan recién horneado, a levadura, a algo vivo. En el agujerito del pipí se está formando una lágrima.

«No voy a hacerte daño», me repite. Esas palabras planean por encima de mi cabeza, como dentro de un bocadillo. Son una

mentira descarada, a tenor de la voz del tipo, que se ha transformado en un dolor en sí misma, en una súplica. «Abre la boca un poquito, nena». Yo pruebo. La carnosa cabeza del pito me separa los labios, que se abren camino hacia delante. Separo un poco la mandíbula, pero me intimida el gesto. Raspo el pito con los dientes y se aparta de un tirón. «Cuidado con los dientes, nena», me dice. Y añade que debo abrir la boca del todo y decir «aaa», y al mismo tiempo intentar cubrir los dientes con los labios. Hago lo que puedo, y no debo de hacerlo del todo mal, porque oigo que dice «Muy bien» y «Sí...» antes de que se le entrecorte el aliento.

Entonces, sin motivo aparente, me agarra de la nuca con las dos manos. Desaparecen la delicadeza y la ternura. Noto que hasta la voz lo ha abandonado. Y esto me intriga, porque estoy poniendo todo de mi parte. Ni siquiera he hecho ruido al llorar, a pesar de que me ruedan lágrimas por las mejillas. Pero no sollozo, no llamo a nadie, de modo que es como si las lágrimas fueran de otra persona, las lágrimas de otra niña, o las de una muñeca de la tele. El pito empuja hacia delante y me da la impresión de que está más duro que una piedra y ha ocupado toda la cavidad de mi boca. Embiste contra la garganta y casi puedo sentir cómo me martillea el cráneo en el lugar donde se localiza la vaga jaqueca que casi había desaparecido del todo. Al mismo tiempo noto una sensación de ardor y desgarró en las amígdalas, como cuando tuve anginas. Además, la cabeza carnosa del pito me obstruye la tráquea y me falta el aire. Me dan arcadas.

Todo esto sucede en no más de un segundo. Y justo cuando no aguanto más, el hombre se aparta. Un alivio. Sigue sujetándome la cabeza, pero por un instante saca un poco la polla de mi garganta y consigo aspirar a medias. Dejo de dar arcadas. Tengo los ojos llenos de lágrimas. Ya está, esto se ha terminado, pienso, porque sería un crimen obligar a alguien a pasar por esto más rato. Pero tan pronto como ese pensamiento me atraviesa la mente el tipo vuelve a empujarme la cabeza y a meter el pito hasta el fondo; la cabeza me parece un

champiñón suave que se hincha y me obstruye la garganta, y me vienen otra vez las arcadas.

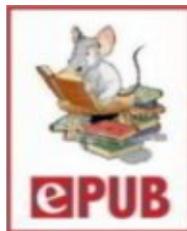
Entonces sucede lo peor de todo: de la polla sale a borbotones un líquido húmedo y caliente. Me está meando en la boca. No me cabe ninguna duda. En Texas, un chaval le meó a su hermano en la boca mientras dormía durante una convivencia de los scouts. Pero este pis es espeso, como la crema suavizante, y no sale en un chorro regular, sino entrecortado y a intervalos espaciados que yo me obstino en rechazar. Se me tensan los tendones del cuello en el momento en que pugno por levantar la cabeza y apartarme de su entrepierna, pero él me inmoviliza con la mano. La polla empuja hacia delante. Y la garganta se me llena de un sabor salado y químico, parecido al del cloro de las piscinas mezclado con gárgaras de agua con sal.

Luego, cuando ya ha terminado, el hombre se retira del todo y recupera el tono amable. Me acaricia la espalda mientras yo me vomito la pechera del camión. Me llena de gratitud el cálido contacto de su mano, como si me perdonase lo que quiera que hubiera hecho mal. Vomito otra vez hasta que el propio dolor me paraliza el estómago, y él sigue pasando la mano por mi espalda arqueada. Me dice que no pasa nada. Que lo he hecho estupendamente. Pero para mí está más claro que el agua que sí que pasa algo.

Esa noche en la cama me quedo mirando la ventana y me imagino a Drácula tomando forma al otro lado de las pesadas cortinas, esperando a que lo invite a entrar. Fui yo quien pidió al canguro que subiera.

Al cabo de un largo rato me levanto y me pongo el uniforme del colegio. Me siento, vestida, en la silla de respaldo recto del cuarto de Lecia, sin tocar el suelo con los pies. Inmóvil como una estatua, igual que cuando sales a cazar aves o a pescar lubinas con gusanos de goma. Hay que dejar caer el gusano hasta el fondo del río y agitarlo entre el cieno de vez en cuando. Aparte de eso, no te puedes mover, porque de lo contrario te expones a que la barca zozobre.

Cuando empieza a filtrarse luz por las cortinas entra mamá y se pone a limpiar la mancha de vómito de la alfombra. Con ayuda de un cepillo de dientes frota el tejido con una mezcla de agua y bicarbonato que ha preparado en un cuenco. Me pregunta si no prefiero quedarme hoy también en casa, vista la vomitera que formé ayer. Y yo respondo que en absoluto. Lecia se incorpora entre las colchas revueltas y parpadea. Yo tengo la cartera de cuadros escoceses en el regazo. He tenido cuidado de ponerme calcetines iguales y los he doblado a la altura exacta; voy impecable, algo insólito. De verdad, insisto, me encuentro muchísimo mejor. Y antes me como un insecto que perderme las cosas que pasan en el colegio.



Capítulo 13

Puede que si mamá no se hubiera empeñado en pegarle un tiro a Héctor jamás hubiéramos regresado a Texas. Pero ver a nuestra madre borracha como una cuba y parapetada tras una pistola niquelada con empuñadura de nácar —un arma como la que podría haber sacado de la talega de terciopelo cualquier prostituta de película mala del Oeste para blandirla ante un vaquero bocazas y tahúr— fue la gota que colmó el vaso para mi hermana, que nos sacó de allí cagando leches. Sin embargo, si antes de aquello la hubieran sondeado, Lecia habría podido dar perfectamente su beneplácito al asesinato de Héctor. Y yo, tres cuartos de lo mismo. De una manera muy básica, nos parecía una idea tan plausible como cualquier otra de las que surgieron en aquel período tan aciago.

Mamá y Héctor pasaban mucho tiempo en el bar mientras nosotras nos quedábamos en casa. A mí me daban las tantas todas las noches vigilando que llegaran. El bar quedaba a pocas manzanas de distancia, pero mamá tenía todas las papeletas para estrellarse contra algo con más densidad molecular que su propio cuerpo; un bloque de hormigón o un muro de ladrillo, quizá. En cuanto llegaba la hora del cierre me apostaba en la ventana del piso de arriba ataviada con mi pijama de rayas de Sears a esperar a que el Impala se perfilara en la entrada cubierta de nieve. Quitaba la escarcha del cristal trazando un círculo del tamaño de un puño para poder estudiar mejor el garaje, su boca negrísima y cuadrada que parecía una mandíbula desdentada. Yo sentía que el corazón me latía a mil

por hora mientras la entrada permanecía intacta de faros y huellas de neumático.

Lecia y yo dejamos de prodigarnos por el Longhorn cuando las manos temblorosas, inciertas y, a menudo, cochambrosas de los clientes y el personal del bar empezaron a empuñar armas. Un atraco en el asador de al lado sirvió de excusa a Deeter para hacerse con una cartuchera, que se ponía debajo del mandil. A los pocos días, Héctor fue a la casa de empeños, compró un revólver del 22 para que su prima mantuviera a su marido a raya, y acto seguido se compró un Colt del 45. Se pasó una tarde entera toqueteándolo, sentado en una mesita baja del bar, y apuntaba con el cañón a los transeúntes que pasaban por la calle mayor. Era preocupante. En Texas, hasta un niño pequeño sabía que no se debe apuntar con un arma a una criatura salvo que pretendas matarla. Hasta un arma desmontada y descargada se manipulaba con tanta precaución como si de una serpiente se tratara.

El trasto de empuñadura nacarada de mamá me pareció una ridiculez en un primer momento. Una vez vi en una tienda de artículos de broma un mechero muy parecido. Estaba dentro de una bolsa de plástico que colgaba de un expositor junto a muchos otros artilugios, entre ellos el charquito rosa de vómito de perro de mentirijillas en el que invertí mis últimos cinco centavos.

Mamá juró que guardaría la pistola a buen recaudo en su bolso de piel. Sólo la quería, decía, por si alguien se metía con ella. «¿Quién se atrevería a meterse con mamá?», me preguntaba yo con ocho años. Por experiencia sabía que le habría soltado un buen sopapo al primer paleta que se planteara siquiera meterse con ella. Por echar mano de un término que aprendí en la lista de vocabulario de sexto de Lecia, el arma era superflua.

Las armas en sí no me generaban ninguna inquietud. Todas las camionetas de Leechfield exhibían una pegatina de la Asociación Nacional del Rifle, así como una rejilla para rifles en la luna trasera. Mucho antes de ir a la guardería yo ya sabía lo

que era disparar un arma: en Nochevieja, con las dos manos, cogí el revólver del 22 de papá en la azotea del garaje y apunté a la luna. Con las doce campanadas apreté el gatillo. La mano se me fue medio metro, pero casi ni pestañeé con la detonación. Cuando vi que la luna no se desinflaba ni caía en picado por el cielo negro igual que un globo pinchado, me eché a llorar. Más tarde abatía toda clase de gorriones y mirlos con mi carabina de aire comprimido. En segundo, si papá me sostenía por detrás, era capaz de cargar y disparar una escopeta del 410 sin que el culatazo me descuajaringara el brazo, lo cual implicaba vadear ciénagas oscuras durante la temporada de patos, en invierno, o trotar tras los cazadores que cogían palomos para hacer gumbo, en primavera.

Aun así, la irrupción de las armas en el bar hizo saltar una chispa de ansiedad en algún rincón acuoso dentro de mí. Caían en manos de personas que jamás habían manejado armas de fuego. Imbéciles, por decirlo llanamente. Igual que Héctor, Gordon desenfundaba el Magnum imitando a Wyatt Earp y a continuación se burlaba de mí diciendo que no había quitado el seguro, o que estaba descargado.

Una noche Joey cogió un berrinche en el bar acordándose de su pobre padre, que había muerto en las minas con sólo cuarenta años, y se llevó la pistola de mamá a la sien, a ese espacio un poco hundido donde empezaba a tener entradas. Después de aquello Lecia y yo dejamos de ir al Longhorn. Pero mamá no se deshizo de la pistola de juguete, que apareció en su mano en un abrir y cerrar de ojos la noche en que se empeñó en pegarle un tiro a Héctor.

Lecia llevaba un rato tocando el piano cuando él salió del cuarto trastabillando y derramando el whisky del vaso. Se plantó detrás de la banqueta con los ojos empañados. Tras unas cuantas interpretaciones de «Alley Cat» le pidió que tocara el himno nacional. Mi hermana objetó que no le apetecía. Héctor llegó a sacarse del bolsillo del pantalón un billete arrugado de diez dólares. Lo alisó encima del teclado y dijo que se lo daba sólo por tocar «America the Beautiful». Yo apunté que «America

the Beautiful» no era el himno, comentario que suscitó una imprecisa sonrisa por parte de Héctor mientras Lecia hacía una bola con el billete y lo tiraba a las cuerdas. Bajó la tapa con ímpetu y se puso de pie. No pensaba tocar nada de nada, declaró.

La reacción normal de Héctor habría sido irse a la cama malhumorado. Pero, ignoro por qué, esa vez se lo tomó mal. Puede que fuera porque en la cena había estado hablando del hermano que se le murió en la Segunda Guerra Mundial. Debí de relacionar el himno con el entierro de su hermano, con la bandera cuidadosamente doblada formando un triángulo azul marino que un oficial le entregó a su madre, con el puñado de tierra que él mismo había tirado por el agujero rectangular sobre la caja lustrosa que bajaron a mano con unas correas.

Sea como fuere, la cuestión es que Lecia se levantó y la cara de Héctor se desfiguró en una mueca que desconocíamos. Calificó a Lecia de zorra mimada. A ver, nadie ponía en duda que éramos unas niñas tremendamente mimadas. Pero la palabra «zorra» le tocó la fibra a mamá, y cuando quisimos darnos cuenta ya tenía el arma en la mano.

La noche había ennegrecido los ventanales que tenía detrás. Llevaba puesta una combinación de seda de color mayonesa. Debajo se adivinaba el corpiño de copas cónicas que confería a los pechos una apariencia de piezas de artillería. Héctor se dejó caer en la butaca de cretona rosa. Al echar la cabeza hacia delante se le formaron alrededor del mentón unos pliegues de piel. Parecía un sabueso. Le dijo a mamá que adelante, que le disparase; total, su vida no valía una mierda.

Se me ocurrió tirarme sobre el cuerpo de Héctor, convencida de que mamá no me atravesaría con una bala con tal de darle a él. Y lo cierto es que el movimiento la detuvo en seco. Me miró de soslayo, como si estuviera muy lejos. Entonces agitó el arma hacia un lado para indicarme que me apartara y su brazo me pareció carente de huesos y ondulante, como una anguila. «Quita de ahí», ordenó.

Lecia le suplicó que no apretara el gatillo mientras yo cubría el pecho de Héctor con toda mi superficie, como si fuese un babero para comer langosta. Olía a loción de afeitado y a whisky escocés. Su vientre no oponía ninguna resistencia a los nudos y ángulos de mi persona. Me apreté un poco más contra aquella superficie blanda y alargué la cabeza hacia atrás para ver qué impresión causaba en mi madre.

Una especie de neblina emanada de su cerebro parecía velarle los ojos verdes. Estaba recapacitando. Incluso bajó unos grados el ángulo recto del brazo. «Mis niñas, pobrecitas, mis niñas», dijo. Pero entonces sus facciones recuperaron su forma anterior, se endurecieron, como si tomara una decisión. «Apártate de ahí, Mary Marlene», dijo. Sentí el aliento acre y fétido de Héctor cuando en tono de ruego dijo un: «Cariño...» que ella sofocó mandándolo callar.

Lecia se colocó junto a mamá. Levantó la vista para mirarla con una expresión que me pareció digna de un abogado, como de Perry Mason en el estrado. En cualquier momento podría haber sacado un puntero y encendido un proyector que apoyara sus argumentos, los que, por cierto, me parecían de una lógica aplastante. Si le disparas te meterán en la cárcel, puede que de por vida; cosas así. Pero mamá no se alteró lo más mínimo. Negó con la cabeza y se cuadró de hombros. «Si mato a este hijo de puta de mala calaña por lo menos habré hecho algo de provecho en la vida». Estudió a Héctor como si fuera un mulo extenuado que se dispusiera a sacrificar, y se explayó con lirismo acerca de la condición de inútil de aquel montón de mierda.

El discurso dejó aún más vencido a Héctor, que no paraba de suspirar, exhalando bocanadas de aire agrio. Prácticamente le escudriñé el cuello buscando una válvula floja, pues con cada suspiro su cuerpo entero perdía volumen. Me hundí aún más contra él, contra su blandura. De haberse prolongado mucho más esta progresión podría haberse transformado en un simple charquito a mis pies. Me quedé mirando su oreja, alargada y curtida, de la que sobresalían unos pelillos blancos muy tiesos.

Héctor dejó a un lado la indiferencia ante la posibilidad de que mamá le disparase y empezó a insistir para que lo hiciera. Como si morir fuera una especie de solución. Con los surcos de la cara empapados de lágrimas de cocodrilo dijo: «Lleva razón». Le temblaba la voz. «Nunca he valido un carajo».

Cambié de posición y me giré hacia Lecia, que había abandonado la pose de abogada. Estaba probando otra táctica. La mirada parda que asomaba bajo la franja de flequillo rubio y brillante ya no transmitía firmeza sino cansancio. Y el acento con el que habló era cien por cien texano, directamente salido de lo que algunos llaman el Cinturón de la Tiña: «No vale ni la bala que haría falta para matarlo». Había dejado de dirigirse a mamá como una presentadora de telediario yanqui. Ahora buscaba su complicidad, apelaba a la cólera de nuestra madre, que al parecer había estimado inflexible. «Por favor, pero míralo...», agregó, haciendo un gesto de contrariedad. Habría interpretado a la perfección el papel de camarera que sirve un cóctel y le dedica unas palabras de consuelo a mamá al tiempo que reúne el cambio en la bandeja. «Si Héctor empezara a arder, nadie le mearía encima para apagarlo». Mamá le dio toda la razón, y debajo de mí, Héctor secundó también la reflexión.

En ese momento Lecia me agarró de un pie y dio un tirón. Ella también quería echarse sobre Héctor. Me lo tomé como un gesto fraternal, como si me ayudara con una tarea, como si supiera lo repugnante que era respirar sus exhalaciones alcohólicas. Se colocó a mi lado como acomodándose en una balsa que se mecía en medio del Golfo.

Vi que se transformaba otra vez. Estiró el mohín de cansancio que le dibujaban los labios. Los surcos de la frente se alisaron. Su cara redondeada era el único barómetro fiable para los sutiles cambios de atmósfera que se producían en la habitación. Y aquella cara se había quedado inexpresiva y más blanca que la pared. Lecia había tirado la toalla de pronto. Miré a mamá, que evaluaba la corta extensión del cañón niquelado como si fuera a dirigir el tiro a Héctor sorteándonos a nosotras.

No sé cómo, pero hasta entonces había conseguido reprimir

toda manifestación de miedo. Sólo me había quedado con lo grotesco de la escena. Claro que estaba angustiada, pero sin que pasara de una leve vibración de preocupación más o menos constante, como una corriente eléctrica. La ansiedad me llevaba a mordirme las uñas, a no parar quieta en los restaurantes, a ser la típica niña que derrama al menos un vaso de algo al día. Sin embargo, llevaba semanas sin experimentar ese miedo intenso que te exprime el aire de los pulmones y pone el mundo a cámara lenta. Había logrado sofocarlo hasta ese preciso instante en que Lecia se colocó a mi lado con pinta de haberse vaciado por dentro.

Me estaba diciendo que echara a correr. Pero con su tono de voz más neutro. Sal a la calle y ve corriendo a casa de los Janisch. Mamá le iba a pegar un tiro a Héctor de un momento a otro si no venía algún adulto a impedirlo.

Entretanto, mamá se había metamorfoseado en un fantasma de sí misma que empuñaba un arma muy real con una mano pálida, prácticamente transparente. No oyó la orden de Lecia, porque había perdido la audición. Movía los labios como si mascullara algo, una oración. Pero el brazo del arma permanecía extendido. Tenía el pelo tieso, enloquecido, y la mandíbula apretada.

No se movió para impedir mi huida. Me hizo el mismo caso que a una cucaracha que hubiera pasado a toda velocidad. Y yo no volví la cabeza. No habría sido capaz de emprender la carrera ante la visión de mi hermana, atrapada en su cuerpo de niña de diez años bajo la mirada redonda, negra e impávida de la pistola plateada.

O eso me digo a mí misma ya afuera, donde se altera el sentido del tiempo. La propia noche me parece un lastre que cargo sobre los hombros y me impide correr todo lo rápido que pretendo.

La nieve recién caída que piso es azul como agua de piscina. Ni siquiera percibo que se me enfríen los pies al contacto con ella, como tampoco noto bajo el camión blanco la

carne de gallina que se extiende por mis piernas de palillo. Ni siquiera registro el hecho de que las piernas vayan a todo trapo. Lo único que veo es la calle sacudirse ante mis ojos, fenómeno que me confirma que estoy corriendo. La puerta de caoba de los Janisch con su guirnalda de acebo va acercándose a cámara lenta con cada zancada que doy.

La luz del porche es dorada y el timbre brilla como un punto luminoso al final de la larga y oscura condena en la que me he adentrado. El dedo que aprieta ese timbre debe de ser mío, porque veo mis uñas, cuadradas, negras de roña. Una silueta pasa por delante del visillo. Entonces, en el espacio que antes ocupaba la puerta, surge un rectángulo de luz que enmarca a la señora Janisch con su guardapolvo azul.

Lo que le digo es para mí un misterio, pese a que noto mi mandíbula en movimiento. Hace un frío espantoso, creo, que se come mis palabras tan pronto como abandonan mi boca, antes de que yo misma alcance a oírlas. Entonces aparece el señor Janisch secándose con una toalla de manos los restos de espuma de afeitar del mentón, que trazan un caminillo recto. Lleva puestos unos pantalones de vestir y camiseta. Y del cuello le cuelga una medalla de san Judas, el patrón de las causas perdidas. Si no encuentras comprador para tu casa, consigues una estatuilla de san Judas, le pides al cura que la rocíe con agua bendita y la entierras cabeza abajo en el jardín antes de que amanezca. Ese día arrancarás a martillazos el letrero de «se vende» antes de la hora de cenar.

Este dato es lo que debe de ocupar el espacio disponible de mi cerebro por un instante, pues cuando quiero darme cuenta ya no estoy en la puerta de la casa de los Janisch sino otra vez en la calle, en mi porche, ante la puerta de mi casa, con una presencia tras de mí, presumiblemente el señor Janisch. Las mangas acolchadas de su parka emiten un frufnú cada vez que mueve los brazos. Todavía percibo el olor de la espuma de afeitar con mentol.

Me siento estúpida llamando a la puerta en vez de entrar sin más llamando a voces. Pero el señor Janisch insiste. Sin

embargo, como nadie acude a abrir, veo que mi manita de aspecto descarnado empieza a dar un golpe detrás de otro, con la palma abierta.

El señor Janisch me agarra por la muñeca con su mano enguantada de cuero para detenerme, pero yo me suelto y vuelvo a aporrear con los dos puños. No he tenido la precaución de estar pendiente de los ruidos de la casa. Estaba al otro lado de la calle, enfrascada en mi propia misión. Y mi casa ha seguido viniéndose abajo durante ese tiempo, sin mi vigilancia.

Si, por ejemplo, se había producido un balazo, yo no lo había oído. Podían haber sonado dos o tres disparos. Este pensamiento me hace propinar patadas a la puerta con los pies descalzos y entumecidos, tan fuerte que más tarde se me pondrá negra la uña del dedo gordo.

De repente se despliega dentro de mi cabeza una pancarta escrita a mano que había delante de la iglesia baptista de Leechfield: rezar lo cambia todo, decía. Y se me ocurre que, si consigo formular la oración adecuada antes de que la puerta se abra y revele tres cadáveres, como unos ciervos que un cazador alinearía para sacarse una Polaroid antes de amarrarlos a la baca de la camioneta, puede que logre cambiar la escena que me espera. Tengo que actuar deprisa, tiene que salirme bien a la primera. Dios esperará un trato convincente y no la trillada promesa de portarme bien.

Y de pronto se me enciende la bombilla. Me acuerdo de Abraham, dispuesto a rebanarle el cuello a su propio hijo sólo porque Dios se lo había ordenado. Con esto en mente, accedo a que la bala destinada a Héctor alcance su objetivo. Le concedo eso a Dios como quien se atribuye puntos cuando le toca jugar al fútbol en el equipo de los niños más esmirriados.

Pero la contraoferta de Dios llega con fuerza. Hasta cierto punto yo le deseaba la muerte a Héctor desde el principio de los tiempos, de modo que esa bala no acaba de contar como ofrenda. En la iglesia de Leechfield, el diácono Sharp siempre dice —al tiempo que se saca del bolsillo de la camisa el sobre

con el donativo y lo deposita en el cepillo que hace circular por cada banco, colgado de una pértiga— que su lema es dar hasta que te duela. La auténtica elección se sitúa entre mamá y Lecia. Mamá tirada en el suelo con la combinación color crema. O Lecia hecha un ovillo sobre Héctor en la butaca de cretona.

Me encantaría poder decir que cavilé mi decisión largo rato, pero no fue así. En un abrir y cerrar de ojos maté a la hermana que había ocupado mi lugar en la trayectoria de la bala. No bien se presentó la disyuntiva, escogí. Me limité a suplicar: «Dios, por favor te lo pido». Y me imaginé a mamá de pie, muy erguida, dejando caer el arma al suelo.

Y Dios debió de escucharme, porque mamá me abrió la puerta, y no precisamente con los ojos desorbitados y en combinación, como una asesina de película. Llevaba el jersey de cuello vuelto negro y pantalones de chándal, y una boina pequeña que parecía una tortita colocada encima de su estrafalario pelo. Le explicó al bueno de Janisch que se trataba de una simple riña familiar. Ya se sabe lo mucho que exageran los críos. ¿Armas? ¡Por el amor de Dios! ¡Si su marido ni siquiera salía de caza! Negó con la cabeza sin dejar de mirarme. «Mary Marlene», dijo, luciendo su mejor sonrisa de ama de casa. Jamás había visto el semblante de mi madre tan absolutamente desprovisto de ironía. «Qué imaginación tiene esta niña...», dijo. En ese caso, supongo que no le importará que entre un segundo, repuso el señor Janisch. Mamá se hizo a un lado.

Allí estaba Héctor, en la misma butaca del gabinete, con Lecia acurrucada contra él. Tenía una novela de misterio de Nancy Drew en el regazo. El señor Janisch estrechó la mano temblorosa de Héctor, me miró y dijo que nos veríamos en el colegio.

Desde la puerta mamá y yo lo vimos atravesar la calle a buen paso. Mi madre me protegía con un brazo, para calentarme, porque seguía en camión. Fue entonces cuando noté el relieve del arma prendida de la cinturilla del pantalón, donde ella la había escondido.

Esa noche Lecia llamó a papá a cobro revertido. Esperó hasta que Héctor estuvo inconsciente y mamá se metió en la cocina a preparar palomitas. Oí el golpe de la cacerola sobre el fogón y las explosiones del maíz, como si detonara una ristra de petardos.

Se me ha quedado grabado lo que Lecia le dijo a nuestro padre, porque de pronto volvía a dar órdenes, primero a la operadora para que nos comunicara, y luego al padre ausente durante tanto tiempo que no acertaba a representármelo mentalmente. Sus palabras exactas fueron: «Papá, tienes que comprarnos dos billetes de avión para volver desde Denver». No formuló ninguna pregunta. No hubo ningún *tal vez* enhebrado en su voz, ni asomo de duda. De haber hecho yo la llamada le habría hablado del revólver de mamá, le habría contado que cubrí a Héctor y que fui a buscar al director. Habría desvelado toda la historia. Papá habría pedido toda clase de explicaciones. Al ver a Lecia esbozar un puñado de síes y noes lacónicos comprendí que se acababan los chanchullos. Y no consultó con mamá para que diera el visto bueno. En definitiva, el asunto estaba cerrado.

Ahora me resulta muy cómico. Un veterano de una guerra mundial, con cincuenta años e incontables peleas de bar a sus espaldas, acatando órdenes de una chiquilla cuya edad acababa de traspasar el umbral de los dos dígitos. Papá no aceptó el plan de Lecia porque tuviera sentido, porque no lo tenía. Quizá nos echaba tanto de menos que estaba decidido a aferrarse a la primera ocasión que se le presentara. Pero ni siquiera esa explicación resulta plausible. No. Lo que lo movió a actuar fue mi hermana, su repentina firmeza, su autoridad, su voluntad de hierro.

En el momento en que comprendí todo esto estaba enrollándome el cable del teléfono en el dedo índice. Los ojos de Lecia eran del sereno color pardo de siempre. El flequillo rubio y tieso de laca seguía cayéndole sobre las cejas rectas y oscuras. Pero ya no había ni rastro de titubeo en su voz. Cuando me pasó el teléfono, el reducido espacio que nos

separaba se había dilatado hasta transformarse en una pradera infranqueable. Se había distanciado de mí para los restos. Yo, en cambio, seguía patinando entre las regiones íntimas y resbaladizas de la niñez. Todavía me preguntaba si mamá nos mataría mientras dormíamos. Lecia, sin embargo, había dejado atrás esa clase de cábalas, había dejado de hacer conjeturas. Estaba resuelta a resistir a cualquier precio. Se había curtido para afrontar las obligaciones de la supervivencia. A partir de ese preciso segundo no le quedó más remedio que asumir lo que tendría que sacrificar, y a quién, a cambio de sobrevivir.

Noté el calor del auricular en la oreja. Papá quería saber una cosa: «¿Estás del todo decidida a volver a casa, Pokey?». Mi respuesta fue que llevaba mucho tiempo decidida. A lo que respondió que él también.

A la mañana siguiente muy temprano nos lavamos la cara. Me cepillé los dientes uno por uno haciendo círculos, como me había enseñado el Capitán Canguro; luego nos enfundamos los vestidos de domingo. Al alba estábamos sentadas una al lado de la otra delante del espejo de cuerpo entero. Lecia me había apretado de más la capucha del abrigo largo, y me sentía como una salchicha, embutida. La cara de mi hermana, que se reflejaba al lado de la mía en el espejo, jamás volvería a ser la de una niña.

Mamá debió de poner el grito en el cielo cuando se enteró de que nos íbamos. Tuvo que gritar, llorar, o caer doblada en dos y borracha. Yo no recuerdo ninguna escena del estilo. Tampoco conservo recuerdo de Lecia anunciando que nos íbamos, y eso que debió de ser lo primero que hizo aquella mañana. Mamá estaría untándose crema analgésica en los hombros. El crucigrama del *Times* dominical, con una letra mayúscula escrita a lápiz en cada casilla, ocuparía un espacio entre los cuerpos de Héctor y mamá. (Solía anotar la primera solución que se le venía a la cabeza y luego iba borrando los errores, de modo que el pasatiempo siempre parecía resuelto, cuando en realidad raras veces lo estaba).

Pero todo esto son fantasías. Nunca ha llegado a abrirse la

puerta que da paso a esa escena. Mi cabeza ha eliminado cualquier huella de conversación entre mi madre y mi hermana posterior a la llamada telefónica. Mi propia madre desaparece de mi memoria, pese a que transcurrieron unos cuantos días hasta que nos fuimos, y debí de despedirme de ella. Seguramente lloramos, porque somos una familia de llorones empedernidos, especialistas en montar escenitas en los aeropuertos. Sí que recuerdo la vaga promesa de que iría pronto a buscarnos, si bien no la oí pronunciarla, como tampoco recuerdo el fantasma de su Shalimar flotando en el coche que nos llevó al aeropuerto.

A Joey le tocó acompañarnos y guiarnos en los transbordos. Nada más pisar el bar se puso ciego de whisky escocés mientras Lecia y yo zampábamos cacahuets y bebíamos Shirley Temples. Los taburetes tenían asientos cuadrados de vinilo negro. Eran pivotantes, y mi hermana y yo nos entretuvimos haciéndolos chocar como metrónomos inmensos y acolchados que marcaban el paso de la mañana. Frente a nosotras, en la barra, estaban nuestras Barbies idénticas, con la espalda más tiesa que una escoba. Llevaban el mismo vestido de fiesta de crinolina celeste con fajín plateado. Pero las sandalias blancas de plástico las habíamos perdido por el camino y los pies arqueados de ambas muñecas asomaban descalzos.

Lo primero que hizo Joey en el avión después de abrocharnos el cinturón a mi hermana y a mí fue vomitar con mucha escandalera en la bolsa para el mareo. Lecia y yo hurgamos entonces en nuestros compartimentos para hacer como si nuestras Barbies vomitaran también. El juego alteró a la anciana que había en diagonal, que manifestó su desaprobación emitiendo un sonoro suspiro y meneando la cabeza con tal firmeza que los pliegues del cuello temblaron por encima de las tres vueltas de perlas azuladas. De las vomiteras de Barbie pasamos a los ruidos de pedos de Barbie, a todo volumen hasta que llegamos a Albuquerque, donde anuncié que mi muñeca se había salpicado

de diarrea el vestido de fiesta y que no le quedaba más remedio que ir al baile envuelta en una servilleta de Trans World Airlines con una gomilla a modo de cinturón y sin bragas.

En Albuquerque nos equivocamos de avión. Naturalmente, las aerolíneas velan por que no se produzca esa clase de incidentes. Antes de que pongas un pie en la pista un azafato te comprueba el billete, en el que figura en lugar destacado el destino por el que has pagado. Sin embargo, contra todo pronóstico y por razones que se me escapan, acabamos los tres en Ciudad de México, ilegalmente, claro está. Puede que Joey sacara los billetes mal con toda la intención. Mamá le había metido en el coco su romántica idea de perderse en México. Puede que se planteara vivir por un puñado de higos en una cabaña a pie de playa, a la sombra de unas palmeras, con una princesa azteca que le sirviera langosta y tortillas amasadas con sus propias manitas.

Los federales que nos salieron al paso en la puerta de aduanas tenían otra visión del asunto, sobre todo cuando resultó que a Joey se le había caído la cartera —que contenía toda prueba de ciudadanía estadounidense— por el váter del avión. El hombre sostenía que en el momento en que se estaba levantando del retrete le dio un retortijón espantoso. Las tripas le habían jugado una mala pasada y él no se percató de lo que había caído al agua azul del váter hasta que ya se había vuelto a abrochar el pantalón. Entonces fue cuando se palpó el bolsillo y se dio cuenta de que estaba vacío. El retrete había succionado con un estruendo ensordecedor todos los documentos que daban fe de su identidad y los había arrojado a algún lugar del desierto de Sonora. Se tentó los bolsillos para escenificar cómo había ocurrido todo ante la pequeña multitud de aspecto oficial. Joey, aquejado de esa miopía tan característica de los borrachos, pensaba que todo el mundo consideraba interesantísimo su relato.

Entretanto, el capitán apoyaba el peso de su cuerpo alternativamente sobre una y otra bota negra y lustrosa. Hablaba en susurros con los funcionarios de aduanas. Cuando

levantó una mano nervuda acudieron dos tipos armados que estaban junto a las cintas de equipaje. Mandaron traer nuestras maletas y las destriparon enteritas: vestidos, vaqueros, pijamas de nailon. Por un segundo mis bragas ondearon igual que una andrajosa bandera de rendición. Joey tenía pinta de traficante, o de mexicano con intención de pasar la frontera sin papeles. Pero su mayor delito —o eso me pareció entender desde la máquina de café donde tres azafatas se hacían cargo de nosotras— era la falta de seriedad. Era incapaz de dejar de reír.

Naturalmente, los funcionarios de aduanas lo retuvieron. No les quedó otra. El milagro fue que a Lecia y a mí nos dejaran marchar. El personal de la aerolínea incluso se encargó de telefonar a papá para explicarle que nos mandarían a Texas.

Sea como sea, no se me presentó la oportunidad de preguntarle a Joey si nos estaba secuestrando, si estaba quitándose de en medio, o qué. La última vez que lo vi fue en aquella zona de aduanas bajo cuya luz fluorescente su tez presentaba el color verdoso deslavado de la aceituna de un Martini. Ignoro por qué, pero lo obligaron a quitarse los zapatos y un calcetín. Estaba de pie sobre una sola pierna, igual que una cigüeña, con los brazos extendidos.

Cada vez que le entraba un ataque de risa arqueaba el dedo gordo del pie contra el linóleo sucio.

En la sala reservada al personal del aeropuerto un camarero nos puso por delante una bandeja ovalada de huevos rancheros mientras Lecia le contaba a las ojipláticas azafatas que Joey tenía previsto vendernos a unos conocidos; el cuento me pareció tan exagerado que le solté una patada por debajo de la mesa. La comida corría a cuenta de aquellas señoras, y yo no tenía ninguna intención de cabrearlas.

Pero Lecia era muy consciente de los límites de la credibilidad. Desde siempre. Las mujeres se bebían sus palabras. Sus manos de manicuras perfectas nos acariciaron las cabezas despeinadas y nos apretaron los hombros enjutos a través del tejido escocés de los vestidos. Finalmente nos

metieron en un vuelo nocturno a Harlingen, Texas.

Desperté entre las nubes. Una llanura ártica y baldía burbujeaba al otro lado del ventanuco redondo del avión contra el que reposaba la cabeza durmiente de Lecia. Las nubes parecían haberse quedado paralizadas en medio de su agitación, como un caldero congelado en pleno borboteo. Al otro lado brillaba la luna llena trazando un camino ancho e inmaculado directo hacia nosotras, de una belleza que me colmó de una antigua sensación de posibilidades. Quizá aún hubiera esperanza para mí, sobre todo desde mi posición privilegiada de niña, precipitándome por el cielo negro en compañía de mi hermana, cuyo corazón jamás volvería a conocer. (Los místicos deben de referirse a una sensación similar cuando hablan de estados de gracia: la esperanza que brota del corazón de un granjero en plena sequía cuando evalúa el sembrado roído por las langostas). Era una esperanza en abstracto. No estimulaba ideas ni impulsos. Iluminada por la luz cristalina de aquella luna improbable y baja sentí sin más que tenía algo importante que hacer.

Y de pronto la sensación desapareció. El pasajero que tenía delante apagó su luz auxiliar y reclinó tanto el asiento que noté como si su calva me cayera en el regazo. No podía estar tan cerca, pero así me lo pareció. Miré fijamente aquella cabeza más blanca que un gusano. El hombre alargó el brazo para abrir su conducto de ventilación.

Las bocanadas de aire cargado que soplaban sobre su cuero cabelludo y mi cara me transmitieron un conocido fogonazo de incertidumbre. La esperanza, evidentemente, era para los idiotas. Evidentemente, había agotado todas las muestras de buena voluntad que Dios me reservaba para el futuro. Joder, si pocos días antes le había deseado la muerte a mi propia hermana... Le miré el brillante flequillo rubio en la cabeza torcida por el sueño. Se había subido la basta manta roja hasta la barbilla. «Igual que una niña pequeña», pensé. Me dieron ganas de sacudirla por un hombro y decirle lo mucho que la quería, pero Lecia me habría mandado a la porra.

Lancé una mirada cargada de odio a la cabeza del calvo. Una corona de pelo negro rodeaba la tonsura igual que una aureola grasienta. Poco antes yo había sentado a mi Barbie en cueros entre el asiento y el reposabrazos. La saqué, la agarré por las piernas como si fuera un palo de golf y cogí impulso. Sin pensar en las consecuencias golpeé con todas mis fuerzas el cráneo del tipo, decapitando a la muñeca.

El hombre dio un respingo y soltó un gritito. Se llevó las manos a la cabeza y se giró en todas direcciones para ver qué era lo que le había golpeado. Yo guardé la Barbie con disimulo debajo de la manta roja de Lecia y fingí estar dormida con la cabeza en el reposabrazos. Pero cuando el tipo pulsó el botón para llamar a la azafata mi hermana se despertó sobresaltada. Al ver que parpadeaba y se frotaba los ojos, la imité. Entretanto, la azafata tropezó con la cabeza de melena rubia recogida en una cola de caballo, que rebotó por el pasillo y fue a parar debajo de un asiento, lugar del que nunca fue rescatada.

Lecia y yo volvimos hasta papá atravesando un inframundo habitado por personal de aeropuertos. Pilotos, mozos de equipaje, sobrecargos y bedeles fuera de servicio nos asearon y nos dieron de comer. Viajamos gratis, sin permisos corporativos. Y no sólo no nos sentimos amenazadas o desprotegidas, agredidas o atacadas, sino que ni una sola vez miramos con deseo una baraja de cartas o una rosquilla de chocolate sin que algún desconocido nos la ofreciera sin esperar nada a cambio. Sus característicos semblantes se han transformado en piedras sin rasgos, pero los uniformes entre los que yo me movía, cuyos cinturones quedaban a la altura de mis ojos, demuestran que tal vez la esperanza no sea una cosa tan descabellada. (Claro que el mundo cría monstruos, pero la bondad prolifera igual de silvestre, de lo contrario todos los niños víctimas de violaciones se convertirían en adultos violadores).

Con cada etapa del viaje los aviones se volvían más pequeños y destartalados. En Houston montamos en uno verde

de camuflaje con unas fauces de tiburón pintadas en el morro y una equis gigantesca hecha con cinta aislante en la bodega. El avión estaba aparcado a la entrada de un hangar de chapa metálica, muy apartado de las aeronaves comerciales. El piloto llevaba gafas bifocales. El cubículo en que nos acomodó a mi hermana y a mí, pegado a la cabina de mando, estaba pensado para guardar mapas o, como mucho, termos. Las rodillas dobladas nos chocaban con la barbilla. En el momento en que el piloto se giró para ordenarnos que nos agarrásemos fuerte, debíamos de parecer un par de marmotas asomadas a la madriguera.

El avión ejecutó un giro completo y cerrado, barriendo la espesa niebla con los faros. El piloto pulsó unos cuantos interruptores del techo y dijo algo a la estática de la radio. Circulamos un buen trecho por la pista llena de baches. Las alas vibraron contra unos soportes tan finos como los de la estructura de un columpio de jardín. Aun así, el perfil de Lecia era sereno al estudiar los botones del avión, y eso que cuando alzamos el vuelo el motor montó tal escándalo que fue como estar sentadas encima de una aspiradora. El piloto agarró una palanca que tenía a la altura de las rodillas y tiró con ganas, como si el morro del avión se apartara de la pista gracias a su fuerza bruta. Corcoveamos un tiempo considerable, nos metimos en una nube.

Y aquella nube nos transportó hasta el condado de Jefferson sin más percances que unas pocas turbulencias que me levantaron el estómago. El piloto pasaba pañuelos de papel rosas por el parabrisas para quitar el vaho. Pero la bruma que se adhería al cristal era una membrana espesa que los faros no conseguían atravesar. Incluso yo me daba cuenta de que volábamos a ciegas.

La visibilidad no mejoró después del aterrizaje. Nos quedamos plantadas en la pista mojada con las maletas de Barbie en la mano. Ni rastro de terminal o aparcamiento. Sólo una torre que proyectaba un haz por encima de nuestras cabezas, un cono giratorio de luz amarillenta y aterciopelada.

Entonces, desde una distancia indeterminada, parpadearon unos faros. Había un coche aparcado directamente en el asfalto de la pista. Dejé en el suelo mi maletita. A través de la neblina distinguí que dos siluetas venían hacia nosotras, ambas dentro de la estela que formaba el par de faros. Una, menuda y flaca, llevaba un sombrero de vaquero. De la otra, más alta, pendían unas manos grandes. Esta segunda silueta echó a correr en nuestra dirección martilleando el hormigón con las pesadas botas de faena.

Papá no franqueó un límite preciso, no hubo un instante concreto en que cobró del todo forma entre la niebla. Gradualmente se fue volviendo más nítido y denso hasta que nos levantó a las dos en brazos. Había estado bebiendo café en el trabajo, ese café que caía como la brea de la estropeadísima jarra de la cafetera eléctrica del capataz. Aquel olor me devolvió intacto a mi padre. Reconocí el disolvente que usaba para limpiarse las manos de grasa y el jabón que se aplicaba con un cepillo en las uñas. La barba incipiente del mentón me arañó el cuello. Y debía de haber sudado, por la humedad, por el trabajo o de preocupación, porque el whisky Tennessee que había estado bebiendo en la pista desprendía un olor como a madera de roble recién talada. Notaba los brazos de Lecia abrazándolo al otro lado, y por una vez no me apartó como si mi abrazo entorpeciera el suyo. Por una vez, nuestros dos pares de brazos rodearon el cuerpo enjuto y alto de nuestro padre, formando una jaula en la que él encajaba a la perfección.

Su compañero era un hombre bajito con cara de pájaro llamado Blue, un nombre que le iba al pelo, porque era de color sílex de los pies a la cabeza. Blue era insonoro, inodoro y completamente falto de criterio. Era uno de esos hombres pulcros y anónimos que pueden pasarse décadas rondando una mesa de billar y pagando las rondas correspondientes sin pronunciar jamás una frase completa.

Blue nos había comprado una muñeca a cada una, de pelo rizado y casi tan altas como nosotras. La de Lecia era rubia, la mía morena. A la luz del techo abombado del sedán vi que mi

muñeca me miraba desde la caja colocada en el amplio asiento trasero con una displicencia que rayaba en el insulto. Un alambre de cobre le mantenía la cabeza en su sitio, y otros tantos la ataban de pies y manos. Las luces de la autovía empezaron a reflejarse sobre la película de celofán que protegía sus rasgos perfectos. Me observaba, huraña. Sus gélidos ojos azules declaraban a los cuatro vientos que prefería ser propiedad de cualquier otra niña. Pues muy bien; yo habría preferido no separarme de mi madre, y se lo habría dicho tal cual si la sola idea no me hubiera formado un nudo en la garganta. En lugar de eso, le dije —en voz alta, presumiblemente—: «Dios le da pan a quien no tiene dientes». «¿Cómo dices?», preguntó papá. Y yo le dije que me moría por hincarle el diente a cualquier cosa.

Naturalmente, hablé de más cosas con mi padre en el coche. Pero el resto se ha volatilizado. La conversación que mantuvo con Blue durante el trayecto me pareció cien por cien pueblerina. Le decía: «Ahora, si te quieres tragar las historias del Raymond...», pero a mí me sonaba como: «*Ora*, si te *quiés* tragar las historias del Raymond...». Y muy despacio, como si su interlocutor fuera duro de entendederas.

Ya en la casa, papá tiró la chaqueta vaquera encima de un taburete de la cocina. Íbamos a cenar algo, anunció. Lecia colocó los platos blancos de picnic de melanina sobre la barra de contrachapado. Se veían tremendamente rústicos, como de los Picapiedra, comparados con la vajilla de porcelana de Colorado. Cada uno contaba con tres compartimentos para que no se mezclaran las judías blancas con las verdes ni el caldo ablandara el pan de maíz.

Papá estaba delante de los fogones removiendo con un cucharón de madera una cacerola con una sustancia fangosa. Vertió un poco de agua caliente de la tetera y oí cómo se ligaba al guiso. Al cabo de pocos minutos empezó a oler a ajo y lomo de cerdo, aromas que trajeron consigo la vaga imagen de unos trozos de apio sobre una mezcla de judías pintas con arroz. «Esto mañana estará todavía más bueno», observó. Había

preparado también una rosca de pan de maíz en una sartén de hierro, tostando primero la corteza con tocino caliente en el horno, como a mí me gustaba. Lecia cogió un pellizco para ella y me ofreció la corona por encima de la mantequera. Había un plato de cebolletas de las que picábamos entre bocado y bocado. Y casi me termino todo el cuenco de berzas, cucharada tras cucharada. «¿Sabes lo que le echaría yo a esa verdurita, Pokey?», dijo papá. No esperó siquiera a que le preguntara: las roció con unas gotas de vinagre de un frasco con pimientos amarillos picantes. Levantó la vista y le dijo a Lecia que la quería con toda su alma, pero el plato por el que se desvivía era el mío.

No hizo falta que le suplicáramos que nos dejara dormir con él, bastó con dar un par de brincos y pedirlo por favor una sola vez para que accediera. Primero encendió la estufa de gas del dormitorio con un chasquido y luego alisó mis calcetines encima, para que estuvieran calentitos por la mañana. Lecia abotonó nuestros vestidos en sus perchas mientras él se quitaba los pantalones de vestir. Las piernas blancas y encanijadas asomaban de unos gayumbos azules estampados. Pasó las uñas por la raya del pantalón, para marcarla, y el tejido emitió un sonido rugoso, *rrrrr*. Luego los colocó sobre el respaldo de una silla y apagó la luz.

Lecia y yo nos tumbamos en la cama inmensa cuyo centro ocupaba papá. Dormía encima de las colchas porque no soportaba que nada le tapase los pies. Y en el instante en que Lecia y yo deslizamos las piernas bajo la sábana papá se echó a llorar.

Un rasgo común a todos los obreros texanos es que lloran. Mi padre lloraba en los desfiles y en las bodas. Ver la bandera estadounidense izarse antes de un partido de tercera le surcaba de lágrimas el semblante apergaminado. Aquella noche me tapé los oídos para no escuchar la llantina. Pese a todo la distinguía bajo el sonido de caracola de mi cabeza. Emitía abundantes sollozos seguidos de hondos suspiros y quejidos de dolor. A través de la ventana ardían las torres de la refinería,

escupiendo hebras de humo negro al cielo verde ácido, incontables hebras que se entrelazaban. Cuando por fin me destapé las orejas me llegaron los sollozos con la fuerza de una tempestad. Apreté su mano grande con las mías hasta que creí que las falanges se quebrarían igual que unas ramitas. Sólo lo solté cuando necesitó sonarse con el pañuelo rojo que guardaba debajo de la almohada.

Lo hacía dormido desde hacía rato cuando preguntó con la voz rota si nos apetecía rezar una oración para que mamá volviera a casa.

Tuvo que rezarla él, naturalmente, porque la idea nos dejó mudas de asombro. Yo jamás había oído rezar a mi padre. Sólo entraba en la iglesia para asistir a funerales, cuando había que cargar con algún ataúd. «Señor», arrancó papá, «por favor, haz que vuelva la madre de estas criaturas...». Se echó a llorar otra vez. Cada una le acariciamos un costado, hasta que se aplacó y Lecia pronunció un sentido «Amén».

Permanecí despierta largo rato, aguzando el oído. Papá me pasaba un brazo por encima del hombro y Lecia estaba echada detrás de él. Nos apretábamos como una carga de maderos. Al menos, ésa fue la imagen que se me vino a la cabeza. Éramos como tres tablas curvadas destinadas al casco de una embarcación que sólo necesitaban ser encoladas y calafateadas.

Cuando mamá volvió lo hizo sin avisar y en un deportivo Karmann Ghia amarillo de alquiler conducido por Héctor. Salió estirándose del coche, que era muy bajo. Los tacones de serpiente se hundieron en el suelo esponjoso, dejando unos boquetes como los de los cangrejos. Yo llevaba semanas ensayando la fría indiferencia con que la saludaría si algún día le daba por volver. Pero cuando vi los bajos del abrigo de castor arremolinarse en torno a sus pantorrillas, igual que la espuma del mar, todos mis propósitos se esfumaron. Abrí la puerta de par en par y salí corriendo hacia ella. Habría llegado primero si Lecia no me hubiera tirado al parterre plagado de hiedra.

Mamá le explicó a papá que habían venido a recoger algo

de ropa. No hubo más explicaciones ni proyectos. Si mi padre estaba al tanto de la visita, no había soltado prenda. Se quedó apoyado en el porche mientras ella se agachaba para darme un abrazo con aquel abrigo más suave que un gazapo y rezumando Shalimar. «Te echo mucho de menos, cariño mío», me dijo. Escudriñaba a papá por encima de mi hombro como quien comprueba la longitud de la cadena de un perro atado antes de pisar su jardín. Pero papá no se achicó. Estaba inmóvil como una roca y mantenía las distancias. Al final Héctor y ella se pusieron a meter brazadas de vestidos en el coche, dejando el jardín y la entrada sembrados de perchas.

Yo creo que los vecinos no habrían manifestado tanto entusiasmo si el mismísimo papa se hubiera presentado en la puerta de nuestra casa ataviado con sus mejores galas y acompañado de una comitiva de acólitos pertrechados de incensarios de oro. Tan pronto como se detuvo el deportivo amarillo todas las familias del barrio salieron a las puertas de sus casas, con intención de quedarse un buen rato y abrigados con cortavientos, anoraks o chubasqueros, en previsión de que los nubarrones descargaran. Sacaron las sillas de jardín de los garajes, las colocaron frente a nosotros y se sentaron a mirarnos como si fuésemos una película proyectada en la pantalla de un autocine contra el delicado horizonte gris. La llovizna que tachonaba el aire no los disuadió. La señora Dillard desdobló su gorrito de plástico transparente para la lluvia y se lo ató por debajo de la barbilla para que no se le estropeará el peinado. La señora Sharp abrió el gigantesco paraguas negro que reservaba para los partidos de fútbol.

Los hombres que no estaban trabajando se juntaron a fumar bajo los aleros del garaje de los Carter; se distinguían las brasas rojizas de sus cigarros cada vez que daban una calada. Tampoco nos quitaban ojo, no os vayáis a creer. Los niños correteaban detrás de las acequias de sus jardines como si no pasara nada especial, todos salvo Carol Sharp, que cruzó la calle y se plantificó justo en el borde de nuestro jardín. Yo le hice el corte de mangas delante de todo el mundo y ella se

batió en retirada dando zapatazos sobre el asfalto húmedo.

Mientras iba y venía por la acequia me acordé de que una vez había visto a un perro labrador patrullando su territorio con idéntico nivel de concentración. Mamá y Héctor sacaron más vestidos de la casa. Eran prendas de seda, de colores crema, beis y mandarina pálido que relucían en el aire vaporoso. Me imaginaba perfectamente los comentarios de las vecinas acerca de su valor: «Uh, uno sólo ya cuesta lo que gana Pete en un mes...». En ese momento las odié, odié sus culazos gordos sentados en las sillas de rayas. Odié sus cenas en la iglesia, sus guisos de atún llenos de grumos, sus gelatinas en moldes donde flotaban pedacitos de pera y melocotón formando cubos perfectos. Odié sus patucos de croché y sus tapetes para los sofás, las fundas para los rollos de papel higiénico con forma de caniche que a todas les dio por hacer un verano.

Por primera vez sentí el poder que la singularidad de mi familia nos atribuía sobre nuestros vecinos. Aquellos adultos tenían miedo. No sólo de mis padres, también de mí. Les asustaba mi bravura. Además, intuían que yo me había movido por casas más turbias que las suyas. Toda mi vida había querido formar parte de sus familias, sacar la bolsa del almuerzo de sus frigoríficos sin escarcha, ordenados y despejados. Los cuchicheos a nuestras espaldas en el supermercado o el silencio que se hacía cada vez que papá abría la puerta acristalada del local de la cooperativa de crédito siempre me habían sonrojado de vergüenza. Pero aquella tarde, por primera vez, tuve la impresión de que la mismísima Muerte habitaba las casas de los vecinos. Era la Muerte quien vitoreaba a los Dallas Cowboys y quien envolvía salchichitas vienesas en masa de hojaldre precocinada para el pisco-bis del intermedio.

Recogí una de las perchas que se habían caído al suelo, alargué el brazo y la lancé a la casa de los Carter, al otro lado de la calle. Voló como un bumerán, aquella percha, pero no alcanzó el blanco. Entonces papá me llamó. «Pokey, ven para acá». Se había trasladado al otro lado de la mosquitera, su duro perfil recortado contra la malla finísima.

Héctor cerró con estruendo el maletero del Karmann Ghia. Mamá no paraba de mirar hacia atrás, de mirarnos a Lecia, a papá y a mí detrás de la mosquitera. La atraíamos como un imán, lo notaba. Se le suavizaron los rasgos. A ambos lados de su boca pintarrajeada se abrían y cerraban unos profundos paréntesis de preocupación. No oí lo que Héctor le decía. Estaba demasiado concentrada en conseguir que mamá se quedara con nosotros, echando mano de una oración llena de fórmulas anticuadas. Lecia me contó más tarde que Héctor le había ordenado a mamá que moviera el panderero, o algo muy similar.

En cualquier caso, todo apunta a que Héctor tuvo que soltar una grosería de esas características, porque papá recorrió como un rayo el tramo que lo separaba del coche amarillo. Se inclinó hacia el interior y sacó a Héctor agarrándolo por los hombros, por mucho que él se resistió aferrándose al volante con todas sus fuerzas. Mi padrastro ya estaba de pie cuando papá le propinó el primer puñetazo.

Conservo una imagen muy nítida de los finos labios de Héctor dibujando una «o» de asombro en el momento en que se percató de que iba a recibir. A base de bien.

Me encantaría poder decir que la secuencia cinematográfica que rodé para uso personal se interrumpe aquí, porque he visto hombres enzarzarse en los aparcamientos de ciertos bares. Y cada vez, tras la primera colisión de un puño en una cara, o tras las primeras salpicaduras de sangre en la pechera de una camisa, apartaba la vista, juzgándome demasiado sensible para soportar más. Pero aquel día lo miré todo sin pestañear, porque me parecía maravilloso que papá le pegara a Héctor.

Después de tirarlo al suelo lo levantó para seguir pegándole. Prácticamente le sacudió el polvo y le colocó bien el cuello de la camisa antes de tumbarlo por segunda vez. Héctor era de los que caen con facilidad; las piernas parecían cuerdas flojas. Y cuando se quedó boca arriba en la hierba papá hizo algo que yo jamás le había visto hacer: ensañarse con un contrincante derrotado. Se sentó en el torso de Héctor y empezó a asestarle un golpe detrás de otro en la cara, sin

motivo, pues ya había dejado de suponer una amenaza para nadie. Observé cómo se le marcaban los músculos de la espalda a través de la fina tela azul de la camisa del trabajo, igual que se le habría marcado a un boxeador que se entrenara con el saco. Siguió dándole puñetazos hasta que oí lo que debió de ser la fractura del cartílago de la nariz.

Aquel ruido lo detuvo. Se le encorvaron los hombros. Permaneció aún un momento sentado sobre el pecho de Héctor y luego se levantó, mirándose las manos ensangrentadas. Las giró como si fueran objetos tremendamente curiosos, como si pertenecieran a otra persona y se las hubieran mandado para que las reparase o examinara.

Llegados a ese punto me percaté de que mamá llevaba un rato gritando. Sus palabras —almacenadas en un rincón de mi cerebro— se precipitaron todas de golpe, como una cinta rebobinada. «¡Pete, déjalo, lo vas a matar, cariño! Ay, Dios. ¡Lecia, Mary...! ¡Que alguien haga algo!». Se calló en cuanto papá se puso de pie. No quería provocarlo aún más. Él la miró por encima del techo amarillo y soltó un suspiro. «Perdóname», dijo, en tono sincero, aunque cuando miró otra vez a Héctor debió de inundarlo otra oleada de furia, porque levantó la bota y la hincó en la caja torácica de mi padrastro. El chasquido de las costillas me recordó al de las ramitas congeladas que se doblan con el viento.

Héctor se colocó de costado y yo temí que fuera a aovillarse como hacen los escarabajos cuando los aprietas demasiado al jugar con ellos. Pero poco después vi que boqueaba, intentando tomar aire.

Aun así, toda la compasión que experimenté aquel día fue hacia mi padre, por toda la mezquindad acumulada que descargó sobre mi padrastro. De hecho, la visión de la cara de Héctor como un filete de ternera recién aplanado con una de esas mazas de cocina me procuró un placer infinito. Lecia y yo salimos para verlo mejor. Me parecía increíble que no hubiera muerto. Su respiración era suave y entrecortada. Cuando se dio la vuelta para escupir sangre se oyeron varios pedazos de

dientes tintinear en la acera.

Las pocas veces que yo había visto a papá llevando un ataúd siempre cargaba más de lo que su constitución le permitía, y lo hacía con la dignidad reposada y el sudoroso esfuerzo que un funeral exige. Pues bien, con idéntico porte movió a Héctor aquel día. Ayudó a mamá a sentarlo en el coche con suma gentileza.

Cuando dio media vuelta con intención de regresar al porche estaba inexpresivo y bañado en sudor. En la camisa de cambray se le había formado un estampado de salpicaduras de sangre en forma de abanico. «Meteos para adentro», ordenó, pero con voz neutra. Me rozó al pasar por mi lado.

Yo miré el Karmann Ghia circular por la calle, un destello amarillo canario contra el telón de fondo que conformaban las casas grises. Entonces oí el quejido de las cañerías de la cocina. Papá se inclinaba sobre el grifo para limpiarse.

Aquel día mamá no hizo alusión alguna a la posibilidad de regresar. Como de costumbre, nadie dijo ni pío. Pero yo tenía el palpito de que volvería, aunque no fuera inmediatamente. La había conmovido que papá pegara a un hombre por faltarle al respeto. Y, por aquel entonces, todavía saltaban chispas entre mis padres. Prácticamente podías calentarte las manos con la energía que desprendían.

Aquella tarde dejó a Héctor en la unidad de urgencias más cercana, pagó la cuenta de la habitación que acababa de reservar y volvió derecha a nuestra casa de Garfield Road. Se había pulido o le habían estafado hasta el último centavo de la herencia de la abuela. De modo que no sólo regresó arruinada, sino también endeudada hasta las cejas. Y se quedó. Se quedó con papá hasta que él murió, se quedó hasta ser ella también una vieja chocha.

Los vecinos plegaban las sillas de jardín y cerraban los paraguas con intención de meterse en sus casas. Yo entré en la mía, en la fresca penumbra de sus ventanas forradas con papel de cera, experimentando algo muy parecido a la paz. La

somanta que papá le había dado a Héctor públicamente me demostraba que mi padrastro era una mala persona. La temporada que habíamos pasado con él había sido espantosa. Pero aquella etapa ya había acabado. Todo había terminado, y papá le había puesto el punto final. Había trazado una raya que separaba los malos tiempos de nuestro futuro. Iba a torso descubierto cuando mamá volvió, y entre risas bailaron una lenta hasta el dormitorio.

Ya era de noche cuando el sheriff pasó por casa y mamá salió a abrirle desnuda bajo el kimono negro de seda. Papá había salido, le dijo. De todos modos, no había sido más que un altercado doméstico; cito literalmente. A mi madre se le daba de miedo el flirteo, y los ojos le brillaban risueños mientras hablaba con el sheriff, que se quitó el Stetson y siguió de pie en el porche mientras los escarabajos se daban contra la mosquitera y los vecinos corrían las historiadas cortinas tras las ventanas.

Lecia y yo estábamos tiradas en el sofá, saboreando aún nuestra victoria: Héctor había sido condenado al destierro y mamá había vuelto. Jamás le había visto los ojos más verdes, de un verde intenso, verde como el mar cuando pasas el banco de arena más alejado, allá donde las olas abandonan la playa y se aventuran rumbo a tantos archipiélagos sin nombre. Los brazos que asomaban de las mangas amplias y negras del kimono eran largos y blancos. Se lo apretó contra el esternón y la pesada seda se arrugó formando una orquídea. El sheriff ya se estaba dando media vuelta cuando mamá pronunció sus últimas palabras a propósito del asunto. He aquí lo que dijo antes de que la puerta se cerrara sobre el rectángulo de noche y la muda sirena roja que parpadeaba por la ventana, zanjando definitivamente el asunto de Héctor como quien sella un sepulcro, pues nunca más volvió a hablar de él: «Una tontería», dijo. «No tiene importancia», dijo. «Nada que no tuviera arreglo».

III. TEXAS OTRA VEZ, 1980

[...]

«te salvaste no para vivir

tienes poco tiempo has de dar testimonio

sé valiente cuando la razón flaquee sé
valiente

en el cómputo final esto es lo único que
cuenta

y que tu ira imponente sea como el mar

cada vez que escuches la voz de los
humillados y golpeados

que no te abandone tu hermano el Desprecio
para los delatores verdugos cobardes —ellos
vencerán

irán a tu entierro y con alivio arrojarán un
terrón

y la carcoma escribirá tu biografía retocada

y no perdones en verdad no está en tu poder
perdonar en nombre de los traicionados al
alba

guárdate sin embargo del orgullo
innecesario

contempla en el espejo tu rostro de bufón

repite: fui reclutado ¿acaso no había
mejore?»

Zbigniew Herbert, en «*Tornada de Don
Cogito*»

Capítulo 14

Diecisiete años después papá sufrió un derrame cerebral cuando estaba repantigado en un taburete del bar de la Legión Americana. Eran las diez de una mañana de verano y ya se había tomado unos cuantos chupitos de whisky que bajaba con jarras de cerveza de barril, triquiñuela a la que se había dedicado cada día de los últimos siete años, desde que se jubilara de Gulf Oil a los sesenta y tres. Y digo que estaba jubilado, pero técnicamente seguía trabajando a media jornada como recadero de David, el marido de Lecia. El barón arrocero, lo llamaba yo, porque era dueño de unos arrozales muy rentables por los que tributaba el cincuenta por ciento de sus ingresos. David le regaló a papá una camionetilla blanca para que hiciera viajes a correos o le llevara tacos a la hora de comer; lo tenía de chico para todo, en resumidas cuentas. En los momentos en que papá, que complementaba su ingesta de alcohol en la Legión con los lingotazos a la botella de whisky que escondía bajo el asiento de la camioneta, estaba demasiado borracho para conducir, alguien llamaba a mi cuñado y éste mandaba a un jornalero para que se lo llevara a hacer alguna comisión inventada hasta que se despejaba y las manos le temblaban otra vez, señal de que recuperaba el nivel normal de alcohol en sangre. Sólo entonces volvía a ponerse al volante de la camioneta blanca.

Entretanto, mamá vivía metida en la cama sin más vestimenta que alguna prenda transparente. Había dejado de dar clases de dibujo en la escuela pública, en teoría para

dedicarle más tiempo a su raquítico y legañoso marido. Pero la realidad era que la depresión había hecho estragos en ella. Se atrincheró en aquella cama gigante que ella misma había construido hacía décadas, con una actitud que todavía recuerdo como imperial. Había dejado de beber a resultas de mis amenazas y las de mi hermana, pero estaba permanentemente bajo los efectos del Valium, y medicamentos similares, y del libro que hubiera sacado de la torre —literal— que se alzaba desde el suelo junto a la mesilla de noche.

Sus lecturas, principalmente sobre religión y filosofía, abarcaban desde lo más profundo —Sartre seguía siendo uno de sus favoritos, así como Gandhi— a los temas más descabellados. Se interesó por el hatha yoga, la alimentación macrobiótica, el macramé y el movimiento del potencial humano. El problema fundamental de mi madre en el momento en que mi padre sufrió el ictus era que no encontraba ningún motivo para levantarse y vestirse.

Por aquel entonces hablaba con ella desde Boston casi todas las noches, llamadas de larga distancia. Pasada ya la hora de los programas de máxima audiencia se sentía presa de un tormento que los barbitúricos sólo paliaban a duras penas: «Aquí la gente únicamente piensa en el fútbol, en pescar y en follar», me decía. «Te juro por Dios que me voy a pegar un tiro».

El novio con el que yo vivía —un recién graduado en Harvard de una familia de solera de Long Island— elogiaba mi paciencia. Interpretaba como pura abnegación las horas que pasaba enganchada al teléfono con mi madre. La residencia familiar de aquel chico contaba con nombre propio, personal de servicio añoso y una biblioteca cien por cien tradicional donde brillaban trofeos de polo de plata entre hileras de volúmenes encuadernados en piel. Con su madre hablaba únicamente en vacaciones, desde un extremo de una lustrosa mesa de comedor alargada (formalidad que yo envidiaba y que más tarde, cuando nos casamos, fracasé en dominar). En verdad era un miedo antiguo el que tantas noches me encadenó al

teléfono: no quería por nada del mundo que mi madre se suicidara.

Cuando aterricé en Boston, a los veinticinco años, aquella línea telefónica era el único cordón umbilical que me unía a mi madre. Papá y yo nos habíamos distanciado hacía mucho.

Al principio, el motivo fueron mis extraños viajes. Con quince años empecé a irme de casa para hacer pequeñas excursiones a Houston, Dallas, Austin o México, principalmente para proveerme de libros o de drogas. Mamá frunció la boca de preocupación al enterarse de que había fumado opio en un certamen de surf en Padre Island. Sin embargo, fue de su bolsa de las labores de donde birlé un ejemplar de la *Gaseosa de ácido eléctrico* de Tom Wolfe. Por lo demás, acabó por imponerse su curiosidad por las drogas: «¿Y qué efectos produce fumar opio?». Juntas conspirábamos para engañar a papá acerca de mi paradero, unas mentiras que él nutría al evitar ahondar en el asunto.

Me fui definitivamente de casa a los diecisiete. Me monté en una autocaravana con unas tablas de surf atadas al techo y me fui con un puñado de chavales a California, donde antes de que me saliera trabajo en una fábrica de camisetas viví en un coche y me alimenté de lo que robaba en huertos o en contenedores de tiendas de alimentación.

Estas sórdidas experiencias jamás llegaron a oídos de papá. Cuando volví a casa, bronceada, en los huesos y ávida de la tranquilidad que me proporcionaría la universidad de Minnesota, a la que había convencido para que me admitiera, mi padre, haciendo como si yo no hubiera cruzado la frontera del estado, me preguntó: «¿Cómo te lo has pasado en la playa, Pokey?».

Me llevó a la tienda de saldos de artículos militares para comprarme una parka de invierno. Conservo intacta la imagen de mi padre revisando el expositor de abrigos verdes con forro naranja, cada uno torcido en su percha, como si se vencieran por su propio peso. Papá era un comprador desconfiado. Examinó minuciosamente las costuras del acolchado y subió y

bajó todas las cremalleras.

Me había matriculado en una facultad de Humanidades privada de la que habían salido unos cuantos candidatos de izquierdas a la presidencia. La perspectiva de la residencia mixta —uno de los primeros del país— debía de mortificar a mi padre, tanto, que aquel día me dedicó su única y velada charla sobre sexo. Fue así: «Digo yo que a estas alturas ya sabrás defenderte de los chavales...». No levantaba la vista de la etiqueta con ideogramas coreanos de una de las parkas mientras hablaba. Yo le respondí que sí. «Si alguno te da problemas, me llamas, ¿eh?». Me dio la vuelta para medir los hombros del abrigo contra los míos. «Que voy y lo hago papilla».

Sus desvelos por mi virtud, por mucho que él los disfrazara de despreocupación, vinieron a echar más leña al fuego de imprecisa culpabilidad que mi padre me hacía sentir. Yo había abandonado hacía mucho ese mundo donde mi virtud requería defensa, es decir, el mundo de papá.

De ahí que me pusiera colorada de remordimiento en la caja de la tienda de saldos donde papá aflojó diecinueve dólares con noventa y cinco por la parka. Rehusé los guantes de gamuza que quiso añadir a la compra; aquel primer invierno, mejor usar calcetines viejos a modo de mitones.

Aun así, la primera vez que volví a casa después de empezar la universidad no sólo me llenó el plato hasta el borde sino que además se sacó la navaja para convertir mi chuleta en un damero de pedacitos diminutos.

Lecia —que había preferido estudiar en Texas y «por tanto» no atraía ni una mirada de papá cada vez que se movía por la casa como una exhalación— no se ahorró el escarnio: «Papá, por Dios, ¿por qué no se lo masticas y se lo metes directamente en la boca, ya que estamos?».

Papá no soportaba que me hiciera mayor, y menos aún que me convirtiera en una mujer.

Porque tan pronto como me compré mi primer sujetador

deportivo (un Vassarette elástico talla 75A) dejé de asistir a las reuniones del club de los mentirosos. La pubertad fue una fase difícil para mí. Tardé en desarrollarme. Mi mote en el barrio era «tetas de espinilla», ganado en parte debido a que mi hermana con doce años ya llevaba los pechos comprimidos en un Playtex 95C. Pero, aunque tarde, me desarrollé, al menos lo bastante para que la actitud de los amigos de mi padre cambiara. Si durante una partida de dados a Ben Bederman se le escapaba un «cómeme el nabo» a consecuencia de haber sacado dos unos, de pronto empalidecía y se deshacía en disculpas, algo insólito hasta entonces.

La última pelea de papá que presencié contribuyó en gran medida al fin de mi participación en las reuniones del club de los mentirosos.

Estaba en casa pasando las vacaciones de Pascua. Papá me llevó al local de la Legión, en teoría para jugar al billar, aunque yo sospechaba que el descarado coqueteo que se traía con la camarera era, en realidad, la prueba de una aventura en toda regla. (Lo cierto es que fue mamá quien sembró aquella idea en mi cabeza, remachándola más adelante con una frase desgarradora: «De todos modos, ya hace mucho que todo terminó entre tu padre y yo»).

Lucy era una criolla muy menuda de pechos enormes y una sombra de bigote. Cuando entramos aquella tarde me abrazó agarrándome por el cuello antes de servirnos las cervezas. Incluso me puso un cuenco con las galle titas saladas con cheddar que reservaban para la noche.

Lucy coleccionaba objetos: cucharas de recuerdo, muñecas de porcelana. Tenía también un surtido de postizos, trenzas y mechas que se colocaba en su melena negra con suma sofisticación. Y había llenado la pared de detrás de la barra con aquellos relojes antiguos con forma de gato cuyas colas negras oscilaban a la vez que los ojos se movían de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Para colmo, era enervante que los relojes no estuvieran sincronizados. Mamá siempre decía que aunque entrases en el bar de la Legión sin intención de

emborracharte, aquellos relojes de ojos incoloros yendo cada uno a su ritmo te abocaban irremediabilmente a la botella.

Yo metí varias monedas de veinticinco en la mesa de billar y las bolas cayeron con un agradable estruendo. Las apreté mucho, colando las yemas de los dedos dentro del triángulo de plástico de modo que ninguna se moviera ni un milímetro cuando lo retiré. Un segundo después papá rompió la piña, despacio pero con decisión. Las bolas se desperdigaron con un chasquido formando ángulos muy agudos, aminoraron y se pararon del todo sin que entrara ninguna. Yo procedí a empolvarme las manos. La tapa del bote de talco me dejó un estampado de lunares en la palma, como una inscripción en braille, hasta que me lo froté.

En una partida de billar se confunden el ritual y la geometría. La lenta amplitud del tapete verde refleja esa suerte de estado íntimo al que uno se entrega después de unas cuantas cervezas. En la facultad me había empeinado en matricularme en la asignatura de Filosofía del Arte, una disciplina para la que estaba grotescamente incapacitada; sin embargo, no cejaba en mi empeño. Me seducía la idea de que mirando un cuadro o escuchando un concierto pudieras «trascender» las gilipolleces cotidianas que te van minando por dentro; que en un instante de pura concentración pudieras interiorizar algo que te engrandeciera para siempre. Por aquel entonces la cultura de la droga te vendía la «conciencia expandida», una mentira que bebía en parte de la antigua patraña postindustrial del progreso: cualquier cambio en el funcionamiento habitual de tu cerebro era sinónimo de mejora.

Puede que aquel día mi fe en aquella mentira me abocara a un estado de alteración. O puede que todo fuera culpa de la cerveza, que raras veces bebía. Sea como sea, tuve la sensación de que daba vueltas a la mesa de billar movida por una fuerza o un fuego interior.

Con la primera tirada metí una bola y luego, mediante la carambola más inverosímil de la historia, encajé dos de una sola vez gracias a una trayectoria en uve. Papá soltó un silbido.

Al otro lado de la ventana, el cielo había adquirido el mismo tono azul de la tiza con la que frotaba mi taco, una tonalidad sólida y luminosa al mismo tiempo, como el turquesa purísimo de las túnicas de la Virgen en los cuadros renacentistas. Varias diapositivas de la clase de Historia del Arte desfilaban dentro de mi cabeza. Por un segundo atribuí cierta importancia a aquel color, como si de veras poseyera un significado que imprimiera optimismo a mi ánimo. Qué chaladura.

Entonces tomé conciencia de que el motivo de mi júbilo era el simple hecho de estar allí. Lo cierto es que había recorrido dos mil kilómetros haciendo autostop sólo para jugar al billar en el local de la Legión, con aquel taco más combado que la hostia, en aquella mesa con el marco todo salpicado de quemaduras de cigarro. Y lo había hecho sin tan siquiera ser consciente de ello. Había estado horas y horas plantada en el carril de acceso a la autopista de peaje de Oklahoma exhibiendo un pulgar agrietado por el viento y un letrero de cartón con la palabra dallas que prácticamente me arrancaba de la mano cada racha de un viento infernal procedente de la llanura, todo ello sin apartar la vista de las cumbres y deseando que apareciera algún vehículo que me sacara de allí de una puta vez. Pero no había dilucidado la razón que me empujaba a poner rumbo al sur. Por fin surgió un camionero, ya al anochecer, que me abrió la puerta y me invitó a subir. El hombre me preguntó cómo era que había decidido emprender un camino tan largo haciendo dedo, y con aquel tiempo de perros. «Para volver a mi casa» fue respuesta suficiente.

Pero había algo más. El local de la Legión me revelaba mi identidad, me proporcionaba solidez, como cuando enfocas los prismáticos a la perfección y la silueta que estás mirando se define del todo. Puede que, simplemente, me complaciera tener un hueco en un territorio tan masculino.

Aquel bar también marcaba el territorio de los sueldos por horas ganados a pulso, aquel universo obrero que en la universidad me instruían para que abandonara. Pocas recompensas había en aquel territorio. Nadie te felicitaba por

fichar a la salida. El sueldo era una miseria. La Legión encarnaba un resarcimiento. Y los placeres que uno se regalaba —salchichas calientes y cerveza fría— tenían mucho valor. A aquel lugar se *asistía*, es decir, no sólo ibas, sino que le prestabas una atención de la que el propio trabajo no era digno. Al billar se jugaba no como metáfora de lucha corporativa, sino por el mero placer de jugar. Ningún consuelo de orden espiritual —la amistad, por ejemplo— podía confundirse con la retribución por unas tareas realizadas, porque en la Legión todos fichaban a la misma hora, todos ganaban lo mismo, todos recibían lo mismo a cambio.

Un camión cargado de jaulas de pollos se detuvo en el arcén a la altura del local de la Legión, derrapando y levantando una nube de polvo y efluvios de diésel que se colaron por la mosquitera. El jaleo despertó a un vaquero que llevaba un rato inconsciente en una mesita baja, en un rincón del bar. Nunca lo habíamos visto por allí. Dormía echado hacia delante junto al biombo con forma de acordeón en el que había apoyado un batallón de sillas plegables. A su lado, un sombrero de vaquero de paja. Tenía la cara hundida en los brazos cruzados, achicharrados por el sol, del color carmesí de un obrero de plataforma petrolera. Sufría espasmos en la espalda, como si llorase. Papá se le acercó, lo observó un momento y le dijo: «No llores, amigo. No soporto ver llorar a un hombre». El tipo levantó la cara colorada. No estaba llorando, explicó, sino intentando contener el vómito. «Pues tampoco soporto ver vomitar a nadie», replicó mi padre. El tipo acabó por ir al baño con paso arrogante y las piernas arqueadas.

Cuando salió se apreciaban las marcas de un peine en su pelo castaño y ondulado. Se llamaba Dole, como la empresa de piñas en conserva, y resultó que era de Buna, Texas, el pueblo de papá. Tras unos pocos «¡No me jodas!», papá y él empezaron a invitarse a cervezas y a hablar de la gente que Dole conocía en el condado de Jasper, que resultó ser, prácticamente, la totalidad de sus habitantes. Dole, además, entendía de ganado Black Angus, domaba caballos y se

consideraba lo bastante bueno al billar para retar a papá a una partida apostando.

Lucy me hizo compañía el resto del día. Tenía planes secretos para mejorar mi aspecto y se sintió en el deber de llevarlos a cabo. Me cardó el pelo con un peine de púas finas, me lo apelmazó a base de laca y lo peinó formando un moño alto, como el suyo. Las horquillas me perforaban el cuero cabelludo. Sacó de debajo de la barra un estuche de maquillaje de varios pisos, escogió una sombra de ojos azul nacarada y un lápiz negro que humedeció con la lengua. Yo cerré los ojos en el momento en que se acercó a mi cara.

Cuando por fin los abrí Lucy todavía tenía el rímel en la mano. Parpadeé varias veces. Mis pestañas tenían un peso considerable. El espejo de atrás me devolvió la imagen de la hermana pequeña que intenta entrar en un local de carretera sin enseñar el carné. Lucy preparó una coctelera de Alexander con idea de «engordarme el culito». Echó unas cuantas avellanas de más en mi vaso de whisky rebosante de espuma.

Sobre las dos, hora a la que empezaba su serie, yo ya estaba afablemente borracha. Las colas desacompañadas de los relojes de gato ya no me perturbaban lo más mínimo. Yo era la bodhisattva del brandy, la princesa coronada de Alexander.

Desperté con la mejilla húmeda pegada a la barra. La exaltación primera había dado paso a la borrachera, y ésta a un coma diabético. Habían transcurrido horas. El nido de pelo se había torcido hacia un lado y parecía estirar más allá de los límites de mi cráneo una jaqueca preocupante. Miré a mi alrededor mientras Lucy me servía agua en un vaso de tubo. Habían levantado los taburetes y ante cada uno de ellos había un cuenco de cartón poco profundo con galletitas saladas. En las mesas de atrás los clientes miraban, concentrados, las fichas de dominó colocadas como pequeños muros. Vacíé mi vaso y se lo devolví a Lucy, que arqueó una ceja fina dibujada con lápiz color café y me puso al tanto del desarrollo de la partida de billar de papá.

Los billetes que formaban un fajo en el borde de la mesa habían salido del bolsillo de Dole pero ahora pertenecían a mi padre. La reacción del vaquero había sido cogerse una cogorza de campeonato. Daba golpecitos secos y malintencionados a las bolas, como si las apuñalase. Por lo demás, apuntaba alto, y varias veces el taco se le fue para arriba describiendo un arco y dando contra la pantalla metálica de la lámpara. Tampoco se molestaba en estudiar las tiradas ni en agacharse para examinar los ángulos: simplemente siseaba entre dientes y tiraba, fallando cada vez.

Es muy posible que papá estuviera igual de borracho, pero caminaba aún más erguido que de costumbre.

Apuntaba con la concentración lenta de quien está bajo el agua. Casi todas las bolas tras las que se colocaba se movían despacio y desaparecían en la tronera escogida. Cuando Dole empezó a hacer sandeces —intentar que una bola saltara sobre otra, o tirar de espaldas—, papá propuso que zanjaran la partida, a lo que él respondió con un gruñido.

—Me has desplumado —protestó.

—Coño, amigo, pues no haber apostado tanto —replicó papá con una sonrisa de oreja a oreja.

De pronto Dole estaba en la barra, a mi lado, dando golpes sobre la formica resplandeciente con el puño carnosos. La totalidad de sus facciones parecían acumularse en el centro de la cara redonda y colorada, como peleando por hacerse sitio.

—¡Cerveza por aquí, camarera! —decía.

—Tú, a la calle —ordenó Lucy—. Se acabó, para ti ya no hay más.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo digo yo, por eso.

Cuando Dole se había acercado, Lucy tenía ambas manos encima de la barra, pero ahora había bajado una con un movimiento tan discreto que me planteé que escondiera un bate de béisbol o una pipa debajo del mostrador.

Dole señaló a papá con el pulgar.

—¿Y qué pasa con el llanero solitario?

—El llanero todavía no se ha acabado lo suyo —replicó papá, aunque en realidad tenía el vaso vacío. Mientras hablaba colocaba el taco en el casillero de la pared.

Estaba absorta en la migrañosa admiración de la serenidad de papá cuando, izas!, ya lo tenía a mi vera. Entonces Dole nos mandó a tomar por culo a todos, y papá apretó el puño y le soltó un gancho en toda la mandíbula. El vaquero retrocedió unos pasos y se miró la camisa.

Naturalmente, llevaba una camisa vaquera. Y se puso como loco al ver las viole titas (su ex mujer era un hacha del bordado) salpicadas de la sangre que había derramado al morderse su propio labio inferior. Sin embargo, si se hubiese parado un minuto a pensar, habría reculado, pedido perdón y limpiado las manchas con unas servilletas humedecidas con soda. La cosa habría quedado ahí, pues mi padre había bajado los puños. Pero Dole cometió un error táctico. Agarró el taco que tenía apoyado en la barra y lo levantó describiendo un arco sibilante en dirección a los ojos de papá, en un movimiento tan ostentoso y lento que sólo un imbécil habría fracasado al atraparlo en pleno vuelo para asestarle con él un buen golpe a Dole en el cuello. Que es lo que hizo mi padre.

Dole colaboró cayendo en cruz sobre el linóleo. Lucy cogió su sombrero y se lo tiró a la panza.

—¡Esto ha sido mejor que *La ley del revólver!*

Papá no me llevó nunca más al bar de la Legión. Ni a ningún otro bar. Ni a pescar, ni a cazar, ni a jugar a los dados, ni a comer pollo frito al Farm Royal, ni a la tienda de artículos de pesca la mañana de Nochebuena, ni a ningún lugar donde mi mera presencia femenina pudiera provocar que algún pobre idiota hablara más de la cuenta, en cuyo caso papá no habría tenido más remedio que abrirle un nuevo ojo del culo. No hubo comentarios al respecto, pero así se desarrollaron las cosas.

Por eso, con el paso de los años, papá y yo nos habíamos vuelto una especie de abstracción el uno para el otro. En teoría nos conocíamos, y en teoría nos queríamos. Pero cada vez que nos encontrábamos a solas —cuando yo volvía a casa, por ejemplo—, caía sobre la habitación un silencio desesperante que me resultaba insoportable.

En cada visita papá me ponía delante, a modo de bienvenida, un plato digno de un jugador de rugby. Entretanto, le pedía que contara alguna anécdota antigua de la que mi madre y mi hermana estaban ya hasta la coronilla. Había grabado unas pocas para un trabajo de la universidad sobre narración oral, y eso había sentado precedente. Pero todas sus historias desembocaban siempre en el silencio. Papá anunciaba entonces que tenía que ir a echarle un vistazo a la camioneta (traducción: ir a sentarse a oscuras en el garaje a dar sorbos a una botella de bourbon), o sonaba el teléfono y yo salía corriendo a cogerlo.

El alcohol había consumido a mi padre. En los años previos al ictus se había vuelto muy malhablado. Aunque mamá se llevaba la peor parte, también se cebaba con el resto del mundo. Un día le sacó una navaja a un jornalero de Oaxaca que trabajaba en la plantación de mi cuñado por decir que los tacos del puesto favorito de papá no tenían nada que ver con los auténticos mexicanos. En otra ocasión, un socio de la plantación oriundo de Arkansas cabalgaba a pelo por un arrozal durante la temporada de palomas cuando se vio de pronto en el punto de mira de la pistola de papá. Al parecer, el tipo le dijo: «Caballero, el dieciocho por ciento de cada tallo de arroz que crece por aquí es mío», a lo que mi padre respondió que como no sacara al caballo del sembrado y volviera a la carretera iba a ser suyo el dieciocho por ciento del plomo que le incrustaría en el culo. Una vez dejó inconsciente a un joven marine en la cola del supermercado; otra, saltó por encima del mostrador de la empresa del gas para enzarzarse con un empleado desabrido.

El verano del ictus, papá se rebeló contra mí sólo una vez. Yo estaba intentando acabar la tesina y, como de costumbre, no

tenía un duro. Lecia y su marido me habían liado para que aceptara un empleo consistente en transportar cangrejos vivos desde Breaux Bridge, Luisiana, a un criadero nuevo en Winnie, Texas. Mi hermana y su marido, una pareja de jóvenes republicanos con sendos Rolex en la muñeca, estaban empeñados en contagiarme aquel espíritu emprendedor que los movía a ambos.

Es posible que también se propusieran degradarme, porque no hay criatura más repugnante en el mundo que los cangrejos, negros, brillantes, con ese caparazón que emite un chasquido parecido al que haría una cucaracha gigante. De modo que cada vez que paraba en una tétrica área de servicio para camiones a regar la caja de la camioneta, cargada con tres pisos de sacos de treinta y cinco kilos (los cangrejos se mueren si se secan, por si no lo sabíais), de los sacos salía un sonido de succión que evocaba en la región lumbar un miedo prehistórico y desencadenaba imágenes mentales de hordas de insectos devorando una colina detrás de otra. Conducía de noche, para evitar que el sol secara demasiado rápido la lona que cada cierto tiempo yo mojaba y colocaba por encima y alrededor de los sacos para conservar la humedad. Por lo tanto, avanzaba despacio.

Aun así, lo normal era que a última hora de la madrugada ya hubiera descargado, momento en el que me frotaba las manos con limón y me quitaba la peste a pescado. De ese modo tenía todas las tardes libres para poder redactar aquel trabajo de importancia capital que supuestamente yo debía preparar en el estudio de mamá. Sin embargo, me pasaba casi todo el día dormitando, escribiendo postales u hojeando números antiguos de la revista *Art-forum*. Después de un viaje por Europa me había dado por fumar cigarrillos franceses fuertes, y me ventilaba varios paquetes al día.

Una noche desperté sobresaltada y vi que mamá estaba de pie junto a mi cama. Su sombra se proyectaba sobre mí y yo me incorporé de golpe bajo el chorro helado del aire acondicionado. Apretaba un objeto grande contra el vientre,

como una niña. Estaba llorando. «¿Me puedes echar una mano con tu padre? No me deja que le enchufe el humidificador al lado de la cama. Y casi no puede respirar». Aparté las sábanas y me puse una sudadera con capucha. El pelo de mamá era blanco y sedoso, un resplandor en el cuarto a oscuras. «¿Que no te deja, dices?», pregunté. El concepto de dar permiso aplicado a mi madre me resultaba totalmente insólito. Su respuesta fue un suspiro hastiado. Cogí el humidificador lleno de líquido, un modelo antiguo que ya usaba cuando a Lecia o a mí nos daban anginas.

Papá estaba sentado en el borde de la cama oceánica, en gayumbos, con una tos seca de perros y la cabeza hundida entre los hombros anchos, como un toro herido. En el muslo derecho lucía el bulto color ciruela de la metralla que recibió en la guerra. «¿Papá?». Él respondió enloquecido que me largara de allí de una puta vez, un ataque que pareció vaciar la habitación de oxígeno. Puede que el pelo se me levantara, como en los dibujos animados. Entonces sufrió otro ataque de tos que lo dejó sin respiración.

Nunca antes se había dirigido a mí en esos términos, y me quedé petrificada. Al cabo de un rato me dio la impresión de que había olvidado mi presencia. Se tumbó. No era realmente tos, sino una respiración interrumpida por resuellos. Cuando empecé a husmear detrás del tocador en busca de un enchufe volvió a la carga. «¿Qué andas trasteando?». Más tos; los tendones del cuello se le marcaban. Encendí la lamparilla del tocador. La habitación era una nevera, pero él estaba bañado en sudor y la cara le brillaba de fiebre. En la zona de las sábanas donde había estado tumbado distinguí arrugas y humedad. Le expliqué que estaba intentando enchufar el humidificador.

Se le formó una perla de sudor en la punta de la nariz. Se le enjugó con el dorso de la mano y me miró entornando los ojos. «Te ha mandado tu madre, ¿no?». Y se puso a despotricar contra ella como nunca antes lo había oído. Era la persona más egoísta que conocía. Le arruinaba la vida a quienquiera que tocara, incluyéndonos a mí y a mi hermana, que no habíamos

llegado a nada. Lecia, graduada con honores en Física. Y yo con mi Máster en Bellas Artes; ¿MBA? Más bien HDP: hijos de puta.

Ignoro de dónde sacó el aliento para soltar todo aquello. La voz le salía gutural y cavernosa, como la niña poseída de aquella película sobre un exorcista. Papá continuó su invectiva hasta que ya no pudo respirar: los másters para los tenistas, y los grados para los termómetros. Yo todavía no sabía ni dónde tenía la cara.

Para entonces me había echado a llorar. Una vez que la tos volvió a callarlo empecé a tantear el zócalo en busca de una toma de corriente. En ésas tiré sin querer del cable de la lámpara y la habitación se quedó otra vez a oscuras. Él no dijo nada. Cuando por fin enchufé el humidificador, un chorro de vapor me dio directamente en la cara. Olía a friegas de eucalipto. Papá hizo un gesto con el brazo sarmentoso entre la bruma. «¡Saca esa mierda de aquí!». Susurraba con vehemencia y al mismo tiempo con fragilidad. Yo me senté sobre los talones y él volvió a doblarse en dos por efecto de la tos.

Y así nos quedamos durante un buen rato, como figuritas pisapapeles: yo, inmóvil como un cervatillo y sintiendo en los pulmones el vapor cálido y fresco a la vez, él resollando espasmódicamente. «Mary Marlene —cof, cof, cof—, voy a tirar el puto trasto ese por la ventana —cof, cof, cof—, y tú vas a ir detrás». El vapor nos transformaba en fantasmas y propagaba una nube de eucalipto por toda la habitación. Por fin, dije que si lo que quería era desenchufar el puto humidificador tendría que pasarme por encima primero. Algo que, al parecer, no consideró oportuno.

Cuando finalmente se colocó de lado en posición fetal, con la respiración entrecortada, parecía una de esas criaturas resacas que salen de las conchas cuando las agitas.

Al día siguiente llegué de mi expedición cangrejera y me encontré a papá sentado muy recto a la mesa y respirando trabajosamente. Le di un beso en la mejilla rasposa. No vi en

sus ojos nada que reflejara lo ocurrido la víspera. Acunaba a su gato, Bumper, como si fuese un bebé envuelto en su arrullo: «Maldita sea mi suerte», dijo, por no recurrir a un «me cago en mi puta mala suerte». Con el pulgar acarició el cuello del animal y luego le pasó el dedo por la mandíbula, por el lugar donde el pelaje recubre las glándulas odoríferas.

Bumper era el único superviviente de una familia de gatillos maullantes a la que papá había dado de comer en el cobertizo hasta que la camada al completo enfermó y murió. Envenenados, concluimos después, a tenor del último espasmo de agonía de la madre. El propio Bumper perdió hasta el último pelo de la cabeza. Luego le creció de nuevo parcheado, formando calvas perfectamente cuadradas en el hocico afilado. Además, tenía unos andares extraños, se bamboleaba como si las patas traseras pretendieran salir por otro lado. Puede que fuera pura jactancia de sus testículos, que eran del tamaño de pelotas de golf. El maullido, sin embargo, era tan tenue y agudo que resultaba prácticamente inaudible. De ahí que hubiera aprendido a golpear la mosquitera con el culo cada vez que quería salir o entrar. De ahí su nombre, Bumper, «parachoques».

La Lone Star que saqué del frigorífico hacía juego con la que papá tenía delante.

—Yo no sé cómo te la puedes beber con sal —observé, al tiempo que tiraba de la anilla.

Su respuesta fue que él tampoco sabía muy bien por qué. Coloqué mi taburete enfrente del suyo. Sobre la madera contrachapada que nos separaba había desperdigadas varias tabletas de penicilina.

—¿Ha venido el doctor Boudreaux? —pregunté. Él dijo que sí e hizo el gesto de sacar un Camel—. Me juego el cuello a que al médico le gustaría que dejaras de fumar una temporadita.

—Pues no me ha dicho nada —replicó.

Bumper saltó de su regazo al suelo y aterrizó con un plaf casi líquido. Se dio la vuelta, buscándome y separando las patas

de la tripa oronda. Papá lo atiborraba hasta tal punto de Friskies y latas que el gato parecía un oso.

—¿Sabes cuánto pesa? —Yo era incapaz de adivinarlo—. ¡Ocho kilos!

Todas las mañanas papá depositaba en la balanza del baño al gato, contra su voluntad, y observaba la ventanita hasta que la aguja roja se paraba. Luego anotaba el peso de cada día en el cuadernillo que había al lado del teléfono.

Toqué las notas de una canción infantil sobre la panza del animal. Él me dio unos golpecitos suaves y lentos con las patas.

—Quiere hacer sus estiramientos —me explicó.

Papá había enseñado al gato a hacer estiramientos antes de salir o entrar. Éstos consistían en que él lo agarraba por las patas delanteras y traseras y tiraba con cuidado mientras el animal se estiraba cuan largo era. Durante todo el proceso había que decirle (no me estoy quedando con vosotros: el gato sólo entraba o salía a condición de que se pronunciaran estas palabras): «¡Por favor, pero qué gato más largo!». Luego Bumper entreabrió la puerta cristalera y salió con un trotecillo. Se coló una bocanada de calor.

Cuando miré otra vez a papá, la voluta de humo se le metía en los ojos. No tenía previsto pedirle que dejara de beber ese día. Pero algo en su manera de no pestañear siquiera ante la espiral punzante de humo, algo en aquel leve malestar, me llegó a lo más hondo de mi amor por él.

Le dije que la bebida lo estaba matando. Que lo quería, y no quería que se muriera. Ni menos directa, ni más elocuente.

Bebí un trago de cerveza. Ni él ni yo pronunciábamos palabra. Agaché la cabeza, como si me preparara para recibir un golpe. Pero no hubo ninguna lluvia de ira o negación. Fue mucho peor.

—Me importa un carajo —declaró, encogiéndose de hombros.

La firmeza que me transmitieron su voz y su mirada

bastaron para que interpretara su afirmación como algo innegociable, una opinión forjada a partir de su esencia.

Estudié el suelo de la cocina, de rayas cruzadas color oro y marfil, imitando un embaldosado italiano. Lecia había mandado a su manitas para que lo pusiera aquella misma mañana. Mi hermana era muy dada a los regalos ostentosos. La cocina nueva, el microondas y el televisor que ocupaba medio salón habían salido de ella. Incluso me pagó el primer semestre del posgrado, porque lo consideraba, sin duda, su obligación. La mentira de la responsabilidad que se arrogaba era en parte el motivo del abismo que se abría entre nosotras. Sentí la repentina necesidad de llamarla, pero en vez de eso asentí sin dejar de mirar al suelo.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Ni me gusta ni me disgusta —dijo papá.

La ceniza gris que se había ido formando en la punta del cigarrillo se escindió por fin y fue a caer sobre la losa nueva. Parecía una oruga. La aplastó con el zapato, el mismo modelo de calzado negro de trabajo que había llevado toda la vida. Yo casi habría podido adivinar con los ojos vendados la página del catálogo de Sears en la que un par de esos mismos zapatos flotaba en éter celeste entre aquellos mocasines con y sin borlas a los que papá jamás dedicó ni una simple mirada.

Sabía adónde iba a que le pusieran suelas nuevas, y con qué frecuencia, y con su caja de limpiar zapatos y una gamuza era capaz de dejárselos resplandecientes. De niña lo había hecho bajo su atenta supervisión a cambio de monedas de veinticinco centavos. Sabía cuánto medía y cuánto pesaba (un metro ochenta y dos, setenta y cinco kilos) y cómo le gustaban los filetes (achicharrados, con sal, pimienta negra y salsa Worcestershire). Pero por nada del mundo habría adivinado lo que ocurría dentro de su cabeza aquella tarde. Era como un extraño para mí, incognoscible, aunque percibía en él una negrura tan dilatada y terrible que quizá su último regalo fue intentar protegerme de ella, y su último fracaso el no lograrlo

del todo.

—Voy a echarle un vistazo a la camioneta —dijo, irguiéndose del todo y desapareciendo detrás de la cristalera.

Tomó el caminillo adoquinado que llevaba al garaje. Las piedras blancas y cuadradas formaban una especie de tablero de ajedrez diagonal a través de la gravilla roja. Papá iba con cuidado de pisar justo en el centro de cada una de ellas. Observé el triángulo menguante de su espalda color caqui hasta que desapareció detrás de la puerta.

Varias semanas después, en el momento en que se desplomó sobre la barra del local de la Legión derramando la cerveza por toda la formica con destellos dorados, se había convertido en una sombra de sí mismo. Había pasado casi una década prácticamente clavado a aquel taburete color sangre, uno más de aquella fila que, semejantes a los puntos de una elipse rumbo al olvido, estaban ocupados cada uno por un veterano de una guerra distinta.

Pisé la alfombrilla negra de goma que abría las puertas automáticas del hospital. El recibidor estaba desierto. En la época del *boom* del petróleo había sido voluntaria en aquel hospital varios domingos de desolación. Por entonces había partos a porrillo y los ancianos padecían más enfermedades que nunca. No había un solo asiento al que no se agarrase una criatura con los pañales deformados.

Diez años más tarde, sin embargo, el mismo lugar parecía un descampado. Dejé atrás varias máquinas de Coca-Cola apagadas, enfermerías vacías y plantas inmensas con camas sin vestir. En la entrada de la zona de cuidados intensivos un bedel pasaba una de esas enceradoras giratorias; con el esmero de un monje zen, pensé.

Mamá, sentada en una silla de plástico color melocotón junto a la habitación de papá, fumaba con chulería uno de aquellos cigarrillos marrones alargados al lado de un letrero de prohibido fumar. «Les he dicho que llamen a la policía y me lleven presa», señaló. Lecia puso los ojos en blanco. Mi

hermana estaba a punto de irse a prepararle la cena a su marido y sus cuatro hijastros. En la mano tenía las llaves del coche y una lista de cosas que yo debía saber. Papá no hablaba, sufría incontinencia, y no sabían si entendía lo que le decían. «Igual tú consigues que coma algo», añadió. «Le ha hecho ascos a todo lo que le hemos traído».

La gente suele comentar lo pequeños que parecen los enfermos en una cama de hospital. Sin embargo, mi padre me pareció más grande que nunca, incluso bajo la cámara de oxígeno. A fuerza de décadas encaramándose a torres de petróleo seguía siendo fibroso y flexible. El fino algodón azul del pijama hospitalario parecía delicadísimo sobre su complexión esquelética. Le habían echado el pelo hacia atrás con gomina. El siseo de la bombona verde del oxígeno era el único ruido de la habitación. El monitor cardiaco estaba desconectado en un rincón, con la pantalla color barro. Salvo por el vial que conectaba la mano a un frasco del revés, papá parecía una estatua de mármol, una escultura durmiente de mi padre tallada en esteatita o uno de aquellos sarcófagos de faraón que me embelesaban de niña en la entrada de la enciclopedia correspondiente a Egipto.

Deslicé la mano por debajo del plástico de la cámara para cogerle la suya, grande y reseca. Tenía los labios despellejados, y los ojos hinchados no eran más que dos hendiduras de aspecto reptiliano. Levanté otro poco el plástico y metí la cabeza. El aire del interior era delicado y fresco, como el de las montañas. «¿Papá?».

La enfermera del turno de noche asomó por la puerta y me ordenó que saliera de la cámara, que lo iba a matar. Se acercó para comprobar la sonda de alimentación y tomarle el pulso.

La puerta acababa de cerrarse tras ella con un gemido cuando los ojos de mi padre se entreabrieron. Levantó el brazo igual que un sonámbulo de dibujos animados. Posó un dedo tembloroso contra la cámara de plástico, como con intención de tocarme la cara, y dejó caer de golpe el brazo. *Laaaaa*, dijo. La comisura izquierda de la boca caía creando una parodia de

tristeza. «Hola, papi», saludé, en un tono alegre digno de programa infantil. *Oder*, repuso. Y, luego, *Tumma*. Le expliqué que mamá estaba hablando con las enfermeras. Con la mano buena se palpó el brazo inerte igual que un ciego, explorando con cada dedo. Lo levantó y se lo puso en el regazo, como si fuera su sitio. Pero el brazo cayó sobre el costado, con menos vida que un pescado.

Le acerqué la bandeja con la cena y levanté la tapa de plástico. «*Voilà!*». ¿Le apetecía comer algo? Él arrugó la nariz. «Erda», dijo. Volvió a concentrarse en la mano mala, como si atesorase la respuesta a una pregunta que no acertaba a formular.

Opté por clavar una pajita en un cartón de leche, y él se la bebió. Usé mi propia manga para secarle la barbilla. *Ho... aaaaa*, repitió. Me miraba fijamente, como un swami ansioso por transmitirme sus pensamientos por telepatía. «Hola, papi», repetí yo. Le enseñé un vasito de zumo de naranja protegido con papel film y él frunció el ceño.

Abrí por curiosidad el cajón metálico de la mesilla de noche. Una lata de Lone Star apareció rodando. Cerré el cajón; en ese breve lapso de tiempo, papá había cerrado los ojos otra vez. Me colé debajo de la cámara de oxígeno para comprobar si dormía. «¿Papá?». Estaba haciéndose el muerto, igual que Tío Conejo.

Mamá me dejó conducir a la vuelta. Había estado una hora con Lecia y el doctor Boudreaux comentando el estado de papá. El médico incluso había desmontado ante ellas un modelo de plástico del cerebro. El informe que obtuve yo, sin embargo, fue mucho más conciso: «La cabeza se le ha ido a la mierda», me explicó mi madre. Las semanas que transcurrían después de un ictus constituían la llamada «fase de recuperación inmediata», en la que la hinchazón del cerebro remitía. Podía ser que en ese tiempo papá se repusiera y volviera a hablar y caminar igual que antes. Pero también cabía la posibilidad de que se quedara como uno de esos ancianos con pecho de palomo que se ven en los pasillos de las residencias, desplomados en sus butacas durante años.

No me había percatado hasta entonces, pero la erosión del tiempo había transformado en pueblo fantasma el Leechfield que atravesé para llegar a casa aquella noche. Las farolas encendidas estaban muy separadas unas de otras. El coche penetraba sin cesar en zonas de oscuridad de las que luego salía de golpe. Nadie cortaba el césped. Había tantos carteles de se vende que era imposible contarlos. Habían clausurado con maderos los negocios más básicos: la farmacia, la lavandería, la ferretería. No existía tampoco ya la joyería con su ruleta de dijes y sellos, ni la cafetería. La tienda de ropa donde trabajaban todas las animadoras cuando acababan el instituto había quebrado cuando detuvieron a su dueño en la habitación de un motel con dos de aquellas chicas y una bolsita de cocaína.

Anoté en mi diario todos los comercios por los que pasamos esa noche: el salón de manicura, la tienda de baratijas, la de trofeos, el centro de aerobio, la escuela de adiestramiento canino. Un centro de dietética lucía un troquelado de madera de una cerdita rosa con un vestido de lunares color ladrillo de cuya boca salía un bocadillo con el siguiente eslogan: el nuevo método para perder peso sin morir de hambre. En el lugar que antiguamente ocupaba la gasolinera había un aparcamiento lleno de máquinas de hielo, de modo que al pasar leí hielo hielo hielo hielo. También podía uno someterse a quimioterapia en un moderno edificio de hormigón, cosa que no me sorprendió lo más mínimo dado que la localidad encarnaba uno de los puntos más negros del mapamundi del cáncer. (Y ahí sigue, junto con Bhopal y Chernóbil).

Nada más dejar atrás la cerca anti huracanes que rodeaba la fábrica de caucho mamá se puso a hablar. El dinero iba a ser un problema, declaró: no había. Sospechaba que papá tendría contratado algún seguro adicional, y al decir esto se acordó de coger la cartera de la chaqueta vaquera de mi padre, que estaba en el asiento de atrás.

La abrió y empezó a desechar resguardos y recibos del gas en papel cebolla. Había una servilleta de cóctel con el resultado

de un partido de béisbol cuyos focos se habían apagado hacía mucho tiempo. Y, lo más extraño de todo, dos documentos míos: el único boletín de notas del instituto en el que saqué sobresaliente en todo y una fotocopia del primer poema que publiqué. El poema hablaba de la hermana de papá. Tantas veces había desdoblado y alisado el papel sobre barras húmedas de bar que estaba todo abarquillado y deformado. La tinta formaba borrones en las arrugas de los pliegues. Al pensar que papá iba enseñando eso por ahí me eché a llorar como una magdalena; mamá también se deshizo en llanto, por contagio.

El resto del trayecto lo hicimos al son de un coro de lloriqueos desbocados tras la luz oscilante de los faros. Puede que las lágrimas me nublaran la visión. O puede que, como siempre me recriminaba mi madre, corriera demasiado al volante, pero la cuestión es que cuando por fin metimos el coche en el garaje sentimos un golpetazo debajo del eje trasero, un ruido sordo como el de un melón al reventar.

Aparqué y me acerqué al tubo de escape humeante para ver qué era lo que había golpeado. Junto al neumático trasero del lado del copiloto había una mancha de sangre que bajo la luz rojiza de los faros parecía más negra que la tinta. Naturalmente, Bumper no respondió a las llamadas. No había forma de dar con él. Después mamá insistió en que había visto los cuartos traseros blancos de un animal perdiéndose entre el campo de carrizos y moras que había detrás del garaje. Pero entre esa maleza se criaban serpientes, añadió. Puede que incluso hubiera nutrias roedoras.

Fue ella quien lo encontró ensangrentado y resollando en el porche de atrás, a la mañana siguiente. Lo envolvió en una toalla amarillo limón y nos lo llevamos a la clínica veterinaria. Entre las dos sólo teníamos cien dólares, y habíamos decidido sacrificarlo. Pero el veterinario se ofreció a operar gratis. Le colocó unos clavos en la cadera y le cosió la mandíbula fracturada. El hombre llevaba años y años oyendo en los bares las exageradas historias acerca de la inverosímil supervivencia del animal. Quizá el viejo gato saliera airoso otra vez.

Capítulo 15

Una mañana, un celador con brazos de luchador levantó a papá, le plegó las extremidades para acomodarlo en una silla de ruedas y lo trasladó de cuidados intensivos a la planta de medicina general. Yo caminaba a su lado, con una bolsa de orina caliente en la mano de la que salía un tubito que desaparecía debajo del pijama hospitalario de mi padre. Mamá llevaba la tableta de metal donde un facultativo había indicado con letras mayúsculas el estado «estable» de papá.

A partir de entonces los miembros del club de los mentirosos acudieron prácticamente todas las noches para turnarse en la cabecera de papá. Venían directamente del trabajo, con el estómago vacío, pero rehusaban meter mano en el cartón de pizza o probar los sándwiches envasados que les ofrecíamos. Llegaban solos o en improbables parejas, con los cascos a la altura del cinturón y girándolos entre las manos como si fuesen ruedas de plegaria.

Una vez, papá se había cagado encima y me encontré a Ben y a Shug comentando un partido de los Yankees que se disputaría al cabo de poco. Hablaban por los codos, como si la habitación no oliera a cuadra.

Aquella noche Ben lloró en el pasillo. Se tapó la cara con las manos carnosas. A partir de entonces sólo venía a altas horas, cuando papá dormía y mamá recogía las revistas y las latas de refrescos vacías. Ben se apostaba casi todas las noches durante horas en una silla coja que había junto a la puerta de la habitación, «por si pasaba cualquier cosa».

Pero nunca pasó nada. No se llenaba el vacío que dejó el ictus en el cerebro de mi padre. Vivía en un estado permanente de ausencia, con una mirada perdida demasiado profunda para registrar cualquier presencia humana como algo más que una sombra. Algunas mañanas, si había dormido bien, se le iluminaba el semblante cuando entrabas. De pronto veías que te estaba viendo, casi podías sentir su recibimiento desde la cama, sin que su cuerpo se moviera ni un milímetro.

En esas ocasiones podía llegar a pronunciar una palabra como «zumo», graznándola con su nueva voz de cuervo. Sólo llegaba a decir un puñado de palabras por el estilo; luego los ojos volvían a empañársele y la cabeza caía de nuevo sobre la almohada.

El aniversario del día D mamá y yo pusimos un especial que daban por la tele. Los primeros chicos que escalaban el muro de la costa francesa caían como moscas bajo las balas alemanas. Papá había participado en el desembarco como soldado de infantería. Había saltado de una lancha con el rifle en alto para evitar que se mojara. Aquellas imágenes debieron de estimular otras grabadas en su cabeza, porque nada más verlas saltó como impulsado por una corriente eléctrica. Con claridad meridiana gritó: «¡Eso es la playa de Omaha!». Señalaba la pantalla y luchaba por incorporarse del todo, pero su cuerpo se negaba a obedecer. Mamá pulsó el botón para inclinar la cama. «¡Eso es Normandía!», bramó mi padre. Poco después empezó a mascullar lo que al principio parecía puro desvarío y luego adoptó la cadencia de las antiguas misas en latín. Al final comprendí que pronunciaba nombres, o motes, más bien, los apodos que yo había visto garabateados en la agenda que llevó encima por toda Europa. Todavía invocaba nombres en un susurro cuando la luz de su conciencia se apagó.

Mamá dio unos golpecitos en la ventanilla de la enfermería, loca por anunciar el milagroso giro radical de papá. Pero la enfermera del turno de noche siguió pintándose las uñas, impasible. Aéreas enteras de funciones cerebrales se mantenían intactas después de un ictus, nos explicó. Por lo general,

momentos asociados a emociones fuertes, como podía ser el caso del Desembarco de Normandía. De ahí también que papá siguiera jurando en arameo. Epítetos como «hijo de la gran puta» permanecían en la región del cerebro donde se almacenaban las expresiones más básicas del ser humano, las suscitadas por la ira, el dolor o un miedo cerval.

A la mañana siguiente le llevé una pila de números viejos de *Life* que había encontrado en el fondo de un armario. Efectivamente, papá era capaz de nombrar un bombardero B-17 y un fusil M1. En los mapas distinguía Italia de Polonia, y cuando le pregunté quién lo había condecorado tras la Batalla de las Ardenas señaló con dedo tembloroso la cara huesuda del general Montgomery. Al ver al general Patton frunció el ceño: «Fusta. Cabrón. Malo».

Sin embargo, cuando intenté que pasáramos de las páginas de papel cuché a nombrar los utensilios de la bandeja que había debajo perdió toda la soltura. «¿Cómo se llama esto, papi?». Levanté un tenedor. Él imitó el gesto de comer con la mano buena. «Ajá, muy bien, sirve para comer, pero ¿cómo se llama?». Miró hacia un lado, como si alguien invisible erguido a su vera pudiera confirmarle lo subnormal que era su hija. Al cabo de un segundo, no obstante, debieron de ponerse en marcha los mecanismos mentales. Bajó la vista como buscando la palabra correcta. Entretanto, mi propio cerebro se aferraba a aquella palabra como a un clavo ardiendo —«tenedor, tenedor, tenedor»—, un mantra. Un relámpago le atravesó la mirada. El lado bueno de la boca esbozó una media sonrisa. «¡Beicon!», exclamó, como quien activa un interruptor. Con mi mejor voz de maestra de parvulario, respondí: «¡Muy bien, papá!».

Media hora seguida era lo máximo que podía soportar en aquella habitación de hospital. Y no es que tuviera cosas mucho más provechosas que hacer. La temporada de los cangrejos ya había tocado a su fin. La máquina de escribir no hacía más que acumular polvo. Lecia y David me hicieron de alcahuetes con un par de tipos con los que tuve citas incómodas en bares de vaqueros.

Una noche de insomnio y mareos inducidos por el tequila tras una de aquellas citas desastrosas resolví dedicarme por completo a papá, aguantar, costara lo que costara.

A la mañana siguiente intenté afeitarlo. Con ayuda de la vieja brocha de cerdas de jabalí que había pertenecido a su propio padre le unté el cuello, tan curtido como la piel de un pavo de Navidad. Pero la mano me temblaba al blandir la cuchilla de plástico. Se me antojaba liviana e insustancial al contacto con los tendones de su cuello. A la primera pasada le hice sangre; un goterón brotó entre la blancura del jabón. Papá no pestañeó siquiera. No se le alteró la respiración. Aun así, fue mi madre quien remató la faena.

Luego le acerqué a la cara el espejito del estuche de polvos compactos. Él se pasó la mano buena por la barbilla apurada. *Ien*, dijo. El lado izquierdo de la boca articuló una media sonrisa que, unida a la otra mitad caída, transformó a mi padre en una de esas máscaras partidas en dos, la comedia y la tragedia. *Uy ieen*, añadió. Me fui de allí y me compré una botella pequeña de licor de malta que metí en una bolsa de papel. Accedí al interior cavernoso del cine multisala, me la bebí a toda prisa y vi tres sesiones seguidas. Me fui colando de una sala a otra sin pagar más, prácticamente provocando al acomodador, un chaval granujiento, para que me alumbrara con la linterna y me pidiera los resguardos.

Días después se presentó en el porche de nuestra casa el doctor Boudreaux, a la hora del crepúsculo violeta. Agarraba el Stetson marrón con ambas manos en un gesto de formalidad, como un pretendiente con una caja de bombones. Llevaba una camisa azul de manga corta oscurecida a la altura de las axilas. Los niños del vecindario dejaron de lado el ruidoso juego que se traían entre manos y miraron boquiabiertos al doctor Boudreaux, que se sacudió los pies en el felpudo antes de entrar. Un médico de verdad era un fenómeno que no se veía todos los días. Los chiquillos no se movieron del acceso a nuestra casa ni siquiera cuando el hombre ya había pasado dentro.

De pronto comprendí que mi padre había muerto; lo supe por el ruido de tren que me ensordeció y por la manera en que la habitación se empequeñeció repentinamente, menguando a mamá y al médico.

No, me tranquilizó el doctor Boudreaux, no se trataba de eso. Hay quien consideraría la muerte como una bendición. Él, por su parte, no estaba de acuerdo. Pero, en fin: papá estaba tan vivo como a la hora de la cena. Ésa era la buena noticia.

—Es por el dinero, ¿verdad? —preguntó mamá—. El seguro de la refinería nueva no cubre los gastos hospitalarios. Ni los cuidados a domicilio cuando lo manden a casa.

—Bien sabes tú que, si de mí dependiera... —dijo el doctor Boudreaux. Se interrumpió y se aclaró la garganta. Tenía manos pequeñas, como de niña. Se las cruzó en el regazo. Sugirió que quizá los abogados del sindicato pudieran echar una mano.

Pero mi madre no lo escuchaba. Se había acercado a la puerta para ahuyentar a los niños, que se dispersaron como canicas, y ella volvió a entrar en casa.

El doctor Boudreaux repitió que no estaba en su mano. Joder, a cuántos no había tratado él de fiado cuando las huelgas se eternizaban!

Afuera, los niños formaron dos equipos para jugar a algo. «Vosotros os quedáis con Barbara y nosotros con Bob», dijo una voz. «¡De eso, nada! Si nos quedamos con Barbara también nos quedamos con Bob y con Robbie», rebatió la otra voz. «Serás tramposo de mierda», dijo la primera voz. Entonces oí una bofetada y el sonido de dos cuerpecillos cayendo sobre la hierba, jaleados por los demás.

No te va a llegar ninguna factura mía, Charlie, zanjó el doctor Boudreaux. Y entonces el Buick blanco del médico dio marcha atrás y se alejó igual que un transatlántico.

A la mañana siguiente llamaron del hospital para comunicarnos que mandarían a papá en ambulancia. Tenía que pasar alguien por allí para pagar la cuenta. Aquello desató el

sarcasmo de mi madre contra el auricular beis. (Etimología: *sarcasein*, rasgar carne). Gritó al teléfono que lo único que tenía que hacer la puta ambulancia de los huevos era dejar a papá en cueros en la hamaca de aluminio que teníamos en el jardín. En cuanto al pago, mi madre tuvo a bien señalar que las penas de cárcel por deudas llevaban mucho tiempo abolidas. Donde no hay mata, no hay patata.

Alguna vez he oído por ahí que cuidar de un inválido es como cuidar a un bebé. Y supongo que en esencia se trata de lo mismo, pero un bebé te recompensa cada día con algún progreso; le sale un diente, o descubre que ese objeto que se agita sin ton ni son ante sus ojos es en realidad su propia mano. El inválido, en cambio, es un pozo que te absorbe. Cada día te dedica una mirada aún más carcomida por el agotamiento que la tuya, y más afligida. Si la vida es sufrimiento (como sostiene Buda), un concurso interminable para ver quién traga más mierda, el inválido gana siempre, de calle.

Puede que los enfermeros profesionales lleguen a acostumbrarse al dolor que experimenta un enfermo. Yo ponía todo de mi parte por ignorar el pene circuncidado, inerte y tumefacto sobre el muslo de mi padre, conectado a un tubo dudoso, y colorado por la irritación constante.

Un día en que le estaba dando la vuelta para cambiarle las sábanas, mamá se fijó en unas manchitas rojas en los talones provocadas por el roce con la sábana. Días después las manchitas habían pasado a ser ampollas que acabaron por estallar y supurar. Con el tiempo las úlceras formaron cavidades de un centímetro de profundidad. Los huesos de mi padre estaban tratando de perforarle la piel. Así al menos nos lo explicó la enfermera a domicilio. Le enseñó a mamá a vendarle las heridas dos veces al día con gasas empapadas en antiséptico que había que colocar con toda la delicadeza del mundo y la ayuda de unas pinzas de depilar.

Al poco le salieron más úlceras en la parte baja de la espalda enjuta y en los extremos de los omóplatos, tan

marcados que parecían alas. Yo jamás había visto a mi madre tan atareada: le limpiaba y vendaba las heridas, le daba de comer y batallaba por teléfono y por correo con la compañía de seguros a cuenta de varios reembolsos. Para colmo, mi padre ensuciaba la cama cada dos por tres, de modo que la canasta de la ropa sucia siempre estaba a rebosar.

Pero el de su mudez era el combate para el que más inerte me sentía. Habría sido más sencillo si me hubieran garantizado que el cerebro de mi padre era el de un vegetal. Pero yo no paraba de buscar señales de su antiguo carácter en la afasia.

—Era Leda la que ha llamado —le decía yo.

—*Uy ieeen* —respondía mi padre.

—Está muy preocupada por los impuestos que tendrá que pagar este año por los moteles.

—Oooh.

—¿Quieres un poco de helado? Es de vainilla.

—Mal, mal, mal.

—Tampoco está tan mal, papi. ¡Pruébalo! Te voy a preparar un cuenco.

—*Tumma...*

—Sí, mamá ya ha comido también.

Era incapaz de alimentar la pantomima sin inventarme que tenía que ir a algún sitio. Yo quería tratarlo con respeto —necesitaba que fuera así—, pero sus circunstancias desafiaban las únicas formas de dignidad que estaban a mi alcance. Puede que pecara de falta de imaginación: no se me ocurrían nuevas formas de dignidad al margen del lenguaje articulado o la movilidad. Por lo demás, papá podía darse a los pucheros, igual que un niño pequeño. Si alguna vez mamá intentaba girarlo para cambiarle las sábanas cuando él prefería dormir, se agarraba a los barrotos de la cama con el brazo bueno y le plantaba cara.

A veces incluso parecía que se cagaba encima adrede justo

después de que cambiáramos las sábanas, para vengarse. Naturalmente, eso era imposible. Puede que el hecho de tener el culo al aire le estimulase los intestinos; aun así, con frecuencia tenía que lavarlo dos veces seguidas mientras él cruzaba el brazo bueno sobre el pecho enflaquecido, enfurruñado, negándose a colaborar.

El logopeda que lo trató varias veces estaba igual de perdido en cuanto a las capacidades de mi padre.

—Te lo digo muy en serio, Charlie —le dijo Harold a mamá una mañana mientras tomaban un café—, tienes que aprender a tomarte las cosas con más serenidad, cariño.

Era un negro de voz dulce que bebía descafeinado con mucha leche y llevaba una sortija que se abría, como para guardar polvos mágicos. Él lo llamaba «mi anillo del cianuro».

—Serenidad, mis cojones —replicó mamá—. ¡Yo no puedo saber si tiene la cabeza en su sitio o no!

Yo tampoco, y eso explicaba en parte que fuera una enfermera tan penosa. La única vez que le di de comer a punto estuve de matarlo, aunque poco a poco, y sin una pizca de la nobleza que se atribuye al acto de matar por compasión.

Le había llevado un envase de medio litro de gumbo de gambas del Farm Royale. Por aquel entonces mi padre se alimentaba de batidos a los que mi madre echaba huevos enteros y vasitos de pudín de chocolate. Pero el gumbo despertó milagrosamente su apetito. Nada más quitar la tapadera de plástico escapó una voluta de vapor con olor a ajo. La salsa era tan espesa y parda como el agua de un *bayou*, bajo la superficie se adivinaban varias gambas carnosas, y por los extremos flotaban bolitas de arroz y cebolleta picada. Imaginé que el vapor formaba una especie de dedo serpentino y brumoso que cosquilleaba las fosas nasales de papá. Él abrió la boca, rosada y desnuda como la de un pajarillo recién nacido, pues hacía tiempo que le habíamos quitado la dentadura postiza.

Durante casi una hora lo fui atiborrando de gumbo. Él

masticaba hasta que yo le ordenaba que tragase, cosa que hacía con esfuerzo y sorbiendo agua por una pajita para poder bajar cada bocado. Entonces asentía y yo le metía en la boca un poco más. Experimenté una suerte de triunfo moral al conseguir que comiera, algo parecido al orgullo que se siente cuando un perro desconocido te hace fiesta o cuando en una reunión de amigos un niño pequeño elige encaramarse a tus rodillas con una inocencia que proclama sin asomo de duda tu buen fondo.

Yo estaba ya rebañando el envase cuando me percaté de que la mandíbula de papá estaba hinchada por un lado. Parecía una ardilla. Había acumulado ahí las gambas que no podía tragar, apoyando la mejilla contra la almohada para disimular. La bola grisácea que distinguí entre sus labios tenía el tamaño de una pelota de golf. Coloqué mi mano debajo de la boca y le pedí que escupiera. Si se quedaba dormido con eso en la boca, se ahogaría, y ya tenía los párpados entrecerrados.

De hecho, mientras le pedía que escupiera se quedó roque del todo. Abrió la boca otro poco. Bastaba con que las gambas masticadas se desplazaran dos centímetros para que le obstruyeran la tráquea. Lo zarandeé. Nada. «¡Papá!», grité; los ojos seguían cerrados, pegados, sellados. Al final introduje el dedo índice por la ranura de la boca abierta. Tal vez no se despertara, pensé, si le rozaba con delicadeza la lengua, que tenía la textura cálida y extraña de una babosa.

Fue entonces cuando me mordió. Antes siquiera de entreabrir los ojos apretó mi dedo entre sus encías lisas con la fuerza suficiente para que yo no pudiera sacarlo. Como un terrier que me pillara intentando quitarle sus galletitas. Así nos quedamos por espacio de un momento, con mi dedo en su boca, con sus ojos negros mirándome con fiereza y sin atisbo de reconocimiento. Cuando le agarré la mandíbula de hierro con la otra mano como quien intenta sujetar la de un caballo para colocarle el filete, me cogió del bíceps con la mano buena, tan fuerte que a la mañana siguiente descubrí un hematoma con la marca de cada dedo.

También a la mañana siguiente oí que la enfermera a

domicilio le preguntaba qué demonios tenía en la boca. Papá, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros con desgana, mirando fijamente la pared, como si la mujer hubiera perdido la chaveta, al tiempo que ella le sacaba la bola de gambas con un depresor.

Para enfrentarme a la otra noche que pasé a solas con mi padre tuve que emborracharme antes. Lecia y el barón arrocero me habían llevado a la fiesta de verano de su club de campo, en la que bailé *country* con varios médicos y representantes de seguros y me tomé de una sentada varios vasos de un ponche de ron repugnante, hasta que un fulano que se hacía llamar Gómez me llevó por fin a casa en un descapotable negro que parecía el Batmóvil.

Los ojos de papá chispearon cuando me acerqué a echarle un vistazo. «¡Hola, Pokey!», me saludó, articulando a la perfección. «¿Todo bien?».

Mamá había dejado la tele puesta sin volumen. Ignoro por qué, ya que aquel verano después de medianoche los canales locales sólo emitían reposiciones de carreras del canódromo. El viejo televisor emitía una luz azul de acuario.

Los galgos eran pálidos y parecían lagartos. Las columnas se articulaban a partir de unas ancas altísimas que daban la impresión de que las patas traseras calzaban tacones de aguja. En el breve rato que presté atención estaban metiendo a los perros en los boxes de salida. Me resultaba deprimente, y se lo dije a papá. No sólo porque montones de personas conocían ya el resultado de las carreras antes de que los perros saltaran a la pista, sino también porque los propios perros ya llevarían años muertos. Papá apretó con amargura los labios, dándome a entender que me daba la razón. Aquellos perros estaban más muertos que muertos, le dije; muertos, o tumbados delante de algún radiador y tirándose unos pedos de campeonato. Él agachó la cabeza, como si estuviera agotado de pensar.

A papá se le había contraído el semblante. Todas las depresiones de su cráneo —sienes, mandíbulas, pómulos—

proyectaban sombras color pizarra. Puede que yo diera una cabezada. Puede que estuviera lo bastante grogui y bebida para tener una alucinación: la de que la máscara de la muerte se revelaba en el rostro de mi padre. Por una décima de segundo eso fue lo que vi en el hueco de su almohadón. Entonces estornudó, yo exclamé: «¡Salud!» y él volvió a ser el de siempre.

Apagué la tele. La imagen se contrajo y formó una estrellita azul que se perdió a toda velocidad en la pantanosa oscuridad.

Me puse a hurgar en una caja de zapatos llena de cintas de casete que había por el suelo hasta que di con una en cuya etiqueta se leía «Pete Karr» en rotulador rojo. Lo que yo más quería en el mundo era oír a mi padre contar una historia, desenrollarla como un recio sedal que me trasladara a otros tiempos que yo jamás había conocido y otros lugares donde jamás había estado salvo por cortesía de su voz.

Le enseñé la cinta por encima de los barrotes rojos de aluminio para que entrara en lo que yo suponía era el campo de visión de papá.

—¿Te acuerdas? —pregunté.

—*Seh.* —Esbozó media sonrisa y asintió con firmeza.

—¿Te importa que la ponga?

—Ale.

Lo interpreté como «Vale», como un «Vale, ponía si te apetece, cariño mío». La introduje en el reproductor, pulsé el botón rectangular y la cinta marrón empezó a correr.

Todo empezó el décimo noveno día del mes de julio de 1920. En un tugurio, el Bessie Mae's, allá en el bosque. El típico local en el que se comía de barbacoa y se bebían refrescos de fresa. Alcohol casero había sólo cuando no merodeaban por allí los esbirros del gobierno...

Total, que la cosa empezó cuando Buck Neelan se bajó del

tren y se vino a la explotación forestal. Buck era lo que se dice un regalito. No daba un palo al agua. Era jugador. Coqueteaba con las señoras de los demás...

Ese verano, cuando apareció Buck, trabajaban con mi padre un tipo llamado Nan Crocket y su hermano, Ugh. Buck no hacía más que enredar, y encima se le metió entre ceja y ceja que Nan estaba intentando ligarse a una de sus chavalas cuando Nan en realidad estaba casado, coño, y yo en la vida lo había visto intentando ligar con nadie. Yo lo que creo es que todo esto venía de cuando Nan le ganó a Buck al bourré, que era el juego de cartas de moda en aquella época...

En fin, la cuestión es que Buck se fue para Nan y le dio un tajo con una cuchilla. Pero un buen tajo, un señor tajo. Que mi padre tuvo que llevárselo corriendo a Evadale a que lo viera un médico y le diera puntos. Vamos, que menos de tres semanas no tardó Nan en volver al curro. Tuvo una recuperación muy lenta.

Cuando mi padre fue y le preguntó al hermano, a Ugh, qué tenía pensado hacer Nan al respecto, fue y le dijo: «Yo no sé lo que irá a hacer Nan, pero lo que sí sé es lo que haría yo».

Total, que Nan volvió al curro, y pasó un año o más...

Hasta que una mañana de sábado se presenta Nan en nuestra casa. Mi padre era duro de oído, así que todo el que venía se plantaba en la puerta y llamaba a gritos a mi madre, que reconocía por la voz a todo el que vivía en la explotación. «¡Ruth!», gritó Nan. Los perros ladraban como si se lo fueran a comer.

«Entra, Nan, que no te van a hacer nada», le dijo mi madre. «Tom está en la cocina».

Papá estaba desayunando un cuenco de pan de maíz migado en suero de leche cuando entró Nan. Porque la cosa es que Nan tenía que trabajar por las mañanas con mi padre... «No quería dejarte plantado, pero... esta noche tengo pensado pasarme por el Bessie Mae's».

«¿Qué se te ha perdido a ti en el Bessie Mae's?».

Y Nan le cuenta que se ha enterado por ahí de que Buck Neelan estaría allí.

«Mira, Nan, haz lo que tú veas. Le dices a Ugh que venga a echarme una mano mañana por la mañana. Pero mañana por la noche te quiero aquí». Mi padre sabía muy bien lo que iba a pasar...

Esa noche nada más entrar al Bessie Mae 's Nan vio a Buck Neelan al fondo del bar. Estaba en una de esas banquetas regulables aporreando el piano, con un bombín negro con cinta de raso. Él iba a lo suyo, y a cada lado del piano había una chavala cantando.

En éstas que entra Nan y los cánticos se paran de golpe. Porque las dos estaban mirando hacia él, pero el viejo Buck miraba para otro lado... Se callan, como digo, y se quitan de en medio, y entonces Buck se da cuenta de que algo pasa... Se da la vuelta en el taburete. Y, claro, se encuentra cara a cara con el cañón del 45. ¡Pam! ¡Pam! Directo entre ceja y ceja, más preciso que medido con escuadra y cartabón. Le dejó un boquete en la coronilla del tamaño de una naranja, y el otro cayó desplomado.

Nan se metió el arma en los pantalones y salió por pies.

Llega a casa llamando a voces a mi madre. Se oye el chirrido de los muelles de la cama, del meneo que le está dando a mi padre para que se levante. Él le pregunta qué coño pasa, y ella le dice que Nan Crocket está otra vez fuera.

«Joder con Nan, que deje de venir a hablar conmigo. Yo no quiero saber nada; si total, ya lo sé: ha liquidado a Buck Neelan». Aun así se levanta y pasa sin hacer ruido por el porche, donde A. D. y yo dormimos. Sacábamos las literas afuera en verano. Pero nosotros ya habíamos oído a los perros revueltos antes de que Nan llegara siquiera a la altura de la cerca. La luna estaba llena, parecía una sartén de lo redonda que era, así que vimos a papá salir en calzones.

«Tom», le dice Nan, «me han dicho que el señor Bishop me está buscando». Beaver Bishop era el sheriff del condado de Jasper por aquel entonces.

«Al señor Bishop que le den por culo», le dijo papá. «Tú métete en la casa y acuéstate en el sofá. Y si viene Bishop, le decimos que no te has movido de aquí en toda la noche». Y a Nan le parece bien.

Ese lunes por la mañana Beaver Bishop se pasa para decir que el juez del distrito llegará a nuestra zona del condado en una semana o así, y pregunta si Nan tiene pensado darse a la fuga antes de que eso pase. «Y una mierda, Nan de aquí no se mueve», le contesta mi padre.

A la semana siguiente, efectivamente, un Ford T negro se para delante del aserradero. El conductor era un tío grandote. Con las manos como moldes de tarta. Tenía la mata pelirroja más bonita que hayas visto en tu vida, tanto en un hombre como en una mujer. Un pelazo rizado y revuelto que no veas. Llevaba un traje negro, parecía un enterrador. Y conduce el Ford hasta el sitio donde hay una pila alta de troncos que todavía rezumaban tanta resina que era imposible oler la comida que uno se iba a llevar a la boca como no te pusieras contra el viento.

«Nan Crocket, ¿sabes que puedo mandarte de cabeza a la penitenciaría por asesinato?».

«Sí que lo sé», responde Nan. «Pero también podía haber ido a parar al cementerio, de la cuchillada que me dio Buck Neelan». Las últimas palabras que pronunció fue que a él nadie le había tocado jamás un pelo, menos Buck.

Y así acabó todo. A mí nunca se me olvidará. De vez en cuando había algún asesinato, y siempre le pedían ayuda a mi padre. Como si lo viera ahora mismo. Con el sombrero aquel, ridículo, en la cabeza. Como si lo viera...

El silencio de la cinta me despertó.

Yo estaba en Houston durante la visita del antiguo comandante de papá. El hombre que todas conocíamos como capitán Pearse se había retirado como coronel en el oeste. Los especiales de la tele sobre el día D lo habían animado a rastrear a compañeros de servicio. En cuanto se enteró de que papá estaba enfermo reservó un vuelo y una habitación en el Holiday Inn. Lecia estaba en casa cuando el Pinto de alquiler aparcó en la puerta días más tarde. Mi hermana me comentó que Pearse había tenido que hacer muchas flexiones a lo largo de su vida. Llevaba uno de esos polos amarillos con un cocodrilo a la altura del corazón. Mamá salió al porche a recibirlo y lo primero que hizo el hombre fue besarle la mano.

Papá lo saludó con un recio apretón de manos. «Capitán Pearse», dijo, con una voz cristalina por primera vez en semanas. Y Pearse respondió: «Descanse, sargento Karr». Entonces los dos se enjugaron las lágrimas de los ojos y se abrazaron igual que un par de viejos fantasmas fragilísimos.

Pearse se quedó sentado en la cama de papá hasta bien entrada la noche, repasando fotos antiguas. Una vez más, papá hablaba con total claridad. El esfuerzo lo agotó, eso sí, y al final se quedó dormido mientras el coronel todavía estaba quitándole la tapadera a un vasito de pudín.

Yo oí por teléfono la melodiosa voz de tenor del coronel: «Su padre rechazó un ascenso después de las Ardenas. No le atraía nada la idea de beber en el club de los oficiales. Para él, cualquiera con un rango superior al de sargento era un *caniche*». Después de nuestra conversación, Pearse siguió bebiendo café en las tazas de porcelana de mamá hasta altas horas de la madrugada. Le contó anécdotas de la guerra que nosotras jamás habíamos oído.

Por ejemplo, a papá lo hirieron dos veces. Una de ellas, un soldado alemán le clavó una bayoneta en el antebrazo y le dejó una cicatriz que yo había visto miles de veces pero por la que nunca había llegado a interesarme. En otra ocasión habían minado un puente que estalló antes de tiempo y mi padre quedó sepultado por los escombros. Pearse lo dio por muerto.

Ni siquiera se molestaron en cavar para sacarlo. Sin embargo, pocos días después papá apareció por la carretera montado en el jeep de otro tipo. En la cabeza lucía una venda inmensa y en los labios una sonrisa de oreja a oreja. De hecho, Pearse estaba convencido de que aquella antigua lesión podía haber sido la causante del ictus. De ser así, el ejército podía ayudarnos a cubrir gastos. Pearse ya había actuado como testigo en un par de casos similares, y en ambas ocasiones las familias recibieron indemnizaciones.

Y ése es el motivo por el que acabé en el desván de mamá. Necesitábamos partes médicos del ejército que demostraran que papá había sufrido una lesión en la cabeza en combate. Yo me había hecho la remolona durante semanas con tal de no subir, con la excusa de que hacía falta que lloviera primero para refrescar el ambiente. Pero lo cierto es que el desván me daba terror.

En el este de Texas un desván es un lugar especialmente siniestro. El calor y la humedad aumentan con los años y proliferan toda clase de organismos. El moho verde forma en las cajas de cartón unos estampados parecidos a los de los crisantemos en el papel pintado antiguo. En un desván del este de Texas se oyen las cucarachas moverse entre los papeles, prácticamente puedes notar sus antenas filiformes rozándote con un susurro. Y, para colmo, corres el leve peligro de toparte con una serpiente.

El verano anterior, el desván de Licia se había infestado de serpientes. Una noche oímos golpetazos en el techo. Algo pesado caía de las vigas interiores del desván, sin los sonidos posteriores que hacen los mapaches o los roedores al escabullirse. Armada con una linterna, Licia se propuso asomarse, hacer una ronda de reconocimiento y así poder dar parte al fumigador para que éste supiera de qué iba la cosa. Sobre el mullido aislamiento rosa no había ni rastro de excrementos animales, sino sólo lo que parecían medias viejas de nailon tiradas de cualquier manera. Entonces apuntó al suelo con la linterna y descubrió que eran pieles de serpiente. La casa

quedaba cerca de un *bayou* y unos mocasines habían anidado allí arriba.

De modo que cuando por fin tiré de la escalera con resorte que había en el garaje de mamá me atravesó un escalofrío de terror. Durante toda la mañana se habían acumulado unos espesos nubarrones de tormenta gris plomo y cuando empezó a llover fue como si el cielo se abriera por la mitad, con un sonido parecido al de la seda al rasgarse. Los goterones acribillaban las hojas de las palmeras y hacían temblar las madre selvas y las glicinias encaramadas a la cerca de madera roja. Los ladrillos del patio emitían hilillos de vapor. El tramo de la casa al garaje lo había hecho a toda velocidad, y sin embargo tenía la camiseta pegada al pecho.

Tiré del cordel de la luz que colgaba del techo a dos aguas. El día que papá había grapado aquel cable a la viga más alta yo lo había ayudado sosteniendo una bombilla que todavía seguía allí, sólo que cubierta de telarañas. Papá me dio permiso para enroscarla y la luz se hizo entre la jaula de mis dedos. Desde entonces no había vuelto a subir. Nadie más había vuelto a subir, presumí, salvo para poner orden entre las cajas. El aire estaba viciado, húmedo y sofocante. Pero no se produjo ningún aleteo, ni de murciélagos, ni de palomas, ni de mariposas de la muerte. Ningún cadáver se alzó entre las estructuras de las lámparas y los enseres de cocina oxidados de la época de Eisenhower. Respiré hondo el aire caliente, lo exhalé. El corazón se me salía del pecho.

Al cabo de unos minutos me aparté de la luz y me fui sumiendo entre las cajas, que contenían, según fui comprobando al abrirlas, desechos de la naturaleza más variopinta: libros, discos, tarros de cristal, jarrones de baratillo. La única reminiscencia de mi niñez era un maletín amarillo de carpintero con herramientas en miniatura. Había una lámpara de parafina viejísima que todavía olía vagamente a queroseno y una máquina de coser que funcionaba con un pedal de hierro forjado. Había incontables maletas Samsonite vacías de varios tamaños, sombrereras sin sombreros, portatrajes que no

protegían traje alguno.

Hasta que de pronto me llamó la atención un baúl con tapa de piel de camello, arrumbado junto a los aleros. No sonaba hueco ni filtraba luz a través de las rendijas. Sin embargo, alguien lo había relegado a aquel rincón con toda la intención del mundo, y bien cerrado. Introduje el destornillador en el cierre del candado y le di un golpe seco con el viejo martillo de juguete. Se abrió con un chasquido. Me puse de rodillas y me quedé inmóvil un momento. En mi cabeza cobró forma una ilustración antigua de cuento infantil: Pandora y unos demonios del tamaño de libélulas saliendo de su caja y alzando el vuelo hacia la parte superior de la página mientras la mujer se llevaba las manitas a la cara y su boca con forma de arco de Cupido se ovalaba formando la clásica expresión victoriana de sorpresa.

La tapa del baúl golpeó contra el techo inclinado. La dejé caer y a continuación agarré las asas laterales de piel. Forcé los músculos de cuádriceps y espalda para arrastrar el baúl y sacarlo de su escondrijo y volví a sentarme bajo la luz de la bombilla polvorienta, con las piernas cruzadas y sin aliento.

Al retirar la tapa no liberé ningún hato de demonios alados, sino apenas un olor a tinta húmeda, como cuando recoges el periódico de un césped cubierto de rocío. La bandeja superior contenía unas cuantas fotos en sepia y cartas atadas con bramante. Encontré también cuatro joyeros en fila india, como si fuesen soldados. Dos de ellos estaban forrados de terciopelo negro, uno de raso azul marino, y otro era de cordellate color frambuesa oscuro. En cada uno encontré una alianza distinta.

Las joyas de la familia, supuse. Me puse en cuclillas para levantar la bandeja y bajarla a la cocina. Mamá había preparado té helado antes de que yo subiera al desván. Me representé mentalmente la jarra abombada de cerámica perlada de escarcha dentro del frigorífico a oscuras, con rodajitas de limón flotando en la superficie del té marrón.

Pero en cuanto me puse de pie y vi lo que había en el fondo del baúl se me cayó la bandeja, que fue a dar de lleno en los

empeines de mis pies descalzos, como si unos puños enormes los hubiesen aplastado. Las alianzas, las fotografías y los atadillos de cartas se desperdigaron por el suelo. Al mismo tiempo reculé y tropecé con una caja a rebosar de adornos navideños. Las corvas se me doblaron al contacto con el borde de la caja y traté de amortiguar la caída con las manos, que se hundieron hasta los codos en un batiburrillo de espumillón y luces de colores. Las bolas de cristal en sus finos embalajes crujieron bajo mi peso igual que un montón de huevos dentro de un cartón. Una estrella de plástico puntiaguda me raspó la cara interna de un brazo.

Ahora bien, todo esto apenas sirvió para hacer más lento mi movimiento de pánico y retirada, porque lo que había en el fondo del baúl era la pierna ortopédica de la abuela Moore. El de la funeraria había dejado puesta la media tupida y le había hecho un ridículo nudo a la altura de donde tendría que haber estado el muslo. El mismo zapato negro y tieso calzaba el pie rígido desprovisto de dedos, como el muñón de una muñeca. Puede que la visión de una serpiente de cascabel enroscada sobre sí misma, levantando la cabeza y siseando, me hubiera inspirado más miedo, pero lo dudo.

Mamá me encontró de pie delante de la luz verde y fría de la nevera. Había entrado detrás de mí, cargada con el cesto de la ropa sucia. El olor a lejía me anunció su presencia y me giré sin cerrar la puerta del frigorífico. Había descorazonado media sandía grande, arrancando pedazos con las manos, indiferente a que el jugo pegajoso me chorreara por la barbilla, tragándome las pepitas negras acharoladas junto con la fruta, tan dulce y fría que me dolieron los empastes de las muelas. Si a mi madre le resultó chocante mi actitud, no lo manifestó. Sólo quería saber si había encontrado algo útil en el desván.

Pero cuando le pregunté por la ristra de alianzas, de quién eran, la atmósfera de la cocina cambió por completo. (La única metáfora que se me ocurre para semejante cambio es de orden musical: donde antes sonaba una sola nota de pronto se oía un acorde con muchas negras). En su mirada reconocí la de ciertos

animales enjaulados.

—Son tuyas, ¿verdad? —acabé por preguntarle, explicación que hasta entonces ni siquiera se me había pasado por la cabeza. De nuevo se hizo el silencio entre nosotras.

—Ya está bien, Mary, ahora no empieces a atosigarme con esos anillos. —Su voz no transmitía ninguna emoción. Se concentró en la montaña de ropa sucia—. No lo voy a consentir.

Se metió en la cama. Desde la cocina oí que trasteaba con la lata de galletas donde guardaba las medicinas. ¿Qué andaba buscando? Un poderoso dios pagano, de nombre Valium, Thorazine o Halcion, fue la única respuesta que se me ocurrió.

Durante décadas, los demonios personales de mi madre habían sido un misterio para mí, al igual que su pasado. Pocos mentirosos natos emprenden conscientemente la senda de la verdad, ni siquiera quienes creen de una manera axiomática que dicho camino acabará por liberarlos. Varias veces volé a Texas con el firme propósito de abrir la puerta metafórica del pasado. Pero la resistencia con que me encontraba era tan invisible como implacable. Incluso papá, en la época en que aún podía hablar, se negaba. Ponía cara de soy-un-pobre-viejo-chocho y decía: «Joder, cariño, no me acuerdo de nada de eso».

Lecia podía confirmar mis hallazgos. Pero, al igual que a mí, le faltaban los hechos, los cómo y porqués del pasado de nuestra madre. En el universo de mi hermana, no obstante, las personas que se quejaban de su infancia no eran más que unos blandengues, unos zascandiles liberales deseosos de defraudar a las aseguradoras sacándoles pasta para terapias inútiles. «Mis cojones, el subconsciente», decía. «¡A otra cosa, mariposa!», y volvía a concentrarse en frotar la porcelana del lavabo. (Trabajaba como una esclava todo el día y tenía una asistente interna en casa a jornada completa, pero todas las noches pasaba horas con los guantes de goma puestos. Su casa relucía con la asepsia de un quirófano).

Pese a todo, la verdad conspiraba para cobrar forma ante mis ojos. Llamadlo destino, llamadlo gracia o pura chorra. El

caso es que algo me guiaba hacia el tobogán que desembocaba en el pasillo en tinieblas al fondo del cual se abriría de par en par la puerta de la verdad.

Después del descubrimiento de las alianzas mi madre se enrocó en su rechazo a hablar del tema, y de su pasado.

—Yo no puedo cuidar de tu padre si no dejas de darme el coñazo con eso —me decía. Se masajeaba las sienes con ambas manos, como para impedir que le estallara el cráneo por la presión interna—. Tengo dos migrañas, una detrás de cada ojo, y cada una del tamaño de una moneda de cincuenta centavos.

Yo hablaba por teléfono con un antiguo psicólogo mío que me obligó a anotar en una libreta de espiral todas las preguntas que quería hacerle a mi madre. Se las leí en voz alta: «¿De quién son esas alianzas? ¿Quiénes son los niños de las fotos que me enseñó la abuela Moore? ¿Por qué se te fue la pinza cuando murió? ¿Qué hacías con el cuchillo esa noche? ¿Por qué le dijiste al doctor Boudreaux que nos habías matado? ¿Qué te pasó en el hospital?».

El psicólogo me hizo ver que no se trataba de preguntas *cruelles*. En la jerga familiar, sin embargo, sí que lo eran. Más que crueles, podían resultar letales. La noche que me acerqué a mamá con la libreta en la mano ella se encerró en el baño y no salió hasta pasadas varias horas en las que yo recorrí mil veces el pasillo mal iluminado, como una leona, preguntándome si se estaría rajando las venas con una Gillette. «Cuando haga eso, llama a la policía», me ordenó el psicólogo al día siguiente. Pero hasta que no me dio un ultimátum no fui capaz de ponerme seria y hacer que mi madre hablara. Se negó a cogerme el teléfono. Me colgó tres días seguidos, con el argumento de que no podía ayudarme mientras yo no asumiera ciertos riesgos.

—No vas a parar hasta que no aclaremos lo de las alianzas, ¿no? —me preguntó al fin mi madre.

—Pues no —respondí yo.

Decidimos ir a emborracharnos. Nuestro camarero favorito del mexicano tomó nota sin inmutarse de las dos jarras de

margaritas que pedimos. Su hijo, el aprendiz, nos trajo enseguida un cestillo con patatas humeantes y un bol con salsa de tomate tan picante que te despejaba las fosas nasales.

Las alianzas, naturalmente, eran de mamá. Lo confesó sin tapujos. Se casó por primera vez con quince años. No, no porque estuviera embarazada. La abuela Moore quería quitársela de en medio. La primera criatura, un niño, llegó años más tarde. Por no complicar las cosas, lo llamaremos Tex.

Al poco de nacer Tex, mi adolescente madre empezó a sentir la imperiosa necesidad de escapar de Lubbock, y muy especialmente de la tiránica vigilancia de su crítica suegra, a la que metafóricamente describiremos como un ama de casa teutona con una mirada más despiadada que el sol, a quien no se le caía la escoba de la mano. De modo que cuando el joven esposo acabó los estudios —pongamos, de administración de empresas— su mujer lo animó a buscar trabajo en Nueva York. En 1942, por tanto, el matrimonio montó en el Ford, metió al bebé en una canastilla de sauce en el asiento trasero y se marchó de Lubbock dejando tras de sí una estela de polvo.

Una vez allí, la deslumbrante metrópolis ceñida de acero dejó encandilada a mi jovencísima madre. El cochecito azul marino de Tex bajaba las escaleras del metro y recorría los anchos pasillos de los museos. Ella quería pintar el cuerpo humano, un deseo que desconcertaba a su marido. ¿Qué interés podía tener pasar horas escudriñando a desconocidos en cueros? Estallaron las primeras desavenencias. El asunto quedó en suspenso con la llegada de otro bebé, una niña rubia de ojos verdes, como su madre, a la que llamaremos Belinda.

Tras el nacimiento de Belinda la malvada suegra voló hacia el norte con sus alas apergaminadas y asumió el control del hogar. La desvergonzada respuesta de la joven esposa rayó en el escándalo: aceptó un trabajo a jornada completa como dibujante industrial en los laboratorios Bell. Acababan de bombardear Pearl Harbor. El patrón del marido era militar, y el nuevo empleo de la esposa se consideraba fundamental para el esfuerzo que suponía la guerra. La suegra torció el morro, pero

como no quería que la tomaran por una antipatriota se ocupó a regañadientes de los niños mientras la mamá trabajaba.

Mi madre volvía un día del trabajo cuando se encontró la casa completamente desmantelada. Su familia había desaparecido.

Era invierno. Imaginad. En el breve camino del tren a la casa, a mi madre se le acumuló en el pelo y en los hombros del abrigo color carbón una nieve seca que caía a toda velocidad, formando una trama de copos que me represento como un pañuelo de encaje, como las mantillas blancas que se ponen las niñas el día de la primera comunión.

Mamá traspasó el umbral de la casa vacía. Los radiadores estaban fillos. Siguiendo los pálidos penachos de su aliento fue pasando de habitación en habitación, todas desnudas, pulsando interruptores que no respondían. Incluso el teléfono había sido desconectado.

Aquel día los vecinos habían visto un camión de mudanzas cuya carga se alargó toda la mañana bajo la estrecha supervisión de la anciana. El joven esposo llegó en coche después de comer para recogerlos a ella y a los niños; el pequeño Tex iba sentado en la parte de atrás, y la recién nacida en los brazos de la mujer.

A esas alturas del relato, tanto mamá como yo llorábamos. Nuestro camarero, detrás del atril de la recepción, estaba más inmóvil que un mascarón de proa. Desviaba educadamente la vista hacia el espacio catedralicio y expuesto a los cuatro vientos de la zona comercial, con las cartas a las que no habíamos prestado ninguna atención bajo el brazo. En una mesa auxiliar el aprendiz rellenaba saleros con gran concentración y un embudito de plástico. La sal salía de la gigantesca bolsa igual que un torrente en el momento en que mamá se enjugó los ojos. Se pasó una servilleta de papel por debajo de las pestañas inferiores para que no se le corriera el rímel.

Los vecinos le ofrecieron a mamá su sofá cama. También le

dieron de comer y se la llevaron a un bar del barrio. Todavía no había cumplido la edad legal para votar.

—Fue mi primera borrachera. Alguna copa había tomado antes, sí, pero esta gente me emborrachó hasta las trancas.

Al día siguiente fue al despacho de su marido y se encontró los cajones del escritorio barridos. Unos cuantos lápices sin punta rodaron entre los clips. El jefe, que lucía la cadena de un reloj de bolsillo alrededor de su imponente contorno, no quiso decirle adonde había ido el joven esposo, con la excusa de que su paradero era alto secreto, una cuestión de seguridad nacional.

Aun así mi madre mantuvo la cabeza fría y no derramó ni una lágrima. Sus hijos no podían estar muy lejos. La guerra complicaba la búsqueda. Por las noches, todo el litoral oriental se sumía en la oscuridad en cuanto empezaba el toque de queda. Autobuses y trenes iban atestados de miembros de las fuerzas armadas, de modo que viajar resultaba prácticamente imposible.

—Aunque tuvieras sellos de racionamiento, cosa que nadie tenía, no había gasolina.

Por lo demás, sus padres ya no estaban en Lubbock, sino que se habían mudado a una granja en Morton. No tenían teléfono, y el tráfico de cartas era lento. Cuando el abuelo Moore amenazó con pegarle un tiro al joven esposo, lo hizo en una postal. La familia del marido residente en Lubbock también se había esfumado sin dejar dirección de contacto ni registros bancarios; ni rastro.

Como en una película de los cuarenta donde se representa el paso del tiempo mediante un calendario deshojándose a toda velocidad, pasaron varios meses en los que mamá vivió como una sonámbula.

—Me convencía de que mis hijos aparecerían a la semana siguiente, o de que mis padres darían con ellos en cuanto pudieran contratar un detective. Cualquiera que pudiera hacer algo estaba en la guerra.

Alquiló un estudio en Manhattan y se apuntó a las clases nocturnas de dibujo de la asociación de estudiantes de Bellas Artes, después de las cuales bebía hasta caer redonda. Por el día trabajaba con resaca en los laboratorios.

Seis meses después de la desaparición de los niños el padre de mi madre se murió de repente. «Hemorragia cerebral», rezaba el certificado de defunción.

La llamada a los laboratorios Bell se produjo mientras ella cubría en la centralita a una compañera que había ido al baño. Mamá se sintió muy rara al aceptar una llamada para ella misma. La voz seca de su tía Audrey se deslizó por los cascos, colándose directamente en sus oídos. «Tu padre falleció anoche», le dijo la voz, a lo que mamá respondió arrancando todos los cables que pudo agarrar con las dos manos, tirando a ciegas, de modo que todas las llamadas en curso se interrumpieron de golpe y sólo se oyó el zumbido monótono del tono de llamada.

Mamá obtuvo un permiso especial del Ministerio de Defensa que le permitió coger un tren a Texas para asistir al funeral. Pero las tropas la expulsaron en Chicago, donde se quedó tirada varios días. Luego volvieron a echarla en Amarillo, y al final consiguió que un camionero la dejara frente a la cerca de madera blanca de la casa de su tía.

La abuela Moore estaba sumida en un estado muy cercano a la locura. Se había encerrado en la despensa donde guardaban los melocotones en almíbar y los frascos polvorientos de *chowchow*. Cuando mamá se asomó, la abuela levantó la vista de los bolillos sin que la delicada estructura ósea de su semblante transmitiera la más mínima sorpresa. «Todo el mundo me está diciendo que tu padre ha muerto, Charlie Marie». Volvió a concentrarse en el encaje floral, frunciendo los labios: «Pero no se ha muerto. Lo que pasa es que está muy, pero que muy frío». Mamá rememoró el ruido sordo del hilo de seda al correr el nudo que creaba un perfecto ramillete de lilas sobre una rama de encaje.

En el salón, las tías de pelo rubio estaban perplejas ante el deterioro de la abuela Moore. En momentos de crisis se acercaban como buitres.

—Disfrutaban como enanas con el mal ajeno —dijo mi madre.

Después de la cena se escondieron en el cenador para fumar sin que las vieran los maridos.

Mamá les llevaba unos vasos de limonada recién hecha cuando oyó lo que debía de ser la filosofía familiar acerca de la pérdida de sus hijos: «Algo muy malo ha tenido que hacer Charlie Marie para que ese hombre saliera espantado», comentó una. «¡Y con las criaturas!», apostilló otra. «Cuando el río suena, agua lleva», pontificó una tercera.

Dieron con los niños de pura casualidad mucho después del funeral, cuando mamá ya había vuelto a Nueva York y la abuela Moore había recuperado su particular cordura.

Mi abuela estaba acabándose una crema de huevo en una silla de forja traída de una tienda de Lubbock cuando se pasó a verla su agente de seguros. Le preguntó por la póliza de vida de mi madre, que llevaba tiempo sin pagarse. «Su marido nos manda giros para su póliza, pero ya no se hace cargo de la de Charlie», explicó. «¿Quiere que rescindamos su contrato?».

En menos de cinco minutos mi abuela tenía en su poder la dirección del joven esposo. En menos de dos días, mi madre voló desde Nueva York hasta la pequeña ciudad del oeste —pongamos que era Reno, Nevada— donde vivía el marido.

El jefe de policía la recogió y la llevó hasta la casa donde vivían sus hijos. Resultó que el joven esposo acababa de casarse, sosteniendo que la madre de sus hijos estaba en paradero desconocido desde hacía años. Puede que incluso hubiera muerto. «Joder, no sabía que estuviera divorciada; muerta, ya, ni le cuento», había dicho mi madre, provocando que el policía levantara una ceja. Él sabía —porque mamá se lo había contado— que dentro del bolso negro de serpiente que ella sostenía en el regazo había una orden judicial emitida por

un juez neoyorquino en la que se le confiaba la custodia de los niños.

Llegaron a un rancho muy extenso con un paseo sinuoso de ladrillos que daba a una puerta amplia con aldabón de bronce. El joven esposo no se lo había montado mal. La puerta se abrió y reveló a la malvada suegra. El policía se ruborizó y explicó entre titubeos la misión. La mujer se apartó para dejarlos entrar.

Mi madre vio a un niño pequeño escondido detrás del delantal de la suegra, y a una niña de meses que jugaba con unos bloques de construcción encima de la alfombra persa perfectamente aspirada.

Mamá se agachó y abrió los brazos hacia la niña, que se puso de pie, dio un chillido y desapareció detrás del largo sofá, muerta de miedo. Sólo asomaba la coronilla rubia y resplandeciente.

—Fue entonces cuando lo pensé por primera vez —dijo mamá. En la escasa superficie de la mesa que nos separaba había varias copas de margarita. La costra de sal había desaparecido allá donde sus labios o los míos se habían posado. Ya hacía rato que no dejábamos marca con el pintalabios—. En cuanto me entregaron los papeles y me enteré de dónde estaban me metí en el primer avión. Sin pensar. Yo por aquel entonces tenía un estudio en Jones Street.

Las lágrimas le alisaban las facciones, pero su voz se mantenía neutra, como si el llanto brotara de los ojos grises de otra mujer, alguien a quien mamá sólo conocía de vista.

La suegra era un mujerón imponente. Rodeó el sofá, con el niño todavía pegado a ella, oculto tras sus voluminosas faldas. La anciana levantó en brazos a la criatura, que dejó de llorar y se calmó.

Mamá se desplomó en una silla con respaldo de barrotes. Se inclinó sobre el bolso con la orden judicial desplegada encima y se echó a llorar. El policía parecía un soldado a la espera de órdenes delante de los largos cortinajes de seda.

—En ese momento comprendí que estarían mejor allí. Con su padre, quiero decir, y con la otra mujer. Yo ni siquiera podía ofrecerles una cama. No tenía a nadie que cuidara de ellos mientras trabajaba. No lo había pensado, no se me había ocurrido pensar en nada de eso.

Mamá pronuncia la palabra pensar como si estuviera pisoteando algo, o como si todo el peso del término cayera sobre ella como una losa.

Así pues, mi madre hizo lo que en ese momento consideró «lo correcto», aunque, de haberlo pensado bien, puede que se hubiera pensado dos veces cuán correcto era «lo correcto», porque desde luego acabó volviéndose loca. Se dejó caer en la silla y rompió los papeles que le otorgaban la custodia de los dos menores, Tex y Belinda. Los rasgó bajo la engreída sonrisa y la mirada depredadora de la monolítica suegra. El policía se mostró ostensiblemente aliviado. Pero los niños seguían nerviosos, motivo por el que mamá ni siquiera se atrevió a darles un abrazo de despedida. Temía que intentaran zafarse.

—No habría podido soportarlo.

—¿Y qué hiciste luego?

—Me volví a Nueva York y me puse a buscar un hombre que me ayudara a recuperar a mis hijos.

La sala donde nos encontrábamos se había desvanecido por completo. Estábamos unidas en una burbuja atemporal de neones defectuosos.

—Pero en cuanto me casaba —y espantó a los diversos esposos con un gesto de la mano— mi marido se desentendía del tema. Yo me hartaba de ellos y me largaba. Tu padre, por fin, se habría hecho cargo de ellos. Tu padre fue el único...

De hecho, cuando se casaron, mi madre mandó una carta en la que reclamaba a sus hijos, pero éstos ya eran demasiado mayores.

—No quisieron. —La madrastra se lo explicó a vuelta de correo—. Y entonces fue como si un agujero negro me tragara

entera. O, más bien, como si el agujero siempre hubiera estado dentro de mí y me hubiera devorado poco a poco a lo largo de esos años sin que yo me diera cuenta. Me rendí sin más. ¿Qué término era el que usaban los médicos? Ah, sí: implosionar. Implosioné.

Así pues, los demonios de mi madre eran aquellos dos niños pequeños que añoraba y que se avergonzaba de haber perdido.

¿Y la noche que apareció en nuestro cuarto blandiendo un cuchillo? Había bebido hasta tocar el fondo de la desesperación.

—La de tiempo que perdí casándome con unos y con otros. Y aun así me quedé sin mis hijos. Y Lecia y tú no podíais hacer nada para cambiar eso. Había acabado tan desgraciada como cuando empecé con quince años.

Matarnos le había parecido un acto de piedad. En realidad, tuvo la alucinación de que nos había acuchillado.

—Os vi bañadas en sangre, vi sangre por todas partes, hasta en las paredes.

En cuanto al motivo por el que no nos había contado nada hasta entonces —sobre sus matrimonios y sus dos hijos—, su respuesta literal se me ha quedado grabada por ser una de las frases más patéticas que pueda pronunciar una sexagenaria:

—Pensé que dejaríais de quererme.

Al día siguiente Lecia contrató los servicios de un detective para que encontrara a los niños perdidos, que por supuesto ya no eran niños, sino adultos en la cuarentena. Resultó que se morían de ganas por que los encontrásemos. Pocas semanas después de la primera llamada telefónica llegaron a la casa de mi madre sonrientes, amables y llenos de curiosidad.

La historia del reencuentro es de ellos, en realidad, y no me atrevería a contarla salvo para afirmar que marcó el inicio de un insólito periodo luminoso en nuestro hogar.

El día del restaurante mexicano mamá y yo estábamos a años luz de imaginar aquel resultado. Nos levantamos tambaleándonos. La mesa estaba plagada de jarras, servilletas

de cóctel empapadas y hechas trizas, un bosque de copas de tallo largo. Rodajas de lima se amontonaban en el cenicero humeante. Escudriñé todo aquello desde lo que me pareció una gran altura. La sal de los cestillos de tortillas se había derramado por el mantel de cuadros, y yo había pasado toda la sobremesa raspando los cristallitos con el cuchillo de la mantequilla y formando rayas blancas y figuras geométricas, como si trazara un código en la pared de una cueva. Por algún motivo aquellos dibujos me gustaron una barbaridad, eran una especie de testamento ilegible. Me dio rabia imaginar al aprendiz borrándolos con la bayeta húmeda.

Atravesamos el restaurante cada una con una sonrisa de oreja a oreja. Nos apoyábamos la una en la otra, como los borrachines de los dibujos animados. Los tacones apenas si nos sostenían. Chocamos con las esquinas de varias mesas y tiramos cosas y pedimos perdón y recobramos la compostura y volvimos a avanzar dando tumbos con decisión. Sobre nuestras cabezas pendían unas llamativas piñatas en las que no había reparado antes: un toro, un clíper, un crucifijo, una estrella de cinco puntas.

Afuera anocheecía ya y el sol crepuscular me hizo entornar los ojos. Hacía calor. Cubrimos los asientos del coche con periódicos antes de sentarnos. El cromo achicharraba. Usé un pañuelo de papel azul para girar el contacto. En cuanto encendí el motor las rejillas del aire acondicionado se pusieron a vomitar aire caliente. Me moví para dar marcha atrás. Por encima de nuestras cabezas el amarillo musgoso del cielo se amorataba. Igual que una ciruela por dentro, observó mamá.

Salí a la autopista sin sacarme de la cabeza a papá en la cama de estructura de aluminio, como un ideograma de sí mismo. Desde que el doctor Boudreaux me aconsejara que debía hacerme a la idea de que iba a morir, cada vez que volvía a casa me imaginaba que en el acceso habría una ambulancia aparcada y un cadáver en una camilla cubierto con una sábana blanca. Pero todavía pasarían cinco años hasta que mi padre muriera, con parálisis y tan flaco que yo misma podía levantarlo

para sentarlo en la silla de ruedas, un acto que a él siempre lo hacía reír y hacer gorgoritos, igual que un bebé. Al final vivía en un extraño estado de felicidad. Adoraba al gato blanco, Bumper, que volvió de la clínica veterinaria aún mudo y milagrosamente recompuesto y se acurrucaba a ronronear sobre el torso hundido de papá o en el regazo de los enfermeros que contratamos hasta que se nos acabó el dinero.

Aquel día, en el coche, yo sólo podía pensar en que llegábamos tarde a darle el relevo a la enfermera. En el chirrido de los neumáticos al contacto con el alquitrán fundido oía la voz luctuosa de mi propio miedo que siseaba: «Papá ha muerto, papá ha muerto».

Mamá lloraba sin hacer ruido a mi lado. Se colocó las gafas de sol. El reflejo de los tanques blancos de petróleo en las lentes seguía pareciéndome una referencia fundamental. De niña me imaginaba que eran huevos de dinosaurio y me angustiaba imaginar lo que saldría de ellos. Proyectaban sombras abultadas sobre los jardines de la refinería. Desfilamos ante ellos. La valla que corría en paralelo a nosotras fue primero de red industrial anti huracanes, luego de alambre de espino y por último de postes paralelos tras los que se desplegaban amplios arrozales de suntuosos tallos verdes inclinándose en todas direcciones, casi demasiado pesados para la recolección.

La cerca desapareció y los campos diseccionados dieron paso a una ribera brumosa salpicada de campanillas. Caía la noche. Llegamos a una larga extensión de acianos que se transformaba en pradera a un lado de la carretera. Aquí y allá se distinguían grupos de luciérnagas entre las flores. Qué raro, pensé, que esos insectos resistieran el veneno de las refinerías. Más allá del agotado perfil de mi madre las luciérnagas parpadeaban en grupo bajo la neblina. Parecían tartas de cumpleaños que se encendían para que alguien las apagara.

En aquel momento no me pareció especialmente bonito o digno de interés, sólo soy consciente de ello ahora. La puesta de sol que vivimos aquel día fue luminosa, deslumbrante, todo

lo contrario que nosotras mismas.

Y sin embargo tendríamos que haber irradiado luz, porque la confesión de mi madre fue en cierto sentido la absolución de ambas. Todos los crímenes negros de los que nos considerábamos culpables no eran más que mitos, películas que nos habíamos montado por miedo. No esperábamos buenas noticias entremezcladas con las malas, y únicamente absorbíamos la cara oscura de las cosas. Yo no sabía que la desesperación tuviera la habilidad de mentir. Y en aquel momento sólo sentía el coche precipitarse igual que una fría cápsula de acero lanzada a las crecientes tinieblas.

Sólo con la perspectiva del tiempo creo que tendría que habernos colmado la luz cristalina de la verdad, igual que la gracia legendaria que ayuda a un cuerpo roto a vencer a toda clase de monstruos. Estoy pensando en el túnel de luz blanca al que el espíritu se dirige en el instante de la muerte, o al menos eso aseguran quienes sobreviven a accidentes de tráfico, fallos cardiacos y ahogamientos por cortesía de los desfibriladores y la electricidad, o después de que el aliento de un buen samaritano arrodillado penetre en unos pulmones detenidos y éstos vuelvan a tomar aire. Puede que esas imágenes no sean más que los fuegos artificiales neurológicos de la muerte, el último espectáculo de luces del cerebro. En ese caso, puedo vivir perfectamente con tal mentira.

Aun así es una imagen que me complace bastante: el paso de la estrecha prisión del cuerpo a una matriz luminosa, avanzar sin esfuerzo hasta que las siluetas remotas se vuelvan cada vez más brillantes y familiares, hasta que todos tus seres queridos cobren forma ante ti y te reciban con los brazos abiertos.

AGRADECIMIENTOS

Amanda Urban, mi agente en ICM, fue la primera persona que me animó a escribir la propuesta para este libro. Posteriormente Nan Graham compró los derechos para Viking. Su labor como editora, buena amiga y apasionada entusiasta tiene para mí un valor incalculable. Y lo mismo digo de Courtney Hodell, también de Viking. Mi hermana, Lecia Harmon Scaglione, corroboró la veracidad de lo que escribí. James Laughlin, de New Directions, me dio un necesario empujón. Tobias y Catherine Wolff, como lectores últimos, trabajaron con rapidez y sagacidad sin esperar nada a cambio. Les doy las gracias por todo.

Gracias también a la Mrs. Giles Whiting Foundation por ese premio para escritores que tanta falta me hacía, y al Mary Ingraham Bunting Institute de la Universidad de Radcliffe por la beca.

Mi madre no leyó este libro hasta que no estuvo terminado. Sin embargo, durante dos años ha respondido sin rechistar a todas mis preguntas, por teléfono o por carta, y ha realizado pesquisas para mí incluso estando ya enferma. Me ha animado sin reservas para que llevara a cabo mi labor, a pesar de que buena parte de la historia le resulta dolorosa. Su valentía es encomiable. Su apoyo lo ha sido todo.

EPÍLOGO

El día que conocí a Mary Karr me quedé, sinceramente, con la boca abierta. Mary no era como me la esperaba, aunque no es que partiera de ninguna idea preconcebida. Había leído todos sus libros y conocía a grandes rasgos su biografía —inclusive todos los cotilleos que pude reunir, que en el mundillo literario son pocos hasta cuando se trata de una autora superventas y especialmente dinámica—, e incluso había visto sus fotos promocionales, así que en realidad no tengo muy claro a qué vino tanta sorpresa salvo por algo que, a falta de una definición mejor, llamaré «su esencia».

Estaba yo en medio de una fiesta, perdida, angustiada y sudorosa entre un montón de personas que ciertos bichos raros eruditos podrían calificar de «grandes figuras» cuando de pronto noté una palmadita firme en el hombro. Me di la vuelta y descubrí a una morena bajita y sonriente quince centímetros más cerca de mi cara de lo que dictan las convenciones sociales. «Soy Mary Karr. Te adoro, cariño».

Mi reacción se pareció bastante a eso que antiguamente llamaban «desvanecimiento». Mareada perdida, me embelesaron sus palabras, su actitud y —pese a mi no-deseo de definir a las autoras por su aspecto— su belleza. No es que no esperase que fuera guapa, pero puede que, por el hecho de conocer los muy comentados desafíos de su infancia y los ecos que éstos tuvieron en su vida adulta, esperara una persona un poquito más demacrada. ¿Enrojecida, quizá? ¿Quemada tanto por el abrasador sol texano como por la experiencia? Y, sin embargo, allí estaba, alegre y radiante como una niña de doce

años en un parque. «¿Quieres ser mi amiga?».

No habían pasado ni diez minutos cuando decidimos documentar nuestra feliz interacción con un *selfie*, por echar mano de la terminología de nuestros tiempos. «¡Venga, que no se diga!», aconsejó Mary justo antes de pulsar el botón.

La única conclusión a la que pude llegar fue que contar la verdad te conserva eternamente joven.

Y todos los miembros del club de quienes adoramos *El club de los mentirosos* y sus libros hermanos sabemos que Mary Karr ha hecho de contar la verdad no sólo su sustento. También lo ha convertido en su arte. Seguro que alguna tesis habrá destacado ya la genialidad e ironía que supone meter la palabra «mentiroso» en el título de un libro que no hace sino contar una verdad detrás de otra. Al describir su niñez, casi cómica en su tragedia implacable, Karr manda un mensaje fundamental: no sólo la verdad te hará libre *a ti*, sino que también abrirá el camino para que otros hagan lo propio.

No me sorprendería si se revelase que el setenta y tres por ciento de las memorias escritas en las dos últimas décadas son el producto de una serie de apasionados lectores de *El club de los mentirosos* que un día se dijeron: «Oye, esto lo puedo hacer yo». Al fin y al cabo, son infinitas las historias macabras de infancia que puede una escuchar si presta atención: en la bodega, en el bar, en cualquier reunión de alcohólicos anónimos. Antes, la tradición dictaba que había que silenciar esas historias, como hizo la inolvidable madre de la autora hasta que ya era sexagenaria. Pero el rechazo de Karr a reprimirse, su rechazo a *mentir*, nos señala que esos tiempos ya han quedado atrás. De aquí en adelante se hará la luz.

Por lo tanto, no me sorprende que, dondequiera que vaya, Mary se convierta en paño de lágrimas y confidente de la gótica verdad de las vidas de millares de personas que ni conoce ni probablemente volverá a ver nunca más. Puede que no fuera su intención, pero su obra deja claro que es lo bastante fuerte para asumir ese papel.

Sin embargo, el problema de *El club de los mentirosos* es que su autora hace que parezca todo facilísimo. Mary maneja el lenguaje con la soltura de una poeta, precisamente porque lo es: suelta palabras que tradicionalmente no deberían aparecer y crea para ellas usos novedosísimos. Es una comediente nata, se mueve con el tempo de una monologuista y el vigor de una reina del vodevil. Y posee una perspicacia sin límite, rememora la niñez con la generosidad cristalina de quien observa desde un hipotético cielo. De ahí que su libro, tan sincero, resulte ser un bonito engaño: hace que parezca fácil lo más difícil que hay, es decir, contar tu propia historia y conseguir que alguien la escuche. La familia de Mary no podía ocultar sus trapos más sucios a los vecinos. Ahora, Mary no *quiere* ocultarlos. Ni nosotros tampoco.

Y tengo la certeza de que el culto hacia Mary Karr ha dado algunos resultados espectaculares, no sólo en el ámbito literario sino también en vidas reales. Para cierto grupo de veinteañeras, el consumo de *El club de los mentirosos*, y su adoración, es tan ritual de transición como forma de autoidentificación. El término *sobreexposición* (del que no soy muy forofa por las connotaciones de género y del mundo de internet al que se asocia) está creado a la medida de las chicas, de las personas, que han leído y han seguido el ejemplo de Mary Karr. Ella ha favorecido la liberación de sentimientos complejos, el uso de un lenguaje heterodoxo, la posibilidad de que la poesía del dolor forme parte de la amistad entre mujeres jóvenes. Incluso quienes todavía no han leído sus libros se benefician de sus repercusiones.

Mi tía abuela escribió unas memorias antes de morir, teóricamente para que toda la familia fuera consciente de lo mucho que había cambiado el mundo desde que ella naciera en 1905, aunque en realidad lo hizo con la intención de revelar la triste verdad de ser una mujer joven en una ciudad concebida para varones, con unos padres que le ocultaban los abrumadores hechos de su realidad. Mi tía se expresaba con palabras llanas y secas, con apenas una sombra del sentido del

humor que la caracterizaba cada vez que te sentabas con ella en una silla plegable frente al muelle. Cuando leí el libro, impreso en una copistería y cutremente encuadernado, pensé: «Es Mary Karr sin las palabras. Es Mary Karr sin las armas».

Tenemos suerte de que Mary cuente con las palabras para dar voz a su verdad, las palabras para hacerla cantar, las armas de precisión y destreza, porque su hazaña abre la posibilidad de que canten también otras historias. Las legítimas, les da fuerza. Vemos con otros ojos a los olvidados, los maltratados y los calladamente imparables que nos rodean. Tengo la suerte de que cuando este libro se publicó yo era una niña de ocho años. Tengo la suerte de haber crecido en un mundo influido por las reacciones de la gente a las historias personales, a las historias *de mujeres*. Todos tenemos esa suerte.

Porque *El club de los mentirosos* es más que el relato de una infancia hecha jirones y la valiente y brillante tentativa de una mujer de esgrimirla en lugar de negarla. Es una agresiva palmadita en el hombro en una sala abarrotada, una cara sonriente que le pregunta al lector: «¿Quieres ser mi amigo?».

Lena Dunham
Agosto de 2015

Fin

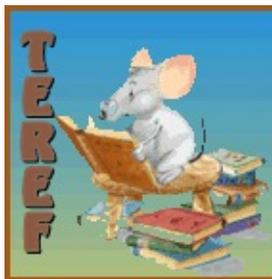
www.erratanaturae.com

www.editorialperiferica.com

Escaneo y corrección del doc original:



Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.





ePUB

БНВ

